

Mauricio Wacquez

Frente a un hombre armado

Narrativa Hispánica

Índice

Para Francesc

Hommes de l'avenir, souvenez-vous de moi, Je vivais
a l'époque oúfnissaient les rois.

Apollinaire, *Vendémiaire*

I

1

En septiembre de 1946, otoño bermejo y antelado en las llanuras altas, donde las viñas, imagino, se vuelven herrumbrosas y las nubes son siempre las mismas, espesas, de zinc y perla, corriendo hacia el mar por el valle de la Dordogne, Juan de Warni, aún adolescente, bajó del barco en La Rochelle y miró el mar, inquieto por lo que juzgó como un fraude de su esperanza. La ciudad, ya no el campo, desaparecía tras las grúas, los galpones grises, infectada por el olor nauseabundo de las aguas llenas de desechos. Recordó un líquido, entre laguna y mar, visto o soñado, que repetía exactamente la oscuridad del océano que acababa de dejar. Vio ese líquido tras de sí, alejarse de sí, repitiendo un frágil recuerdo indefinible que en otro tiempo debió tener un nombre, quizás era un río o el corrosivo miasma amniótico. Y sintió de golpe la soledad recuperada, la ausencia de agua bajo los pies, una cierta condena continental, parecida al sino huidizo e inconstante del amor. Volvía, pensó, no a este puerto repleto por las desdichas de la guerra, sino a los brazos de Perier, para borrar en lo posible la sensación claudicante de no estar en ninguna parte, de alejarse del dominio del agua, en la que dejaba, parecía, su más despiadada pasión. En el mar había sepultado los últimos rastros de una identidad titubeante y enfrentaba la tierra y su proyecto abrazado a un afán juvenil que el mal de aquella guerra no lograba mitigar. A través de los siglos, los jóvenes no cambian: creen que conocer el mundo puede decirles algo sobre ellos mismos, sin saber que uno y otro conocimiento son indiferentes entre sí y que la ansiedad no reemplaza a la cordura, a la sofocación cardíaca de la evidencia. Pero es ocioso que le atribuya a mi adolescente las generalizaciones más o menos certeras de la juventud. En realidad ya no era joven, había abandonado mucho tiempo atrás la prisa por vivir y por morir, me hallaba desafortunadamente colocado en esa postura en que todo

halago se recibe con piedad y toda injuria con ironía. Las recompensas de la vanidad no hacían mella en mi espíritu porque las diversas y asfixiantes dudas de la juventud habían quedado atrás. Era ni más ni menos que un mercenario de la experiencia que desconcertaba con la lozanía de los ojos y del rostro. Parado allí, supe al fin que había llegado, se esforzó por imaginar una existencia sin los condicionamientos que imponía el mar, quise resucitar en mí las antiguas imágenes de los árboles de Perier, por muchos años únicos habitantes válidos de mi memoria. Los árboles: contrarios de aquel líquido que, como todos los contrarios, eran la perfección vertical de ese horizonte puro, sin huellas evocables; no poseían la vastedad ni derrota del mar sino que cada uno de ellos se erigía en representación de un sobresalto, uno a uno me empujaban a recuperar lo que había vivido en medio de ellos y a revisar mi vida imagen por imagen. Cada árbol, cada matorral debía ser capaz de hacer surgir el rostro fidedigno de Alexandre. En ese titubeo se contrapesaban sus grandes opciones o al menos aquellas que obligadamente debía tener un hombre de diecisiete años, libre de ataduras inútiles y de recuerdos irreparables. Pero desdichadamente no era mi caso. Así pensé: los árboles de Perier, semiocultos por la niebla, quebradizos en medio de la niebla helada de las mañanas invernales, las encinas, las hayas, los alerces, los grandes fresnos del sendero que conducía al *poulailler*, que rodeaban (y ocultaban) las dependencias; también las magnolias y paulonias del parque, los jacarandas. Los árboles de Perier los había plantado el padre de Leon, antes de construir la casa, en la suave ladera que la alojaría, poniendo en ello más empeño que el que luego gastaría en la decoración de los salones y estancias, de los vestíbulos y pasillos. El padre de Leon desdeñó desde la partida el ornamento interior, porque, pensó, eso no requería arte ni imaginación: bastaba con dejar que la estética del siglo, con su inconsciencia, diera forma a los artesonados, que eligiera el mobiliario, las tapicerías, que prescribiera las formas de una arquitectura de sobras conocida y repetida a través de toda Francia. Sólo la opulencia diversificaba los detalles. Así, desde lejos, desde la prudente distancia de sus parques cerrados por rejas altas, todas esas casas de campo, que sólo en Francia reciben el nombre de *chateaux*, presentan un estilo uniforme, que más que estilo, es decir,

más que diferencia, fue el producto de una holgura que por vanagloria confundió para siempre los destinos del gusto. Algo que se parecía al disparate gobernaba la apariencia imponente de esos miles de enclaves clausurados, puestos ellos mismos fuera del alcance por el sensato trazado de sus parques. Esto lo pensé cuando en medio de la imagen vibrante de los árboles de mi memoria, sentado en el bar del puerto a la espera del equipaje, aparecieron las pesadas líneas de la casa, su falta de gracia, el ánimo de imponerse más por el volumen que por la proporción, por el número de ventana y lucarnas, por el resplandor espectral de sus vidrieras en la noche. La naturaleza diezmada por el exilio de ese noble flamenco, el padre de Leon, prefirió aplicarse más a reproducir el arbolado de sus posesiones belgas que a reparar infructuosamente el mal histórico de la arquitectura. En todo caso, a éste antepuso el bienestar y amplitud de las habitaciones, los espacios superfluos que luego, con el correr del siglo XIX, en tiempos de Leon, debían llenarse hasta lo inverosímil de muebles de palisandro, de incómodos sofás de caoba, pesados en su solemnidad desvencijada, de infinitos *petits meubles*, de mesillas altas como garzas desde las que se descolgaban begonias o que sostenían floreros aún más esbeltos, de rinconeras, mesas ratonas, posapiés, abigarramiento exacerbado por la curiosa creencia de que llenar las paredes de tapicerías, cuadros, espejos y lustros hasta que quedaban reducidas a una presunción sacada del emplazamiento del cielo raso y de un necesario sentido del espacio que pudiera garantizar algo más que ese juego de reflejos y luces, era contribuir al enriquecimiento de las formas. Y esto fue en verdad lo que yo viví, los irreflexivos excesos de Leon, la idea, por ejemplo, de construir un invernadero en el que no se cultivaban plantas diferentes al resto del jardín o de instalar un pozo con bomba en medio del antiguo patio de armas para anunciar que la era industrial había llegado, añadiendo un estilo más útil que interesante al tumulto general. La vergüenza del pozo con su ingenio queda en evidencia en una fotografía, tamaño postal, que muestra a Leon sosteniéndome de una mano, delante de toda la casa y en la que el pozo no aparece, omitido a tiempo por los inestimables aportes de la pasta de retoque. La guardo aquí, entre los papeles legales de ese adolescente que espera su equipaje, rodeado por las máquinas de

guerra recién silenciadas que van a ser embarcadas a ultramar. Las mira sin horror, Juan mira sin horror esas máquinas que pronto desaparecerán a bordo de los oscuros buques de transporte reinstaurando así las ilusiones de la paz civil; se pregunta, acaso se pregunta si no le habría tocado la ruleta de la muerte de haber tenido cinco años más, si, por un desfallecimiento del azar o la imaginación no hubiera podido responder a la llamada esencial de la vida, de la duración en el tiempo de la memoria, inmensurable, secular, en la cual un solo gesto, el hecho de sostener Jeanne la sombrilla con la mano derecha y sonreír aquel día de verano en casa de los Lauvergnat, puede llenar de sentido toda la experiencia de un hombre. Y no lo digo porque Jeanne sea mi madre y la haya abandonado a los diecisiete años; tampoco ese salto, esa iluminación onírica de un hecho que es así y no de otra forma, condiciona mi deseo de que la historia de Alexandre haya tenido un desenlace distinto, alterado por la voluntad o la obstinación. Sería como reprocharle a Leon el hecho de haber sido mi padre, en un tiempo en que la paternidad más tenía que ver con la herencia de casta que con las particularidades de un rostro. Su condición de hidalgo aburguesado en las especulaciones argelinas, su rápido enriquecimiento y su necesidad maniática de perdurar en una historia que creía construir con sus propias manos, tienen, después de que las ideologías y la crónica humana de los últimos tiempos se enfrentaran al límite de sus tensiones y supieran que no habían avanzado nada, un signo que podría mover tanto a piedad como a respeto. Todo lo veo bajo un prisma oscuro. S.A.R. recorriendo el país en busca de enemigos, organizando su cruzada, desplegando ese ejército de atletas adolescentes que desconocían los objetivos e iban, armados, caminando y armados hasta los dientes, en busca de la más mínima escisión, del menor ruido sospechoso que los obligara a disparar, no es ajeno a la manera como Leon organizaba sus quehaceres en el castillo. Ambos, el Chevalier y el príncipe, deseaban apartar de su vista toda ofensa, para coordinar una armonía que el mundo rehusaba pero que ellos conocían por haberla visto diseñada en lo alto de sus espíritus y, como una revelación, debía imponerse en el mundo. Por eso, para mí ahora, el recuerdo de las albas frías, neblinosas, de luz esfumada y vacilante, es más perenne que esas

creencias, por la misma razón que el padre de Leon se esmeró más en diseñar el parque de Perier que la casa misma. En verdad, la casa no valía nada; reconociéndolo en la evidencia del corazón que deja de lado el acomodo, hay que decir que la casa adolecía de la verdad, de la concordancia que existe entre la sed y el agua, entre el caballo y el jinete, entre la empuñadura y la mano iracunda. Era grande, con apariencia de alcaldía, de teatro nacional o ministerio. Sus empinadas techumbres de abeto, con lucarnas rematadas en arcos neoclásicos de mampostería, la salvaban del oprobio de corresponder exactamente con estas absurdas comparaciones; pero ni aun así se abandonaba la impresión de que había sido construida con los aportes más refinados de la burguesía, por el napoleonisino triunfante y la jactancia de un confuso espíritu militar que añoraba un nuevo Renacimiento compartido y potenciado ahora por los antiguos gremios, por los artesanos y labradores enriquecidos, por los especuladores e intermediarios. Yo veía claramente lo que era Perier bajo la luz brillante del puerto, opacado por la lejanía y por la historia: un lugar común, un acuerdo social roto por el paso del tiempo que ninguna meditación fría, fuera del temblor empecinado del amor, podía hacer tolerable. Tal vez por esta razón, nuestro adolescente —que es tal, como los actores del antiguo teatro eran a veces la máscara de la juventud— no está preparado, o en todo caso, si lo imagina, sólo podrá hacerlo mediante una premonición agónica, para encontrar la casa medio oculta por el trazado de una autopista, por una parada de camiones y un puesto de socorro. Los turistas que pasan han abandonado la región *des chateaux* y no piensan encontrar ese vestigio de la peor arquitectura constitucional en el que transcurrieron los momentos menos omitibles de mi vida. De aquel lugar preferido a todos, veo que no quedan más que los espacios asépticos de un centro de inseminación artificial; de las antiguas salas de Jeanne, de la biblioteca, de la sala de billar, se han hecho laboratorios y del parque hay restos cuyos vínculos con la botánica son puramente accidentales: recibe el nombre más moderno de jardín, limitado por vallas de alambre y provisto de riego automático. Sólo la tranquila estatua de Diana lo encadena a su origen. En las entradas se conservan todavía los monolitos que sujetaban las pesadas puertas de reja, pero éstas han

sido reemplazadas por barreras amarillas que responden —se levantan y bajan— a la orden de una tarjeta provista de un circuito impreso. Y esto en el caso de que Juan pueda imaginar un destino posible para Perier, presumiendo que sus muros altos conserven su alzada y no hayan sido arrasados por las tropas de S.A.R. tras el asalto final a ese reducto en el que los alemanes, quizá, se hicieron fuertes para permitir la evacuación del grueso del ejército hacia el Este: hasta ese momento fue el Reichkommand de la zona. En el infinito caminar del Príncipe, también es posible que haya liberado Chateau Perier. Su espada: aviones, tanques, fuerzas especiales, se ha podido abatir sobre los contrafuertes de cartón-piedra, incendiando la pertinaz resistencia de una escenografía operática. Es la ventaja del presente: lo por venir se convierte en eventualidad total. Una escaramuza más no hace al Príncipe un militar aliado con el crimen. Basta con que haya podido hacerlo. De los años pasados a su lado me queda esta lección: sólo el poder es capaz de preservar su propia inocencia. Desde que el exilio me ha modelado con los golpes de la sorpresa, estoy lleno de todo lo que debe poseer un hombre que es pura memoria y no espera nada bueno de los nuevos encuentros. De vuelta, vengo de vuelta, y la mirada vagabunda del adolescente que piensa o sueña en el bar del puerto de La Rochelle, rodeado por la presencia todavía viva de la ocupación, ayer alemana, hoy americana, no es ajena a esta verdad. En cambio, la expresión que alienta en su hermoso rostro se debe más que nada a la posibilidad de completar algo que él mismo, partiendo, dejó inconcluso. Ya veremos lo que encuentra, lo que encontraré: en este momento todo es posible, una vez más es mejor imaginar la vida que vivirla. Sí, los bosques de castaños dorados ya por el otoño, los lagos, la extensión insoslayable de las viñas, rojizas por el óxido y el sol del atardecer, mudos y fijos en el pasado, presentes, sin embargo, y vivos, es lo que encontraré. Después de este siglo transcurrido en un instante, se hace fácil tanto la evocación como la sospecha del futuro. La aventura y el asesinato llegan a ser lo mismo, desvanecidos sus perfiles por la acción compasiva del tiempo. Todo es igual y nada posee una justificación propia. Frente a la necesidad de matar, prefiero no emitir juicios. Empero muchas veces el asesinato es un designio de la piedad, un rodeo de la barbarie, la eliminación depurada de la amenaza. Es

necesario hacerlo así, convertirlo en una obligación cuyo consentimiento interior marca una de las más grandes diferencias humanas. Las diferencias humanas comienzan por esa maniobra explicita en la que el espíritu se ve acosado y rompe el molde que garantiza la seguridad ajena. Los que no matan viven persuadidos de que todos participan de la misma inhibición; entonces rebasan la legalidad vulgar, el derecho a la supervivencia o las ideas. Y cuando mueren no saben por qué mueren. Acaso sea cierto que hay infinitas razones para odiar a los seres humanos y ninguna para amarlos. Pero yo no me pronuncio, lo dejo entre paréntesis: yo soy el Aventurero. Sí, ese descrito por Pierre Loti, por la nostalgia de un candor que Europa no podía ofrecer después de haber decapitado a Luis XVI y debió buscar en la periferia de la tierra. En mí todo es más confuso, más doble, soy cada vez menos aquel que creía apasionadamente en algo y a quien monsieur Albert, frunciendo los labios para dejar en evidencia la fuente clásica de su latín, decía *extrema se tangunt*, en la mesa, odiándolo yo por recordarme las sesiones de la biblioteca, el griego, el latín, la filosofía. No es sino una prueba más de la ironía del olvido el que después yo haya hecho mía esa frase, no como método de discusión, pues nada me ha alejado de la acción pura, sino como conducta. No creo que las razones o el dolor sean buenos cuando pertenecen a las víctimas y no lo sean cuando atañen al verdugo. Toda la historia del siglo está basada en esta falacia, detrás de la cual se halla el limpio ejercicio de la voluntad, fuera de razones, ausente de ideas; el ejercicio de la voluntad y la ausencia de ideas señalan la mejor aportación que este siglo terrible ha hecho al mundo del ingenio. Por no creerlo así murió Conrad de Wohl.

En las heladas tardes de la campiña alemana, amenazados ya por los franceses, con pocos víveres, él me preguntaba por qué estaba allí, ya que él sí lo sabía. La hegemonía panalemana no era sino una patraña con la que los aliados ocultaban el hecho de haberse repartido el mundo a su antojo sin permitir que Prusia, debilitada por la falta de unidad, pudiera expandir su imperio: ni en África, ni en América, ni en Asia, tenía Alemania razones para no hacer la guerra. Yo me encontraba de visita en su casa cuando conocimos la declaración de

Napoleón III. Se extrañó de que no partiera. Continuamos jugando interminables partidas de *whist* y dando los acostumbrados paseos a caballo al atardecer. Estábamos juntos, dábamos paseos al atardecer y no nos preocupábamos demasiado de lo conveniente. Preferíamos hablar de nosotros, de la posibilidad de partir lejos, imaginando una vida embellecida por el desconocimiento. En ese tiempo, yo sabía poco del amor. Después de salir de Perier debí asociar mi nueva libertad a los privilegios de mi condición social. Así es que me dediqué a pasar largas temporadas en las casas de mis familiares diseminadas por toda Europa. La madre de Conrad era una Lauvergnat de Beaumont, hermana de Jeanne, mi madre, casada con un detestable individuo con aficiones teatrales, famoso por la avaricia, que se pasaba el tiempo en Londres mientras mi tía y Conrad vivían en el campo. Me quedé con ellos y juntos nos sorprendió la declaración de guerra. Pero el amor, como decía, tuerce el destino y hace que no nos toleremos.

Con la inconsciencia del amante que, allí sí, ve debilitadas todas sus creencias, le dije a Conrad que nos apresuráramos a partir. Y entonces, por primera vez, vi en él el rostro del soldado. Su ironía, la dulzura de su rostro y de sus ojos infantiles, dejaron ver a alguien que estaba detrás sin él saberlo, que había estado siempre, alguien que también me había amado sin conocer el resentimiento que puede engendrar el amor cuando compromete los valores de la especie, de la patria o de la autoestima. La reacción no pasó de ser una mirada, el derrumbe de una máscara. ¡Pobre Conrad! Las buenas maneras lo obligaron a buscar una excusa para diferir nuestro viaje y para no arrojarme de su casa. Fue entonces cuando comenzó a extrañarse de que yo, como francés, no buscara refugio tras las líneas. Comenzamos a hablar de política, o mejor, él recurrió a las razones de la guerra para alejar la posibilidad de que pudiéramos hablar de nosotros. Aunque al hablar del Kaiser me di cuenta de que se refería a algo mucho más antiguo y, ¿por qué no?, más verdadero que un nombre, que una guerra, incluso que un siglo. Me dijo que tenían que ganar.

No se me interprete mal. El amor recién descubierto en mí no era una razón para demorar mi partida. Conrad creía en la victoria de Alemania. Yo no quería la victoria de nadie. Sólo me limitaba, en todo caso, a esperar para saber cuál sería el vencedor. Ese, le dije, tendría la

razón. Conversábamos después de comer, en el salón de fumar. Ante mis declaraciones, Conrad palideció, se puso angustiosamente pálido y por unos minutos no habló. Cuando finalmente lo hizo, lo noté exasperado, a punto de estallar. Declaró que mi flagrante cinismo se debía a la debilidad de nuestra dinastía. Un *parvenu*, balbuceó, una marioneta republicana disfrazada de emperador. Aunque en esto tenía razón, me asombró convertirme en un cínico, así, de golpe. Siempre me ha interesado el mecanismo mediante el cual debemos rebotar en los demás para contemplar nuestro propio rostro.

Mientras esperaba que ocurriera algo, nuestra intimidad se resintió hasta el punto de que una noche me dijo que traería a nuestra habitación a una de las doncellas. Me rogó también que permaneciera dentro para ser la cobertura de posibles interrupciones. Él, que gimió en mis brazos, balbuceando mi nombre y a punto de morir, me miró esa noche por detrás de los hombros de la muchacha con una sonrisa impía, contemplando mi parálisis, mi incapacidad para sumarme a un acto normalmente adecuado a mi juventud y a mi aplomo. Pero no, siempre en el amor ofreceré la exclusividad. Por eso la situación no me avergonzaba, sino más bien me convertía en acreedor de Conrad, en un impávido lector de Saint-Simon detrás de un escritorio apenas iluminado por una lámpara débil, en alguien que tarde o temprano buscaría la venganza. Con todo, ésa fue seguramente la primera humillación que sufrió la altivez de nuestro emperador.

Un día llegó el barón. Disfrazado de oficial, cubierto de medallas, con la seguridad que otorga un sable y una corte de ordenanzas, se movía de muy distinta manera a como yo lo había imaginado, entre las luces y las coristas de Londres. Venía a llevarse a su mujer a Berlín y a tomar las previsiones necesarias. Su hijo no había sido movilizado por ser demasiado joven. De mí no se ocupó dando por sentado que hasta enemigos se podía tener en la familia sin que fuera necesario fusilarlos. Mi tía suplicó que partiéramos todos. Yo declaré que si no me fusilaban ellos, menos lo harían mis propios compatriotas, así es que me quedaba. Conrad me miró y miró a su madre. La sonrisa de aquella noche de la muchacha, una sonrisa que no llegaba a serlo, apenas un rictus de menosprecio había desaparecido y en su lugar yo veía unos labios apretados, unos ojos que me miraban titubeando entre

el desafío y el deseo de volver a ser el niño que era, de ponerse a llorar y de correr a los brazos de su madre. Pero la suerte estaba echada, la tácita apuesta debía llevarse a cabo, pese a nosotros. Nos quedamos solos, con algunos servidores.

La guerra no había pasado de ser una movilización general y unas peroratas imperiales que nos tenían, por el momento, sin cuidado. Luis Napoleón juró llegar a Berlín, el Kaiser a Saint-Cloud; ambos tenían sus alfiles en cada punta de la mesa de una casa perdida en la campiña, uno de los cuales, según Conrad, debía envenenarse como lo hacían los antiguos reyes persas. Por el honor. Después de comer, bebíamos y conversábamos sobre la abnegación, la solidaridad, el amor que puede llevar a la autoinmolación. Pero en las heladas tardes de aquella campiña alemana no nos percatábamos de que el amor había huido y que en su lugar quedaba el juego de dos inteligencias dispuestas a sustraerse a la piedad; una, en nombre de los principios del honor recién descubierto y que sólo ocultaba la vergüenza, también descubierta ahora, de haber clamado conmigo a un dios común; la otra, la mía, en nombre de nada, quizá del desamor, de la burla, de la extravagancia. Poco importaba ya. Lo pinchaba diciéndole que no me envenenaría ni al pie del cadalso, que lo único que contaba para mí era él, su cuerpo, su sonrisa, ven, acércate, déjame mirar tu cuello, canallita. Y me reía. Sin embargo, era real que su belleza me paralizaba de emoción. Tenía la pulcritud de las pieles germanas, tersas, de color miel, con una indiscernible pelusa en las mejillas. Era una conmemoración de la hermosura, una máquina perfecta, lubricada, de huesos regulares y musculatura suave y exacta. Mi estupor provenía seguramente de que por primera vez contemplaba un acabado total. De esa experiencia data, creo, mi emoción por las cosas bien hechas, por los instrumentos, las matemáticas, por la forma de la sonata.

Estábamos solos. Todas las mujeres habían partido, por lo que no hubo necesidad de mi devota vigilancia sobre el libro de Saint-Simon. Conrad pudo haber recurrido a los lacayos que se habían quedado a nuestro servicio, pero no fue capaz. Pasaban los días, fríos e iguales, hasta que una noche entró un caballerizo a la sala donde estábamos bebiendo y conversando acaloradamente. Debíamos partir. Se había

visto una patrulla francesa cerca del castillo. El señor debía decidir, aunque las órdenes eran evacuarlo a la menor señal de peligro. Conrad me miró sin interrogarme, con esa mirada que ya conocía, de desplante, con la que me decía que el momento había llegado. Hizo que nos dejaran solos, diciendo que por la mañana decidiríamos. Pero inexplicablemente nada sucedió. No se nos interrumpió más y pudimos seguir hablando de lo que uno debía hacer frente a la muerte. Yo dije: pactar con ella. Él casi gritó: jamás. Y allí, sólo allí, advertí el peligro. Tenía los ojos llenos de lágrimas y me miraba con rabia, sin ocultarlas, mostrándome sus lágrimas de niño, pero odiando todo lo que finalmente era su fuerza, pidiéndome auxilio, parecía, por no saber, por no creer, por amar pese a sus elucubraciones y discursos. No me moví. Ahora sé que cuando las fieras en peligro necesitan ayuda hay que dejarles la iniciativa. Vino lentamente hacia mí y me ordenó que subiéramos a nuestra habitación.

¿Qué más? ¿qué más? Se desnudó sin decir una palabra y lo detuve para ir a entornar la puerta. Entonces lo tomé, me obligó a tomarlo entre voces de mando, urgencias y sollozos. Después de entornar la puerta debí ponerme frente a él y hacerle el amor, debió recibirme como la única fuerza que le quedaba. Los hombres somos animales extraños. El acto de Conrad era la claudicación, pero el hecho de que no me matara prueba su amor, su decisión final de transformarse en mí, de desaparecer en las capas más delgadas y profundas de su misterio.

Me desperté con frío. Solo y desnudo en medio de un impúdico desorden de ropas. Había un silencio total y el amanecer se deslizaba por detrás de las cortinas. Pensé en Conrad, lo hice presente como quien se esfuerza por recordar un rostro remoto y desenfocado. Y luego corrí, corrí a medio vestir hacia la galería, para encontrarme a boca de jarro con dos soldados que venían por mí, sólo para escuchar una descarga y ver ¿lo vi? ¿lo vi? por un lado del parque unas volutas de humo sin conexión aparente con el ruido escuchado antes. Mostré mis papeles frente al gesto de incredulidad del sargento, que creía que los primos deben ser del mismo pueblo y si es posible de la misma casa. ¿Era él, no es cierto?, pregunté. Sí, dijo, nos provocó, nos disparó emboscado en un árbol.

La carroña que vi tirada junto a una pared de las dependencias era Conrad, desnudo y ensangrentado, con la cara irreconocible, deshecha por la metralla.

Ser aventurero no implica morir después de cada empresa. Un aventurero no duda, casi no envejece, difícilmente puede detenerse a calcular los riesgos. Por extraño que parezca, siempre he titubeado y hasta ahora todo lo que he hecho me parece el resultado de una gran improvisación. Mi vida se me antoja basta, a medio hacer o a punto de hacer, como una gran sinfonía a la que le faltaran los matices, el sonido de las cuerdas o el ritmo. Pero una vida hecha es algo que escapa al proyecto corriente de un solo hombre. Los que pretenden hablar de sí mismos poniéndose de ejemplo, terminan a menudo por irritar o al menos por aburrir. Porque, lo sabemos, la moral, como la vida, es incomunicable. Matar o ser matado son también formas de la gramática, aunque antes que nada representan algo que un hombre, solo, debe enfrentar sin demasiadas palabras. Cuando el Príncipe formó su ejército, exigió obediencia total. Comenzaron a reconquistar el país desde los puntos más lejanos de la frontera. Y los adolescentes que componían las columnas no se detuvieron mucho tiempo en las palabras. Las palabras los habrían dispersado; en cambio, ahora avanzan desafiantes hacia el fin de la gesta. Yo, al desembarcar, he dejado atrás todo eso. Mi vida debe concentrarse en el encuentro con el paraíso perdido, debo llegar al fin yo también, volver a Perier, a la sangre, al padre que me engendró para que de alguna manera fuera él, por lo menos de esa en que los fantasmas remedan los gestos, los ruidos y pasiones de los muertos sin paz. Aparte Perier y la reconquista de ese trozo de mi vida ocupado por la sombra de Alexandre, todo el resto me parece omitible. Porque casi todo se refiere a la muerte, a la que di en medio de asonadas, conjuras, cuartelazos o en el secreto de una intimidad tan repugnante a la vanagloria como a la confidencia, y a la que vi dar ante mis ojos, a los muertos que cayeron junto a mí, a esa muerte que los eligió debido a un sencillo mecanismo, comprensible para todos y que nadie ha podido explicar. Ese muchacho muerto en el avión que yo debí pilotar y el otro a quien le explotó mi arma son lugares comunes de los que

casi todos tienen noticia. Todos, sin embargo, se detienen en el umbral de la incógnita, sin traspasar la barrera, sin penetrar ese universo intacto cuyos lazos de comunicación con nosotros, si los hay, pueden ser los sueños o la locura. Yo nací entre filósofos. Fuera de Leon, del que me viene un implacable materialismo, todos, M. Albert, Jeanne y la familia Lauvergnat, cultivaban un espiritualismo más cercano a las apariciones que al método. Incluso M. Albert, colaborador «de biblioteca», como le gustaba llamarse, de M. Migne, parecía no encontrar relación entre los textos patrísticos, que él descifraba con aplicada pasión, y el contenido de esos textos, la carne de esos comentarios, las polémicas del alma, de la inmortalidad, de lo suyo o, para volver a nuestro asunto, de lo accidental. Nada es tan importante para mí como la indagación acerca de la muerte, pero poco he sacado de esas filosofías heredadas. Hablé ya de reducir los movimientos defensivos al mínimo, pues es la eficacia en conservar la propia vida el fin de esa economía. La necesidad de matar no se justifica con normas sino con el contrapeso de otra necesidad, frente al temor de perecer, al sofocante anhelo de aire, a ese ambiente enrarecido de la asfixia en el que todo comienza a desdibujarse y el cuerpo entero se convierte en un pilón resonante; los perfiles se difuminan y el rostro que miramos adquiere la silueta líquida de un ahogado en el fondo de una charca. Pero es al revés; inmovilizados por la fuerza que yugula el aire, por las manos que aprietan, confundimos la realidad de la forma que muere con la del victimario. Es éste el que se ha puesto en nuestro lugar, él es el espejo atroz en el que observamos la labor que lleva a cabo. Frente a este hombre, armado con nuestra propia muerte, siempre he preferido dar un salto fuera del espejo. Y esta crónica no es sino el testimonio del azar que podría hacerme volver desde ese mundo de reflejos inabordables a los límpidos contornos de los objetos diarios.

El primer impostor de esta historia llegó de Flandes perseguido por asuntos religiosos. Un mundo nuevo y neblinoso apareció ante él, un mundo vago e injustificado, como lo era su tierra natal. Él es el modelo que he elegido para narrar el punto de partida, allí donde está el lugar y el rostro, los sueños olvidados de unos caballeros que comenzaron siendo pioneros o colonos. Es decir, personas que en nada

difieren de muchos hombres pero que realizan movimientos en diferentes niveles para estructurar una anécdota, en el fondo muy simple, aunque irrepetible en sus términos reales. Pienso en el espacio que rodeaba la casa, la única parte de ese mundo que mereció el esmero de mi abuelo, los árboles, los setos, las extensiones del césped, y me cuesta deslindarlo en el pormenor de mi propia memoria. Un hecho curioso no hace más que confundir las huellas con las que intento reconstruir el todo: en los días de fotografía, Jeanne decía frases sobre los encuadres —el barroco, el clásico— recordando que la belleza de una casa debe apreciarse a la distancia, en lo que es techumbre, torres, veletas y piñones. Por tanto, la mirada debía saltar directamente de los rostros a las partes superiores del castillo, a lo más consignando una pequeña parcela del seto de boj; o, por el contrario, emplazando el conjunto de personas dentro de un amplio espacio despejado, dejando la mayor distancia posible entre la cámara y el modelo. De esta manera, sólo los signos más sobresalientes debían dar cuenta de lo que se quería recordar: un quitasol, el rayado de un vestido, un sombrero estratégicamente puesto fuera del retratado, la mancha de un perro con el hocico pegado al suelo; y detrás y arriba, los árboles, la casa entera sin detalles.

Son frases sueltas que resuenan al fondo del tiempo y que en verdad me separan de mi objetivo. La memoria se mueve entre límites oscuros, entre puntos que brillan un instante de manera nítida y vuelven a recobrar el aplomo de su propia noche. Si el infinito me parece nimbado de sus características más crueles y una historia, por desmesurada que parezca, no llena más que un instante desdeñable, entonces la empresa de consignar ciertos hechos oscuros o indecentes de mi juventud no pasa de ser un pretexto inocente de la eternidad. La invocación de las imágenes no mejora mucho las cosas. La salida en coche... era una salida en coche... era el tilbury aquel verano de 1845, tirado por el asno y tomando la avenida de salida, semisepultada por las copas de las encinas. O era de noche, bajo la lluvia, en un pueblo de los alrededores de Quinahue, donde pasó su primera noche viril, volviendo bajo la lluvia de su primer encuentro amoroso, con el pelo rubio pegado a la cara y la cortina de agua salpicando la grupa del caballo. O la salida ocurrió en la alta noche, a escondidas, bajo las

estrellas altas, testigos de una apremiante zozobra al dejar atrás la casa, su infancia, la silueta de Alexandre sobre la otomana. No sé. Al mismo tiempo que aparece la idea de un coche, de un corto o largo viaje, lento o apresurado, reinciden las imágenes de las diversas horas del día. Por lo menos creo recordar la salida en el tilbury aquel verano del 45, por la avenida de encinas, gozando con la tibieza del verano en las orejas, con la brisa mínima que la marcha del coche removía perfumada y alegre, crepuscular y velada en sus espasmos aéreos. Allí, cuando tenía quince años, en aquella tarde de mis quince años sólo recuperados por la vuelta en redondo del universo, cuando el sol cambió de horizonte y el orden terrestre se alteró, reemplazando con su lejanía cósmica los ordenados cotos de Perier, creí adivinar algo que terminó por ser la forma esencial de mi existencia: la posibilidad de saltar de un lado a otro del tiempo y del espacio sin obtener de ello más prejuicio que una confusa memoria en la que todo se vuelve a vivir aunque nunca de la misma manera. Hay que leer en la intimidad para que salte el lacre de los sellos, para violar secretos bochornosos, ciertos rasgos que van apareciendo en el fondo del revelado, algunas formas que no sabría decir, si, como en un sueño, son daguerrotipos o ektacromos: una mancha azul —la flor de la pluma sobre las cabezas a media tarde—; cada uno está fuera de pose como preguntando ¿ya?, ¿ya? Eugenio... ¿qué emoción podría compararse a nombrar, a pronunciar esos sonidos griegos, ríspidos, quemantes como labios sobre un vidrio frío?, ¿o adivinar mi mirada de deseo que la sorpresa del disparador no alcanzó a captar pero que seguramente estaba allí, los pensamientos sucios: el volumen bajo el pantalón de franela, envuelto en el colgante calzoncillo blanco, de algodón finamente acanalado, la zona floja del entrepiernas que algún brusco movimiento —subir una escalera, por ejemplo— convertía en una protuberancia furtiva, visión que desaparecía tras el golpe de sangre que me anegaba los ojos y servía para exacerbar la fantasía de lo fláccido, tibio, empapado en sudor y redondeado? ¿Dónde situar este momento? No antes de aquel paseo del verano de 1845. No después. Ya no lo sé. Los objetos ambicionados se confunden en la distancia con todos los objetos, los primeros y los últimos, en una coincidencia deliberada, por la acción de una mano cruel, ajustada a un plan, a un gráfico que me

he limitado a recorrer dócilmente. ¡Oh recuerdos bienamados!, vestigios que el ocioso recurrir del olvido no logra desvanecer, sino al contrario, fija y restituye en una tenaz y periódica conmemoración. Así estará Perier, entonces, lleno de los mismos rostros y árboles, de la misma niebla ingrávida enroscada en los mismos árboles. No reconoceré los detalles, claro está; todo lo que abandoné ayer tendrá la usura que el absurdo causa en las cosas vivas, en Jeanne, en Leon, o en la lozanía oscura de Alexandre.

Los hermosos atardeceres de Perier, en las postrimerías del reinado de Luis Felipe, se gastaban en juegos crueles en que cada uno representaba el papel de otro, para así liberar el rencor que ocasiona el hecho de vivir juntos en un mundo cerrado y aburrido. Leon pasaba el tiempo ocupado en sus vinos, aunque al llegar la hora de la velada olvidaba momentáneamente quién era y se entregaba sin miedo al júbilo de ser otro, a un equívoco juego de ademanes y grititos, un juego en el que la identidad, ya borrada en todos por una suerte de supercherìa esencial, desaparecía tras las muecas de la prostituta o el rey. En medio de un tráfago sin perfiles, de personajes que desfilaban fugazmente, yo tenía la impresión de que el remedo de esa corte de figuras grotescas era un método para satisfacer irrealmente las inocentes y secretas aspiraciones de cada cual. Cuando Leon cantaba una canción abrazado a un ramo de lilas de cera, tocado con una peluca rubia, nos quería comunicar discretamente sus incursiones por el universo de las semimundanas de Biarritz. A veces, alejado de la obsesión por las heladas que destruían las viñas, se detenía en medio del salón, su mano que iba a efectuar un saludo de corte permanecía inmóvil en el aire, cortando la acción gestual para que de ese modo las cosas volvieran a su más desnuda realidad, a la pura apariencia. Así, todos escuchábamos el viento frío que allá arriba removía las veletas, recordándonos que ese pequeño mundo, que pretendía imitar el universo, no pasaba de ser una contingencia parcial, aunque no antagónica, de lo que cada uno deseaba ardientemente. Me imagino que éste era el sentido de aquel juego denominado Musaraña, romper por una vez la corteza injuriosa de lo real. A lo largo de esas noches, el calor de las altas chimeneas acrecentaba en nosotros algo que yo no

podría llamar intimidad; no hay intimidad en las familias: hay saña y resentimiento. Por eso jugábamos a que éramos otros. Protegidos por aquel calor, mientras la helada nocturna fracturaba la tierra, nosotros constituíamos apenas el reflejo de nuestros personajes. Leon gozaba con borrar su nombre, con dejar de ser el hombre rico que era. Esto lo borraba, abolía el horrendo y deplorable destino de ser alguien que, más allá de toda impostura, pudiera reconocerse, estupefacto, a sí mismo. No era él, sino el reflejo de un ardor, escasamente era lo que alguna vez deseó ser, un fluido hermético y secreto, una intolerable voz que buscaba en las regiones exteriores el asidero de un semblante.

De todos modos, las grandes casas de campo de ese tiempo podían perfectamente albergar estos disturbios de la identidad. Cuando salí de allí y por un tiempo mi nombre Jean de Warni o Juan Guarní sucumbió en un olvido deliberado para llamarme el Chevalier, también adopté una forma de subterfugio que todos respetaron creyendo que así preservaban el sagrado derecho a un anonimato sobre el cual sólo yo podía ser juez. Con el tiempo, ese título se transformó tanto en mi alias como en mi nombre de guerra. La Musaraña constituyó así un mecanismo de embozo al que eché mano a lo largo de toda mi vida. En ese juego inocente se incubó la muerte de muchos seres que amé; sin proponérmelo, en él estaba inscrita la pacificación de la Frontera, esa guerra inútil, más feroz, por menos conocida, que las contiendas de la primera mitad del siglo XX. Sí, reconozco en la Musaraña el légamo en el que se apoyaron las innumerables caracterizaciones de un combatiente que no desdeñó lo horrible mientras éste compuso el diseño del éxito. Todas las formas del oprobio son aceptables si el personaje que las encarna lo merece; pero esto es sólo así si la máscara, o sea, las mil formas que puede revestir un mismo rostro, es capaz de proyectar fuera de sí lo que, por un engaño fundamental de la esencia, podría ser o hacer. La ventaja está en que siempre se quiere, o se hubiera querido, ser otra cosa. Sólo cuando me di cuenta de que el horror de lo que yo quería ser no difería de las nostalgias habituales pude descansar y evitar los reveses de mi primera juventud. Aunque ahora pienso que esos reveses me hicieron ser todo lo que soy, es decir, lo único que soy, es decir, ese único ser conocido más o menos bien que, por eso mismo, puede ser él

y muchos. Desde el ayudante de cocina convertido en héroe popular de los motines de 1848 hasta el piloto personal de S.A.R., pasando por las mil transformaciones del espionaje, la guerra mercenaria de cualquier signo, el servicio de comandos, las misiones especiales por las que, mediante una pequeña fortuna, una vida humana dejaba de tener injerencia en la historia, representan otras tantas mutaciones de mi constante aspiración a usurpar el alma ajena. Lo que me salva de caer en ese terreno grotesco es el hecho de que el disfraz representó para mí un medio de vida, el único posible para un caballero que había renunciado a sus prerrogativas de herencia. Aunque algo me había quedado, algo me llevé al salir de Perier: el aprendizaje de la defensa. El manejo de una arma puede parecer un oficio frívolo cuando se lo envuelve en los vapores apacibles de la vida campestre y de la caza. Pero bajo la despreocupación de nuestra clase ponía en la actividad de afirmarnos en el mundo mediante la eliminación total del adversario —llámeselo becada, perdiz, zorro o jabalí— existía una norma fundamental que deseaba imponer la propia identidad por encima de la de todos los demás. De esta manera, el estudio minucioso de los movimientos del contrario nos lleva a conocer mejor que él mismo su próximo paso, dándonos un sentimiento de poderío que, como herencia, no me vino mal en mi vida futura.

En el preservado recinto de Perier, entre las risotadas de Jeanne —los Lauvergnat de Beaumont han reído siempre e indistintamente como hombres, decía Leon— y las reservas desdeñosas —pero que pasaban como chifladuras de un literato— de M. Albert, en ese clima denso y sin tiempo que se respiraba en toda la casa, yo crecí sin hacerme preguntas sobre mi destino. Este se hallaba trazado y nadie se molestaba en imaginarlo de otra forma. Sólo al final de mi estancia allí supe que si no me planteaba el mundo como un acertijo, cuya explicación era el amor, no se formaría en mí ese sedimento arquetípico de toda moral: la certeza de la vida atroz, corrupta e irreconocible, la realidad de la muerte como unívoca metáfora del mal. Pero esto lo aprendí demasiado tarde, cuando el daño que era capaz de hacer se había convertido en la única garantía de mi supervivencia. En Perier yo era más un esquema que un hombre. Prefiero achacarme este carácter de diseño ideal, no contaminado aún por la pasión y cuya

mayor vehemencia era el aburrimiento. Al menos éste es un sentimiento que se adecua bien con la vida melancólica de las casas de campo, con esas horas prolongadas del crepúsculo cuando aún no se encienden las lámparas y, sobre todo, con los domingos. Yo preferí cultivar una conmovedora autocompasión antes que igualarme a los héroes de ese siglo, más corroídos por la ambición y por las expectativas de un desarrollo que se fraguaba ya por las costuras del tiempo. En este sentido, todo estaba a punto de empezar. Los coches todavía no prescindían de sus troncos y Biarritz no era aún la perla de la Emperatriz, es decir, el nido de truhanes de moda que fue después. Para bien o para mal, sin embargo, creo que no fui demasiado distinto de mis contemporáneos. Hay verdades sobre mí que desconozco o que la memoria por ocio o desidia no consigna. El hecho de que yo haya sido un representante más o menos ideal de mi siglo es algo que no me preocupa. Fui, claro está, miembro de una clase, y hasta que mis actividades marginales no me alejaron de Europa, no renuncié a sus privilegios. Hacerlo me habría parecido una suerte de suicidio. En fin de cuentas, si estoy vivo es gracias a ese temprano cinismo descubierto en mí, palabra a la que no temo pero que hoy prefieren reemplazar por la de materialismo.

Ya no le temo a las palabras. Sé que son lo único que en verdad se transgrede. Libertad, verdad… grandes ejemplos de palabras turbias, con las que he tenido pocas relaciones y muchas reservas, y tras las cuales se encuentran las luchas por la mera seguridad. Lo único que se halla en el fondo del corazón humano es el impulso a perseverar como ser vivo. Los buenos políticos lo saben pero se cuidan de decirlo. Sin haber caído nunca en la tentación de dirigir a los hombres, he construido un sistema personal donde la fuerza representa la única caución de la inteligencia. Yo nací en un mundo revolucionario, acribillado de ideas que movían a los hombres en todas direcciones. Ideas que sólo nacían, cambiaban o morían mediante la fuerza. La fuerza no es una palabra. Esto también lo saben quienes logran gobernar más allá de un lustro. El gobierno ideal, olvidados ya de las grandes falacias de este siglo: la igualdad de los hombres, el gobierno del pueblo y la abolición de las diferencias, es el que puede llevar a cabo ciertas mejoras en el bienestar, en la higiene y, ¿por qué no?, en

la posibilidad de moverse sin cortapisas, de creer lo que se quiera y de amar a quien nos parezca, haciendo cómplices de todo ello a los fuertes. Pero la fuerza es mucho más que un empujón a medianoche o una ejecución sumaria. La superstición también es fuerza, como el talento, la belleza, el dinero y los cargos públicos. Es fuerza la diferencia. Y dudo que ésta sea abolida en un mundo en el que representa, biológicamente, el paradigma supremo de la conducta.

La pequeña guerra entonces, la astucia, el compromiso que posterga por unos minutos la sentencia, tiempo necesario para que el azar intervenga y cambie la suerte. En pocas palabras, ésta es mi representación del mundo. Lo curioso es que nunca me había detenido a pensarlo. Sale aquí, ahora, como la destilación más concentrada de mi experiencia, de ese insondable estupor, de esa mirada que no se reconoce ni en la enfermedad ni en la muerte y que el amor no ha conseguido fijar del todo; esos encuentros, siempre insuficientes, con la evidencia, con su carácter doble, ese estupor ya, ajeno a mí, no yo, ese estupor dejado atrás, como los muros enmohecidos de aquellas solemnes casas lejanas.

Qué inoportunas me parecen estas protestas de principios. Son, como siempre, las excusas que permiten cualquier exceso, igualmente válidas en un sentido que en el otro. Releyéndolas, tengo la impresión de que no se relacionan en nada con mi vida. Como las fatigosas lecciones de retórica de M. Albert en la biblioteca de Perier, tan parecidas a la continuidad de las ondas removidas por la caída de un guijarro en medio del estanque: concéntricas, sucesivas y debilitadas manifestaciones del olvido. Sólo una obstinación cotidiana puede mantener vivas esas disciplinas, el griego, el latín, la filosofía. Nunca pude reconocer en esos tópicos los materiales que estructuraron lo que de verdad soy, aparte quizás algún poema, o la tragedia griega o Shakespeare. Una sola noche de amor, un instante de verdadero miedo, me han enseñado mucho más sobre la realidad que toda la erudición que vanamente intentó inculcarme M. Albert. Los paseos en el tilbury me llevaban a menudo hasta el *manoir* de mis primos Lauvergnat. Con ellos descubrí algunos aspectos del cuerpo ajeno. Encerrados con llave en un desván, sobre unos jergones, nos

entregábamos a alegres desórdenes sexuales. El calor veraniego de la habitación caldeada bajo el tejado permitía el aligeramiento de ropas; los desafíos a emular las dimensiones de cada cual, desencadenaban pronto succiones y gimoteos, en los que los mayores hacían valer sus derechos a ser complacidos por los chicos. Todos, en verdad, nos arrojábamos a un abismo no temido, en el fondo del cual permanecíamos por fin, consumidos por un placer y un sueño sin sueños, aislados de nuevo, desmadejados en el mismo sitio donde nos había sorprendido el espasmo, con los trazos aún vivos del gozo destilando visos ambarinos sobre la piel. Dormíamos apilados y sólo las perlas del sudor permitían apreciar de cerca la diferencia entre esa insensata reunión de cuerpos vivos y un montón de cadáveres.

Si bien estas experiencias tuvieron el valor inmediato de abrir un fruto maduro, no significaron mucho para mí. Ninguno de aquellos fornidos, ruidosos e insaciables campesinos que eran mis primos consiguió alcanzar las peculiaridades de alguien diferenciado del resto, puesto frente a mí como representación de un enigma. El sexo puro es una función que supera en deleite a las otras escatologías, pero que no se convierte por esto en un verdadero paraíso. Debe haber algo más, por lo menos algo distinto, que desencadene todo un sistema de caprichos que a su vez sugieran la extravagante posibilidad de no morir. La posibilidad de no morir debe surgir, naturalmente, de una especie de ocurrencia, de representación descabellada acerca de la naturaleza divina del sexo. En los escasos momentos en que no he vivido bajo el imperio de este antojo, su falta me ha perseguido como un leve escozor sin orillas. Atado a los rostros, a los gestos, he visto huir el mundo bajo mis pies. Durante esos momentos agónicos quise pensar en lo voluptuoso como en un ejercicio respiratorio, como en algo banal como fueron mis primeras iniciaciones, como una purga o una carrera a través del campo. De nada me sirvió. El aire denso y modelado de la embriaguez que precede a la muerte se hacía presente diferenciándose de todo. Nada me arrancaba de allí, ni el conocimiento, ni la sorpresa futura de los días traslúcidos, ni el consuelo de saber que tras ese amor vendrían muchos otros; fuera de ese objeto que se escapaba, todo se volvía incontemplable, no había lente que pudiera aproximarme al mundo. Tampoco la insensata

posibilidad de contar con un destino en el cual pudiera abolir el recuerdo de esas agonías y en el que me encontrara a salvo del acoso, de la derrota y la claudicación, tal como se halla el jovencito en el puerto de La Rochelle, indemne, contemplando con desinterés el trabajo junto a los oscuros transportes que trajeron las máquinas de guerra y que ahora se las llevan convertidas en chatarra. Con una ansiedad que sólo puede explicar la nostalgia, ha bebido cinco pernods sin sentirse borracho. El mozo que lo sirve lo contempla extrañado debido, sobre todo, al aire ausente que tiene. En medio de un equipaje inverosímil en el que se unen baúles antiguos, finas maletas de becerro, peladas y de color irreconocible, bolsas militares de lona y modernos sacos deportivos, el adolescente deja transcurrir la mañana como si con el hecho de llegar hubiera cumplido su objetivo y ya no fuera a ninguna parte. Un límpido sol otoñal cruza el cielo de la bahía y marca el latido cordial del tiempo. La primera niebla de la mañana ha abandonado la superficie del mar, ganando sus alturas sulfurosas y permitiendo ver la flota pesquera que vuelve a puerto, sorteando en silencio los pesados buques de guerra. Hay gaviotas arriba, suspendidas en el aire azulino, inmóviles y casi transparentes.

Pese a que el padre de Leon procedía de Flandes, nuestra forma de vivir y de pensar estaba modelada por los sueños imperiales de Bonaparte. Pero alguna diferencia había entre la vida concebida por Leon y la visión tradicionalista de la familia de mi madre, cuyas mayores aspiraciones consistían en conservar durante el mayor tiempo posible el sentido del humor dentro de su ruina. El imperio de la burguesía era más vehemente respecto de las propiedades. Mientras unos querían mantenerlas en pie recordando las prerrogativas y el lustre de unos títulos apolillados, los otros, mi padre, mi abuelo y eventualmente yo, fuimos condicionados para engrandecer lo que ya teníamos. Mi nacimiento marcó la oportunidad para llevar a cabo estos designios. La intervención francesa en Argelia, conquistada fácilmente para poner orden en un mundo desgarrado por la piratería, permitió la distribución de innumerables concesiones, especialmente vinícolas, que convirtieron a quienes las obtuvieron en personajes que, aunque hablaban el mismo lenguaje y frecuentaban los mismos ambientes que los antiguos notables, comenzaron a opinar respecto de cómo debía ser

el mundo. La riqueza, se dieron cuenta, era un excelente fin en sí mismo. Hasta el rey, no hay que olvidarlo, usaba la bandera de los antiguos insurgentes y no podía decirse que no fuera uno de ellos. El viejo Leon resbalaba por la vida aquejado de asma, debida a la humedad de la Dordogne, tratando de edificar un imperio menos ambicioso pero más seguro que el de muchos de sus contemporáneos, cuya proclividad al fraude representaba un elemento adicional en la carrera hacia la opulencia. Leon prefirió hacer las cosas bien; salvo, quizás, algún insignificante engaño en sus impuestos, se enfrentó al cultivo de los enormes viñedos de Mustafa Supérieure, en los alrededores de Alger, como si se hubiera tratado de un inocente jardín *potager* del que se extrajeran los *primeurs* para el consumo de la mesa familiar. Para eso tenía síndicos, síndicos que podían ahorrarle muchos desplazamientos fatigosos, a una tierra que todavía no poseía los incentivos románticos de la aventura, es decir, la añoranza de la barbarie. Leon sabía que, aparte el calor, las moscas y las posibilidades de la peste, el nuevo territorio no tenía más encanto que las noticias mensuales de sus banqueros. Por eso, la vida en Perier cambió poco después de mi nacimiento. Jeanne hablaba, sin embargo, de los nuevos hábitos de Leon, demasiado aficionado, según ella, a efectuar *voyages d'affaires* a Burdeos, donde parece que mi padre descansaba y se daba el gusto de estar solo en medio del silencio de Benonville, un pabellón rodeado de un parque de cuatro hectáreas a algunos kilómetros de la ciudad a orillas de la Garonne. Sus debilidades deben haber fluctuado entonces entre dormitar la siesta en una profunda poltrona del Club de l'Arc, a dos pasos del Grand Téátre, y visitar a la caída de la tarde a alguna *cocotte* de moda, cosa esta última poco mencionable, dado que para Leon el amor apenas era concebido como desenfreno. Le faltó siempre ese rasgo de genio que impulsa al amante a ser la persona amada, rotundamente se negó a ser alguien verdaderamente distinto fuera ya de las veleidades de la Musaraña. Esto no lo entendía Jeanne, que parecía creer que la identidad de un burgués contenía resortes o puntos de apoyo diferentes de los que estaban dirigidos al lucro. Yo, como mi padre, me encontré con que más allá de las ordinarias prescripciones de la religión, no había más moral que el éxito. Este estipulaba las normas, gobernaba hasta los más sigilosos deseos. El

éxito permitía reconocer fácilmente una acción buena, la cargaba de una inexorabilidad que alejaba toda vacilación, es decir, le otorgaba una existencia vecina a la de los objetos físicos. Nunca olvidaré el temblor de mi padre en vísperas de alguna transacción, el recelo de perder, de morir abrasado en la estrategia del otro, el miedo, en fin, de ser el otro. La transacción exitosa causaba un cambio en el mundo y por eso el que la llevaba a cabo merecía una porción de ser mayor que la que le correspondía a los demás. La misión del hombre no era otra que la de acumular ser, poder, que le permitiera defender una identidad incuestionable. El tener y el ser eran lo mismo, y el poder no agregaba connotaciones nuevas, pues representaba la exterioridad de aquella imprescindible afirmación ontológica. Es la razón por la que he creído siempre que la clase de mi padre era una clase mística, destinada, más allá de cualquier razonamiento contrarrevolucionario, a llevar al mundo en andas en el porvenir. Los hombres como mi padre habían arreglado las cosas de manera tal que el antiguo pensamiento regresivo, simbolizado por los Lauvergnat, no tuviera más opciones en el vertiginoso avance que comenzaba. Las grandes empresas, sólo comparables a los descubrimientos geográficos del siglo XV, debían constituirse en el motor de una nueva selección natural por la cual todo lo residual o lo superfluo perecería. No podría caber la debilidad, ni el titubeo, ni la falta de información; todo estaba controlado por la severidad de un aprendizaje adecuado a un progreso que pedía de nosotros una conducta inequívocamente viril, combativa, la implantación de un dominio de hombres entre hombres y contra hombres.

Cuando conocí a Alexandre, terminé de golpe con estos bellos sueños. O mejor, estuve al borde de comprometer fatalmente todo lo que mi abuelo, mi padre y yo mismo esperábamos de mí. ¿Qué tenía ese mundo para que las cosas se dispusieran al revés de que se me pedía? ¿Qué proceso monstruoso, enfermedad o demencia hizo presa de mí, precisamente en el momento en que yo debía constituirme en el cobrador absoluto de todas las presas? Conocí a Alexandre durante una cacería, justamente durante una cacería, el ejercicio destinado a ser por excelencia el adiestramiento del dominio que luego tendría que

ejercer sobre el conjunto de la realidad. Nuestra supremacía de estrategas se ponía a prueba diariamente frente al ardid de las perdices, los faisanes, a la astucia del zorro o a la velocidad de las torcazas. Con mis primos Lauvergnat batíamos los campos, las viñas y el bosque, armados de rifles o escopetas, cada uno acompañado de un sirviente que nos evitaba el tener que molestarnos en actividades ajenas a la caza misma. No teníamos que cargar el arma, ni ocuparnos de los perros, ni acarrear las piezas, sino dejar que un sirviente se afanara constantemente a nuestro alrededor para así permitirnos una cabal libertad de movimientos. Yo debía concentrarme en la presa, no debía ser ella, sino atraerla a una emboscada en la que se le iba la vida. Nuestro punto de mira, es decir, el destino del ojo, no era otro que un adversario externo, definitivamente real y ausente de reflejos engañosos, dueño de una autonomía y de una libertad de las que dependían, se hubiera dicho, nuestra libertad y nuestra autonomía. El juego se basaba en hacer creer que el animal atentaba contra lo más estimable de nosotros, teníamos que fingir un enfrentamiento cuyo desenlace hubiera podido ser nuestra propia muerte. Pero, repentinamente, una mañana, todos los lineamentos de conducta, el peso presumible y alusivo, absoluto y retórico de la moral jerárquica se desmoronó en mí. La inflexible conducta que debía adoptar, en particular con los objetivos de la caza y en general con el mundo que me rodeaba, se cambió de manera tajante cuando esa mañana conocí a Alexandre, surgió Alexandre de entre la ordenada disposición que hasta ese momento habían tenido las cosas cercanas a mí. Nunca me había preocupado por mirarlas, claro está; eran objetos a la mano de los que me servía sin pensar que pudieran no existir o existir de manera distinta a como yo las necesitaba. La montería se había separado formando un semicírculo que abarcaba toda la vega del río; debíamos avanzar desplegados para que los conejos quedaran atrapados finalmente dentro de una tenaza inexpugnable. Mi sirviente ejecutaba todos y cada uno de los menesteres con una precisión mecánica: recogía las presas, me pasaba una escopeta fresca y artillada, al tiempo que recibía la que había disparado para volver a cargarla. Pero yo no lo miraba, en realidad no lo conocía; por esto digo que aquel día conocí a Alexandre. De súbito, en medio del fragor

y la ansiedad de los disparos que se sucedían, sentí la presencia de alguien perfectamente dibujado, que sonreía y me miraba; a mi lado apareció una sonrisa y una mirada inesperadas; sin darme cuenta, surgió, en el infinito ritmo del azar, esa semisonrisa, el trazo repentino de un rostro, de un pelo ensortijado, de unos ojos transparentes y fríos. No pasó de ser una sonrisa lo que cambió todo mi orden humano, todos los principios, argucias, una salida a la quietud en la que reconocí algo definitivo y horrendo acerca de mi condición. Dejé caer el arma, me desplomé sobre la hierba junto al tronco de un árbol. Ya la emoción de abrirme camino entre los matorrales en busca de la presa se había disipado, quedaba atrás abolida por una sonrisa y una mirada recta como un disparo. Reconocí en mí, no la estatura de la virilidad ni la maña del cazador, sino el error de la víctima. Requerido, averiguado, amenazado, quizás embestido. Todo lo sentí de golpe, en el pecho, en la cabeza, en la imaginación llena de visiones obscenas, asombrado de ver, sí, ver los detalles de un acto que amedrentaría a cualquiera cordura. Permanecí alelado, completamente ajeno a otra cosa que no fueran esas nuevas y horribles voces, a las admoniciones, estupores y espantos que me transitaban y me enfrentaban conmigo por la primera vez. Era incapaz de ordenar las señales y el pulso de esa imprevista alteración del ritmo, debiendo permanecer inmóvil como una manera de ahogarla dentro de mi corazón. Alexandre me miraba, lo sabía, sin verlo sabía que, tumbado y con las piernas abiertas, apoyado en un codo y la sonrisa bailándole en los labios, me miraba. Mis ojos, en cambio, estaban fijos en una zona de mí mismo despoblada hasta entonces, una blanda lejanía reverberante, llena de sol, de una luz aplomada y cenital como un mediodía a quemarropa. Pero sobre todo sentí un sobresalto en las entrañas al sentirme el objeto de esa mirada fija, de esa luz, una suerte de delicia que como un gran viento me arrancaba las ideas de ambición, de lucro, de conquista, de triunfo, tan firmemente atadas a mi ánimo, y las reemplazaba por el desfallecimiento, por el orden de la seducción, una necesidad de arrojarme de vientre contra la tierra, sobre la hierba húmeda, de agrietarme para acoger esa sonrisa, de abrirme y darme vuelta y perderme. Ambicionaba, y lo supe allí de una vez y para siempre, abandonar la partida por adelantado, anticiparme a

cualquiera lucha y ser derrotado antes de combatir. Mirando atónito esa zona luminosa de mi interior, deseé claudicar antes de reconocer ni ver a mi oponente. Con una especie de gozo aborrecible, quise ser abatido, sojuzgado, muerto. Ahora sé que Alexandre era ajeno a lo que me ocurría, es decir, al desbaratamiento, al derrumbe con ruido de cristales rotos, de todo lo que había sido hasta entonces, y que en su simpleza campesina sólo cabía acaso la posibilidad del deleite o el desenfreno, de una inmediata, sana y candorosa convocación del instinto; pero para mí significó mucho más, la abolición de aquello para lo cual estaba en el mundo. No quiero engañar a nadie. No era el amor como forma ondulante y equívoca de la conducta, sino el encuentro con un nuevo orden moral, la desaparición de una máscara que me dejaba el rostro a plena luz, amenazando con calcinarlo.

El problema era cómo salir de allí, cómo moverme o tal vez cómo conjurar ese momento de mi vida sin perder la vida misma si volvía a mirar a Alexandre. Vagamente concebí el proyecto de ponerme de pie y echar a andar de frente. Echando a andar de frente, me dije, encontrarás el campo, los árboles, algún objeto transparente y delicado que pueda pesar poco en la mano, como un alma, cosas amables, sí, árboles, casas, rostros curtidos y seguros que me harán sentir de alguna manera que mi presencia aquí no es azarosa, que es necesaria y deseable, que mi vida no puede reducirse a este anonadamiento anhelado, la pura nada, disminuido a la pura nada, como si el lapso de mi duro aprendizaje, de mi infancia exigente, no hayan bastado para aprehender lo universal y ahora el mundo se transforme en un odioso todo sin detalles. Frente a mí, quedaba esa enorme zona inexplorada, más inmediata y cercana del llanto, más dulce y parecida al calor envolvente de la madre que a la ciega circunspección viril. Pero ya dije que al mismo tiempo temía despertar de ese admirable momento, temía que el panorama tan intenso que estaba contemplando se desvaneciera tan rápidamente como había llegado.

Debido a este temor, me puse torpemente en pie e hice lo que había planeado; caminé derecho, sin volver la cabeza para mirar a Alexandre, tropezando como un autómata en las ramas y hierbas del campo, hasta que dejé bien lejos la zona de caza y volví dando rodeos al castillo. Luego las puertas de mi habitación se cerraron y pude

quedarme a solas con mi experiencia.

Lo escribo para entenderlo, es decir, para diferenciarlo. No, no era el amor, cuya índole es también claudicante aunque no está exenta de identidad. Lo sucedido no era el encuentro con una fuerza discriminatoria que distingue un rostro entre todos, reconociéndolo como algo distinto, para apropiarse de él. Tampoco era la sensación de menoscabo que causa la existencia de una entidad más elevada, cuya perfección se ambiciona porque por una suerte de capricho uno se vuelve imperfecto y el mecanismo de la propia estima se debilita hasta entrar en ese corredor de espejos que lleva a la muerte. No, frente a Alexandre no se trataba de mi muerte, sino de la de aquel que provocaba en mí esa mengua, ese aminoramiento de mi ser mediante el cual pasaba de ser el cazador a ser la presa. Lo que no entendía era mi compulsión a desaparecer en el acto de succionar y recibir la carne entrevista. Contra ella se levantaba mi audacia, mi fuerza de dieciséis años, calibrada como un instrumento. El movimiento pendular de mi razón iba desde la aceptación total de ese cuerpo ajeno hasta los proyectos más descabellados para defenderme y rehusarlo. Este movimiento atravesó la vigilia y el sueño de todo el tiempo que estuve enfermo. La fiebre fue una excusa para la soledad y los cobertores y edredones, las fortificaciones sensibles contra aquellos fantasmas. Soñé, soñé durante el sueño lo que me negaba a aceptar mientras velaba. Las vueltas de mi vida no me otorgarían nunca más la intensidad vivida bajo los efectos nebulosos de la fiebre. Una luz de solsticio, sudorosa y densa como el ópalo, una carne sin piel, expuesta a la intemperie. El mundo comparado con ese instante de mi adolescencia es algo menos que una plaza pública, es un círculo maldito que no pueden romper ni el esmero ni la imaginación. El infinito terrestre es un soplo de nada comparado con las representaciones febriles de aquel tiempo sin horas. Cuerpos, cuerpos deseados como combustible de una pasión atroz; manos que sopesan el sexo bajo el pantalón y recorren la aspereza de la tela que recubre el calzoncillo blanco, el slip estirado a lo largo de la pernera. Jazmín y perla de la piel, sonrisa de nube: es el recuerdo de la visión a hurtadillas de Alexandre echado sobre la hierba. Pero no está echado sobre la hierba: está sobre mí, se balancea sobre mí, me ha embestido

como un coloso vegetal. Las caricias remedan inútilmente lo que cada cual quiere ser, corola, linfa ondulante, crótalo de fuego subiendo por el vientre. Una cintura ha sido abrazada desde atrás y el desenfreno por desvestirse, por buscar el acoplamiento, transforman los segundos en siglos. Entonces Juan, que está delante, se empina suavemente, agarra el ruedo del miembro del otro Juan y guía la punta hacia el seno de su vida común. Durante esos minutos transcurridos entre el haberme obligado a dejar caer mi pantalón y sentirme unido a él, me parece estar en medio de una demolición. El borde elástico y rijoso del calzoncillo y del pantalón me cercan las pantorrillas y parece que nos cercara a ambos, exaltados por la urgente necesidad de configurar una curiosa forma de monstruo que contempla las viñas frente a sí con una insólita unanimidad. Ambos están dirigidos hacia el mismo punto y si Juan no viera la nuca y el pelo del otro Juan se podría decir que los ojos tienen el poder de absorber lo diverso en una sola mirada. Helos ahí, escuchando el intermitente sonido de sifón que los une y los separa, una succión resbaladiza y acelerada. El que sufre los embates ha sacado delicadamente la lengua; el otro ha crispado las manos sobre las caderas de su compañero empinándose más y más, para intentar confundir su corazón erecto con el otro corazón palpitante. El ajuste es húmedo y holgado, es una lengua en una boca tibia, y las acometidas se aceleran hasta llegar a una mengua hierática y convulsiva en la que la lengua o la serpiente escupe o vomita en el fondo de la cripta un fluido caliente, el mismo fluido caliente que rebalsa la cripta y comienza a escurrirme por el interior de los muslos. Hay todavía un instante de muerte en que me veo atrapado por sus manos, luego sólo la separación, el vaciado de una cavidad que nada puede colmar, a no ser que el ciclo recomience encubierto por la penumbra que llena mi habitación. Otros, combinaciones de muchas cualidades imaginadas, se relevan sobre mí. Siento el contacto de los pantalones de tela áspera, amplios, de braguetas largas, que, al alternarse, reinciden en una delicia semejante; el paso de uno a otro es casi inadvertible y el espeso escurrir de cada uno mitiga las diferencias y los portes, produciendo, no el dolor del desgarro, sino el peso opresivo del abrazo, un abrazo distante, limitado al lugar de enlace, a los miembros hendiendo la carne quieta, de la que mana y borbotea un

manantial opalescente. Alexandre se ha desdibujado en una fuga de individuos anónimos entre los cuales surge sin invocarlo uno de los lacayos de Leon, un argelino llamado All, que una vez, creyéndose solo, desenrolló desde dentro del pantalón una especie de tentáculo o trompa y se puso a orinar contra los setos. Desde allí parte otro sueño, una fantasía desatada que lo lleva junto a él y lo obliga a tocarlo, a reemplazar con su mano la mano que sostiene el miembro, ese que miró fascinado, oculto por el seto, fláccido y carnoso, ondulando entre las piernas a la altura de las rodillas. Ese y los otros estructuran un sueño, sueña, que lo llevará a la muerte. La muerte blande sus arietes frente a él, se mueve la piel atrás y adelante, y en el último momento le llena la boca con ellos, colmándosela de simiente, la simiente estalla por el borde de los labios y escurre por la barbilla, le inunda el pecho. Juega a imaginar el sexo de All, laxo, tal como lo vio, colgando frente a él, a su cara, mientras unas manos lo cogen por el pelo obligándolo a rozar delicadamente con los labios el extremo enorme y blando, del cual destilan aún algunas gotas amarillas que él bebe recibiéndolas en la punta de la lengua. Los labios se han cerrado alrededor del extremo, fantaseando con la imposibilidad de abarcar todo el balano, el desmesurado, colosal balano que crece y se empina, se endurece al suave contacto de sus labios, se yergue frente a él, forzándolo a incorporarse, a cambiar a trastabillones su postura arrodillada por otra no menos ignominiosa, inclinada y sumisa sobre el sacrificio. Pero entonces el parque es reemplazado por la tibieza afelpada del cuarto, sobre esta cama. All lo ha tomado, Alí ha ultrajado al heredero de la casa como si fuera una mujer, abriéndose camino mediante descargas sucesivas, resbalando en la misma baba que aporta, barrenando la poca vida que le queda, empujándolo fuera de la vida, esa boa lo ocupa y se adueña del santuario, retorciéndose sobre él, hasta que logra sentir el contacto del vientre tibio rodeándolo. Entonces es Alexandre. Cuando un plañido desgarra mi garganta, es Alexandre que toma el lugar que le corresponde, cuando la muerte cae sobre mí y me convierte en un objeto entre los objetos, un desierto por donde podría pasar eternamente la arena sin prefigurar un particularismo reconocible. La muerte untuosa y repulsiva quedaba sobre mí, la náusea ambarina manchándome el vientre y los bordes de la mano.

La fiebre es densa y sofocante. Es una fiebre vencida, sin clamores, sin dolor, bochornosa y aletargada en los intermitentes ritmos de la noche, del día, del sueño o la vigilia. Aunque tal vez no fuera la fiebre, sino un clima de amenazas, de sombras alargadas que las velas proyectaban sobre las paredes y el techo, el día oscurecido por el follaje del tilo que tapaba mi ventana y conducía mi imaginación en aquel estado de muerte furtiva, de fiebre dulce y sollozante. Una forma se inclina sobre mí, esos restos náufragos, una forma velada que desaparece casi entre las brumas de la habitación: es la sombra de Jeanne, entregada a la dulce ocupación de sufrir, una reina entre sus lutos entelados, dispuesta para una ceremonia más en ese inútil tráfago de ceremonias diarias. Su forma puntual y otras menos banales —sueños de derrota y muerte— poblaron persistentemente el territorio que yo tomaba por mi vida. Y los árboles entreverados, las encinas de Perier y una lenta canción sospechada en el alba y confundida con los últimos sueños, no hicieron más que exacerbar mi carencia de apoyos ciertos, de perpetuo pendular entre la pesadilla y la delicia.

Cuando la fiebre decreció y pude ver las cosas sensibles como cosas y no como estados de ánimo, resolví que, puesto que nada había pasado, podía entregarme al bárbaro oficio de la inocencia. En el amanecer de aquel día oí cerrarse las puertas del infierno. La imagen del espejo era la habitual, serena, un poco pálida, pero sembrada de los rasgos viriles, todavía enternecidos por la juventud, que tenía la mañana de la cacería. Vi cómo el silencio, que antes había estado a punto de sepultarme como una enorme ola de aceite, que el silencio de mi propia muerte, cuya tragedia reside, no tanto en la pérdida de un futuro en el que no se piensa, sino en el puro olvido, en perder la memoria, con sus momentos y rincones, sus fulgurantes ciclos, su perpetuidad, sus cadenas de símbolos, donde las cosas terrestres adquieren un peso, una luz adulterada como la de ese amanecer pegado a los cristales, el alba barrosa y gris que se arrastraba por las frazadas y llegaba hasta mí a través del aire suntuoso, ese silencio, se había alejado dejándome dolorido en el fondo de la cama, intacto, pensé de pronto con regocijo, salvado, sonreí en medio de la inmovilidad vertiginosa de la reflexión. Porque nada me impedía

acceder al consuelo del optimismo. Los espectros de la fiebre se hallaban enredados en la oscuridad que dejaba a mi espalda.

Cuando Jeanne vino a verme, me encontró vestido, muy débil, dictaminó, pero alentado por una cordura de la cual ya todo el mundo dudaba. Sus sobrinos, mis primos Lauvergnat, creyeron que las míticas fiebres cerebrales, célebres en la familia, habían hecho presa de mí. Quisieron verme. Se habían quedado en la casa desde el día de la cacería y, por primera vez, me otorgaban el respeto que infunden los enfermos o los muertos. Me negué porque mi salud corporal no los hacía menos inoportunos. Les hice decir que no los vería, que no cazaría nunca más, que debía trabajar con M. Albert. Durante los días sucesivos no hice otra cosa que encerrarme con él en la biblioteca, buscando entre los libros de pastas opulentas, todos los temas a los que había reducido mi infierno. Quise entender, conocer fuera del ardor del sueño, por qué la muerte puede ser deseada como forma eminente del placer. M. Albert se limitaba a sus labores de archivero, intuyendo acaso que como preceptor no tenía mucho que aportar a mi indagación agitada y secreta. Pero nada encontré que me ayudara. La enciclopedia es una larga concatenación de ignorancias cuando se trata de que las palabras entren en colisión unas con otras. La psicología era una ciencia del alma no encarnada, volátil, en la que la conducta y, por tanto el crimen, estaba ausente. Las leyes se quedaban fuera, pues su objetivo se cumplía al adelantarse o prevenir los hechos o al suceder y castigarlos. Y no aportaban razones: se constituían simplemente en la razón que ni persuade ni explica. En un momento me sorprendí alentándome al pensar en la irresponsabilidad que se deriva de los sueños, sobre los que no tenemos que justificarnos, puesto que nos son impuestos por un dios oscuro y peregrino contra el que sólo cabe la perplejidad. Pero luego recordé a Alexandre y supe que no pertenecía a mi sueño, que era real, que sus miembros, su seducción infernal y su sonrisa concernían al universo del que uno debía dar cuenta y en el que cualquier consuelo como el que quería proporcionarme no pasaba de ser una excusa y un acto de mala fe.

A esta primera reacción dinámica siguieron semanas de abatimiento en las que no salí de mi habitación. No tenía nada físico y por lo tanto no había una clara disculpa que esgrimir. Leon comenzó a

preocuparse, no tanto por su hijo como por su heredero. Preguntó por mis estudios, intentó en vano que lo acompañara a Burdeos en uno de sus viajes, persuadido de que el contacto con sus éxitos produciría en mí un movimiento contrario del, según él, *mal du siècle*. La explicación más inmediata que se dio para mi enfermedad fue que estaba enamorado. Se buscó infructuosamente entre las muchachas conocidas alguna que pudiera ser la causa. Pero ya he dicho que aunque mi dolencia se relacionaba con el amor por el hecho de que tenían en común un objeto humano, no podía identificárselos porque uno, el amor, poseía esa única diferencia que hacía que sus individuos fueran víctimas y victimarios en un solo y mismo movimiento, que cada uno reconociera en sí mismo una carencia que no reconocía en el otro. El amor es el encuentro de dos seres imperfectos que creen mutuamente en las perfecciones del otro, lo que crea en cada cual situaciones sucesivas de desmedro y sobrevaloración. Esta dialéctica no se halla desprovista de violencia porque cuando los amantes imponen su ser lo hacen con una insólita crueldad de la cual gozan mutuamente, uno ejerciéndola, el otro padeciéndola. Sin embargo, lo que a mí me ocurría iba más allá de todo eso. En primer lugar, porque no se trataba de un rostro diferenciado, sino de una indistinta fantasía en la que, a partir del encuentro con Alexandre, coexistían muchos rostros. Luego porque el orden natural del poder se había alterado y el elemento que por índole y, sobre todo, por destino, debía ejercer la acción, cuya finalidad era el disfrute de ésta, no sobre una sola persona, sino en toda la extensión de un universo heredado, es decir, yo, no veía ante sí otro camino que el contrario, la necesidad de postrarse como un siervo o como una mujer ante las voces ajenas. Me miré largamente en el espejo y vi el semblante de siempre, pero ¿qué es la apariencia de un reflejo cuando tal vez detrás de él se oculta, en otros niveles del azogue, el aspecto horrible de una desconocida? Me miré, sí, me examiné, busqué en mí la fuente de esa delicia; en la dura y perfilada contextura de mi cuerpo traté de descubrir la raíz del estímulo que me empujaba al anonadamiento, condición que mis sentidos imponían para echar a andar la fantasía y la consecución del gozo. La visión más recurrente era la de la ejecución: se me ha atado desnudo dando la cara al paredón, es decir, con el rostro y el sexo ocultos, con la

identidad y la fuerza omitidas, inmovilizado y dando la espalda al pelotón; éste se divierte vejándome antes de disparar, uno a uno sacian su voracidad en mí: he ahí el conjunto de disposiciones que debían cumplirse para que la satisfacción, como una vergüenza, se derramara entre mi vientre y la textura porosa del muro.

De esta forma despertaba, rompía el sortilegio, sollozando por considerarme desprovisto de los mecanismos más primarios de los seres vivos. Los seres vivos poseen el instinto atávico de vigilar lo que los amenaza y yo no lo tenía. Yo no tenía la osadía de ejercer la moral que, por nacimiento, debía hacer obedecer con el consentimiento de todas las partes. Tendido en una silla de reposo, en el fondo más oscuro de mi habitación, repasaba los detalles de mi pasado, buscando la trizadura el accidente que me había convertido en ese personaje irreconocible. Por eso concebí el proyecto de esta crónica, para averiguar en los pliegues menos visibles de mi vida las razones que me arrojaron fuera de la órbita trazada, el hecho, la palabra o el sueño que puso en mi ese huevo monstruoso.

Interrogar las tinieblas, cubierto por la manta con que me había abrigado Jeanne, da una pobre idea de la filosofía. Porque en el fondo yo urdía un proyecto ingenuo. Al cabo de un momento de reflexión, las imágenes volvían, las formas conjuradas por el reciente espasmo exigían su sitio: lo resbaladizo, abultado, erguido, la sonrisa de Alexandre, las prendas que ocultaban para insinuar, el peso intolerable bajo el cual moría: era el espacio vasto y luminoso que entreví el día de la caza, una lejanía reverberante, tibia y al abrigo de deberes y riesgos. Voces dulces y mortales me arrastraban fuera de la silla de reposo, hacia zonas mudables como el espacio de un boudoir donde podía duplicarme y duplicar a mi verdugo hasta el infinito. La casa, afuera, resonaba con mil ruidos, pero mi ventana se hallaba oscurecida por los postigos entornados y por la sombra del tilo. Una mirada ajena podría haber señalado la clausura de una vida, anunciando a todos los que esperaban de mí decisiones resueltas que en adelante iba a mostrar la sumisión de un sirviente, que se habían equivocado, que allí no había heredero ni linaje posibles. El crédito, la fe, la autoridad, las había ofrendado a las imágenes que me visitaban, a las espaldas, muslos, a los vientres cóncavos y tensos, a los labios entrecerrados y

flojos que babeaban en el momento en que, a través del conducto común, se producía la eyección del odio dentro de mí. Clavada en mí, el arma dilatada y palpitante y cruel, me silenciaba; ese principio de la palabra, esa raíz germinativa y enorme me dejaba en inferioridad frente al mundo en lucha, frente a las expresivas locuras de mis primos que se servían de ella para penetrar la tierra, para abrir las habitaciones, para dominar los gestos desfallecidos de aquellos y aquellas que, como yo, se limitaban a ser receptáculos de sus iniciativas. Hubiera querido recuperar la inocencia que me había hecho feliz en otro tiempo. Me aferraba con todas mis fuerzas a los recuerdos gratos, tratando de negar y rebocar las formas que me habitaban. Inútilmente. Mis manos crispadas sobre el bulto de la frazada apretaban más y más el centro del dolor, queriendo destruirlo, presiones que no hacían más que recrudecer la sensación abisal de caída dentro de un vacío blanco que terminaba por engullirme en su espacio, inundándome con un magma viscoso y tibio, un chorro intermitente y fugaz que anulaba de golpe los escasos pensamientos que me quedaban.

La inmovilidad a que quería reducir mi espíritu se transformó en una parálisis física de los miembros. No podía desplazarme sin ayuda de la cama a la silla de reposo. Comenzaron las visitas de los médicos que, por supuesto, no encontraron nada, fuera de una depresión, de una evidente voluntad de morir. Esto se correspondía exactamente con la mengua paulatina de mi ánimo: el antifaz debía concordar con la apariencia subyugada de la cara que cubría, era preciso que la humillación y el desprecio estuvieran a la altura de sus nombres. Me imaginé muerto, habiendo arribado al límite de resistencia de la carne, mi sentí disuelto, con mis miembros, mis recuerdos escapando en el aire, libre de ataduras, como un gas translúcido y limpio deambulando por las esferas. Aunque continuaba existiendo: las agujas de Perier, mi antigua vida sinuosa e instintiva, la memoria, en fin, seguían proporcionándome las excusas de la eternidad; pero las voces, el tacto amado, el golpeteo de los cascos sobre la grava del camino, habían desaparecido dejando en su lugar un soplo, el polvo amarillo y corpuscular de la nada. A través de esos interminables días cambió el recuerdo fiel del paisaje, de la bruma que permanece y se arrastra

como un velo después de la tormenta, azulada y tibia, envolviendo los árboles. ¿Cuáles son en realidad los términos de ese momento único? Toda mi vida se decidió allí y terminó por parecerse a la Musaraña. Mi vida, convertida en un remedo, en una mueca, reprodujo, se limitó a reproducir, incesantemente, aquella primera pesadilla original.

Para el adolescente sentado en un bar del puerto de La Rochelle, el recuerdo de la fiebre lo hace revivir la fiesta de la muerte, de la que uno da y pesa sobre el corazón, y de la que se recibe en pequeñas dosis, como un veneno tenuemente eficaz. Mil muertes repetidas, mil ademanes de morir, mil memorias en una memoria, vagando dispersas en su mirada febril y embriagada, nublada por el pernod. La tarde ha transcurrido lenta, con la intermitencia de la luz a veces diáfana, a veces opaca de la borrachera. Pero a los ojos del camarero que lo observa, su apariencia es reconcentrada y desdeñosa, fija más allá del movimiento incesante del puerto. Como si escuchara una melodía en el fondo de sus recuerdos, una melodía que vuelve sin parar, presente y vibrando en nuestra alma común, envuelto por la atmósfera tibia de comienzos de otoño, vuelvo a pensar en los árboles de Perier y en su adversario más feroz: el mar. El mar como un laberinto infinito y acuoso, sólo comparable en su infinitud con la maraña del rostro, con los grados del coraje o el reparto antojadizo de la hermosura. El mar es azaroso a la vez que inmutable, pienso; así es mi vida, imprevista y única al mismo tiempo, un perfume exhalado por vapores nauseabundos. Entre todas las cosas controladas ya por la experiencia, por la previsión que otorga el haber vivido momentos iguales, hay algo que este muchacho no posee: no posee la añoranza de un futuro en el que el error esté desechado. Pese a su juventud, sabe que debe contar con él, que los escasos temas de la vida engendran infinitas combinaciones irrepetibles. Esto lo sabe con un conocimiento que la técnica no ha puesto en desuso. Ya la voracidad no tiene su naturaleza carnal y tenebrosa. Sabe cómo enfrentar el mundo en este nuevo comienzo, condenado a retomar los hilos desde el origen. Sí, ya no hay dolor. El vino, el tacto rugoso de un árbol, la visión fugaz de un semblante que seguramente podría cambiar toda su vida, no le producen la desdicha intolerable de antes. Puede esperar, permitir que

transcurra este día soleado y lento, tan lento como la brisa que removía pausadamente el follaje de los molles en el verano. Es tan extraño el acontecimiento que pretende averiguar, tan alejado de este presente puro, ese año de 1847 es tan ajeno a la apariencia moderna de este muchacho vivo, vestido con unos desaprensivos y gastados blue-jeans, que igualmente podría tratarse de dos vidas, que yo no sea él, que yo no sea yo, que me haya limitado a encarnar su memoria para recuperar una identidad perdida en la periferia de Perier, lejos de mi lugar de origen, entre gentes extrañas, soldados, indígenas, tropas en pie de guerra, militares que, como el Príncipe, danzan el baile de la muerte. ¡Quién puede saberlo! Pero el pasado reciente, las guerras, mi vida aventurera y mis encuentros con la muerte son menos contemporáneos que 1847. El verdadero presente es aquél. Sólo el Perier de pasillos oscuros, de confusos y polvorientos salones, de lentas veladas y más lentas soledades, es auténticamente moderno. En él se junta lo disperso, lo que nos separó, lo que está oculto bajo la hierba que cubre las tumbas o diseminado entre el polvo óseo de la fosa común del mausoleo. Morir se convierte en un gesto más, pero la memoria, ¡ah!, la memoria se levanta y muere de nuevo, reincide en el pasmo de la agonía, en el aire insuficiente que distorsiona los perfiles del dosel, un zumbido agudo apoderándose de los conductos de la cabeza. Y no sólo el morir, también el cansancio, la decrepitud o el anonimato. Aquella casa reinante viajó al exilio, los polvorosos caballeros, las princesas apolilladas, iniciaron ese viaje en cortejo, como si el morir fuera una ceremonia más. Siento el vértigo, el olor a moho y sudor que nos une en un abrazo asfixiante y sexual. Nos poseemos los unos a los otros, sin distinguir el odio o el amor, juntos debemos recuperar todos y cada uno de nuestros nombres a través de esta enorme vergüenza. Jeanne gime entre los cortinajes, mi madre desciende del retrato para ser violada por los personajes que visitaron mi cuarto hace un momento, se deja embestir aburrida y con el pelo caído, apoyada en el borde del diván de palo de rosa. Tiene una sombra del gesto que ponía en las mañanas en que la acompañaba al gallinero, cuando ella juzgaba que había llegado el momento de recoger los huevos «después del primer cacareo y antes de la visita del zorro». Me colgaba de ese brazo robusto, reteniendo sin pensar el

diseño de los lugares que me perseguirían afanosamente en los años sucesivos. Zapatones, medias de lana, abrigo con *cachenez* enrollado en la cabeza, gorro de piel hasta los ojos. Salíamos por la puerta de servicio desde la cocina, que quedaba en un nivel de semisótano, y accedíamos al parque por una pequeña escalinata bordeada de hiedra. Esa ala de servicios estaba discretamente disimulada por arbustos y setos, por grupos de abedules y coigües. Por hortensias. En la cartera de documentos del muchacho hay una foto en la que mi madre y yo estamos dentro del *poulailler* con la puerta abierta. Jeanne me sujeta por los hombros. Yo tengo seis años. Ella, mi madre, se halla colocada detrás de mí y parece hacerme una imposición de manos. La reja del gallinero es simple, compuesta por lanzas paralelas, aunque la pequeña puerta de hierro está coronada por un diseño simétrico: parte formando una diminuta arcada que enlaza con otra en sentido contrario; después sube y se enrosca en una caprichosa voluta sideral; justo al medio se eleva el penacho de una flor de lis rematada por una fina aguja. Las bondades de la simetría permiten describir el resto recorriendo el mismo camino en sentido opuesto. Jeanne parece imitar con la lengua y el paladar el curioso sonido de las gallinas. Felizmente, la puerta está abierta y deja que nos veamos sin la deformación de la malla de alambre que impide a las aves pasar a través de la reja. Más que un gallinero, desde la distancia parece un pabellón de té. Tiene un cuerpo fino de dos pisos, mitad de ladrillo, mitad de mampostería, con techo de cuatro aguas de tejas planas, terminado en punta con una veleta. Al medio de cada paño del tejado hay un tragaluz que imita el estilo de las mansardas del cuerpo principal de la casa. A lo largo del alero corre una ingrávida blonda de madera calada que le otorga a la estructura la liviandad de una pagoda. Mi madre y yo estamos muy centrados en la composición; algunas gallinas picotean el suelo y otras están erguidas, mirando el objetivo. Por la izquierda no se distinguen detalles: una falla de fijador ha enmohecido los bordes de la foto…

Jeanne Lauvergnat de Beaumont, princesa antigua y socarrona, campesina de gestos amplios y risa varonil, te invoco en este instante como una sombra sin carne, no como la ampulosa matrona que eras, para imitar los gestos comunes de la impaciencia y el temor. Te veo en ese ademán convocado, sentada en el borde del gallinero, con las

piernas separadas, echándome a la cara los terribles efluvios de la imaginación, me veo remover el tráfago de ropas inútiles que dejan la carne sonrosada a la vista. Ese ademán atravesaría la longitud de los tiempos para yacer aquí, junto a otras sombras agrupadas, para dirimir los sueños simultáneos, aspirados en el gemir tuyo entre los cortinajes, despojada de tus velos, de tu peinado alto, vencida por las mismas leyes que me vencieron y condenaron a la ausencia de paz, a esta tremenda lucidez sin reposo. Todos están aquí, todos llevan consigo su juego de máscaras. La terquedad de Leon, la dulzura de Leon, el corazón de Leon que suena como vejiga vacía. Los pasos nocturnos, a hurtadillas, ¿adónde iban?, ¿qué representaba el desfile de luces que pasaba constantemente por debajo de mi puerta? La vigilia no es sólo patrimonio de los adultos. Un niño también puede contemplar abismado la noche, abrazado a su almohadón, puede interrogarse, desear, puede no dormir. También es posible que esas noches plagadas de voces y luces y suspiros se transformen en un crisol de venganza por todo lo rehusado, omitido, oculto. Esa vida al margen que se llama infancia y que muchos osan llamar paraíso perdido, ese limbo, hecho de nebulosas y bochornos, no es más que la precaria antesala de una madurez en la que el insomnio se vuelve una dimensión, una raíz, de la metafísica. El insomnio de un niño no es ni eso: apenas el resultado de una turbia incertidumbre; la imposibilidad de dormir no viene de la inminencia de la muerte ni de los grandes misterios que nunca descifraremos, esos que domina el azar y no una ciencia inmutable como la que rige a las esferas o al cálculo, sino del aburrimiento o el entusiasmo, la mezquindad o la perfidia. La subestimación de la infancia en general y de la mía en particular me incapacita para otorgarle a esta narración el carácter de crónica familiar. Si fuera así, me sentiría inclinado a mitificar los objetos y personajes de ese período, a subrayar, como si se tratara de individuos peyorativos, los rasgos insólitos o divertidos de Leon, Jeanne, M. Albert o Alexandre. En cambio, lo que me queda de ellos es un esquema erróneo, fruto más de la divagación que del recuerdo. Los libros, caballos y árboles, las ociosas contemplaciones del mundo sensible prepararán, claro está, el futuro. Pero es ingenuo pensar que alguna previsión pueda ponernos en guardia contra la suntuosidad, miseria o burla del porvenir. Hay

una elección radical que inventa y finge, común a toda literatura, de la que creo no poder escapar. El anhelo de innovación no entra en mis planes. Caeré inevitablemente en lugares comunes, en acotaciones fastidiosas, en las digresiones aburridas de una vida cuya única particularidad reside en el hecho de haber sido mía. Sombreros, quitasoles de Jeanne, siestas letárgicas en las galerías de Perier, trajes oscuros de los caballeros en invierno o blancos y almidonados en verano, forman parte de una mezcolanza que no me atrevería a denominar vida familiar. A veces me dejaba arrastrar por mi niñera por los corredores fríos, traspasando puertas y vestíbulos, sin poder imaginar la razón de continuidad de una y otra habitación, sin relacionarlas además con el diseño de las fachadas y techumbres de la casa. De no mediar la fotografía, sería imposible recordar el pozo que corrompía la nobleza del patio adoquinado. Desde ese patio partían todos los senderos que recorrían el parque, senderos bifurcados hacia las cuadras, el bosque, la glorieta y el estanque, que eludían, precisando, la figura hierática de Diana. Caminando por ellos se tenía la impresión de haber sido tragado por una enorme bestia verde: la atmósfera húmeda y sombría del parque, sin cielo, sin horizonte. Fuera de la reja y de la puerta de hierro, la intemperie recobraba su bóveda y el horizonte su línea perpendicular al sol. Las viñas uniformaban la visión. Sólo el color era real: las nubes de ópalo encimadas sobre los ojos, algunas desgarraduras lívidas del cielo, el manto monocromo, de liquen, de las viñas. Sí, los caballeros observan el tejado, previniendo las goteras de las lluvias de otoño, caballeros que pueden haber sido o no el mismo Leon con distintos trajes, pues la niebla ponzoñosa de la infancia realiza una perversa generalización mediante la cual muchos hombres subsisten en un hombre o, lo que es peor, hace que ese hombre sea todos los hombres y que la paradoja se deba al destino que quiere que cada uno exista como el reflejo opuesto de sí mismo. La carne se renueva y la sonrisa de hoy imita como una mueca el mismo gesto y la misma intención. En cuarenta y ocho horas besamos otros labios, penetramos un nuevo corazón que no está obligado a sostener las promesas de la víspera. Ni yo ni ninguno de los otros grotescos vaciados de mi imaginación, llegan a constituirse por tanto en referencias fieles para esta crónica. Perier es el único marco, el lugar,

digamos, de los héroes. No la infancia, cuya comarca es estrecha y divagante, presa de una desorganización espacial que caotiza la realidad separándola en parcelas inconexas: ventanas irreconocibles, trozos de arquitectura difíciles de insertar en una edificación real, sonrisas u olores, todo desfigurado por la inmediatez del bienestar o el dolor, de una carne inhabilitada incluso para imaginarse a sí misma como carne. Aunque la persistencia de la luz o los paseos al atardecer con mi niñera, la contemplación perpleja de los retratos de los antepasados, constituyen una parte de mi propio engaño. Sin embargo, insisto en que con las heladas y dispersas sensaciones de la niñez no podría reconstruir el mundo de Perier. De no mediar la figura de Alexandre, por la que pasan todas las formas y detalles de aquella casa, no podría aglutinar mis emociones ni dar cuenta de mis recuerdos. Sólo él me dirige hacia la aprehensión de mis primeros años en una hipóstasis abordable y total.

Durante mi encierro viví tan intensamente las expectativas del contacto con un cuerpo ajeno, que incluso la fiebre, la debilidad y el rechazo que me causaron, dejándome paralizado en el fondo de mi habitación, se me antojaron como partes de aquella sutil y subterránea alegría. El sabor anticipado de lo desconocido me llegaba en oleadas desde la sonrisa de Alexandre, de haberlo visto de súbito, nítido en medio del campo, imaginando sus movimientos lentos y cálidos al envolverme. Alexandre se había transformado hasta adquirir rasgos enormes. Con frecuencia debía reflexionar sobre sus verdaderas propiedades, reducirlo a sus dimensiones propias. Pero para esto era preciso echar mano de la imaginación. Para dibujarlo en su marco real debía esforzarme en recordar que era poco más o menos de mi estatura y de mi edad, que en fin era un muchacho campesino, uno de los tantos encargados de que la cacería no tuviera para nosotros más que un solo objetivo: la muerte de la presa, la muerte que testificaría nuestra supremacía absoluta sobre ella. El empecinamiento en otorgarle cualidades que Alexandre no poseía, tenía que ver seguramente con el determinamiento hallado en mi carácter. Muchas veces estuve a punto de salir de allí, de renunciar a la parálisis de mis miembros, a los baños que Jeanne me hacía tomar tres veces al día,

para reivindicar unos derechos que nadie cuestionaba y que sólo yo quería perder. Pero el empuje necesario para llevarlo a cabo cedía de inmediato. Por la ventana cerrada se precipitaba la multitud de personajes, los rostros grotescos siempre teñidos de algún atributo de Alexandre: los ojos, la sonrisa, los pómulos altos, las cejas empinadas sobre la frente. Una y otra vez claudicaba ante esas visitas estruendosas. Permanecía inerme ante el atropello, revolcándome en la silla, aceptando las mil posturas que ellos me obligaban a adoptar. La penetración me reducía a una forma instrumental, a un objeto de uso. La muchedumbre de brazos, hombros, espaldas caía sobre mí, las armas me atravesaban y era delicioso imaginarme como el alimento que apaciguaba un hambre. Tras un desfallecimiento momentáneo venía un nuevo ataque, otra arma, nuevas convulsiones y gemidos, y por encima de todo, la impiedad, que me dejaba dispuesto para el fin y para el alivio.

Este estado de ánimo se repitió alternativamente toda vez que me enfrenté a la realidad de morir. Las turbas enloquecidas de las noches de Perier, durante mi adolescencia, se repitieron simétricamente en la guerra de la Frontera, cuando éramos sorprendidos en medio del sueño por las vociferantes bandas de indios, por los hermanos, padres o hijos de aquellos que nosotros habíamos exterminado durante el día. Yo veía volar nuestra tienda por los aires, dejándonos desnudos en la oscuridad, buscando a ciegas nuestras armas, a ciegas encontrándolas y a ciegas disparando sobre esas sombras de muslos, de pechos, de rostros crispados, tratando de establecer un espacio de fuego a nuestro alrededor en el que poder hacernos fuertes. La misma impresión de oleada, de repetición infinita, la misma excitación en aumento. Mientras más cercano estaba el peligro, el golpe de machete o la punta de la lanza, mayor era el disfrute y mejor la eficacia de la puntería. El hecho mismo de matar no agregaba ningún pormenor al placer: tenía que hacerlo a pesar mío, pues en ello se me iba la vida. Para que los estímulos y el arrebato funcionasen, bastaba con que el ataque me pusiera al borde de la muerte y que, sobre todo, fuera reincidente, que los asaltos se sucedieran sin cesar, que los pechos desnudos, las piernas arqueadas sobre los caballos y los vientres cóncavos, se me echaran encima una y otra vez, dispuestos a ajustarme las cuentas. Mis

disparos los sorprendían muchas veces en el gesto final de rematarme, en ese instante hecho de nada que separaba sus vidas de la mía y que sólo la rapidez de mi réplica podía dirimir.

La guerra de la Frontera me convirtió en un hombre rico. Aunque no era la riqueza el fin que perseguí participando en todas sus campañas durante más de diez años. Puede adivinarse fácilmente que lo que me llevó a mezclarme con una de las realidades más despiadadas de la barbarie no fue ni el lucro ni la crueldad. Baste con decir que recibíamos treinta centavos de oro por cabeza de indio y que al cabo de diez años se logró la paz y me hice rico. Nunca más se repitieron, eso sí, las inefables razones de la venganza, esas noches límpidas del verano austral en las que permanentemente aguardábamos la muerte. La planicie con su geografía indistinta había borrado lentamente los contornos de Perier. Cada día que pasaba me convertía en alguien menos parecido al diseño original, un semblante más con un nombre de guerra, el Chevalier, que no me diferenciaba demasiado de mis compañeros. Mis compañeros y yo estábamos unidos por un mutuo desdén en conocer nuestras vidas. Estábamos militarizados, lo que finalmente convertía nuestras acciones en la expresión de una ley. Estábamos respaldados por la razón. Bastaba con aceptar un vago principio de autoridad para que las menudas prevenciones que podía albergar cada cual se mudaran en motivos de justicia. Por lo menos, yo conocía bien ese mundo. Nadie como yo estaba preparado para aceptar la jerarquía de un orden cuyos elementos, rebotando de unos en otros, producían una energía muy superior a la esperada de su simple adición. Yo había sido adiestrado para ejercer la autoridad. Así pues, estaba capacitado para respetarla. Y el acatamiento era, en fin de cuentas, la zona ‘oscura de la fuerza que me interesaba. Dominar o ser dominado son facetas de una misma delicia, y mientras no se establezca que el dolor es un estadio inferior de la existencia debemos aceptar su idéntica jerarquía frente a las opciones de la dicha.

Todo se confunde. La luz cambia. Las estaciones bajo los castaños y las hayas se mezclan con la edad de los años, conjugando las largas comitivas de rostros, los Leones, Jeannes, los M. Alberts inclinados sobre un manuscrito, prestos a interpretar las apretadas abreviaturas de un copista, los sucesivos Alexandres. Y Juan, el otro Juan. Figuras

tendidas y disueltas por la penumbra del amanecer, antes de la partida. Besos como catástrofes, cariátides divinas prohibidas a los labios, incesante marea de ascuas en las que danzan los ondulantes objetos del amor. Pies emponzoñados por la ruta del mar, besados a hurtadillas, sexos y cinturas. Me muevo en un agua sin detalles, recuerdo el derrotero marítimo, la ausencia, el expirar solitario de un soldado que no encontró a su amada. Recuerdo la muerte, sobre todo la muerte que desbarata los pacientes planes del guerrero. Esas voces apagadas, inmunes al presagio, que no vuelven ni se acercan a la puerta de la casa donde vivieron. Juan, Juan. Su rostro se deshizo en la explosión del alba, anunció el reino prolijo de la memoria, una condena que desprecia los oráculos e inicia la acompasada majestad del rito: la inclinación de la cabeza, la ofrenda del mirto y el laurel, quemados sobre la piedra. Es el precio del sacrificio. Cuando me pregunten quién soy, cuando el fastidio de los necios se me haga intolerable, entonces bajaré hasta el sarcófago y leeré la inscripción, podré tomarla con las manos juntas, como si fuera agua o arena, y acercarla a sus rostros para que huelan el bálsamo corrupto de los gestos antiguos. Me he aproximado a él, tirado en medio del camino, he aspirado su muerte, ese olor a alma que aún tiene, y le he deslizado una moneda entre los labios. El alba fría y carbónica petrifica su rostro asolado, los ojos han abandonado las órbitas y la sangre ha encontrado canales en la cabeza abierta que baja inundándole la bóveda del pecho, arrastrando sus escasos recuerdos de diecisiete años hacia la cloaca del olvido. Ya está ahí, tendido exhausto, para que yo lo mire, para indagar, en los cortos instantes que aún respetan su carroña, esta edad final, este tiempo sin él, los encuentros cotidianos que cuando estaba vivo podían pertenecer al azar y que ahora son lo único que queda de la eternidad. La moneda se ha movido anquilosada entre los dientes, adoptando la postura definitiva en que la encontrará el dios, bañada con la sangre, la saliva y la esperma, con el hollín que intercambiamos durante los últimos cuatro años, los cuatro años que duran todavía equilibrados en la punta de este instante que el viento de la soledad disipa ya en el aire delgado del alba. Ya no hay más que el nombre de su nombre, el superfluo memorial de sus gestos, de sus abrazos, el redondo discurrir de su poder en mi pecho. El príncipe de

nácar baja a la tumba. Un momento aún y la mañana veraniega, de azufre y fuego, se filtra por los huecos de la caverna, golpea la mascarilla de oro que cubre el rostro desfigurado, encendiendo un último fuego en sus ojos fríos.

A los dos meses justos del incidente de la cacería, Leon entró en mi cuarto para disponer que debía venir al comedor aunque fuera en brazos de un criado. Recuerdo que no llamó a la puerta y que supe que era él antes de ver su figura recortada en el umbral a contraluz. Supe que era él, pues sólo su calidad de amo lo eximía de unas maneras que, en verdad, nunca cultivó en demasía. Venía de frac, llevando una copa de champagne en la mano, achispado y pretendiendo transmitirme su entusiasmo. Tengo invitados, dijo, y preguntan por ti. Creo que es el mejor momento para terminar con este gracioso fraude. He hablado con los médicos. Me miró desde lo alto de su brillante figura sin que yo hiciera el menor amago de pasión y se sentó frente a mí en una butaca. Leon creyó que sentándose frente a mí, en esa butaca de felpa y oro, podía tal vez restarle importancia a un asunto, según él, bastante común en los muchachos de mi edad. Sentándose en la butaca, frente a mí, con esa sonrisa de aplomo en los labios, pretendía mitigar un sobresalto serio, que lo preocupaba más allá de esa sonrisa. Se han equivocado de diagnóstico, le dije; si quiero, padre, puedo levantarme, puedo proseguir los desenfadados ejercicios que me corresponden, puedo hacer como si no me estuviera ocurriendo ninguna agonía y en todas partes se respirara el aire de clamor que traes contigo, ese éxito sin nubes con el que pretendes dar una respuesta, no sólo a tus venerables problemas, sino también a los míos. No quiero decir que seas viejo, pero superas en edad a todas las revoluciones de los últimos tiempos. Te confieso que yo, preservado por tus cuidados y por las rejas altas de esta casa, no he tenido la ocasión de probar el valor de un mundo que apenas conozco. No me refiero a tus viajes de negocios, a tus invitaciones para acompañarte a Burdeos, ni siquiera para conocer las transacciones del mercado de Bergerac. Es algo más. No quiero conocer las menudencias de las ferias locales, ni la colocación del vino, ni la manera como mis primos Lauvergnat cultivan el campo con sus propias manos. Quiero conocer

lo que está detrás de eso: he decidido, le dije, viendo cómo sus rasgos afilados pasaban del sonrojo a una sonrisa satisfecha, conocer los detalles, las razones, las leyes que nos hacen honorables y si de eso se extrae algún placer, aparte de la abundancia. Estas semanas solitarias no han querido inquietarte, padre amado, pero es que he descubierto que los orígenes de la caza y de la autoridad poseen propiedades que no comprendo del todo. Hay algo secreto en el hecho de dominar y de ser dominado. El hecho de dominar o su contrario deben provocar un placer que no se aclara del todo en mi cabeza. La docilidad del sometido ¿se debe sólo a una disposición del que lo somete? ¿No hay también un consentimiento previo aparejado a un goce secreto? Más allá de cualquiera rebeldía, ¿no hay una justificada sumisión en los ojos que aman y se deleitan permaneciendo bajos? Debe sorprenderte que mi retiro se haya consumido en estos problemas, ajenos, es verdad, a lo que tú esperas de mí. Pero ¿hay algo que sea ajeno, por muy insignificante que parezca, a lo que tú esperas de mí, es decir, al orden que debe imperar en los negocios? Al fin, ¿no se reduce todo a aquello que los engrandece o los arruina? En estas largas jornadas de silencio he descubierto que mi apredizaje —hablo de las aburridas lecciones de M. Albert, de las declinaciones que comienzan a desvanecerse en mi cabeza, de los libros de historia que no contienen nada del entusiasmo que llevó a los hombres a hacer lo que hicieron— se me ha escamoteado, que, sin darme cuenta, he pasado por encima de lo más esencial. No me he detenido nunca en lo importante, creyendo que después de ti todo iba a continuar como antes, como ahora, cuando tu previsión y tu poder me protegen. Leon dejó su copa sobre la mesilla al lado de la butaca. La sonrisa se le había ido transformando en una mueca crispada para terminar relajándose en las lágrimas, en lágrimas calientes que mojaban y reblandecían la pechera alba de su frac. La sorpresa y el estupor estaban desfigurados por esas lágrimas y yo no sabía si se debían a un alivio inmenso al comprobar que no se trataba de una enfermedad o al orgullo que le causaban mis insólitas preocupaciones. Nada de lo que he aprendido, proseguí, podrá ayudarme a reemplazarte. Soy como un niño desarmado e inhábil, mal dispuesto para tomar tu relevo. Si quieres, puedo reprocharte el no haberme adiestrado en la inclemencia, el haberme

permitido gozar del esparcimiento de este mundo sin enseñarme los motivos que lo hacían tan grato. Nunca me había preocupado el hecho de contar con los sirvientes, con el resguardo de estos muros, con las livianas y despreocupadas atenciones que nos ofrecen los monteros cuando vamos de caza. La presencia de los monteros a nuestro lado, facilitándonos todas las labores que no tienen que ver con el estricto fin de la caza, me ha hecho reflexionar sobre asuntos que tienen tanto que ver con ellos como conmigo. ¿Trazan tal vez un oculto proyecto de venganza?, ¿pretenden someternos al menor signo de flaqueza? En fin, ¿quieren reducirnos a la nada, resarcirse de todo lo que los aplasta aplastándonos entre sus oscuros, potentes y soeces brazos o, al contrario, necesitan nuestro poder, nuestro desdén, aman nuestro menosprecio? Yo no lo sé. Ni tú puedes saberlo porque durante la revolución, entre los años 80 y 96, mi abuelo se llevó la familia a Inglaterra. Tú no lo sabes y has vivido el idilio de estos años inciertos sin conocer de verdad lo que gobierna y condiciona su curso. Pero yo quiero saberlo, adentrarme en su oscuro subsuelo, quiero descifrar ese rostro que aún tiene rasgos y ejercer el mando desde dentro, desde el corazón de su ley. ¿No te parece bien? ¿No crees que es una buena idea? Leon no se limitó a llorar y a mirarme por entre la careta de sus lágrimas. Se levantó y, viniendo hacia mí, me abrazó, me estrechó contra la pechera húmeda. Noté la repugnancia que me causaba ese contacto, poco dado como era a los manoseos masculinos, y permanecí inmóvil y frío como un trazo, tolerando su impertinente efusión en nombre de la calma futura y de una soledad indispensable. Revolviéndome el pelo, preguntó: ¿no quieres bajar con nosotros al salón? No, le contesté; todavía debo preguntarme muchas cosas, pero te prometo que pronto comenzaré una vida normal.

Fuera ya de las excusas que encerraban estas palabras, mi confesión —ajustada perfectamente a la verdad— hizo las veces de un bálsamo sobre las recientes heridas. Siempre me ha interesado el extraño gozo de la reconciliación. El sentirse aparentemente lavado de culpa, integrado al orden, formando parte del conjunto de los bienaventurados, de ese centro que nos defiende con sus enormes multitudes de quedar marginados y distantes de la gracia, es un sentimiento tan bello como monstruoso, pues, por una parte, nos

reconcilia con los elegidos y, por otra, nos obliga a suponer que nuestros más secretos pensamientos pueden ser compartidos por alguien. Felizmente es un sentimiento pasajero, pero de una intensidad tal que la superchería no puede empañar. Por un instante se saborea el sueño de pertenecer a la gente que detenta la razón. Pero esos escasos momentos de concordia, de paz interior, no me empujaron nunca a afiliarme a clubes o grupos en los que todo lo que se gana con el sosiego se pierde con la inexcusable unanimidad. Yo he obedecido, claro está, y he obedecido sabiéndolo, pero nunca sin una secreta repugnancia y mediante el consuelo de remuneraciones importantes.

Desde mi cuarto escuché la alegría del salón, el festejo que parecía celebrar la vuelta del hijo pródigo. Era una noche de abril, húmeda y ventosa. Una habitual noche girondina. Me figuré con nostalgia el campo y los lugares no visitados durante ese tiempo. La primera impresión de pureza y vindicación daba paso a una intensa curiosidad por los sitios que me había negado; me los imaginé mucho más resplandecientes por haber estado lejos de ellos. Los charcos del sendero bordeado de fresnos bajo el cielo encapotado; el humo invisible de las chimeneas huyendo por el aire fino. ¿Qué relación había entre la inocencia de esos lugares y los insensatos anhelos de morir que me habían torturado? En la actualidad puedo decir que toda ocurrencia de redención no sirve más que para evitar los progresos de la locura. Pero en la primera juventud es difícil sobrellevar la certeza de que no hay escapatoria para la pasión y que si, a los dieciséis años, pude creer por un instante en la remisión o escamoteo de ella, se debió al golpe brutal que produjo el deseo en un terreno virgen. La paz, la paz... escuchaba el rumor del salón en medio de la paz, convencido de que los espectros brutales que me habían asaltado tenían que ver finalmente con un mal orgánico. Eché hacia atrás las mantas y traté de ponerme de pie. Sujetándome en el respaldo de la butaca quise dar un paso hacia la cama y me desplomé sobre la alfombra. Me arrastré hasta que pude levantarme de nuevo y de nuevo lo intenté. Las piernas me flaqueaban, la cabeza me daba vueltas, pero al cabo de dos tentativas me vi, derecho, empapado en sudor pero de pie, enfrentado a mi imagen y tratando de distinguir en ella las marcas de la usura y no la corrosión neblinosa del espejo. Después de un rato pude llegar a

la ventana. Apagué la lámpara y abrí los postigos. Los candiles del patio estaban encendidos y por las ventanas del salón salía el resplandor de lustros y candelabros. Desde allí las risas eran apagadas. No me llegaban desde abajo, a través de los pasillos, sino amortiguadas por el terciopelo de la noche; una noche, al contrario de lo que había pensado, quieta y despejada, refulgiendo de luz lunar, contaminada por la conversación de los cocheros que esperaban pacientemente a sus amos. Es decir, que igual como me había equivocado respecto de mis estados de ánimo, la representación de aquella noche había sido también un trayecto interior, una deslucida ocurrencia que se unía con mis fantasías y desórdenes. El aire estaba detenido en el aire, pues el viento que había oído antes, que había visto arrastrando veloz el humo de las chimeneas, o se había detenido de pronto o nunca había existido. El rumor de las voces se dividía cada vez más, ya podía distinguir las palabras y también, a medida que mis ojos se acostumbraban a la penumbra del patio, los contornos iluminados sombríos de la casa. La llama de los candiles colgados de los muros, tamizada por los tubos esmerilados, permitía diferenciar perfectamente el espacio manchado por la luna. Paulatinamente aparecían los objetos, el pozo, el perfil de los coches estacionados, el lomaje del césped y el boceto oscuro de los árboles. Abrí las ventanas y un soplo tibio como aliento removió el vaho enfermizo y enrarecido del cuarto. Sentí que respiraba por la primera vez; me pareció como si las manos que me estrangulaban hubieran aflojado la presión y un hilo de aire se hubiera deslizado dentro del espacio anóxico del pecho. Recuperaba la paz mediante el latido rítmico del campo. Hacia la derecha, en el ala perpendicular a mi ventana, la visión se hallaba mitigada por la enorme sombra de la luna, situada encima de los techos, diáfana e inmóvil, proyectando contra mí la silueta de los gallos de las veletas. Ni la buhardilla del techo, ni la ventana del piso, ni la puerta de cristales de la sala de música, resaltaban en la mancha indistinta de la sombra. El banco emplazado entre la puerta y la pequeña sicka de cuatro brazos, plantada en tiempos de mi abuelo, era apenas un borrón blanco que pugnaba por descollar del verde, del marrón, del negro, que lo rodeaban. Al mirar con más cuidado observé la figura de uno de los criados cortando la superficie blanca del banco,

sentado con las piernas abiertas y la cabeza echada hacia atrás, aparentemente dormido. Por uno de esos caprichos repentinos, al ver la actitud del individuo, consideré que dormía. Poco a poco se me hizo más nítido: al intentar reconocer los detalles, aparecieron los brazos superpuestos a lo largo del respaldo, y las piernas, no abiertas como había creído, sino una apoyada sobre la otra, formando un ángulo recto; ahora también pude divisar la postura de la cabeza, levemente inclinada sobre el pecho, contrapesando el movimiento echado del cuerpo. En ese instante se movió. Se levantó y su cuerpo se perdió en la sombra profunda que rodeaba al banco. Más que verlo, adiviné que se movía hacia los arcos de la entrada bajo mi ventana. De allí volvió a salir con un candil en la mano, fue a situarse en el lugar que había ocupado sobre el banco. Primero lo vi de espaldas, caminando de vuelta al banco, envuelto por la luz que el candil creaba a su alrededor, un halo crudo y azufroso. Luego, con el corazón congelado en el pecho, lo vi depositar la luz sobre el banco, vi a Alexandre, sus piernas, sus brazos, su cabeza, proyectados en una enorme sombra, lo vi sentado de nuevo, su tenue sonrisa dirigida hacia mí, sus ojos devorados por las tinieblas dirigidos hacia mí, hacia el marco de mi ventana, tratando de fijar el marco de mi ventana y el estupor de mi rostro. Su semisonrisa se convertía en mueca, desdibujada por la luz del candil. Aunque por encima de todo estaban sus manos, sujetando el bulto del pantalón, doblemente enorme por la sombra que proyectaba contra el césped. Como la luna me daba en plena cara, me eché hacia atrás, descompuesto, fascinado e incapaz de separarme del todo de aquella aparición, de mi pesadilla hecha carne y sombra, multiplicada por la luz, de la misma manera como la habían multiplicado mis delirios. No pude apartarme del todo. Seguí mirando, sin pensar, deslumbrado por la correspondencia entre la realidad del objeto reflejado en el césped, que Alexandre destacaba oprimiéndoselo con ambas manos, y el argumento recurrente de mis sueños. Pero por un impulso involuntario, cerré la ventana de golpe. Y me encontré solo y jadeando, a punto de vomitar, de rodillas sobre la alfombra.

De allí corrí a la pieza de mi madre, sintiendo que las lágrimas me estallaban en los ojos. Subí la intensidad de las lámparas de la *coiffeuse* y meticulosamente me pinté grandes círculos azules alrededor de los

ojos, rodeándolos de verde, de negro, embadurnándome las cejas de pasta y las mejillas de polvos y colorete. En el pelo me sujeté un *chignon*. Me puse uno de sus vestidos de baile, un collar de perlas y topacios, calzándome unos botines de seda y echándome sobre los hombros una piel apolillada que encontré en un baúl. Así bajé al salón, donde el alcalde, el médico y el cura de Perier par Maurens, los príncipes de Lauvergnat, el Chevalier de Warni, Jeanne y M. Albert languidecían de fastidio y de sueño. Leon, al verme, levantó los brazos, resplandeciente. Buena idea, gritó a través del salón, jugaremos a la Musaraña.

2

No podré vivir sus pesadillas. Son suyas, lo habitan como un agua nocturna. Entre él y yo no hay otra alianza que la de los miedos comunes, las repetidas visiones inconfesables, por ejemplo, el temor de desaparecer que sigue a la presencia del amor en la noche, casi física o más que física, vivamente recuperada, renovada y espléndida, al alcance de la mano. Nos despertamos, él y yo, de golpe, y los objetos del cuarto, ciertos y diáfanos, permanecen fuera, donde deben estar, chocando con la procesión de espectros. El terror es eso, el encuentro de las dos visiones, la dicha entrevista y el aspecto insoslayable de la cómoda, del tapiz, de la pared blanca y las ventanas. Juntos hemos experimentado la confrontación asfixiante de ambos mundos. Ahora, sin ir más lejos, dormita derrumbado sobre la silla del bar. La zona del puerto se ha animado con un mundo ajeno al que lo pobló durante el día. Todavía queda en la línea del horizonte y se empina sobre la arboladura de los barcos, el incendio del sol. Pero aquí abajo se han prendido los faroles y la gente que pasa se prepara a vivir la noche, expectante, como si el destino, a esta hora, fuera una materia moldeable, igualmente asequible para todos. El, en, cambio, se ha escapado del escenario, transita por un aire denso y alterable, enfrentado a gentes, árboles e ideas que se mezclan en una convivencia falaz. Pero todo parece normal. Jeanne deambula por las galerías de Perier, corre en busca del Príncipe, pero no lo encuentra. El Príncipe imparte justicia en uno de los salones, en el salón de la Regente, cree, pero no, no en el salón de la Regente. Da vuelta. Se desespera porque al tiempo de ocuparse de alojar a las tropas de S.A.R. debe buscarlo y pedir clemencia para Juan. Se desespera pensando que las tropas vivaquear bajo los árboles del parque y debe alojarlas en los barracones de los argelinos. Se sorprende buscando a dos personas al mismo tiempo: al mayordomo y al Príncipe. Está fuera de aliento. Se

detiene. En la galería y en el sueño, Jeanne ha adquirido el aire de un retrato. La visión es fastuosa, realzada por un resplandor meridiano que al mismo tiempo se halla amortiguado por tonos ocres y verdes. La visión es próxima como un abrazo; el maquillaje y el perfume, envolventes y cáusticos. Erosionada y caduca o tersa y resplandeciente, Jeanne pertenece a esa estirpe de rostros anhelados cuyas facciones se vuelven irrelevantes. Tiempo y diseño pierden sus propiedades diferenciadoras, dejando en su lugar a dos personas que el amor nunca aproximará. Jeanne y el Príncipe se buscan para suplicarse mutuamente piedad. Lejos, sí, desde su trono, S.A.R. establece lo que es justo. Va a juzgar a Juan. En su cara lívida, un poco simiesca, el bigote cano le dulcifica la crueldad de los labios. Necesita a Juan, le dice, lo necesita pero... no, no se trata de su juicio. Es un error, un lamentable error. Las puertas de Perier se han abierto dando albergue a las columnas de jóvenes soldados que descansan bajo los árboles, se tumban y descansan, o juegan o limpian sus armas. Vivaquean y ríen mostrando sus dientes de fieras jóvenes. A medias desnudos, se entregan a vivir una etapa más antes de llegar al fondo del país. Las ametralladoras parecen inocentes apoyadas sobre la hierba. No muerden el aire con el estertor del fuego, sino descansan inocentes, sumergidas en la hierba fresca. Juan las divisa a través de los ventanales del salón donde el Príncipe imparte justicia. Apoyado sobre el hombro de un enano, S.A.R. se permite sonreír bonachonamente. No, no se trata de su juicio; ¿sabe que él es el único intocable?, ¿que sin él la campaña no se habría llevado a cabo? No tema, Chevalier, dice en un rumor que sólo él escucha, somos huéspedes de su casa y ¡cómo quisiéramos contar con personas tan leales como usted!, ¿comprende?, ¿me entiende?, ¿me entiende?, lo oye decir mientras lo zarandea por el brazo. ¿Me oye, señor?, dice el mozo. Se ha quedado dormido. ¿Soñaba?

El constante huir, perseguido o delatado, me hizo recorrer casi todo el mundo después de mi partida de Perier. Los trenes y los barcos, los andenes, muelles y escalerillas, organizaron el itinerario que lo llevó desde las puertas de Perier hasta el encuentro fortuito del Príncipe. Juan creyó en realidad en un encuentro fortuito, en que podía haber

algo fortuito en la vida de un príncipe y no que había sido elegido cuidadosamente de una lista de nombres escritos con capitales góticas. Los pasos protocolares de un cocktail, años después de mi salida de Perier, me pusieron delante del hombre con más leyenda del momento. El embajador alemán, en la residencia del cual se celebraba la reunión, tuvo a bien presentarlos, pero como si fuera el encuentro de dos convivios a quienes aburre la etiqueta, Juan se transformó. Sintió la fuerza del soldado oculta bajo el refinamiento de un dandy a la moda antigua, de rostro empolvado. Le conté que venía llegando de Berlín y que como siempre las cosas allí bordeaban la catástrofe. El Príncipe me dejó la iniciativa de explayarme. Pero no dije más. Fue un punto a mi favor. Aislados en un rincón del gran salón de aparato, callamos en un común esfuerzo por dejar hablar al otro, o mejor, cada uno decidió jugar su baza —yo, la cautela, la curiosidad, el asombro; él, el temor de que yo no correspondiera con mis encomiables referencias— callando. En realidad, yo no pensaba en nada importante. Me sentía bien, seguro, dueño de una pequeña fortuna que me permitiría descansar durante una temporada. Había pasado dos años en Berlín. De Bruselas me habían enviado a organizar un departamento de información, control y enlace, para el que sólo hacía falta experiencia de tiro, tácticas de diversión y métodos de fuga. Un regalo. Pero mi edad había sido un obstáculo. Un sencillo disfraz, sin embargo, me dejó transformado en una gentil cortesana que sacaba datos sobre rearme de los oficiales que acudían al barrio de Saint Paul. Así conjugué pasablemente el deber con el desenfreno. Reuniones abyectas en las que convencí, por ejemplo, a un coronel a despojarse del mando y a hacer ofrenda de su cuerpo a una fila de soldados de su propio regimiento. Espectáculo, aburrimiento y escenografía del poder. Pero ¿qué podía hacer un hombre como yo sino utilizar las pocas cosas que sabía? Al principio frecuenté el destino asignado: un elegante burdel en donde todas las inquilinas éramos oficiales de SIMO. Pero luego el trabajo individual se mostró como más eficaz. Convencí a Bruselas de que se me diera una residencia para poder organizar veladas literarias. El agrado de mis salones hacía olvidar rápidamente los motivos de la guerra: ingleses, prusianos franceses y rusos transitaban a diario por mi vestíbulo y mi cama. Un jovencísimo barón

de Wohl, sobrino nieto de Conrad, se convirtió en un asiduo contertulio, atraído seguramente por la fuerza de la sangre y por una irresistible tendencia familiar a ser sodomizado. Cuando me aburría le organizaba torneos *hors programme* en los que quería ser el único protagonista. Con una camisa blanca de seda que le alcanzaba apenas las caderas, mi pequeño primo le servía champagne a la tropa reunida en el salón. La única obligación de sus huéspedes era permanecer con el uniforme puesto y sus emblemas sexuales a la vista para que cada vez que él pasara rellenando las copas pudiera ser gratificado momentáneamente por alguno de ellos. Su insaciable vitalidad le permitía ser pasto de diez o quince números de tropa en una noche, con el agravante de que algunos no se contentaban con una satisfacción y exigían que la joven ramera, entre sollozos, soportara una y otra vez sus solicitudes. Después de echarlos fuera uno a uno, el joven Titar dormía algunas horas y salíamos a dar un paseo por la ciudad hambrienta. Me colgaba de su brazo sin que a nadie se le ocurriera sospechar mi verdadera identidad. Mi primo era generoso. Todos habían desaparecido a su alrededor y era el heredero de una gran fortuna. Había sido movilizado pero sólo al final de la contienda por lo que no llegó a tocar un arma. Ahora usaba uniforme francés: había mencionado la mitad de su rama familiar y trabajaba de traductor en el Estado Mayor. Estaba lejos de parecerse a Conrad: no tenía la dulzura ni la cortesía de los Lauvergnat. Su belleza teutónica no despertó en mí ninguna reminiscencia del amor. Lo consideré más como un cliente que como otra cosa. Ni amante, ni pariente, ni amigo. Lo que él y muchos otros me asignaban por mis servicios triplicaba el ya cuantioso sueldo de SIMO. Sin embargo, el joven de Wohl me inició en voluptuosidades nuevas; por ejemplo, en la contemplación del amor. El deleite del acto amoroso tiene su superlativo en el hecho de mirarlo, de quedarse fuera, sin trasponer el umbral del tacto, contemplando un proceso en el que uno es todos y cada uno de los protagonistas. El acto contemplado se convierte en menos perfecto que aquel que construye en secreto nuestra mirada ávida. Todo está más allá de las manos, en la fijeza trémula del rito ocular.

Estos recuerdos deben haber dulcificado mis rasgos empujándolos hacia la sonrisa, pues el Príncipe dio muestras por primera vez de

inconfortabilidad. Chevalier, dijo, ¿nunca ha pensado en abandonar sus misiones individuales? Podría, por ejemplo, alistarse en la nueva campaña que organizo como miembro de mi Estado Mayor. ¡Ah!, era eso. Mi sonrisa no cambió, pero confesé mis grandes ignorancias. Usted es un buen piloto, dijo, todos lo saben. ¿Qué le parece si mañana dedicamos el día a la aviación? Mi coche lo pasará a buscar antes de mediodía. Cita en Saint-Cyr l'Ecole a las doce y media. Inconscientemente me cuadré enrojeciendo. Lo inapelable de la cita me ponía en mi lugar arrancándome de manera tácita un consentimiento que estaba bien lejos de parecerme ideal, pero que en adelante cambiaría toda mi vida. Desde mi salida de Perier hasta ese momento había desarrollado un plan de supervivencia basado sobre todo en el conocimiento de las flaquezas ajenas, tal como ocurre con un buen cazador que estudia las costumbres y movimientos de su presa. Pero ahora era distinto. Tendría que introducirme en una burocracia militar, en una obediencia tan nueva como incómoda. Desde ese momento comenzaba para mí la etapa definitiva. Atrás quedaban muchos acontecimientos surgidos de la decisión de abandonar mi casa y mi familia. Lejos, estampada por los indiscernibles actos de un hombre joven, quedaba mi salida de Perier, la salida en coche, por la avenida de encinas, una salida que debió ser la última, pero que también pudo haber sido uno de los tantos paseos en el tilbury alrededor de mis quince años. A veces es verano, al final de la tarde y el sol se ha sumergido dejando en el aire un espasmo de fuego que penetra anhelante en mis pulmones junto al perfume del campo. Y a veces hay lluvia yes de noche. Todo el misterio está ahí, en aquella salida. Puedo evaluar muchas cosas e inclusive cuando el tiempo, los semblantes y los gestos se superponen creando una mitología propia, sé que en esa mezcolanza existe la armonía interna del prodigio. Pero en aquella salida hay una incógnita que se refiere a otra cosa: debo saber si de verdad salí de aquel lugar y si mi vida es algo más que un instante soñado por un borracho en el puerto de La Rochelle o la ilusión edificada por un agonizante. La delicia de narrar no es justificación suficiente para presumir la realidad de una historia que comenzaría por engañarme a mí mismo. Hasta ahora la he dado por supuesta. Yo salí de Perier a comienzos del 48, me encontré en

París en las postrimerías del rey burgués y defendí como pude ese símbolo de mi seguridad, sin creer, es evidente, en las razones de una república disfrazada de monarquía. Los que la defendieron —y yo estuve entre ellos— disparando sobre el populacho, no defendieron más que sus propias dudas. Pero hay muchas maneras de participar en una revuelta. Mientras las Tullerías resistieron, me sentí amparando una legalidad que me beneficiaba. Por otro lado, me bastaba oír los gritos de los revoltosos para sentirme atraído por los que estaban perdiendo la partida. En febrero de 1848 me hallaba alojado en casa de mis primos Dussaillant, que vivían en la miseria, aunque conservando intacta la vanidad del antiguo régimen. El dueño de casa, que era primo de mi madre, creía ver en mí al salvador de su fortuna. No ocultaba sus planes de casarme con una de sus hijas, aspiración que facilitó mucho la comodidad de mi alojamiento. A simple vista me habían albergado y todos, ellos y yo, jugábamos a que el hotel de París recibía a un pariente provinciano, un poco rudo. Me dejé guiar dócilmente por uno de los hijos de la casa, que tenía mi edad, en todo lo referente al vestuario, a las maneras de frecuentar un club o de alternar con las *cocottes*. Pero pronto me di cuenta de que había llegado en mal momento. París no estaba para frivolidades.

Cada día el pueblo se echaba a la calle y era peligroso transitar en coche o vestir traje burgués. Tratábamos de no ser reconocidos en el *faubourg*, cuando entrábamos como delincuentes en el Club des Dix. Aunque dentro, el tiempo parecía haberse detenido, rodeado de un ceremonial intacto. Lejos, en otro mundo, se elevaba un rumor que no nos concernía. Mi primo Christian hacía bromas sobre los apuros del rey, imitándolo como si se tratara de la Musaraña. Pero el humor duró poco. Un día el club se llenó de armas. Los jóvenes trataban de evitar una vuelta del 89 y del 30. El edificio, situado entre el *faubourg* y la rue de Rivoli, representaba un punto estratégico a la hora de vigilar las Tullerías. Por eso también fue el más castigado por el fuego. Muchos de nosotros pensábamos que a lo más asistiríamos cómodamente al asalto del palacio. Pero las conversaciones que intentaban disuadir al rey desviaron los ataques hacia otros enclaves legitimistas. Recuerdo que sin mediar aviso, una ventana, un gran trozo de pared y una araña del salón desaparecieron ahogados por el humo y el polvo y que los

disparos comenzaron desde todas partes, y los gritos, los quejidos, el llanto. Yo me hallaba alejado y me asombraba de mi serenidad. No sentía miedo. Es más, el desorden y el ruido producían en mí una actitud de alerta, parecida al coraje, controlada y tranquila, en la que trataba de apreciar las posibilidades de triunfo de cada bando. Todos decían que el ejército seguía leal al rey y que la guarnición de París venía a liquidar las barricadas que rodeaban el palacio. Alguien me alcanzó un fusil, alguien que confundió mi apariencia expectante con el agarrotamiento del miedo me alcanzó un fusil y me empujó hacia una ventana. Divisé la calle, vi cabezas y cuerpos agitados y traté de imaginarme que era un campo de caza. Comencé a disparar, confortablemente instalado detrás de una butaca de felpa, afinando la puntería y eligiendo cuidadosamente las cabezas. Pronto pude comprobar la impresión que causaba entre los nuestros la acción de mis disparos. A través del estruendo y de los gritos, me felicitaban, se asombraban de mi sangre fría, de que cada vez que disparaba se producía en la barricada un movimiento de repliegue. Nuestro objetivo principal era un cañón instalado en la esquina del *faubourg*; debíamos impedir que se sirvieran de él para volar la puerta. Era fácil mantener despejado el lugar. A nuestro favor teníamos el estar bien parapetados y el que ellos desplegaran una estrategia improvisada e ingenua, fruto de un furor que a nosotros no nos cegaba. Nuestra acción era alegre y eficaz, pues ningún dolor podía originar el desacierto. A veces miraba a mi alrededor, hacia ese jubiloso ejército de defensores del rey, admirándome de que los más encarnizados fueran los sirvientes sin librea, convertidos en soldados sin saber por qué, los cocineros e incluso el correcto mayordomo que había olvidado de golpe las buenas maneras y voceaba denuestos e injurias a sus subalternos, alentándolos para acabar de una vez con la canaille. Me di cuenta de que el odio, como siempre, es más fuerte y virulento entre los iguales y que en el fondo nada odiamos más que lo que se nos parece.

Si no recibíamos ayuda, sin embargo, no podríamos durar demasiado. Había mucho polvo y humo. Una esquina del salón estaba en llamas, el fuego destruía rápidamente muebles y cortinajes y el espanto comenzaba a desfigurar los rostros. De golpe se me hizo todo claro. Supe que tarde o temprano entrarían allí y seríamos arrasados.

No era un pensamiento alarmante. Como siempre, la idea de morir estaba rodeada de un atractivo inexplicable; vi las huestes entrando en aquel salón, me vi morir bajo el cuchillo o limpiamente traspasado por una bala. Era un pensamiento espléndido que sin embargo no me impidió reconocer la situación real. Todavía la calle estaba dominada. Nadie se había acercado a la puerta. Pero pude ver claramente el futuro de la situación. Cerca mío estaba uno de los sirvientes al que le dije que me reemplazara en la ventana. Me arrastré hacia las puertas del salón, mezclándome con los que intentaban extinguir el fuego y con los que cargaban las armas de los tiradores. Recordé las cacerías y a aquellos sirvientes ocupados en que los señores no se distrajeran de los movimientos precisos que los ponían en relación con la presa. Recordé a Alexandre y los últimos días de Perier. Por un instante, mientras me pasaba un pañuelo por el rostro y me despejaba los ojos del humo y el sudor, aparecieron nítidamente, como surgen los árboles detrás de la niebla luego de una súbita embestida del viento, los detalles de mi último día en Perier. Algunos signos externos, las guarniciones de felpa de los sillones y los rayos del sol de la tarde, golpeando de soslayo la superficie polvorienta de los muebles. Era extraño rememorar el episodio de Alexandre mediante los objetos próximos, como si el drama mismo tuviera menos valor que la escenografía. De manera que el alivio que sentía por lo pasado fuera debido a cosas sin significación, a búcaros o cuadros, o a armas espiando tras las vitrinas. Lo demás estaba ciertamente allí, pero encubierto por una aséptica máscara de oscuridad, de objetos y rincones triviales, más presentes que la suntuosa realidad que recubrían. Me hallaba allí, distraído del peligro real, adormecido por una quietud que venía del pasado reciente y no se compadecía del polvo y del fuego que me rodeaban. Lo miré todo como en un sueño, me obligué a mirar como a través de velos que me separaran y protegieran y discurrí de esta manera: la plaza se ha debilitado y no tardará en caer; debo llegar cuanto antes a la calle. Pero todo me empuja a permanecer aquí y es difícil alcanzar la salida sin despertar sospechas. Estos —y miré a los hombres que intentaban apagar el fuego— no me perdonarían una deserción. Pedí agua y me lavé las manos. Al muchacho que me la trajo le hice seña de que me siguiera.

Estaba vestido como los cocineros. Se trataba sin duda de un ayudante de cocina con esas blusas abotonadas hasta el cuello y pantalones blancos de piel. Tenía aproximadamente mi edad, era rubio y pálido, con una expresión tosca en su cara equina, de trazos amplios, boca grande y nariz prominente. En el rellano de la escalera lo hice entrar en el cuarto de aseo, le expliqué que yo debía salir a pedir ayuda, que era imprescindible un cambio de ropas. Lo vi vacilar y luego observar mi traje con codicia. Nos desvestimos en silencio y de nuevo, mientras surgía de las amplias ropas blancas su cuerpo delgado y duro, aparecieron atropelladamente mis últimas horas en Perier, la piel pulida de Alexandre. Le alcancé mis ropas y me puse las suyas. Lo miré ponerse mis pantalones estrechos, la camisa de seda, el chaleco ceñido. Y por una de las habituales burlas de la identidad me sentí despojado de un ser que, ahí me di cuenta, me estorbaba. Ante mí, frente a mí, estaba Juan de Warni; un Juan de Warni con el rostro tiznado pero un remedo mío al fin. Sí, mi traje se llevaba toda la responsabilidad de lo que yo era; yo volvía a nacer desde otra sustancia. La torpeza con que el muchacho se acomodaba las prendas no disminuía la parodia de ese enfrentamiento conmigo mismo, ese verme fuera, surgido a una inesperada y gratificante inocencia. El ayer estaba al frente y me miraba con recelo. Yo ya no era ése, sino el diseño de un futuro irrepresentable, cualquiera y todos, aunque nunca más, me dije, ése que me miraba con recelo. El antiguo y torturado despojo que agonizó en una silla de enfermo había desaparecido por un acto tan momentáneo como la muerte o como ese vacío blanco que separa el orgasmo del primer juicio coherente. En verdad no pensé ni un instante en lo que me había convertido, no puse atención en el personaje que me había reemplazado, un esperpento —lo vi en el espejo— vestido de blanco, sin nombre ni duración. Y lo miré a él, es decir, miré lo que yo había sido hasta ese día. Y parece que esta contemplación, por todo el horror que contenía, provocó en el muchacho un miedo del que yo no era consciente. Cuando me acerqué a su lado sólo pretendí reclamarle mi cartera y no golpearlo como lo golpeé. En ningún momento quise acabar con ese pobre signo de mi pasado, sino apenas resolver el problema práctico de conservar mi cartera. Pero allí quedé yo, a medias inclinado, con la cabeza colgando

de un canapé y los ojos abiertos y pasmados. La cabeza quedó colgando con el cuello roto, el cuello mío al fin, roto por un golpe que por descuido le dio un ayudante de cocina.

Días y noches de silencio empleados en batir el campo no agotaban las expectativas ni la paciencia de la jauría ladrando, parecía, por el cerco del horizonte. El ladrido múltiple señalaba la búsqueda en una lejanía enorme y sin embargo controlada por nosotros a distancia, la enclava en la memoria ahora como si recordar fuera una forma de conocer menos engañosa que las jornadas pasadas con los Lauvergnat. La evocación ordena el caos geográfico y simplifica la botánica. La jauría ladraba en la profundidad de la noche y el resplandor de las hogueras recobraba algo de esa noche: rostros, trozos de un caballo, el follaje de un boldo. A veces volvía el silencio y todos veíamos diseñarse en el alma arcaica el terror del cazador: era presumible que los perros hubieran perdido el rastro y husmearan el terreno con las orejas gachas. La noche parecía recuperar su oscuridad, el sigilo cósmico de las esferas rondando. Alguien, quizá tú, excedido por la impaciencia, se removía, proponía montar. Y el ladrido volvía, rítmico, hasta el amanecer.

En los días de caza despertábamos pronto. Hay una luz que crece vacilante, una luz de estaño, que vigila en el patio y resbala por las rendijas de los postigos, revocando las inánimes tinieblas del cuarto: es la luz sosegada, tamizada aún por los visillos de seda, una luz blanda y submarina. No hay zozobra y, pese a que estoy despierto, permanezco con los ojos cerrados, trato de discernir el origen de los ruidos que crecen por la casa. Hasta que alguien entra en puntillas y se acerca a la cama. Cuando siento que la mano me sacude un hombro, abro los ojos sin moverme y veo la silueta que espera algún signo del hombro que ha tocado. Me doy vuelta y la silueta se aleja, se aproxima al tocador, encendiendo la lámpara, trasvasando agua caliente de un balde a la vasija. Todo se ha iluminado con el oro de la lámpara, la luz de oro de la lámpara empuja fuera la mitigada luz del alba. ¿Llueve?, pregunto para ahuyentar el presagio. No llueve pero está amenazante. El aire caldeado de la habitación impide sospechar el frío del patio. El muchacho se afana con la ropa, las botas, silba para que entren el café.

Niño, dice, le ensillé la Reina Mora, su caballo amaneció aspeado. ¿Qué pasó? No sé, madame lo montó ayer y estaba bien. Me desperezo. La Reina Mora no tiene aliento. La Reina Mora no tiene aliento, le digo. Sí, contesta él, pero hoy no creo que dure mucho la cosa. El muchacho espera que termine la taza de café para aproximarse y vestirme. Me aseo y salgo. Los avíos se amontonan sobre una tarima del pasillo. En el patio, las nubes bajas destilan una llovizna fatigada, que empapa el rostro.

La larga comitiva atraviesa los campos, se interna en las viñas y gana los faldeos suaves, al trote largo, casi en silencio. Tibaud y Paul Lauvergnat, los menores, se retrasan acompañando a la jauría. Por la expresión de los sirvientes, se diría que están menos despiertos que nosotros. Salvo el bullicio de los perros, que tiran de las traíllas, todos hablan en voz baja, abrumados por la llovizna que nos aísla. Pero hay una presencia, disminuida por la sumisión, un poco retrasada, que sigue a mi caballo continuamente, como una sombra. Basta con que siga un sendero distinto para sentir a mis espaldas una alteración similar, acompasada y discreta, hasta el punto de que me dedico a cambiar constantemente de dirección, gozando con ese seguimiento incesante. Sé quién es, es Alexandre, y qué hace aquí: su trabajo consiste en cargar las escopetas y ocuparse de los caballos. Seguramente trato de justificarme y evocar al azar los esfuerzos que él hacía para conseguir una presencia en los hechos, verme a mí mismo como víctima de una seducción externa. Pruebo esto al llegar a las inmediaciones del campo de quillayes, donde hacemos alto para esperar a los hombres de la jauría. Desmonto, le paso las riendas y lo miro por primera vez. Nada altera su serenidad, pero por un momento se dulcifican sus ojos, se licuan casi, contrastando con la arquitectura severa de la mandíbula y la boca que se comprime en un pliegue resuelto. Yo mantengo mi mirada y él se ruboriza, se vuelve arrastrando los caballos e iniciando un despreocupado silbido. Confieso que nada de esto sucedió verdaderamente. Pero debo recuperar la primera mirada, narrar de alguna forma la aparición de ese nombre en mi vida. Sucedió una vez, un día de invierno. El resto es prescindible. Con alguna que otra variante, la caza del zorro se regía por momentos iguales. Esperábamos tomando café de los termos,

a que los perros se colocaran en posición de rastreo. Antes de tocar el cuerno y soltar las traíllas, los monteros examinaban cada perro, los acariciaban golpeándoles los flancos, mientras nosotros montábamos y nos preparábamos para comenzar a correr detrás de ellos.

La llovizna ha parado y el cielo es una ampolla gris, endurecida sobre nosotros. El aire saturado de vapor vegetal y moho nos sofoca el olfato, excita seguramente nuestra antigua tendencia a husmear la presa, la presa que nos complete y nos sacie. Porque es ése el deseo que se aloja en el fondo de nuestra primitiva certeza de estar solos y separados de lo que precisamos. Miro a mi alrededor y veo que todos están listos. Alexandre trata de dominar su caballo. Con un gesto le indico que no perturbe la salida. Y doy la señal. Los perros saltan hacia adelante, atropellándose entre los matorrales y comenzando una búsqueda que no se detendrá hasta haber agotado y sitiado al zorro en lo alto de un árbol. Los perros apuran al zorro durante días enteros, lo que nos obligaba muchas veces a armar un campamento para pasar la noche. Así, escuchábamos cómo la jauría seguía, perdía y recuperaba el rastro, según los ladridos fueran cadenciosos o intermitentes. Por la mañana, o por la tarde, el zorro estaba cercado en el interior hueco de un quillay o en lo alto de una rama, exhausto ya, con sus ojillos amarillos brillando de terror, sin conocer, es verdad, la proximidad de su muerte. Alrededor del fuego, el tema es la caza, los viejos batidores rememoran hazañas en las que el peligro, la fatiga y las dimensiones de la presa se exageran amparados en una imposible comprobación. Siempre las cacerías del pasado fueron más excitantes. Ahora, no. Aparte de que no se encuentran las especies de antes, los perros son peores y los señores no se dedican lo suficiente. Oyendo ese runruneo y mirando el fuego, me quedo dormido envuelto en la manta. A través de corredores oscuros me desdoblo, soy al mismo tiempo el que camina y aquel que desde un lugar distante me mira caminar. Por eso no distingo bien las identidades de ambos, un Juan que es actor y otro, el otro Juan, espía de su propio sueño. Tampoco entiendo su aspecto resuelto. Caminando en la oscuridad actúa como si supiera perfectamente lo que le sucede. Los corredores bajan y suben, se bifurcan en galerías que él selecciona sin dudar ni un instante, traspasando las tinieblas, convencido de que su objetivo lo sobrepasa

como a un mensajero su tarea. Conoce, parece, el diseño del laberinto. Va en busca de la salida sin vacilaciones. El que observa, el Juan espía, ve pasar al otro Juan como si fuera una cámara que registrara estratégicamente todos los momentos de ese trayecto o de esa huida. Pronto parecen adelgazarse las sombras. Una luz lejana transparenta las galerías y el paso de Juan se hace más decidido. Es casi una carrera. ¿Está hipnotizado? Tiene la mirada fija en la luz, una mirada sin reflejos, ausente de alma. El Juan que observa siente angustia a medida que la luz se intensifica al ver que el otro Juan toma la vida de ambos como un designio en el que no existieran las sombras de la duda. Y hay ladridos, un rumor monocorde y remoto como lo fue la luz hace un momento. Dos galerías se encuentran antes de ganar el ancho pasillo de salida, donde la luz cae a raudales y los ladridos forman un estruendo amenazante. Juan, como fiel testigo o aterrado comentarista, ve cómo el otro Juan da los últimos pasos que lo separan de la boca de la caverna. Por un instante, la figura se detiene, como en una moviola, y puedo observar los ojitos amarillos, Juan observa los ojitos amarillos del otro Juan que se funden y se superponen a los suyos. Siente un dolor parecido a una fractura, a un alumbramiento que lo dirige hacia un sino no elegido. Así, juntos, acomodándose uno en el otro, como una mano en el guante, salen a enfrentar la luz y el griterío de los perros. Se aferra a los bordes de la salida, a los bordes huecos del árbol, desde donde mira perplejo a la jauría rodeándolo. Y a la figura a caballo, Alexandre a caballo, que levanta la escopeta y dispara.

La caza, como ejercicio del poder, ilumina el paisaje del crimen. No son idénticos, son cómplices. Ambos dirimen sus problemas sin mezclarse con ellos. Los eliminan. Como la guerra, la caza tiene un fin simple y trágico: la muerte de la presa. Ser sodomizado, en cambio, se emparenta con ambas actividades pero como en una paradoja. El remedo de la muerte se parece al encuentro entre lo lleno y lo vacío, un compendio de contrarios en el que la muerte es buscada como anhelo de ser y no como necesidad. En la cópula violenta, las mucosas se dilatan, ajustándose a una perfecta realidad, pues el espacio cóncavo nunca sobrepasa su extensión más allá de lo que el convexo

requiere. El dolor es lucha, es polémica, es el desgarro que divide las aguas y eleva la frente de Apolo en un espasmo cósmico. Es posible que al principio los cuerpos no se busquen debido al error de creerse autárquicos, es decir, porque conjeturen como artífices de sí mismos. El cielo es impecable sobre las cabezas y nada hace prever una nueva creación. Pero hay señales que escapan a uno a otro y configuran un porvenir unificado. Aquello que presidió el engaño inicial —a saber, creerse libres y fatigados, desplomados sobre la hierba, mientras miran el cielo azul manchado de pequeñas nubes y las viñas que bajan hacia el valle que rodea al castillo— es ahora una actitud simbólica porque remite a una zona conjunta y anímicamente complementaria. Por un lado es necesaria la cólera, la ciega mirada del cazador —y ésta es una de las afinidades a que me refería antes—; por otro, el relajamiento apolíneo de la espera, la ansiedad desnuda de la belleza. Un seno, que nadie definió como generativo sino como simple paraje de encuentro o concordia de opuestos, se halla maduro para recibir un poder que se libera pausadamente por los poros húmedos de las axilas o la frente o los párpados altos. Las paredes internas de los muslos, junto a las ingles, también han adquirido la textura madorosa del pecho de un atleta. Están tendidos, separados; aún más, divididos, sin saber que la única armonía de lo alto viene dada por lo bajo y que un cazador sin presa desafía la sensatez de lo visible. De igual manera, lo lleno, sin lo vacío, es impensable. Un brazo que avanzara acariciando cualquiera de ambos rostros teñiría el hecho de connotaciones psicológicas innecesarias. El brazo del profanador debe buscar directamente, deshacer amarras y botones, dirigir en todo caso la mirada al cielo para comprobar que los signos son ilegibles. Sólo así podrá pasar y repasar la mano por el cauce posterior del pantalón de su compañero, frotando el paño delgado hasta sentir que la humedad traspasa la tela y le unta la punta de los dedos. Se trata de una persuasión que no viene impuesta, como en la caza o en la guerra, por el disparo que dirime de una vez la partida, sino por el consentimiento anhelante de la víctima, tal la aceptación de la tiniebla antes de admitir la luz o el silencio previo a la palabra. En ese momento todo se halla dispuesto y ambos necesitan el coraje divino de Orfeo violentando a Apolo, ese Apolo encabritado al sentirse desnudo bajo el calor de su mitad

perdida. El enlace que reunirá al verbo con sus atributos, al gran ser con sus categorías, puede ser de muchas modalidades. El cuerpo se tensa, vibra como un arco bajo la fuerza y el peso, la cabeza se echa hacia atrás y la cintura se arquea, produciendo contracciones antagónicas e imprudentes. Pero el universo, como los antiguos reyes, nació de una serpiente y no es extraño que a menudo yerre el cazador. Un cielo de cabellos alborotados coincide con el empuje que embiste los bordes húmedos de la mucosa, pero que una escasez de espacio repele obstinadamente. El arma del profanador tiene la consistencia de una fruta, al mismo tiempo tensa y blanda, que torpemente tantea el claustro y lo acomete. De pronto el impaciente asalto se detiene y queda el murmullo sincopado de la respiración. El bulbo no se mueve, inmóvil en el umbral. Entonces, desde arriba y justo en la zona de contacto, cae un hilo de saliva que baña los márgenes permitiendo que lo que antes exudaba una mezquina irrigación se convierta en riada o barrizal. Así aparece una certeza en el alma del sacrificado: ya no hay obstáculos y el súbito dolor, agudo como una flecha fría rasgando el aire del verano, ataja de golpe el sortilegio y levanta una fugaz valla de odio y desencanto. Ha sido el primer requerimiento, la manera indócil de sentirse amenazado y embestido, averiguado y requerido por lo que creía fruta o víscera de terciopelo roma y benigna, y se ha transformado en jabalina, en aguzada centella que parece desgarrarlo en zigzag, introduciendo un contratiempo que amenaza con impedir la pompa de su capitulación. Aunque nada ha sucedido, aparte el dolor, él sigue siendo él, diferenciado del otro. La suavidad roma y untuosa permanece fuera, al acecho —pues el grito y el dolor han convertido de nuevo el extremo del miembro en un prudente bulbo pulposo— investigando a tientas, nuevamente, el pasaje de su destino, a saber, traspasar la boca de la lamprea que succiona y rechaza el abultado corazón errante, pero que también, sin demasiado esfuerzo, ahora imperceptiblemente y tal vez debido a la primera embestida, se ha resquebrajado, el anillo de oro ha cedido abriendo apenas la tiniebla de su tenaza. Y esta vez, cuando el extremo se encuentra ceñido por el aro de fuego, ya no duele. Un alma ha entrado buscando la suya, se mueve apenas, volviéndose sabia en el acoso. Ya no embiste, presiona, dilatando el trecho conquistado, realizando, eso sí, un inapreciable

vaivén solícito. Es entonces que se produce lo insólito: un golpe suave y el bulbo entra resbalando, acomodándose como una crisálida en su capullo. De esta manera, ambos, aliviados de lo peor de la lucha, se buscan, uno encabritando la grupa, el otro desplomándose con todo su peso en ese abismo, sin piedad, ya que la exaltación de su compañero le ha hecho creer por un instante que lo tiene todo consentido. (No hay caricias. Pese a que representan la imagen de lo uno, no hacen los gestos que podrían acercarlos al dios del amor: son el escueto y puro remedo de la materia en marcha.) Pero se equivoca, ya que los obstáculos no han terminado. El camino es arduo. La víctima siente que el cuerpo que lo ocupa ha ampliado su diámetro hasta lo intolerable, que el encuentro es rijoso y, sobre todo, que lo que creyó muelle es cruel y descomunal. Alarga una mano hacia atrás y palpa esa parte única del cuerpo que corresponde al encuentro del muslo con el torso, empujando violentamente. Helos ahí separados de nuevo, aunque la urgencia con que el profanador se saliva la mano e inunda la portezuela no le permite al profanado iniciar el movimiento que los hubiera transformado en adversarios, sino que vuelve a sentirse ahíto y, ahora, en ningún caso dañado. Ya no hay molestias; la distensión se produce por un cadencioso vaivén hasta que la tibieza del vientre tenso de su oponente contra su piel le señala los límites de lo posible. Entonces se desploma y abandona su cuerpo sobre la hierba como si se tratara de un despojo en el que ambos sacian una única sed.

Miro la descuidada figura de Juan, sus gastados y sucios blue-jeans, dormido sobre la silla del bar, rememorando una historia que cree soñar y que más tarde considerará ajena porque la estrechez de los sucesos que ve no le permite advertir la estatura real de unas imágenes extrañas a su parva existencia, increíbles, puestas en él por la minuciosa mano del sueño. Así, yo también, como él, pienso que la región oscura que abandono cada mañana pertenece a una fantástica combinación de momentos y cosas que he vivido y no a unas comarcas anteriores a mí, no mías, y mías sin embargo, dibujadas por Leon, por Jeanne, por mis abuelos o por aquel tribuno germano que rindió pleitesía a Roma a cambio de su vida, dando origen a unas maneras que todos desplegamos en los ritos del comedor o del baile. Los sueños

—lo creo ahora— son resabios de una gran memoria, asuntos de toda mi casa, construidos con batallas, árboles, sombreros o traiciones, que abigarran con su felicidad o su estupor los recintos que erróneamente creo míos. Yo también supuse que todo comenzaba conmigo y que la inquietud que me impedía abrir los ojos al despertar se debía al peso de mis propias culpas o proezas: nunca imaginé que el mundo me imputaba cargos inmerecidos y que para ese tribunal implacable del sueño no existían diferencias entre las correrías de Leon, el valor del tribuno o el insomnio de un niño que escucha carreras por el pasillo. Yo y ellos, ellos y él, somos deudores de gestos cuyo olvido es sólo una ilusión de la vida. Es la razón por la que las voces, hasta ahora, se funden en una sola voz. He creído más cómodo atribuirme la representación familiar, los secretos deseos comunes, que darle a cada uno la responsabilidad de sus propios fantasmas. He asumido los gritos nocturnos de Jeanne, creyendo saber algo de ellos, cuando en verdad lo único que conocía era la necesidad de dejar encendidas las lámparas del pasillo que daba a su habitación, la puerta abierta y una *veilleuse* sobre su tocador, para que no se sintiera presa de pánico y comenzara a aullar en medio de la noche. Sedantes y masajes ayudaban su sueño, pero no suprimían las causas que lo perturbaban, muchas veces hacia el amanecer, ni los pasos atropellados de Leon por el pasillo ni el revuelo de las voces ansiosas que dialogaban con el grito, el aullido filoso y entrecortado que rompía la noche en dos y se diluía luego en un llanto moroso y estertórico. Como no conozco los detalles del sueño, es absurdo entrar en referencias precisas a la historia de mi madre. Escasamente puedo elaborar con ellos, digo: con esos gritos, una conjetura que toca directamente la carne de lo que yo vivía. Finalmente el equívoco de los sueños permite confundir sus visiones con las mías. Además, como no conozco las fronteras que nos separan como seres distintos —de ahí mi arrogancia de utilizar una sola voz— asumo e invento sus pesadillas, son mías, pesadas como aceite, desvergonzadas, sutiles, siempre iluminando una región más lejana que lo que puedo ver y tolerar. En una de ellas, mi madre ha descubierto que una gran planta nauseabunda, brillante y húmeda como una babosa, le anquilosa los miembros, la amarra desnuda a los hierros de la cama. Al frente, su hijo sonríe. Ha crecido y pide su

atención. No la ayuda: la deja en esa postura procaz y desamparada, las muñecas atadas por detrás a los tobillos. Pero no está en la cama, sino en lo más profundo del bosque; la rodea la humedad oscura y placentaria del bosque. De su sexo abierto caen gotas calientes como ácido sobre la hierba. La figura de su hijo es delgada y sin perfiles, desenfocada, una figura que trata de precisar pero no puede. Este esfuerzo por fijar y definir los contornos es uno de los componentes más comunes de la zozobra de los sueños. Mi madre se impone el deber de determinar la figura danzante de su hijo, fugada entre las filigranas del bosque, confundida con las frondas de los helechos y la broza espesa. Aunque por encima de todo trata de localizarle el sexo, de averiguar incluso si ese pubis sombrío y nebuloso tiene sexo. ¡Oh! pero no puede ver, o tal vez ve, quiere ver entre sus piernas un cuerpo lacio que pende, que al punto desaparece entre las líneas difuminadas del cuerpo. Entonces piensa que debe despertar; sueña y piensa, piensa que sueña sumergida como está en la pesadilla, asciende durante un momento a la superficie y percibe que rechina los dientes, para volver a caer en las visiones precedentes, el bosque, sus espasmos, el hijo desnudo. Cuando están a punto de tocarse, su hijo es reemplazado por un cuerpo moreno y corpulento. Como en un caleidoscopio, la figura blanca y delgada del niño deja paso a alguien mayor, apenas realzado del fondo oscuro del bosque. Y ese alguien mayor, el Príncipe con toda la fuerza de su madurez, puede saciar su sexo entreabierto. Pero los hechos ocurren al revés: es ella la que succiona mientras el Príncipe permanece quieto, es ella la que abre y junta las piernas para atraer a sí la virilidad del Príncipe; por efecto del vacío que las succiones crean alrededor del miembro, el Príncipe es impulsado dentro suyo. Ella cierra los ojos entregándose a las furiosas acometidas que comienzan. Pero vuelve a abrirlos porque siente una mano que tantea la zona de unión. Su hijo, arrodillado junto a ella, enseña la desproporción de su sexo, la forma anómala y tumefacta surgiendo de su figura endeble. La mano se dedica a tocar y a rebuscar un intersticio para los dedos. Húmeda y de igual temperatura, la mano parece un elemento más del contacto. Y es una curiosa trabazón, pues el rostro perverso de su hijo sonríe, una sonrisa horrible baila en sus labios lascivos. Los labios lascivos del niño van acercándose al pecho del hombre hasta que el

son ambos los que la penetran, aunados perfectamente en el compás del embestir. Ahora, incluso puede ver —por detrás del hombro juvenil— el semblante del Príncipe, su vulgaridad, los rasgos groseros y desproporcionados de su mandíbula, la enorme nariz, la frente estrecha y los ojos tan juntos que parece un cíclope. Penetra al niño con la misma facilidad con que ella es penetrada. Pero de pronto su hijo se detiene y dentro de ella comienza a latir y a manar un arroyo espeso que la inunda. Sin embargo, sigue percibiendo las topadas que el niño recibe del hombre, mediatizadas, hasta que la cabeza infantil y ensortijada se retuerce contraída por el placer y por el chorro que a su vez le llena el vientre y parece que pasara a través de él a su cuerpo, arrebatándole el dominio, el pequeño dominio que le queda, convirtiéndose en grito que sube y estalla en lo alto de su garganta, un chiflido agudo como una sirena, salpicado de llanto, ululando por el recinto del bosque, atravesando la noche y los pasillos, los cuartos adyacentes, alertando a estas figuras que la remecen, la acogen pronunciando frases de sosiego, de nuevo reinstalada entre los brazos de Leon, que le acerca a los labios una copa de agua.

Las sombras han cruzado por el frente de mi puerta, confundiendo mis sueños con las pesadillas de mi madre. Parece que la casa entera se ha puesto en movimiento. Por las rendijas de las persianas se filtra la luz: los últimos sueños, en el verano, coinciden con el amanecer. En el patio, encaramadas en lo alto del jazmín, cantan las diucas, alertadas por el resplandor opalescente del sol que traza ya el perfil de los cerros. Un día más, un día con las piernas pegadas a las perneras del piyama y a los pliegues de las sábanas. Un día de tifus difícil de definir, en el medio verano, con el duermevela que borronea la identidad de las empleadas, los médicos, las enfermeras. Parece que el momento se detiene ahí, cortado por un tajo: la luz plomiza ganando contornos del parque, incendiando de pronto por un golpe del primer sol el color parterres, el túnel del parrón, la silueta que pulsa el extremo de su carcaj. Me parece que el sueño se ha adueñado de todo, que todo se asemeja a los cuadros de moda en los que la corte se regodea imitando tragedias griegas. Desde aquí, el patio de adoquines continúa e invade el diseño de otro patio, único baluarte que se eleva

por encima de la simple crónica. Por fin me he hecho digno de mis propios límites. Aquí, arrebujado entre las sábanas empapadas de sudor, Juan tiene el suficiente candor como para reconocer —o confundir, que es lo mismo— el sueño como sueño, libre ya de la tiranía geográfica. Lo que ha, he vivido, es la repetición de un solo sueño. Leon abrazando a Jeanne, que hipa y llora en la incertidumbre del alba, no es distinto del rumor que inaugura el trabajo de cada día: el roce del *chiffonier* donde reposa la hilera de pañuelos de hilo, el revólver, una libreta negra, un cortaplumas. Leon ha sacudido el frasco de lavanda sobre el pañuelo, luego ha dejado caer algunas gotas sobre la mano limpia y se ha restregado la cara, el rostro recién afeitado, de huesos enjutos, de poca piel, donde los ojos pivotean en párpados tirantes y la boca se rescata apenas en unos labios finos y nerviosos. Leon lo disuade de seguir soñando, lo arroja definitivamente en el clamor del día, al realizar esos gestos simétricos antes de salir a recorrer las viñas a caballo.

A mediados del siglo XIX las casas de campo tenían largos corredores de ladrillo tendido, bordeados por pilares uniformes, entre los cuales se colocaban macetas de aspidistras y jazmín del Cabo. Así, las alas de la casa podían crecer a medida que los sucesivos matrimonios y nacimientos reducían los recintos primitivos sin corromper demasiado el diseño de la arquitectura general. El dormitorio de Juan era contiguo al de su padre y en él nació, padeció el tifus, la meningitis y la extraña conmoción espiritual que le reveló la presencia de Alexandre. Aunque no sea más que para seguir precisando las confusas fronteras del escenario, he decidido reincidir en ociosas descripciones que bien podrían ser el resultado de otros tantos caprichos. Los instantes fastuosos, las huidas, el peregrinar incesante de lucha en lucha, de país en país, contienen infinitas posibilidades del horror. Pero el viaje interior, la revisión de las delgadas películas del alma, hacen creer en la quimera del propio conocimiento. Por ejemplo —sí, es sólo un ejemplo, ya que la narración de mis correrías no cabría en una biblioteca—, la guerra de 1914, la llamada a filas que me negué a escuchar, tuvo como causa objetiva un conjunto de hechos perfectamente discernibles, que yo ya conocía por haber participado en ellos: las revueltas del 48, Sedan, el

militarismo alemán. Tal como al crecer nos damos cuenta de que lo que nos une a nuestros padres es apenas un poco de odio, de resentimiento y de ternura, así yo no necesitaba permanecer fiel a una contienda que había dejado atrás, por inútil y por representar la misma piedra que causaba el mismo tropiezo. Me quedé en México, donde me había contratado el porfirismo, defendiendo sucesivamente a Madero y a Huerta, perdiendo cada vez la partida pero tranquilo debido a que las pagas ya me habían sido abandonadas y sólo tenía que esperar la definición militar del conflicto. Pongo este ejemplo para expresar cuán fácil sería limitarse a la mera anécdota y dejar fuera la gesta personal. Los contornos de la verdad son siempre más confusos que la fantasía y en esto se deleita la perfidia de la memoria. Los consejos de la familia, las frases en medio del espeso silencio de Perier, son, por desgracia, irreproducibles. Una noche de verano durante la infancia es una tragedia que sólo la tenacidad salva del olvido. Una mañana o un crepúsculo a través de aquella ventana fija, contemplando los techos de las bodegas y las copas de las palmeras, representan, claro está, una parte de lo omitible. Pero un rumor, la idea de que tal vez el tifus se debió al cambio de niñera, cuando el niño estaba tan acostumbrado, pues señora, si es purita aprensión nomás, se filtra por la pared porosa del cuarto para remecer los pilares endebles de esa vida por la que nadie era capaz de apostar. Se había pensado en el peligro del contagio, y, como sabes, habíamos pensado irnos a Biarritz con Juan y tus hijos, pero es mejor que este año no vengan durante las vacaciones. El problema de Edmond, Tierry, Paul, Isabelle, Tibaud, Stephane y Patrice quedó así y mi tía estimó, por el contrario, que nadie debía darse por vencido. El niño puede salvarse, no te desanimes. Que no te acuerdas, pues, niña, del pequeño Darcy, se les murió en una semana y eso que estaba en París y todo. Ese niño, mujer, tenía tifus con meningitis, juntos, cortó la otra voz evaporándose por los pasillos y por los vericuetos de la fiebre y de esa luz aminorada por la llegada del crepúsculo, antes de encender las lámparas. Las palabras quedan ahí y el silencio cae como la noche de noviembre, suave, sin pausa entre un telón de cielo y el siguiente, en el que cuelga ya el lucero de la tarde. Pero eso está detrás, hacia poniente, y la ventana de mi pieza mira hacia Marte. La casa, el jardín,

están separados como un oasis alzado en el mar de viñas. La casa misma parecía un mirador con sus tres pisos sobre el salón, coronado por un techo simétrico de cuatro aguas. Más abajo se desperdigaban las dependencias de un solo piso que bordeaban los corredores de pilares y vigas huidizas, de vigas en las que colgaban las pieles de los zorros para que se secaran. El perfume del jazmín del Cabo ha vuelto a sofocar mi nariz, y los dondiego de la noche, las rosas, el aroma picante de los pitosporos. El recinto limitado por el muro de macrocarpa, tenía, al medio, una puerta de roble, de dos hojas, anquilosada ya por el avance de las hiedras. Al mirar esta puerta desde fuera, en un momento en que el sol quema y relumbra, pueden observarse las pesadas empuñaduras de bronce, la calidad perfecta de la madera y el follaje de las ramas altas desplomándose sobre el cerco. El forastero que ha cruzado el campo y las viñas y tiene la frente sembrada de gotas de sudor, espera que después de accionar la cadena de la campana, la puerta se abra dando paso a un camino sumergido en un túnel de plantas que primitivamente fue un parrón de arcos de fierro, construido por el abuelo belga al mismo tiempo que la casa. La fuerza de la vegetación fue adueñándose lentamente de las pilastras, de los arcos; las parras se fundieron con la zarzamora, con las ramas de las hayas y los paltos. Con los floripondios. El parrón ya no se veía. Su forma neoclásica se había convertido en un boquete que Leon mandaba despejar periódicamente para que entraran y salieran los coches. Era preciso apartar violentamente las ramas para descubrir, abrazados por las zarzas y los sarmientos, las primitivas pilastras y los arcos. Toda la vida de la casa, cuando no hubo más cultivos, cuando los árboles dejaron de arreglarse y Leon se preparó para morir, se limitó, en los últimos años que viví allí, a dominar la vegetación que estuvo a punto de invadir el invernadero, el sendero de tilos (o de fresnos), la laguna y el lomaje perfecto del césped sobre el que se alzaba Diana. Por muchos años, del 30 al 47 exactamente, estos espacios constituyeron la zona franca que dividía los dominios de los árboles y plantas que crecían a su antojo y la parte nuestra, la glorieta, la terraza y el jardín de rosas. En las tardes de verano, Jeanne se hacía servir el té en esa terraza y ordenaba que abrieran los quitasoles. De esta manera, aburridísima, recibía el último sol en sus mejillas

encarnadas. Sus joyas relucían como estrellas haciendo palidecer el fasto de las anémonas y asclepias, de las calceolarias, hortensias y pensamientos.

Este entorno sentimental se compensa mal con el duermevela y el agobio de la fiebre del tifus, sujetándome en días regulares al fondo de la cama. Mucho tiempo después reconocería algunos rincones, el patio de las cocinas por ejemplo, como templos consagrados a los requerimientos, rechazos y reconciliaciones de Juan. El fondo sombrío de una mata de lilas pudo muy bien contener la ansiedad de las esperas, cuando él aparecía invariablemente después de la comida a pedir lo adeudado. Pero antes yo me había sentado en el suelo, en medio de las ramas y me había desabrochado el pantalón, dispuesto para cuando llegara. Aunque nada de esto es real, por cierto. El peso de las sábanas sobre las piernas, durante el tifus, es anterior a esos descuidos. Un día transcurría entre los murmullos anotados ya y los pasos afelpados de la servidumbre. Pese a todo, existen recuerdos que bien pudieron ser la carne de esas horas, cuando aún estaba su nodriza y corría por el patio de las cocinas, deleitándose al sentir pesado el bajo vientre. Se escondía detrás de la corona del poeta dejando escapar mansamente la presión que amenazaba con reventarlo; en cuclillas apoyaba la barbilla en una rama en V y miraba cómo al poco rato la nana comenzaba a buscarlo, haciéndose la lesa porque sabía dónde tenía que buscar, y las otras nanas gritaban cagado debe estar si no le dura ni un jesús la ropa limpia. Entonces se ponía a llorar y decía, nana, estoy aquí, y ella se pegaba un susto, fruncía los ojos y fingía enojarse diciéndole unos huascazos le voy a dar, no le han dicho que avise, moleera, para tomarlo de los brazos y levantarlo en los aires, diciéndole mi amor, quién le va a pegar a mi tesoro, oliéndole el popó, ¡uf, qué llondo! Juan se agarraba al cuello de su nana y se dejaba llevar por el paso balanceado y arrullar por la canción que la nana susurraba entre dientes. Entraban a la casa por detrás, desde el sendero bordeado de fresnos, abriendo la puerta de rejilla y la de vidrio, endilgando el pasillo sombrío y amortiguado por la alfombra. El mundo desaparecía sin transición, quedando reducido a la oreja y al pelo de la nana, a ese olor ácido a jabón que le subía del cuello. Juan cerraba los ojos y comenzaba a dormir mientras tomaban la escalera y

la canción continuaba, sintiéndose perdido en un universo blando y fatigado. Durante el infinito rodar por los pasillos, salitas y escaleras, lo único reconocible es el sueño vegetal cerrado sobre su vida. Pero la nana volvía a despertarlo, obligándolo a pararse sobre el excusado, cuyo borde de porcelana *craquelée* tenía escrito con caracteres góticos la palabra DESIDERATUM. Le soltaba los tirantes del pantalón y los botones de la cintura. ¿No le da vergüenza? Mire, mire cómo está, si ya está grande. Y el húmedo calor protegido por las prendas se transforma en este frío y en el tacto barroso que le ensucia las piernas. Ahora la nana pierde la paciencia, ya pues niñito, si para lo único que sirve es para darle trabajo a una. Se lo queda mirando sin poder contener la risa. Tengo que bañarlo ¿ve?, depositándolo en el centro de la bañera, en pelotitas, esperando que a sus pies se forme un laguito para restregarle las partes infectadas con una esponja suave, y estrujarle la piel, enjuagarlo y pasarle una toalla por todo el cuerpo.

Según el movimiento ondulante y caprichoso de esta memoria, la casa tenía un cuerpo principal elevado, de tres plantas, que constituía la parte visible desde los alrededores, una pesada edificación que, para bien o para mal, llamaba la atención del observador. Pero ya en el interior del patio adoquinado se podía obtener una impresión más amable, cuando se advertían los objetos cotidianos, el porch con los rosales señalados, las puertas-ventana, los balcones entrelazados por arcos neoclásicos de mampostería. Al atravesar ese porch se entraba al vestíbulo ovalado de donde partía la escalera formando un suave arco adosado a la pared. Ahí existían dos alternativas: el salón a la derecha, con un hall de acceso, o, a la izquierda, una salita por donde se entraba al comedor. También al frente, bajo el arco de la escalera, había una puerta utilizada por los criados para hacer desaparecer gabanes, paraguas, sombreros y bastones. Ambas alternativas constituyen sólo el comienzo. El resto está poco definido aún: debo mantener una necesaria imprecisión para permitir que la arquitectura se amolde a las necesidades del drama. No estaría bien que más tarde un movimiento, por ejemplo, la búsqueda de Alexandre en la penumbra, se vea perturbado por un diseño demasiado estricto del escenario.

En suma, éste es el lugar del origen, la primera infancia, el tifus y la

experiencia traumática de su niñera. Pero la tartamudez, que le duró hasta la pubertad, no tuvo su origen en el despido de la nana sino en una jugarreta de Leon, que, tomándolo por los pies, lo metió en el subterráneo oscuro que había debajo del repostero, diciendo ¿vas a comer?, ¿vas a comer?

Por esa misma época, los Lauvergnat se dedicaban a alborotar en la piscina, cuando Juan no tenía edad para acompañarlos. Sus gritos lo llenan todo: la piscina y los juegos del anochecer, el cache-cache, las naciones, el paco ladrón o la gallina ciega. La piscina estaba alimentada por una acequia continua que entraba por un extremo y se vaciaba por el otro. Con el seto de la macrocarpa se habían diseñado unos rincones llamados camarines para ellos y ellas. Los Lauvergnat gritaban en medio de chapuzones; desde la mañana se instalaban, revolcándose en el césped, y pellejito a pellejito, la puerca de la Isabelle se los sacaba en la mesa. ¡Qué asco, niñita, déjese ya! Juan los observaba desde lejos y algunas veces le decía a la nana que fueran, que fueran ¿ya?, un poquito. Si quiere lo pongo en la batea, ¿quiere?, ¿lo pongo en la batea?, ¿al lado de ellos? Y se pegaba al cuello de la nana diciéndole despacito, no, nana, no al lado de ellos. Vamos, entonces, deme la manito, si no lo voy a meterlo al agua, ejante lo enclenque que está. Y partían por el sendero bordeado de hortensias. Ella, también, la china curiosa, ¿qué tiene que estar metiéndose? Y no podíamos hablar mientras estaba ahí, ¿quién podía hablar?, ¿a ver?, ¿quién podía hablar?, nadie, tía, le juro que es una rota metete. A Juan le estaban preparando la comida de la tarde y la escuchó, escondido detrás del respaldo de un sillón, la escuchó sin respirar, Isabelle frente a Jeanne, la Isabelle con los pies torcidos hacia adentro y sacándose un moco de la nariz pecosa, la pesada de la Isabelle. Pero la madre de Juan la tomó de una trenza y se callaron, se fueron, desaparecieron, porque la nana estaba ahí, detrás, diciendo ya, mi corazón, venga a tomarse la papa. Mire, Rose, dijo la cocinera sacando un gran filete de la carnicera, que no la pasen a llevar, esa niñita anda corriendo cuentos, es más enredosa, no sé a quién habrá salido. ¿Quién, Antoniette, por Dios? ¡Bah!, ¿quién va a ser?, la demoiselle Isabelle, pues, usted es más caída del catre también, hasta que no la corran no va a aprender.

La aventura fue el signo más visible del siglo XIX. Comenzó con la expansión imperial y no dejó de ser anhelada después del fracaso de 1815. La Restauración dio paso a un tipo de conquista menos espectacular pero enormemente más eficaz. En la primera mitad del siglo, los ejércitos franceses se aburrían en sus cuarteles y sólo salían en punta de pies para sofocar revueltas o llevar la paz a lugares, como Argelia, despedazados por el odio y la barbarie. Sin cónsules gesticulantes ni coronas de laurel, la extensión del imperio se afianzó bajo oscuros reyes que habían resuelto pactar a disgusto con los hombres que representaban las fuerzas vivas de la nación. Ejemplos de estos hombres, comentaba Leon en la mesa, son los héroes de M. de Balzac, girondino como yo, que pinta la tragedia y la gloria del país y la pinta verazmente, con ironía acaso, pero nunca con la morbosidad de su propia abyección. En efecto, los personajes como Leon sufrían de todas las iniquidades relatadas, aunque no dichas, por Balzac, y en ellos podíamos reconocernos. Pero ninguno de los asistentes lograba tolerar una verdadera parodia de sus crímenes como después intentó hacerlo el naturalismo. La literatura podía causar discusiones sin que fuera excluida o desde la partida como lo hubiera sido si, como lo hizo Zola, le hubiera dicho a esos burgueses que eran los sepultureros de sus propios sueños. M. Albert no conseguía comprender completamente los problemas propuestos por Leon, aduciendo que la única conmoción verdadera del mundo había sido el renacimiento carolingio. Entre bocado y bocado, M. de Morlux —nombre verdadero de M. Albert, que ya nadie recordaba por estrafalario— explicaba meticulosamente su error, la autonomía y eminencia, de las nociones de *autorictas* y *scripturas*. Sus locuciones servían, sin embargo, para articular los pasos de la discusión. El cura de Perier par Maurens, que ignoraba su propia filosofía pero que tenía que corroborar todo lo que dijera el latinista, volvía rápidamente al tema, denostando contra M. de Balzac, calificándolo de desleal y alevoso, dueño de una perfidia que igualaba a su traición. El médico, en cambio, era más sutil aunque no menos partidario de silenciar al escritor. Sólo Leon, acostumbrado a las peripecias de la Musaraña, lo defendía. Aún más, reconocía que el arte de Balzac era excelente y que sus personajes poseían una compasión infinita con la historia que estaban viviendo. Para Leon era

así, puesto que ese arte compasivo diseñaba su propia desesperación. En fin de cuentas, el reparto del botín argelino lo había beneficiado y bien podía identificarse con la gloria de los héroes de Balzac que de tanto en tanto visitaban la colonia. Debo reconocer que el único convivio que tenía alguna idea clara al respecto era Leon. Es inolvidable para mí el hecho de que respetara la ignorancia y el fanatismo del cura, del médico y de M. Albert; sus propias opiniones pasaban desapercibidas en el lenguaje de salón, como si se tratara de frases de poca monta. Ahora me doy cuenta de que esta astucia era una cualidad que vertebraba a todos los hombres como él. Leon tenía la fantástica capacidad de rodear las cosas importantes de un halo irreflexivo que le permitía soslayar el espinoso tema argelino. Cuando alguien preguntaba demasiado sobre la organización y el trabajo de la colonia, exclamaba: y figúrense ustedes mi bochorno cuando nos acercábamos a puerto, sabiendo que mi pobre Jeanne me esperaba con sus mejores disposiciones de recién casada. Era a la vuelta de mi primer viaje y aún no le había confesado la vergüenza de la prótesis que soportaba desde los diecisiete años, cuando me dio el tifus y perdí todos los dientes. El mar en Gascogne había logrado marear a todo el pasaje y no se podía tolerar el olor en los camarotes. Yo daba vueltas por cubierta, confiando en que el frío y la espuma del mar me aliviaran las náuseas. Pero el tangage era fenomenal y en lugar de calmarme hizo que la cabeza me diera vueltas al mismo compás que el estómago. De pronto tuve que inclinarme por la borda y devolver al mar las viandas del almuerzo, junto a mi flamante prótesis. Por la tarde debíamos llegar a La Palisse y no se imaginan el sofocón del Chevalier de Warni condenado a ocultar su indignidad bajo llave en su camarote, no sin antes agenciarse la bondad del capitán para que dijera que nadie de ese nombre viajaba en el barco en el caso de que una dama inquieta preguntara por él. Bajé horas después de atracar, como un delincuente, tratando de disimular con un foulard el oprobio de mis labios hundidos.

Por mi parte, la aventura comenzó en aquel Club des Dix, disfrazado con las ropas de un cocinero. Vestido como un cocinero, Juan se inclinó sobre el cuerpo desplomado en la butaca. Le tomó las manos

negras de hollín y de grasa y se las pasó por la cara. Luego se acercó al espejo y vio diseñarse un futuro en él, trasparentado y rechazado por el azogue, una figura esmirriada, que nadaba en aquellas prendas blancas, que logró sonreírle y mirarlo con desplante no él sino el otro, perfectamente adecuado a la forma reflejada. Corrió escaleras arriba, hacia el salón. Allí realizó el primer acto de su nueva condición: ayudó a vestirse a uno de los señores que había decidido huir antes de la derrota. Le sujetó el sombrero mientras se ajustaba la levita, le sonrió obsequiosamente al pasarle bastón y chistera, recibió con alegría la propina y lo acompañó al vestíbulo con un ceremonial que no se compadecía con el humo, las cortinas ardiendo y el estampido del cañón. El caballero había desenfundado un estoque oculto en el bastón y se aprestaba a emular a sus antepasados. Entonces Juan le arrebató el arma y lo mató. Lo dejó oculto tras un sillón.

El resto ocurrió con mucha rapidez. Aún los servidores se mostraban capaces de ayudar a los pocos tiradores de las ventanas. Los cañonazos hacían menos daño que el fuego interior, por lo que mucamos, cocineros, *valets de pied* y jardineros, mandados por el *maitre d'hôtel*, intentaban sofocar inútilmente las llamas. Juan se dirigió gritándoles a todos ellos, les propuso que se plegaran a los insurgentes como única posibilidad de escapar con vida. El mayordomo me miró con espanto y por un segundo sentí el silencio y la inmovilidad de los criados; por un segundo, con el corazón reventándome en el pecho, me vi muerto. Sus indefinidas figuras, difuminadas por el humo, hieráticas como tallas policromadas, iban a saltar sobre mí para expresar una fidelidad cuyos principios se perdían en el lejano anonimato de la sangre. El *maitre d'hôtel* se volvió por fin hacia mí asestándome lo que yo creí sería la primera bofetada. Me hizo caer en brazos de los demás. Con el rostro ardiendo y desajustado, caí entre sus cuerpos duros y sudados, que ahora sí, pensé, terminarían conmigo. Trato de recordar... el gozo que me produjo esto, la certidumbre de desaparecer por fin tragado por esas manos, esos cabellos revueltos, ese mar de rostros. Sólo un instante, del que me pude recobrar gracias al rugido unánime que salió de sus gargantas, ese rugido de bestia polimorfa que cayó sobre el mayordomo y terminó con su vida antes de que pudiera reflexionar sobre lo que ocurría. Rápidamente nos apoderamos de las armas que

yacían por el suelo y fuimos disparando contra cada uno de los socios que quedaban. ¿Pudo mi primo reconocer a su victimario antes de morir? No lo recuerdo. Pero mientras bajábamos íbamos eliminando, y muchas veces degollando a los burgueses de la casa. Yo me dirigí hacia el pesado portón y amenacé con el sable —porque de pronto hubo un sable en mi mano— a los hombres que lo cuidaban. Les dije que no había un socio vivo, que debíamos dejar entrar a los rebeldes. En ese momento estuve a punto de perderme, pues algunos no supieron comprender mi autoridad, la manera única cómo una voz, dueña de cuerdas vocales iguales, es capaz de imponerse: por el timbre, no por el coraje, sino por una potestad de formas aprendidas. Dudaron, me miraron indecisos. Adopté por esto las formas más groseras del argot, les hablé como ellos esperaban que lo hiciese un cocinero, recordando ciertos episodios del 89, en un discurso salpicado de libertad, tiranía, vindicaciones y degüellos. Pronto el asunto se zanjó con la llegada de los demás, que corroboraron lo que yo decía. Seguro como nunca, hice que despejaran el portón lleno de muebles, herramientas y muertos. Y yo, personalmente, abrí las pesadas puertas. Por entonces ya me consideraban un héroe sin que nadie, ni yo mismo, supiera quién era. Lo único que en la irrenunciable intimidad seguía señalándome como lo que había sido era el alma, pero ¿qué es un alma frente a la apariencia? Es casi lo impensado, un hito entre los infinitos momentos de una y otra máscara, al fin, una máscara que se burla de su propio enigma. Al final de este largo trayecto, la única alma que conozco es la memoria líquida ondulante que me hace señales equívocas desde los dos lados del mar. Así como borré con un golpe de mano lo poco que quedaba del odioso personaje de Perier, así asumí las sucesivas metamorfosis que me impuso la realidad. De esta manera, la patria, las orillas, la lengua, no han sido más que momentos de las tantas patrias, lenguas y orillas que he vivido. No quiero decir que haya pretendido nunca abandonar el lugar de nacimiento. La prueba está en que hoy lo necesito y lo busco. Pero, al fin, ese lugar no se abandona jamás si por ese territorio entendemos un recinto no mayor que un jardín, que un corazón o que una inteligencia. El verdadero exilio es la ausencia de claridad, la incuria, la estupidez. Para mí, la patria ha sido muchas veces un rostro, una melodía, una llanura de olivos ventilada por el

aire lleno de celajes. También, y sobre todo, ha sido un agua. Quisiera demorarme un momento en esta reflexión, atrapar al vuelo uno de esos puntos álgidos que rompen la uniformidad y la rutina. A punto de volver a los lugares de mi iniciación, después de una pirueta que tomó un siglo o un instante, sólo me queda entre los dedos la delgada ceniza del placer, única materia que conserva lo incomunicable, el código cifrado del «ayer», del «nunca», del «eternamente».

Rose debe haberse marchado después de dejarlo preparado para recordar, apto tal vez para morir. El destete de una mano amada puede señalar un golpe interior que desorganiza el frágil y reciente orden del mundo. Por eso el tifus, dicen, fue la manera de expresar que los aromas de la seguridad habían sido separados de mí como por un tajo. Llevados por la ambigua relación amo-esclava, Rose y yo nos habíamos acostumbrado mutuamente como la piedra al terreno o el parásito al tejido que lo alberga. La consigna de Jeanne, colofón de una larga lista de terminantes disposiciones, establecía que la presencia del niño no debía turbar el aburrimiento de la casa, orden al que había que someterlo todo. Sí, pues, niña, el caballero es muy mañoso y no duerme. Ambos padecemos de los nervios. Las comidas y paseos deben ser puntuales. Como no puedo darle el pecho, te las arreglarás con la leche marina. Lo pasearás en el landau por el parque, abrigado según el tiempo, y le verás la ropa. Si quieres y te aburres, puedes mandar poner el coche y dar con él una vuelta por el pueblo. Pero no permito lachos, me entiendes, no quiero que el niño presencie cochinadas. Lo harás dormir la siesta y con la fresca estarás lista para salir. Es muy importante que los paseos de la tarde se le graben al niño y los recuerde cuando sea grande. Dos horas, dos horas de paseo y volverás con la oración. Después lo acostarás, procurando que se chupe el dedo o algo protuberante. Ya sé que no entiendes estas cosas, pero las harás sin rechistar. Después ayudarás a Guillermo, en el repostero, a dejar a punto el servicio de la noche. Pero, sobre todo, que no sintamos al niño, salvo cuando lo traigas para que lo besemos antes de que se duerma.

Estas ceremonias se han borrado, pero palabras más o menos, reproducen la realidad odiada o inventada. Los primeros meses de vida

vegetal participan del mismo estupor que precede a la muerte y que por una abolición súbita del perfil que dibuja, separa y apoya las cosas y los rostros en el universo se confunde con la muerte misma. Pero no, allí, antes de la muerte, persiste una zona blanca en la que el pecho se aferra buscando un aire nunca suficiente, la zona de nadie, ribera y embarcadero del último mar. En este caso, aún la sangre resbala sin apremio, antes de coagularse como una savia dura y helada en los remansos viscerales, en los inextricables vasos, en la mitigada palpitación cordial. De igual manera, en los primeros meses de vida ya existe el fluir blanco del tiempo, ya está ahí, eso, los ojos abiertos y movedizos buscan objetos por encima y más allá de las personas que lo cuidan y observan, se fijan en la magnitud, en el volumen, en un súbito brillo, la pupila admite la tiniebla y la luz, sin que pueda elevar esos señuelos al orden despiadado de la diferencia. Ha sido desembarcado en una orilla y boquea como un pez fuera del agua. El sol seca su piel de seda y no termina de acomodar su costumbre ácuea a las incómodas aristas de lo sólido. Por eso, cuando lo bañan se abandona como una esponja a ese retorno, recupera su prehistoria, una laguna, un mar, visto o soñado, un océano de invisibles algas, que lo nutre sin el apremio o la astucia del cazador. O, al revés, es quizá por aquella perfecta garantía alimenticia que la artimaña y la vigilia se vuelven ociosas. El esfuerzo de saber, acechar, temer, es la principal usura de lo vivo. Los dioses no vigilan, no ven, no recelan su propio fin, no precisan acceder a la feroz imperfección del ingenio. El agua de la bañera es, pues, la primera impostura que suplanta a la otra agua, que prorroga por unos meses la ilusión despoblada y perpleja del paraíso. Ahí, y no luego, se inaugura la ficción en ese baño, flotando entre bolas de colores y barcos que mañana serán barcos, pero que hoy se hallan ocultos por la nada líquida del baño. ¿Qué memoria entonces puede recobrar el cielo? ¿Cómo trazar, aunque no sea más que para complacer los mandatos de Jeanne, el diseño brumoso de esos meses? La memoria no brota sino como una alteración, como un olvido, como signo de la primera alarma. El primer dolor, la salida de los dientes, es el chispazo. Algunos muebles aparecen iluminados por las lámparas. Es una marea lechosa y tibia, como mirada por el ojo de un pez, crepuscular y mudable, de la habitación a medianoche. Juan cree

verse tendido en la cama, observando al niño que es él, llorando en brazos de la nodriza que lo pasea y lo mece. Y a veces es su madre que se turna, murmurando destempladas melodías, tratando de aplacar el vagido espasmódico, salpicado de baba, empapando toalla tras toalla en el dulce licor que le embalsama las encías ardientes y enrojecidas. Así, el dolor desenmascara al falsario que fingía la dicha divina, poniendo en marcha la memoria. Sí, tal vez la memoria sea memoria del dolor, aunque la verdad o mentira de este aserto no impedirán la despiadada burla por venir.

M. Albert se dio el trabajo de anotar una meticulosa crónica de aquel tiempo, centrada en su amada Jeanne. Dichas anotaciones resultaron ser el anecdotario de un hijo que la familia Lauvergnat no quería porque estaba previsto que la fortuna de Leon fuera a parar a la casa del príncipe, necesario lustre de un blasón que naufragaba en casa de los prestamistas. Mi nacimiento entonces defraudó a todo el mundo salvo a Leon. Defraudó también a Jeanne, no se crea, a la que el timo y el complot urdido alrededor del propietario crédulo y dado a las payasadas que era Leon no le parecían métodos correctos, pero que estuvo dispuesta a sacrificarlo todo por su padre. La verdad es que ella era sensible a la ironía y al sentido del humor del *chavelier* y se vio envuelta en una seducción mayor que la que produjo en Leon la fachada ostentosa y desemesurada de la villa Remember, en Biarritz, palacio lleno de lacayos —lo supo después— contratados, de cortinajes, mobiliario y enseres renovados a la carrera y de carruajes alquilados. El viejo príncipe de Lauvergnat bendijo el compromiso con los mejores modales de la Restauración y condescendió a prometer una presencia más asidua en sus cotos de Bergerac. *Si, mais si, mon cher* Leon, son tierras abandonadas desde la revuelta. No me lo recuerde, no me lo recuerde. El pequeño, enamorado e insignificante secretario que era M. Albert tuvo que pagar el precio de su pobreza. Las notas que Juan encontró —al final, muy al final, cerca ya de su partida de Perier— en un cajón de la biblioteca constituían el diario del fracaso del latinista. Aunque para M. Albert, junto al contrato y los testigos, existía el consuelo de un ardid fraguado sólo para compensar unas arcas en bancarrota. Lauvergnat prometió generalidades, aludió a

vagos valores confiscados por el corso, cuya restitución no tardaría en arribar, dejando bien sentado, entre alusiones y rodeos, que cualquiera duda al respecto era una pesadez o una injuria. Le recomiendo a este muchacho, *mon cher* Leon, un sabio y un señor. Se encargará de sus asuntos. El Chevalier abandonó la inutilidad de la cautela, tan seguro de su amor como de su solvencia para apuntalar las necesidades de su suegro. Hizo ver, en fin de cuentas, que le sobraba extravagancia para tragarse el anzuelo. Aparentó una solemne gravedad, ante la promesa de ser presentado en la corte. De esta manera expresaba que el artificio de la Musaraña era real y que cualquier reluz denunciaba al oro. No es necesario consignar que Leon estaba al tanto de los planes para dejarlo sin hijos. Mejor digamos que el amor no acepta estas supercherías. La belleza de Jeanne, un poco enorme, sometida a los corsets y al retoque —digo: al retoque de esa pasta blanca utilizada por el fotógrafo para realzar su cintura de avispa—, era suficiente garantía para que las cosas ocurrieran como estaba mandado.

Se casaron en Biarritz, en la iglesia de Saint Martin, y Jeanne se resignó, con una encomiable fantasía y ausencia de formalidad, a vivir en el campo. Este fue el momento en que Perier se llenó de cuadritos, mueblecitos, mesitas de todo tipo, el tiempo en que la decoración se alió con el disparate dejando en el olvido la severidad ornamental de la casa en tiempos de mi abuelo. El abigarramiento romántico, de adjetivación diminutiva, tiene la virtud de describir el siglo completo en todo su horror. Las notas de M. Albert reproducen la ilusión de Jeanne al descubrir un mundo en el que podía proyectar su imagen sin cortapisas. La labor de los tapiceros, ebanistas y pintores está descrita por un enamorado que mira los ojos ingenuos de una novia. Aunque en lo que más insisten las notas es en el temor, en la angustia cotidiana, de que Jeanne tuviera un hijo. Día a día se relatan los primeros tiempos de los recién casados, reseñan soberbias borracheras de la pareja y dejan ver que por encima del desenfreno y el temido sexo, entre Jeanne y Leon existía una camaradería semejante a la de dos soldados en francachela. Lentamente la tensión de las notas cambia de tono. Hay descripciones de M. Albert y Jeanne paseando por el campo de Perier, paseos a pie, a caballo, en coche, destellos de una devoción que nunca conocí. He dejado de plantearme dudas sobre

mi origen. Al menos sé que sería anacrónico que yo fuera hijo do M. Albert. Esta conjetura no sólo se basa en flagrantes semejanzas mías con Leon, sino en que a M. Albert le horrorizaba la idea de un hijo de Jeanne. No, mi nacimiento se debió a una intriga de Leon. A los setenta y cinco años, después de quince de estar casado sin descendencia, había dado suficientes pruebas de desdén por el tema. Los hijos de su cuñado, los famosos y estrafalarios Lauvergnat, parecían colmar su paternidad. Así, el viejo príncipe, al morir, creyó que el éxito había coronado sus planes. Pero, ya sabemos que nadie, ni él mismo, conocía a Leon. La teoría de M. Albert es que en una noche particularmente etílica, Leon se disfrazó de mujer y le propuso a Jeanne, al cura de Perier par Maurens y a la mujer del médico, que representaran cuadros de la corte de Fontainebleau. El cura se excusó y se llevó como viento fresco a la mujer del médico. Jeanne y Leon se pellizcaron el pecho ante la mirada atónita de M. Albert, juego que continuaron por las escaleras y pasadizos, y terminó fatalmente en el cuarto de Jeanne. Los cálculos de fechas de M. Albert aíslan esa noche como la fatal. Su desdicha se vio seguramente atemperada por la edad, por la certeza de que a pesar del hijo no perdería a su amada y porque, sobre todo, el viejo Lauvergnat había muerto.

Pero siempre es posible suponer que M. Albert tuviera el motivo de una sospecha para quererme como me quiso. Es cierto que nada —fuera de su delgada pasión por Jeanne— lo empujaba al envanecimiento de sentirse padre. Pero sabía que hasta en eso, él, Jeanne, Leon y yo mismo, éramos víctimas de ese siglo implacable. Porque la pasión que mi madre permitió en su corazón fue su secreto, el precio que ella cobró por haber permanecido en el lugar que su mundo, las intrigas del dinero y, también, la debilidad de seductores como M. Albert que no supieron luchar por lo que anhelaban, la habían colocado. Su hechura, un poco hombruna, tan en armonía con la estética de lo enorme, le permitió estar al abrigo de cualquier impertinencia: todo se estrellaba contra su naturaleza inexpugnable, embozada como iba, como deambulaba llena de velos, tras los cuales su risa no dejaba barruntar ni la conjetura de un enigma. En las notas de M. Albert, ella asume sin demasiadas explicaciones el rol convenido. El vocativo Jeanne aparece sólo cuando el lírico transporte

de un paisaje se refleja, por ejemplo, durante una excursión, en el alborozado semblante de la amada. Pero en general se refiere a ella como a madame de Warni.

Los viajes de mi padre les permitieron una gran intimidad durante el embarazo. Al final del día, cuando la fatiga o el temor llevaban a Jeanne a sus habitaciones, M. Albert se encerraba en la biblioteca a reseñar escrupulosamente las alteraciones de su ánimo cumplidamente velado por la decencia y el matiz. El amarillo de los cromos, como pronóstico de la primavera, manchaba el jardín y los giros de su sintaxis. Agosto y los paseos a Quinahue, cuando enganchaban el *break* y el verano se diseñaba en los quitasoles y sombreros que protegían a Jeanne del sol, son situaciones, lugares y objetos rescatados por su mezquina caligrafía. También el parto anticipado que tiñó de pavor a esa naturaleza medrosa. En lugar de transcribir los hechos tal como fueron se abandona a la descripción de aquello que seguramente desviaba su atención: los zócalos de las puertas y los muros, el sistema de tubos de gas de carburo que alimentaba las arañas, el viento invisible que volvía echando a volar los cortinajes y la multitud de rayos solares, aislados y sedosos, que golpeaban los ventanales. El estuvo allí, en medio del tráfago incesante de criados, comadronas y médicos, aunque nada está anotado; puras elipsis, la contenida fuerza de un miedo, el incendio de un alma. Mis vagidos y, antes, el ceremonial antiguo y deslucido de nacer no se mencionan debido quizá al esmero de pensar en ella o a que «eso» quedó omitido como un todo en el fondo de su recato. Las manos que trabajan y atienden bajo las sábanas, el sonido agónico de la madre desfigurada por los espasmos, tienen en M. Albert a un secreto confidente. Las toallas empapadas por la inundación y las mujeres que buscan, masajean y palpan, la consabida agua caliente. Nada. Ávido y con la respiración en vilo —porque poco es capaz de sofocarnos tanto como nuestra propia historia— Juan buscó, descifró las palabras tachadas y oscuras, sin comprender las razones de una supresión que más que supresión se le antojaba como una afrenta. Oprimido, sofocado, ahíto en ese umbral escaso, apenas inquieto por el aire súbito que le abunda la cara al dejar su sombra inconcebible y encontrar la luz cruda de las arañas rodeándolo, por no sentir ya el líquido tibio y palpitante que lo hará

extraviarse luego para volver a él, confundiéndolo, soñándolo en la adormecida evocación del mar, sino este viento que se extiende como una calentura por su cuerpo, después del golpe que lo espabila y lo amarra para siempre a la muerte, Juan ha tenido un instante para recordar y olvidar de golpe el resto de paraíso que lo mancilla.

La placidez de la primera época, entonces, ciega y disipada por la dulzura de sobrevivir, se detiene en aquella noche en que algo se movió y se mueve aún en los márgenes resbalosos del ojo que piensa. Como la salida de Perier: un coche, una tarde de verano, o una noche de lluvia, un anhelo de salir, dejar atrás, desmayarse o morir, así bailan las imágenes esparcidas por el espacio de un cuarto en el que sucumbo a los embates de un destino desfigurado por la evocación. El dolor afiebrado en las encías fue un remedo vil del sueño de ser para otro y traicionar mediante ese dominio la planificación esmerada de mi futuro. Cuando surgieron los chambelanes de la corte, las visiones furtivas de pieles opalinas, y me vi rodeado de héroes y semidioses, cuando las estatuas echaron a andar con sus máscaras de oro, abandonando las armas ya que sus suntuosos miembros cumplían ampliamente el sino deseado, entonces no hubo en el mundo más mirada que para ese ejército de vengadores y sus colgantes taparrabos blancos bamboleando entre las piernas. Todo está ahí, en esa búsqueda desnaturalizada del poder, nacida del alivio de la saliva y el néctar. Estas son las primeras visiones: Juan cabalgando desnudo por la vega del río, sobre el potro bañado en sudor, riendo en un instante perplejo y, sí, recuperado, flecha y visión al mismo tiempo, residuo o melodía, donde la tersura de la piel del adolescente convive con el pelaje del potro; Juan cayendo de rodillas sobre la arena, con las piernas separadas, el caballo caracoleando a su alrededor. El segundo Juan, disfrazado de Alexandre, le permite observar desde las duchas las lentas sacudidas que se da en el vientre; ese Juan, digo, se ha arrodillado sobre la arena para que Juan le mire la comba del vientre y el sudor sucio del potro que se le enfría sobre la piel de los muslos y, también, también, el ídolo que sopesa en la mano. Ven, le dice, ven, no te alejes, no te hará daño; toca, toca nada más, aunque sea un segundo, por favor, toca con tu mano la punta de este cetro que te hará rey de mi vida, no te vayas, por Dios, toma el cetro que limpiará

los coágulos acumulados en mis calles sucias; mi alma se limpiará de estos grumos de dolor, de egoísmo y de miedo, si tú la tocas; ven, déjame esculpir mi figura yacente a tu lado, para que muramos juntos en esta arena tibia hecha de mica, sal y oro. Deja que este sol te penetre y nos funda. Ponte a mi lado, toca, simplemente roza con la punta de los dedos la seda explosiva de este cetro que es tuyo y que te busca.

Esto ocurrió antes o después de aquella célebre recepción en la que conocí al Príncipe. Chevalier, dijo, ¿nunca ha pensado en abandonar las misiones individuales? Usted sería un colaborador excepcional, mi brazo derecho, en el Estado Mayor. Además es buen piloto, todos lo dicen. Mañana lo pasará a buscar mi coche para dedicar el día a la aviación. Cita inapelable que incluía mi consentimiento. El hecho mismo de liberar un país me tenía sin cuidado, aunque la aventura, como toda forma de vértigo, me empujaba a aceptar. Cuando por fin claudiqué, vi que la campaña estaba casi en marcha. El reclutamiento del ejército de atletas se había llevado a cabo tomando en cuenta la irreflexión juvenil, prometiendo la gloria, el laurel y una buena parte del botín que se cobrara. Al principio, la ofensiva tuvo un éxito fulminante. Más parecía un paseo que una guerra. Las ciudades se liberaban sin un disparo. Los carros de combate y la infantería llegaban a los enclaves conflictivos cuando ya el napalm había hecho huir a los enemigos hacia las montañas. La población civil que quedaba salía a recibirnos entre gritos de gozo, ofreciéndonos sus mujeres, las cosechas que habían escondido, el agua y la sal, símbolos de la vida. Eran momentos conmovedores. Los adolescentes gastaban el tiempo libre en descansar bajo los árboles calcinados, imaginando que la hierba negra no tardaría en verdecer por la acción de sus cuerpos fragantes y fértiles. Pero los enemigos estaban intactos, ocultos en las montañas, y comenzaron a desplegar una táctica tan servil como sus objetivos: nos atacaban de noche, por distintos frentes, en un constante movimiento de asalto y repliegue, táctica que inutilizaba nuestra aviación y volvía ciegos como torpes elefantes a los carros de combate. Las bajas aumentaron en nuestras filas y comenzó el desaliento. No por esto el Príncipe, rodeado de su Estado Mayor, se

dejó engañar: despojó a sus soldados de todo el equipo pesado y defensivo —cascos, guerreras, botas y escudos— y los dotó de un pequeño taparrabo que, aparte la movilidad, los igualó a las turbas anónimas de nuestros atacantes. Las columnas de jóvenes desnudos se internaban en la espesura de la montaña confundiéndose con el enemigo y produciendo un desorden de identidades que daba la impresión de que la guerrilla era aniquilada desde dentro. Al final del verano sólo quedaban algunos focos poco importantes y el Príncipe se aprestaba a recibir del pueblo el tributo de su victoria. Entonces llegó la noticia de que una amplia zona del país, que ya estaba liberada, había vuelto a manos del enemigo. En una acción tan rápida como audaz, un pequeño número de hombres hizo lo que tal vez no hubiera podido hacer todo un ejército: cortar, por detrás de nuestras líneas, el acceso al mar. Comenzó a circular el nombre de un joven jefe, Lolo le Fou, que tenía la osadía de levantarse, acaso en forma suicida, contra el triunfo del Príncipe. En el momento de recibir el parte de guerra, yo estaba junto a S.A.R. Palideció apenas. Su cara impenetrable no se alteró más que por una ligera palidez, imperceptible para alguien que no lo conociera y amara como yo. Decidió de inmediato una inspección de las guarniciones cercanas al territorio perdido. Sobrevolamos la selva de robles bajo la cual sabíamos que éramos espiados, el Príncipe inclinado sobre una carta en la que hacía marcas con lápices de diferentes colores. Se hubiera dicho un niño o un demente jugando a establecer los límites lúdicos de una guerra antigua, romanos y persas, el asalto de la Bastilla, Waterloo, y no la conjetura actual y definitiva de exterminar a un enemigo real. Señalo y diferencio este episodio de los innumerables que acontecieron a lo largo de ese año de combates y fatigas debido a la importancia que tuvo en el destino total de la guerra y, también, en la consolidación de mi amistad con S.A.R. Sin proponérmelo, Lolo le Fou sería el elemento único, el catalizador, que iba a permitimos a ambos, al Príncipe y a mí, encontrar la clave definitiva del poder. Pero ese episodio vendrá más adelante.

Vuelvo mejor al momento de desesperación que me hizo correr escaleras abajo e irrumpir en plena ceremonia social, vestido con los estrafalarios atuendos de mujer, después de divisar a Alexandre por la

ventana. Pero hay que aclarar que no iba disfrazado de mujer. Yo era una mujer. En ese momento la materia misma de mi cuerpo se había perturbado procurándome un goce tan intenso como el de la metamorfosis de un insecto o la mutación gelatinosa del huevo en tejido vivo y trémulo. Ya la ficción no existía, la ficción tal como la entendía Leon. Hasta ese momento, entre Alexandre y yo, las cosas habían ocurrido como suelen ocurrir entre un muchacho rústico y su dueño, ambas versiones de una misma astucia que los hace dependientes y cautos, ávidos e irresponsables. Pero este nuevo elemento que se sumaba al todo, amenazaba con producir algo más que el sencillo resultado aritmético. Diseñaba, ya en ese instante, el proyecto de un crimen. Porque, así como señalaba Leon, todo estaba bien mientras no sobrepasara el estadio de la ilusión al que él mismo se plegaba convencido de que la realidad y el engaño se homogeneizaban según el orden antojadizo de la lectura. Por esta razón mi extravagante aparición no causó más estragos que los de remover la languidez del salón, a lo que se sumó el regocijo por la sorpresiva curación de mis males. Leon se precipitó con una copa de champagne, inclinándose galantemente ante la bella mujer, medio crápula, medio cortesana, que intentaba, vanamente, hacer surgir de las honduras del texto, una emoción más o menos acorde con la intensidad que había vivido —realmente— en brazos de los rufianes de sus sueños. Pero le bastó mirarse a sí misma para que las lágrimas acudieran a sus ojos, dándole una desusada realidad al papel de esa pérdida contrita que venía a postrarse delante del rico señor capaz de mostrarle el buen camino. Jeanne gritaba retorciendo entre los dedos un pañuelo de batista, sostenida por M. Albert, que le impedía precipitarse sobre la escena abyecta, que no más por favor, que era incapaz de tolerar eso en su propia casa, que qué se había creído, bastante había sufrido ya con la incertidumbre para que ahora viniera a torturarla con la evidencia. O ella o yo, clamaba, qué vergüenza, delante de todos. Hija mía, musitaba Leon en un contrapunto de tonos bajos, ajustado a la perfecta modulación del parlamento, te salvarás, te sacaré del arroyo fangoso de donde vienes; y no sólo eso, te haré ingresar en mi casa como mi hija o te adoptaré quizá, sin parar mientes en las opiniones un tanto singulares de Madame, víctima,

como se sabe, de un mal disimulado apego al vino, que la hace delirar y ver por todas partes ofensas a su posición. Mañana, querida pequeña, se habrá calmado y podremos ocupamos de esos individuos que te persiguen después de haberse apoderado de tu herencia y haber mancillado el nombre de tu casa. Y demostrarte que en mí puedes hallar al padre y al maestro, al guía y al amigo, toma este carbunclo que lucirás orgullosamente en tu dedo y te preservará de todos aquellos que duden de tu honra. En cuanto a estos señores, todos honorables consejeros de la corte, puedes confiar en que interpondrán sus buenos oficios para que el mismo rey te dote o te nombre camarera real. ¿Por qué no?, todo es posible cuando existe un arrepentimiento como el tuyo. Mis pares, exclamó dirigiéndose al consternado auditorio, hieráticos y congelados en sus levitas de gala el alcalde y el médico, el cura en su sotana, casi atragantado por el babero impecable, de ustedes, tanto como de mí, depende la suerte de esta niña. Que no se diga que los hidalgos de la Dordogne abandonan a pobres criaturas, víctimas de la vergüenza y la promiscuidad en que vive nuestro pueblo. Sí, sí, exclamó Jeanne, ¡bravo!, y corrió como un remolino negro a levantar del suelo a la postrada, yo estaba equivocada, hija mía, mi hija, no faltaría más, claro que te cuidaremos, nada está perdido. Pero debes comprender a esta pobre y solitaria castellana que sufre el abandono y la frialdad de su marido, ocupado siempre de sus obras de caridad en los burdeles de Biarritz, en recuperar cada vez con más ahínco a ángeles caídos como tú. Aunque esta vez es bien distinto. Yo me ocuparé de ti, no dejaré que te ocurra nada. ¿No es así, mi amado esposo? Y me estrujó entre sus enormes brazos, echándome el *chignon* sobre la cara, olvidada de que comenzaba a rozar la infidencia, que de alguna manera cada uno de los tres agregaba coletillas que no pertenecían al texto. Roto el hechizo por las carcajadas de Leon, que de un golpe me quitó el *chignon* y la piel apolillada de encima de los hombros, liberando así mi pelo largo y rubio que volvió a su posición masculina, enmarcándome el rostro maquillado, todos exhalaron el consabido suspiro de alivio y volvieron a sus copas, felices de que les quedara un pretexto —las copas— para borrar la impresión grotesca de la parodia. Porque, como ya hemos visto, Leon había ido un poco lejos con su manía de reducir el mundo

al puro símbolo. Luego de divertirse haciendo como que jugaba a la Musaraña, contento por otro lado de haber recuperado a su hijo, había desenmascarado y abandonado a un adolescente risible bajo los medio atuendos de prostituta, al que nadie, por decoro, quería mirar. Sin embargo, yo insistía dentro de mí en que el mundo se distribuyera con la equidad de los roles en el teatro y que esa división, en la que se me había asignado un personaje falaz pero a pesar de todo mío, como un decreto, tuviera la virtud de hacer de mí, pasivamente, el burgués del bastón y el regateo, el que reduce el poder a un simple aparecer adornado con los distintivos de su naturaleza. Desde mi rostro oculto por el maquillaje, miré a mi padre con una mezcla de expectativa y compasión. Expectativa por no haber renunciado a la esperanza de que lo que había descubierto en mí no fuera más que una de las tantas posibilidades de la ficción a la que el mismo Leon nos había acostumbrado, y compasión porque pese a lo anterior yo sabía que sería incapaz de dar cuenta de mi rol en la comedia. Pensé en Alexandre como en el verdadero destinatario de mi puesto; sentí una inexplicable dulzura al imaginarlo cuajado de luces y de oros, hiriéndome en el corazón con un dardo o una espada, como en las tragedias antiguas, donde el déspota encuentra en el derrocamiento y la muerte el verdadero sentido de su gloria.

3

El orden de una crónica no tiene más límites que el capricho del narrador o la paciencia misericordiosa del lector. Sobre todo en este caso en que el personaje es casi irresponsable respecto a lo narrado y no tiene nada claro el curso a seguir. Haciendo un llamado a la benevolencia del lector, me propongo entregarle el núcleo central de la intriga, sin detenerme en la conveniencia literaria de tal medida. Tal vez va a asombrarse de que lo que considero como el centro de la trama no se relacione con Alexandre sino con el Príncipe. Esto tiene una explicación simple. La figura del Príncipe encarna la ideología de un hecho real que necesito conjurar; por lo tanto, respetando el orden de la deducción, debo comenzar por las ideas más simples y generales para luego descender a la complejidad de lo particular, a saber, el incidente de Alexandre. El hecho que voy a relatar se sitúa en las postrimerías de la campaña del Príncipe, inmediatamente después de recibir la noticia del apresamiento de Lolo le Fou. El cuartel general se convirtió en un hervidero de entusiasmos, pues el bandolero era el último escollo antes de que recuperáramos la salida al mar y pudiéramos proseguir la marcha hacia el Este. S.A.R. se mostró, como siempre, impasible, pero ordenó que saliéramos en el acto. Al cabo de pocos minutos estábamos en el aire. El mariscal se había colocado en el puesto del copiloto y había cerrado la portezuela que separa la cabina del resto del avión. De pronto sentí que una garra se adhería a mi casaca de vuelo y que el Príncipe se inclinaba sobre mí con el rostro crispado por el terror. Esto coincidió con un momento de gran turbulencia en el que me encontraba ocupado en controlar el avión, con los ojos fijos en el palo y bola y el altímetro, luchando con el estabilizador vertical para que los mandos adquirieran menos rigidez y pudiéramos mantener el nivel previsto. Cuando lo logré, fijé la presión de admisión en 19 pulgadas y las revoluciones en 2.300; conecté el

piloto automático, cuyos dos pequeños giróscopos eran incapaces de controlar a deriva, y avisé a las bases de paso para que verificaran por radio nuestra ruta. Entonces me volví hacia el hombre que yacía desmadejado y cianótico en su asiento. Creí que se moría, que ese hombre poderoso se moría después de haber triunfado sobre mil muertes. No podía morirse así, me dije. Al mismo tiempo me sentía incapaz de llamar a la guardia porque eso habría representado mi propio fin. Armados hasta los dientes, los adolescentes de la guardia estaban a dos pasos nuestros, separados apenas por el delgado tabique de comunicación. La altura, pensé, se debe a la altura, y le apliqué la máscara de oxígeno, le abrí el cuello de su uniforme de campaña. El pecho blanco y marchito apareció bajo la severa indumentaria militar, casto, se diría, e intocado como el de una vieja vestal. Pensé esta insensatez como se piensan las cosas más disparatadas en momentos de apremio. La piel y la carne del mariscal me hicieron imaginar algo inmaculado y frágil, oculto bajo las mil formas del rigor, el uniforme, los emblemas, medallas e insignias, protegido por estos símbolos y por el arma que los reunía a todos en una única e inapelable síntesis. Como no reaccionaba a la aplicación del oxígeno, decidí cambiar el nivel de vuelo. Al descender bruscamente, comenzaron a golpear la puerta de comunicación. ¡*Mon marechal*!, ¡*mon marechal*!, ¿qué pasa, *mon marechal*?, abra, *mon marechal*. Nivelé el avión y les abrí la portezuela, mirando de reojo cómo la cabina se llenaba de metralletas y pensando en lo fácil que era morir por una estupidez. Pero al mismo tiempo oí que el Príncipe decía, nada, nada, mierda, ya pasó, y lo vi arrancarse de un manotón la mascarilla, ¡vuelvan a sus puestos! ¡Sí, *mon marechal*!

En los aviones de la escolta no comprendían qué pasaba y el aire trajo hasta los parlantes preguntas e interjecciones mezcladas con la estática del éter. El mismo Príncipe cortó la radio y suspiró hondo, hondo, con algo más que un suspiro, con casi un estertor. Yo me limitaba a contemplar el pequeño valle cerrado donde se hallaba el campo y a las maniobras de aterrizaje. Inicié un vuelo lento comunicando a la torre las coordenadas de nuestra aproximación directa, intentando además mantener el planeo ayudado por los motores, en previsión de vientos cruzados a baja altura. Cuando divisé

el cabezal de la pista y nos inclinamos en el tramo final, los demás aviones pasaron rugiendo por encima para permitirnos aterrizar solos. En todo ese largo rato, yo no había vuelto a mirar al Príncipe, aunque sentí que se abrochaba el uniforme y se ponía la gorra de campaña sembrada de estrellas.

Uno de los momentos más memorables de la vida de un aviador es cuando las ruedas, luego de un infinito instante en vilo, en el que se flota entre la pura nada y el clamor de la vida, toman contacto con el suelo y comienzan a rodar, primero las centrales, todavía en un instantáneo equilibrio inestable, y luego la de nariz, al tiempo que los motores se aceleran en reversa y se alcanza por fin la anhelada orilla terrestre. Esta operación, como todo lo que verdaderamente nos conmueve cuando se lo repite y se lo usa, se vuelve rutinaria. A fuerza de reiterarla se la priva de su carácter agónico, de pequeño umbral entre nuestro yo arrebujado y aislado en la cabina y el cosmos incierto que suponemos, pese a no pensarlo, navegando como nosotros en el espacio. Sin embargo, de todas mis experiencias, creo que ese instante siempre conservó su índole ambigua e iniciática, de territorio franco más allá de la vida y de la muerte, es decir, más allá del poder, ya que es el peligro lo único capaz de hacernos franquear su frontera terrible. Un momento tantas veces descrito, buscado y reproducido a lo largo de esta narración y de mi vida, que permite traspasar la barrera permeable del miedo y gozar por un instante del poder total. Al arriesgarlo todo, la poca vida que queda se convierte en una portentosa añadidura, tan, tan intensa como esas sombras del dosel y ese rostro turbio, el brocado azafrán, única nota de intensidad cromática que permite vislumbrar el instante postrero.

Chevalier, dijo el Príncipe mientras enfilábamos la pista de carreteo, me ha salvado la vida, ¿sabe?, mirando dentro de sí mismo, como si se sintiera entristecido por poseer —también él— una naturaleza que cobraba su parte de duración, de incertidumbre y de fatiga. El zumbido de los motores no impedía que su frase tuviera el tono mágico de la confidencia. No lo olvidaré, terminó con un murmullo mientras se echaba una gragea a la boca. Al fondo del campo estaban los barracones del campamento, la improvisada torre de control y el asta con la bandera al viento. La zona de estacionamiento se había

llenado de figuras expectantes, de vehículos pintados de camuflaje y de tropa formada. Antes de que cortara los motores, S.A.R. se había levantado y reunido con su guardia en el umbral de la portezuela. Yo me demoré algún tiempo en las comprobaciones finales y bajé cuando el mariscal terminaba de saludar a los jefes que lo esperaban. Me uní a la comitiva aliviado una vez más de permanecer al margen del ceremonial castrense. El Príncipe mostraba su habitual severidad, sus movimientos económicos, ateniéndose a lo más estricto, sonriendo lo indispensable. Se dirigía ya hacia el edificio principal cuando se volvió hacia mí y me dijo, Chevalier, puede esperarme en el casino, acompáñalo tú, le ordenó a un oficial joven, y que no se aburra. Tenemos para unas cuantas horas. Volvemos esta noche. Y entró con paso enérgico en el edificio.

Yo estaba acostumbrado a esas rápidas incursiones por el territorio liberado, en las que el Príncipe en persona se ocupaba de la justicia militar. Las ejecuciones me dejaban frío. La rutina, la rutina otra vez, las había convertido en la reiteración fastidiosa de la primera ejecución, ésa en la que son ajusticiados para siempre el candor y la clemencia de uno mismo. El joven oficial trataba de ser amable, preguntándome por el estado de ánimo de Su Alteza, viendo en mí, seguramente, a alguien que participaba del poder por el mero hecho de escoltarlo. Todo lo que recuerdo de esa tarde de principios de invierno es la languidez de una conversación forzada, del vaso de whisky que helaba mi mano y del estruendo de las ejecuciones. ¿Es Lolo le Fou?, pregunté. No, todavía no, todavía es su plana mayor. Fumábamos cigarrillos, aletargados por la música suave que llenaba el casino desierto. La prematura noche de abril se echaba sobre el campo y las estrellas más brillantes del mundo centelleaban en el cielo estable. Los soldados encargados del casino no habían encendido las luces, pero el campamento relucía por los potentes focos colocados en la altura. Pensé: en pocos años la guerra ha cambiado; ahora no es cuestión de eliminar indio por indio como en tiempos de la Frontera, sino de aplicar una técnica que evita el terrible aislamiento de antaño; ahora la detección de los focos enemigos depende de la buena o mala lectura de unas coordenadas cuyas variables son el radar, la óptica y el miedo de los propios perseguidos. Este joven oficial me habla,

plácidamente hablamos del tiempo excepcional que le ha tocado vivir; él me habla, me comunica su entusiasmo, el que surge de la práctica de un oficio amado; al desarrollar teoría sobre cercos y apresamientos, emplea el mismo ardor de ciertos músicos que describen un pasaje especialmente difícil de una partitura. En lo que dice no hay subterfugio ni crueldad y las detonaciones simultáneas no logran perturbar el fuego de sus reflexiones; es más, las apoyan en un terreno calibrado y firme. Por primera vez hemos desplazado el aburrimiento de la espera.

Pero al fin llegaron el Príncipe y el Estado Mayor. Tenían hambre y hablaban de la conveniencia de dejar con vida al brigante en espera de ciertas informaciones. Lo solucionaremos esta noche, cortó el general, acomodándose alrededor de la mesa. Me pidió que me colocara a su lado Y comió con apetito, contando anécdotas y sonriendo con amabilidad a los propósitos de todos. ¿Cómo se encuentra, Chevalier?, me preguntó bondadosamente. Muy bien, Alteza, respondí. A lo mejor es preferible que partamos mañana; todavía tengo un poco de trabajo, ¿qué le parece? Me ordenaba elegir, quería que yo fuera el que decidiera pernoctar en el apartamento. Me parece bien, Alteza, me parece muy bien. Con desenfado impartió órdenes a un edecán. Si no está cansado, espéreme hasta que termine este asunto, así podremos hablar. Y retiró la silla sin esperar mi respuesta. Volví a quedarme solo con el teniente hasta la medianoche.

¿Tengo quizá que reseñar el resto de lo que ocurrió? Ciertamente, porque la opacidad de mi prosa desconoce las bondades de la alusión. Soy incapaz de traslucir por medio de los hechos externos lo que se había incubado en el alma del Príncipe, paradójicamente el símil más próximo de mis propias angustias. Pasada la medianoche vino a buscarme un soldado de la guardia de S.A.R. Este me esperaba en sus habitaciones, instalado cómodamente en un sofá, libre de su uniforme y endosado en una bata de seda. ¡Chevalier!, me dijo, aquí se está mejor, ¿no cree?, ¿quiere un trago?, sírvase usted mismo, y siéntese, siéntese, por favor. Estoy cansado, y es tarde, aunque es la única hora en que se puede pensar en uno mismo. El deber es una carga que no le deseo, murmuré, mirando, sin ver, los hielos de su vaso.

Instalados frente a frente, en medio de una pequeña parodia civil,

hablamos de Lolo le Fou, al que aún no habían ejecutado, y examinamos juntos los extravíos del poder. El pequeño malestar de esta mañana, le dije, puede ser un aviso de que el poder es incontrolado y huidizo, y no un destino protegido por la impunidad. Es ocioso relatarle a usted mi vida. Pero creo que de algunos momentos de ella pueden extraerse lecciones de moral que conjurarían el daño y la sorpresa que amenazan constantemente a los hombres fuertes. Usted me ve joven, Alteza, aunque he abandonado hace tiempo la prisa por vivir y por morir. Tal vez sea la clave de esta perdurable juventud, el hecho de que ya no desee, ni pretenda, ni proyecte, que en mi existencia no se encuentren fisuras por las que pueda deslizarse lo imprevisto. Al menos ésta es la razón de que mi carne parezca intocada y no vencida, presta a comenzar de nuevo el ciclo del deseo y la persuasión. Usted me ha mandado llamar, Alteza, y yo he venido. Yo he venido como corresponde a alguien que no sólo sospecha la raíz de su mal, sino que también conoce mucho de la muerte. Porque tal como están las cosas, para usted, en este momento, la vida se reduce a ella. Su malestar es una prueba. Lo supe mientras le aplicaba la mascarilla de oxígeno, mientras le abría la guerrera, cuando apareció ante mis ojos su carne casta y estropeada a fuerza de prohibiciones y frenos, y, por encima de todo, a fuerza de equivocadas creencias en la autoridad. Usted aprendió que el vencido debía ser el otro y que el ser fuerte tenía que alimentarse de la usura de la propia fuerza. Para usted, ejercer el mando es aplicarle a los demás la medida de una fuerza que no es infinita y que las armas no reemplazan. Por el contrario, el verdadero hombre fuerte necesita de un origen nutriente, una contrapartida en la cual la fuerza, es decir, la orden, la recibe uno mismo y cuya necesidad es la obediencia. Este es el precepto dialéctico del mando. Toda la tarde he pensado en usted, ejerciendo los métodos ciegos de la coacción, persuadido de que ese adolescente desdichado que llaman Lolo le Fou podía ser vencido mediante la aplicación de una violencia que a la larga no es más que un soplo renovado de la fortaleza. Él lo siente, siente la violencia en su carne, ve la fuerza avasalladora que cae sobre él y se regocija íntimamente de su suerte, de ser el único receptor de la potencia de su máquina de guerra, toda para él; en cada momento se ve al borde del abismo y siente que

puede dejar de esquivar los golpes, que ya le está permitido ese gesto de abrir los brazos como si en un último movimiento de plenitud pudiera abrazar el universo. Precisamente allí se le ocurrirá analizar minuciosamente el instante único que está viviendo, curioso por observar cómo por fin cede la resistencia de la carne y accede a un cielo privado, un cielo suyo, sin órbita, como el aullido que sale de su garganta. La fascinación por conocer ese momento, tránsito o llegada, le permite incluso desear los golpes de sus esbirros. Es lo que los antiguos llamaban catarsis y que yo he vivido y buscado más de una vez en mi vida. Al menos siempre supe que el peregrinaje terrestre se limita a una pequeña cautela que controla la ambivalencia entre el sometimiento y la victoria. Por ejemplo, el sol, Alteza, el sol que en el amor permanece en el alma del derrotado, del que ama y nada puede hacer frente a la persona amada. O la libertad, la libertad que se odia porque se la tiene, la odiosa libertad del amo, incomparable con la libertad del que no la posee, la libertad diáfana del sometido. Debido a esto, usted observa un escollo en la superficie de su poder. Se lo digo porque desde siempre me he ejercitado para vivir al filo de la caída. La vida de las personas como yo se define por la búsqueda incesante de un riesgo que alimente los sucesivos instantes de muerte y resurrección. Mis múltiples misiones, más o menos embozadas por el lucro, me permitieron mantener viva la presencia de la muerte, la necesaria muerte que tensa y prolonga el prodigio de la duración, el principio de lucha en el que uno se enfrenta a una presa y la somete a sus leyes, no sin antes, claro está, haberse colocado al borde de sucumbir en el intento. Esto es lo que usted ha dejado fuera y ha despreciado al ejercer el mando: esa astucia que le deja al otro un margen de fuga o una esperanza de éxito. A la enorme energía de un hombre joven usted le aplica un instrumento de tortura que es, sin ninguna duda, un pobre sucedáneo de algo que usted ya no tiene, que lo defiende de morir triturado por los potentes brazos del muchacho en el caso de que pudiera emplearlos. Pero imagínese que nada de eso existiera, ni sus esbirros, ni sus infalibles procedimientos para hacer cantar, ni tampoco las armas en las manos de ambos, sino que el oprobio y la muerte coronara la derrota y el poder y la vida la victoria. ¿Qué pasaría? Mire su carne, ábrase la camisa y palpe su propia piel,

deslice su mano por las protuberancias de esa piel vencida y fláccida, blanca y honesta, símbolo más de lo que se ha rehusado que del transcurso del tiempo. ¿La mediría con esa otra piel, satinada y frondosa? Creo que no, pues el desenlace es perfectamente previsible. Es aquí donde es decente hablar de estrategia, la estrategia del cazador, que se enfrenta al vuelo o la velocidad con la certeza de triunfar sobre ellos pese a la disparidad de recursos. Esto es la estrategia y no la aplicación ciega de un peso o una torsión que más que lucha expresa de forma flagrante la presencia del propio miedo. Piénsese entonces allí, desnudo, con sólo su maña como aliada y los signos cuarteados y marchitos de su ancianidad como cebo y tributo. No hablo de una pasión inconfesable ni de un vicio, sino de lucha, de reserva, de pasos controlados por el ejercicio de la fuerza. Usted sucumbiría, claro está, sucumbiría ante la arremetida de esa juventud, ante su existencia más poderosa. Aunque sucumbir puede ser una de las etapas del éxito, si la sagacidad se dosifica con miras más lejanas que el primer revés. Supongamos esto: usted se ha doblegado, herido en aquello que más lo degrada: en su virilidad. Usted se ha doblegado y el muchacho lo posee; el muchacho lo posee y usted se siente compartido entre esa horrible vergüenza y un deleite extraño al sentirse a punto de morir; usted se siente a punto de morir de vergüenza y dolor, creerá que estalla su corazón y toma las dimensiones del globo; pensará en que abandona su cuerpo, la tumba, la prisión que lo amarra y lo condena a la decrepitud, al sinsabor y al miedo. Está a punto de desaparecer. Mientras más profundamente es poseído, más cercano se siente de la libertad. Sin embargo, la bajeza y la renuncia nunca lo abarcan todo, Alteza, nunca se cruza la frontera final: el miembro que lo traspasa es apenas la forma de una infamia que mortifica la apariencia de su honor, de su gloria, y los redime en la necesidad apremiante de tocar el fondo desde el cual izarse hacia la venganza. Es preciso llegar allí para conocer los verdaderos entresijos del poder y los delgados pivotes que lo sostienen. En aquella grotesca postura en la que ha abandonado hasta la última brizna de decencia, haciéndole creer al muchacho que su hora ha sonado, usted saboreará el bálsamo de la ignominia, y lo ayudará, usted lo ayudará, usted moverá la grupa como una bestia, usted lo ayudará a que expulse a

chorros la fragancia de la juventud; la fragancia de la juventud del muchacho pasará a su sangre en el momento, el único momento que la naturaleza dejó al abrigo de la sospecha, esa muerte blanca que la naturaleza hace descender sobre los párpados y aleja el recelo y obliga a olvidar las armas, estertórica e intermitente como pulsaciones de una arteria amputada, esa muerte que comienza y termina como muerte, floja y desmadejada, debilitando los músculos, inaugurando un instante de nadie, la hora cierta y única de la verdad. ¿Me comprende, Alteza? Lo habrá admitido todo, dócilmente, no se habrá debatido, sino que habrá sido pasto de un cuerpo joven como una prostituta, habrá aceptado esa agresión sin oponerle ninguna fuerza, sin un asomo de virilidad, haciéndole creer que el poder y la venganza le pertenecen, porque él es joven y usted no, porque usted es una vieja escoria que necesita de ese oprobio. En él, el sentimiento de dominio desplazará cualquier repugnancia, reemplazará la voluptuosidad, y no se dará cuenta de que, llegado el momento de ofrendar los dones de su juventud, también aquella muerte blanca, que lo despojará de toda suspicacia y armará fácilmente su brazo para que usted inflija su venganza. ¿Me comprende ahora, Alteza?

Por los tiempos en que Juan aprendió a cazar, había largas mesas instaladas delante de las oscuras y solemnes vitrinas en que se alineaban las armas, belgas, francesas, españolas, escopetas de todos los calibres y rifles de balín largo o corto, según fuera la presa y la distancia a la que se encontraba. También existía una estantería cerrada, rematada por una cornucopia, que contenía fusiles y carabinas del 44 para la caza mayor. Pero en aquellas tierras —laderosas y húmedas, riberas de un río fatigado que enfilaba los últimos tramos hacia el mar— no había jabalíes ni venados, sólo tórtolas y becadas, perdices y liebres temerosas. Leon, Juan, elegían las escopetas que usarían al día siguiente, ¿una St. Etienne, padre?, y dejaban que los encargados volvieran a limpiarlas pasándoles gamuza y baquetas de distintas texturas, haciendo destilar gotas de aceite en los goznes de los percutores. Esta escena se cumplía ritualmente: los hombres trabajaban en silencio mientras Leon, mi madre y M. Albert, reunidos ante la chimenea, comentaban las preocupaciones de Leon

por las heladas, el granizo o la clarificación del vino blanco. Aparte la emoción que me asalta al pensar que durante esos momentos, sin yo saberlo, Alexandre estaba allí, concentrado en su trabajo, un rostro anónimo como el de cualquiera de los árabes que formaban una especie de corte alrededor de mi padre, las vísperas de las cacerías al comienzo de su adolescencia marcan a Juan con la huella de una evocación importante. La vitrina clausurada de las carabinas y fusiles sólo se abría antes de los viajes de Leon a Mustafá Supérieure, colocándose cada arma en cajas especiales, perfectamente herméticas, una a una empotradas en muescas que las inmovilizaban, operación esta dirigida personalmente por Leon y a la que él le otorgaba una importancia eminente. Nadie de la familia se acercaba en los momentos en que cada fusil, cada carabina, eran revisados, olfateados, calibrados por el ojo impío de Leon. Mas, como se ve, aquí hay dos escenas superpuestas: las veladas en que Alexandre y otros limpiaban las escopetas de caza y el momento en que Leon se aprestaba a viajar a Argel, embarcando con él las cajas llenas de armas. Es sorprendente que a Juan le queden frases erróneas de esas escenas en que se limpiaban las armas, frases encumbradas por encima de la conversación, puesto que esas frases pertenecen al otro escenario. «Fusil de guerra» es una de ellas, y otra «balas de guerra» —guardadas en pesadas cajas, sus casquillos de bronce esmerilado y el plomo largo e inocente aprisionado en la punta—, estableciendo una diferencia singular y sólo conocida por Leon. ¿Había que pensar en dos cosas cuando se hablaba de la caza y de la guerra? Por lo menos poseían fronteras aparentes, distintas vitrinas para las armas destinadas a uno y a otro menester, el manejo cauteloso y vergonzante de los fusiles y carabinas, tan diferente de la limpieza habitual de rifles y escopetas. La discreta reserva que rodeaba a las primeras hostigaba sin piedad mi imaginación. Ahora sé que la diversidad instaurada por el mundo de mis mayores respecto de esas armas era mucho más aparente que real, que la caza es simplemente el aprendizaje de una técnica de iguales aplicaciones. Pero hubo un momento en que la desigualdad de ceremonias con que se quería separar a la caza de la guerra me produjo una gran confusión, tan aguda como las transformaciones inefables que experimentaba mi cuerpo con la pubertad y que

inexplicablemente coincidieron fundiéndose en una misma liturgia. Por un lado, las escopetas de caza eran instrumentos tan banales como las riendas del caballo, los bastones de Leon o las sombrillas de mi madre. Por otro, los fusiles y la guerra que se asociaba a ellos tenían el peso y la excelencia de un horror especial por la simple razón de haber sido descubiertos el día en que accedí a la edad viril. De esta manera, las pulsiones y objetos de la evocación se me aparecen uniformados por una luz primaveral, por el verdor que apuntaba en los árboles y un ajetreo constante por la casa preparando las últimas sesiones de la Musaraña. Los argelinos de Leon le dieron la idea del albornoz y la chilaba, tantas modificaciones de una misma apariencia que produjeron momentos engorrosos en el salón cuando Jeanne vio entrar un árabe embozado, con la aversión que les tenía, confundiendo los niveles, arrojada fuera de la parodia por sus repugnancias de raza. Pero si es el príncipe oriental, gritó Leon, que viene a agregarse a vuestro séquito, madame. *Pas d'arabes, pas d'arabes, je vous prie*, gritaba Jeanne, la corona caída, los ojos fijos, las uñas convertidas en garras. Soy yo, Madame, y vengo de Oriente, exclamó Juan deshaciendo el albornoz y mirando las pupilas de su madre para hacerla volver a la realidad de la ficción, no temáis. Indumentaria que además le permitió solucionar la desagradable y obstinada erección que por esos días amenazaba con convertir los encuentros en procaces e involuntarias exhibiciones. El miembro duro y doloroso se separaba de la pierna y no había faja ni posición que lo ocultara. Por esto, la chilaba pasó a ser, además de un atuendo repugnante para Jeanne, el embozo ideal de esos bochornos; su amplitud permitía el holgado desplazamiento de los diversos estados del móvil, desde el cadencioso balanceo intermedio, hasta la actitud enhiesta, con mucho la menos perceptible, aun cuando fuera la más acuciante. Fue un tiempo en que las texturas, el mundo del tacto en general, lo llenaban todo: la áspera chilaba lo hacía desfallecer de excitación a lo largo de días iguales: le bastaba con moverse, desplazarse por los patios, por el parque, supuestamente ocupado en actividades de claras finalidades, sin dejar translucir que, por el contrario, la finalidad se cumplía en la pura actividad, en el roce perpetuo del tejido con la piel trepidante. También la chilaba contribuía a que una suerte de anonimato me

igualara a la infinidad de árabes que pululaban por los servicios. El formar parte de esa uniformidad le restaba relevancia y por lo tanto lo liberaba de una atención que transformaba mi placer en algo más íntimo e impune. Pero a todo este confuso cruzamiento de impulsos y episodios le faltaba un fermento para madurar. La coincidencia no basta para explicar el azar ni el futuro de un hombre. «Fusil de guerra» y «balas de guerra» eran realidades que sobrepasaban las palabras y se asociaban voluptuosamente a «chiaba», «calibre» o «colgajo». En fin, Leon me confundió cuando me alcanzó el fusil, me tomó por uno de los árabes que estaban ocupados en limpiar las armas antes de alojarlas en las cajas. Apartando los ojos de mis ojos, dijo que tenía el pasador encasquillado. Lo probó varias veces sin resultado y me ordenó llevarlo al taller mecánico que quedaba detrás de las bodegas. El enorme y pesado objeto relució en la semipenumbra del salón mientras pasaba de tus manos a las mías. Cuidado, dijo, que no se caiga. Entonces sentí por primera vez en el brazo el peso de aquel portento, en nada parecido a una escopeta o a un rifle, sino más bien relacionado con un ser vivo, un pez tembloroso o con ese otro animal ajeno, no mío, cubierto por la chilaba. Pero es preciso separar las emociones: por un lado, lo frenético, vertiginoso y abisal del roce del sexo y la prenda; por otro, una actitud, una nueva forma de ser, de moverme, de erguirme, que adopté en el instante mismo de entrar en contacto con el arma; al sentir el arma colgando en mi mano, cambió mi forma de caminar, la tierra se hizo estable y los pies se movieron seguros e insolentes, la cabeza se alzó, soberbia, como si hubiera divisado la felicidad. Me vi caminar por los senderos de maicillo, disfrazado y secreto, oteando el aire, la primavera, parecido a un animal que por primera vez reconociese el mundo como suyo. Se trataba apenas de un gesto de la frente, de los ojos, de un inadvertido aplomo, mucho más real porque menos recelado. Y el aire removiendo la chilaba y quemándole el sexo hacía que la estabilidad del suelo y la transparencia de las cosas se le antojaran como partes de un mismo trastorno; una perfecta y alterada armonía que, llegada a un punto, le hizo creer que todo se había conjurado para causarle ese desmayo, aquella necesidad de hincarse junto a los setos para sentir cómo lo abandonaba la vida, cómo se diluía todo y se deshacían los nudos que

lo ataban, ataban, que lo ataban…

Nos aburríamos. Hay que reconocerlo. Alexandre tuvo la osadía de querer cambiar su condición porque nosotros, los amos, nos aburríamos. Cuando las señoritas de Laperouse iniciaban su visita anual a Perier, estaba claro que algo externo a cualquier sensibilidad comprensible nos asaltaba con el fin de distraernos, de alejarnos por unos días del tedio mortal que descendía sobre la casa con los primeros albores del verano. Se repetían, por ejemplo, los paseos en coche, las visitas a los vecinos, las cabalgatas por los clausurados cotos cercanos. La tensión invernal de la caza había pasado y la Musaraña, juego de salón, exclusivo de las noches frías, no tenía sentido cuando la necesidad de desnudarse volvía superfluas las máscaras. La tendencia del instinto tomaba la dirección contraria: llegar hasta lo más precario e indefenso de la desnudez. Telas livianas, proximidad del aire en las axilas, despersonalización de una imagen hecha de todos los signos del vestuario, de autoestima y de brillos. El hecho de desvestirnos nos dejaba desamparados frente a la feroz mirada ajena. Era el mundo de la transparencia: las sedas, las batistas, los velos. Nos entregábamos a siestas voluptuosas que más que acortar el tiempo ocioso nos sumergían en un universo sensual que amenazaba con delatar y mostrar, mediante gritos o murmullos, no ya la evidente, pródiga y desamparada desnudez, sino la oscura pestilencia del alma. Por ejemplo, los sueños de Jeanne ocurrían en verano; los sorprendentes ataques de sonambulismo que me sobrevinieron, obligándome en medio de la noche a quitarme el camisón y así, desarmado, caminar con los ojos fijos en algo o alguien que me llamaba desde lejos, sucedieron en verano. Nadie escapaba a esa condición de fragilidad en la que la muerte nos hacía invocar tiernamente la condena del amor, el choque de los cuerpos, el olvido o desprecio de nuestra propia carne latiendo.

En este clima de letargo y negligencia, recibíamos a las *demoiselles* de Laperouse, buenas echadoras de cartas, oráculos célebres entre los castillos de la zona. Llegaban ataviadas con *toilettes* pasadas de moda, boas vaporosas, sombrillas que no estaban mal pero a las cuales cualquier espíritu atento podía encontrarles la usura, los invisibles

zurcidos, calamidad que también se extendía a sus blusas y polisones y que, sin embargo, no atentaba demasiado contra su dignidad. Jeanne era la concurrente más asidua de las sesiones augurales. Necesitaba ratificar a toda costa que no habría alteraciones en su vida, que sus devaneos oníricos podían reflejar un fondo secreto pero que nada podía cambiar ya la tersura incomparable de su desdicha. Así las cosas, y año tras año, llegamos al momento en que Juan se divierte y se angustia con Alexandre, y a una noche en que insiste en ser objeto de la imprudente revelación cartomántica. La señorita Gerzande de Laperouse impone entonces su veto, aduciendo el carácter adulto de sus consultas, pero ofrece una solución intermedia, que no la compromete directamente, puesto que las cuestiones ventiladas dependen exclusivamente de aquel que formula una pregunta muda y recibe una respuesta que sólo él puede interpretar. El espiritismo, dice, revela el carácter dual del mundo y la precariedad de su parte visible; nada nos impide acceder a un conocimiento ajeno a las pasiones terrestres; en él cobran vida todas aquellas propensiones y rostros que se ocultan a la mirada vacía y tenebrosa de la vigilia. Tu edad, añadió dirigiéndose a mí, es una materia blanda y candorosa que hará posible el conocer las almas que te habitan. Lo único que el espiritismo no admite es la burla o la incredulidad. Así es que los invito, dijo dando una mirada en redondo que abarcó a Jeanne, M. Albert y se detuvo especialmente en Leon, a que asistamos al contacto que este niño iniciará con el pasado de su pasado y lo ayudará a recordar ciertas omisiones inadmisibles.

Leon se prestó por primera vez a formar parte de la cadena magnética, no sin un rictus sardónico inflamándole los labios y sin olvidar tampoco de acercar el cubo del champagne a la pesada mesa de nogal. Las dos señoritas de Laperouse se pusieron a la obra de elaborar un abecedario en un papel que cubría la mayor parte de la mesa, en el que además pusieron los diez números simples, un Sí, un No, y un misterioso signo que según ellas quería decir «todo lo contrario». Este era un agregado de su cosecha pues, decían, eran visitadas a menudo por un espíritu bromista con el que habían llegado al acuerdo de aclarar desde la partida, mediante el señalamiento del signo, la índole contradictoria de sus aseveraciones. Se colocó una

liviana copa de cristal al revés y cada uno apoyó el índice de la mano derecha sobre el borde. Las señoritas de Laperouse cerraron los ojos y con voces profundas e impostadas me presentaron al mundo de las tinieblas. Lentamente comenzó a moverse la copa como si quisiera reconocer los lugares de su lenguaje; después tomó velocidad y realizó amplios círculos sobre el papel para, de pronto, detenerse, sin que tuviera tiempo de darme cuenta, encima del signo secreto. Es el conde, dijo una de ellas. Lástima, agregó la otra. Queremos aclarar que no te deseamos y que este niño no se prestará a tus burlas infames; ¿crees que se prestaría a tus burlas infames?, preguntó después. Sí, contestó el espíritu sin titubear. Por lo mismo, preferimos que le dejes tu lugar a algún espíritu más simple y positivo que comprenda la inocencia de la juventud. Nuestro joven invitado no se prestará a tus equívocos, así es que, *fous le camp*! Una llamada al orden de tal naturaleza pareció desconcertar a la copa, que resbaló dolorosamente hacia una esquina y se inmovilizó sobre la W. Durante un rato permaneció muda para súbitamente tomar una actitud festiva y rítmica, como si bailara sobre las letras ¿Quién será?, preguntó Gerzande. ¿Quién eres?, preguntó Marciane, mientras trataba de seguir con su mano regordeta el aire de cotillón de la copa. Leon y M. Albert, escépticos con lo que no fuera la acción o la palabra escrita, se avenían mal a ser los intermediarios entre yo y las fuerzas del más allá. Particularmente a Leon le resultaba menos divertido que la Musaraña. Yo lo veía pasar por todos los estadios del sonrojo, apurando una tras otra las copas de champagne. Pero en medio del desenfreno gozoso del espíritu invocado, éste había ido formando aplicadamente la estructura de un nombre: Xavier. ¿Prometes responder a las preguntas que te hagamos? Sí, respondió el nuevo huésped. Entonces, adelante, me indicó Gerzande, puedes interrogarlo en silencio si no quieres que lo sepamos. Y yo, frente a ese interlocutor insólito, me atreví a formular la primera pregunta indecente. La copa vaciló de un lado a otro antes de iniciar un recorrido significante; fue deteniéndose atentamente en las letras hasta formar la frase NO TE DEJES ENGAÑAR ERES EL MÁS FUERTE. ¿Responde a tu pregunta?, interrogó Marciane sin mirarme. A medias, respondí. Dile que lo aclare. Y en silencio me explayé en todos los detalles, fantasías y deseos que me inquietaban; no ahorré la

curiosidad de conocer la situación actual de Alexandre, desfalleciendo al imaginarlo en su cama tibia, solo, tenso y sudoroso. El espíritu respondió ERES MÁS FUERTE por dos veces más; luego formó QUE ÉL, para terminar afirmando DUERMO. Como Gerzande no entendiera que los espíritus se entregaran a esa debilidad fisiológica, se volvió escandalizada hacia mí, dispuesta a protestar por lo que creía un fraude de mi parte. La respuesta es correcta, le dije, no reparando en que esa primera persona del indicativo echaba por tierra la seriedad del interrogatorio. ¿Duermo?, preguntó Gerzande mirándome con aire de reproche, ¿duermo?, ¿quién duerme? Él, estuve a punto de contestarle, Alexandre. Es un espíritu maligno, aventuró M. Albert. Hay que aclararlo, decidió Gerzande. ¿Qué preguntaste, hijo?, quiso saber Jeanne. Detalles sobre la caza y los criados, dije mirando intensamente a Leon. ¡Qué preguntas!, silbó mi madre. ¿Puedo pedir una aclaración?, insinué. Vas-y, rió Leon, es gratis. ¡Chevalier!, reprochó Marciane. Entonces traté de ordenar perfectamente las proposiciones de la argumentación que me enfrentaba a Alexandre; una a una fui desplegando las premisas desde aquella que yo consideraba la mayor y más importante. En verdad era un sorites que comenzaba «si yo nací en esta casa, y si esta casa...» no un entimema. Las conclusiones intermedias no me interesaban, aunque más de un término medio fallaba en su necesidad de ser universal. Sin embargo, la impecable conclusión, con todos sus fallos, podía al menos ser enunciada como un acertijo que pondría en serios apuros la capacidad discursiva del fantasma. A medida que pensaba, la copa se movía imperceptiblemente como si realizara ademanes de atención o en algún momento no alcanzara a captar el sentido de las conectivas. Finalmente parece que decidió evaluar el problema en su conjunto, abandonando el discurso y recurriendo a la intuición. Mas mi pregunta era una argumentación impecable sobre la imposibilidad de atacarme y no la exposición de un enigma. Se la podría resumir así: yo era el virtual amo de Perier, el heredero de un poder que venía de mi padre, poder que por definición era total. La astucia o la sorpresa de un criado no podrían entonces amenazar ninguno de los momentos de mi vida porque en este caso se infringiría la identidad misma del poder: éste no sería tal. En tal caso, ¿cómo sería posible una acción en contra

que aspirara al éxito? Miré hacia las lejanas y desenfocadas vitrinas donde descansaban las armas y hacia los rostros próximos y expectantes que me rodeaban. Por ejemplo, en el semblante de Leon descubrí la gravedad de mi propio semblante, un espejo envejecido y cansado, de mejillas fláccidas y ojos perplejos. Dificultosamente, a empellones, la copa fue formando ES JUSTO Y RAZONABLE. ¡Qué!, exclamó Leon. La copa, sumisa, continuó su respuesta: LA CLAVE ES PROBAR PORQUE y después de un instante DISPARA COMO UNA MUJER. Debo haber enrojecido hasta los dientes, porque Jeanne preguntó si tenía intención de cortejar a alguien. La copa volvió alegremente a danzar sobre el papel y el abrumante silencio se deshizo en carrasperas, risas y un evidente propósito de alguno de los convivios de abandonar la partida. Leon y M. Albert estaban a punto de quitar el dedo de encima de la copa cuando ésta se movió con una actitud resuelta: fue a colocarse inequívocamente sobre el signo secreto y allí se detuvo, desafiante. Nos volvió a engañar, dijo Gerzande, era el descarado conde.

Por un comprensible temor a las propias imputaciones y reproches, el Príncipe y Lolo le Fou echaron mano en su noche de bodas al anonadamiento del alcohol. El adolescente condenado a muerte penetró en la cámara nupcial, en la ciudad abierta, inmune a las hostilidades que no fueran las del amor, los celos, las protestas de que no, no, me entendiste mal, ¿siempre?, ¿siempre?, ¿toda la vida?, perfumado y limpio bajo sus andrajos. Los soldados se movían en la penumbra como los exquisitos y discretos ayudas de cámara del gran rey, en la penumbra que rodeaba el núcleo íntimo de sillones, alfombras y cojines blandos, alcanzando copas y canapés, trozos de langosta, *rollmops*, huevos de codorniz rellenos de caviar. La última comida, pensó el brigante, y sonrió. Lo poco que quedaba de su atuendo paramilitar, el desvanecido camuflaje, los innumerables bolsillos desgarrados, colgaba en jirones tumultuosos por sus brazos, su pecho y sus piernas. S.A.R. lo había preferido así desde que en el último interrogatorio, después de su conversación con Juan, observara el inquietante contraste entre los harapos y la suntuosidad melosa de la piel del bandido. Sí, sí, pensó el Príncipe mientras presidía el

tribunal, la teoría es buena aunque no sea académica. Quiso por esto tenerlo así, en la inmediatez de la ropa desgarrada que daba tantas oportunidades al ojo como a la fantasía. La fantasía sin diques se había desbordado desde que su consiliario áulico le soplara la clave para acabar con los obstáculos que lo separaban de la victoria. Lolo le Fou fue llevado en forma delicada hasta las duchas, y debido a que el Príncipe era un neófito en estas controversias e ignoraba el valor estratégico del aroma natural de la piel o incluso de la peste que el sudor sitúa en zonas singulares del cuerpo, fue invitado a jabonarse, a friccionarse con agua de Colonia y a quitarse los ensortijados y ralos pelos de la barba. La ausencia de pelos de la barba hizo que al entrar al salón fuera inconscientemente tratado de hijo. Pero lentamente, a medida que se fundía el hielo y la conversación perdía el envaramiento y la torpeza de los primeros encuentros, el Príncipe volvió a sentirse trastornado por la revolucionaria seducción del maquis. Sintió que el sudor le mojaba los párpados, supo que su venganza tendría un adversario temible y despiadado. Pero el alcohol vence los recelos mutuos y da oportunidad de que los hombres logren lo que les importa: hablar de sí mismos. La conversación deviene confidencia y, rápido, protesta de unanimidades no advertidas antes; sí, con el alcohol la conversación se vuelve una fuga de requiebros cuya indiscreción no igualaría al interrogatorio más feroz. ¡Este Chevalier!, pensó el Príncipe, sintiendo un desmadejamiento en los miembros al tiempo que rebosantes de calor y juventud. Después de que el muchacho se tumbara entre los cojines, el noble militar hizo el ademán para que los dejaran solos, ocupándose personalmente de rellenar las copas, deleitándose en adivinar la satisfacción de su huésped, por fin abandonado a la molicie de las sedas y plumones, sus músculos y huesos doloridos y violentados ayer, hoy reposando al calor afelpado de la habitación. Ya los gestos recientes de cubrir con decoro las roturas por las que se veían ciertas parcelas de su intimidad habían terminado por ser un desvergonzado anhelo de exhibirse. Así las cosas, ambos rozaban la zona de peligro, esos momentos en que el alcohol, la urgencia del sexo o la mera ansia de seguridad nos enfrenta con la fragilidad de la opinión, con la inconstancia del credo o la variación caprichosa del gusto. El muchacho se encontraba al borde de

esta trampa: cuando los ideales desaparecen tras una visión libertina, los juramentos se disipan y olvidan y sólo reaparecen con los últimos temblores del orgasmo o con los vapores confusos de la resaca. Todo se le antojaba doblemente amable, dado que se consideraba volviendo de la muerte, hasta el punto de preguntarse si el clic que desconectaba sus sufrimientos de la exaltación de la muerte no se habría producido ya. Se abandonó al cielo de esa no exigencia, permitiendo que fluyeran sin moderación las imágenes. Y si este viejo, pensó, sería gracioso que este viejo... Como la mayoría de los hombres, Lolo le Fou no era ajeno a este tipo de conjeturas y para divertirse dejó entrar en clamor las imágenes asociadas a su sospecha. Sonrió. Sonrisa maligna, pensó el Príncipe, cuya alienación era parecida aunque en él la predisposición introducía un componente alevoso que sustituía las dosis de alcohol necesarias para fijar los senderos de su objetivo. La tela rota del pantalón del malhechor permitía que en la evidencia no hubiera insinuación y que sólo la penumbra que los separaba sirviera de aliciente y dique a la mirada. Porque hasta el silencio que cayó entre ellos fue cómplice de sus fines. La mirada mutua bastó para liberar la corriente fatal que los acercaba. Lolo le Fou estaba echado sobre los cojines, la cabeza hacia atrás, los ojos de terciopelo fijando por entre las pestañas la mirada del Príncipe, esa mirada líquida y lasciva que le recorría el cuerpo, la redondez prominente de los labios, el arco del cuello amplio, el pecho desnudo. La mirada del Príncipe ve las piernas del bandido estiradas hacia él por la alfombra, cerca, cerca, casi al alcance de la mano, de su mano que por fin se mueve y recorre la corta distancia que la separa del pie desnudo. La bata de seda se le ha abierto y él está acezando, inclinado de rodillas sobre esos pies de estatua; el exceso de saliva que le inunda la boca se derrama entonces sobre el pie elegido; el mariscal succiona el dedo, cada dedo, y los vapores del alcohol hacen que el que chupa y el que es chupado encuentren en ello una alarmante coherencia. Con ambas manos, Lolo le Fou libera su miembro de los andrajos y enfila con él la cabeza señorial para que esta pueda transitar de una a otra protuberancia, del dedo al grueso sexo enarbolado, cuya estatura, piensa el Príncipe, es mayor de como él recordaba el sexo humano, clausurado como estaba su espíritu a los juegos de la propia sensualidad e incapaz de evocar ya

los borrosos detalles de la juventud. Claro, ya no recordaba, porque para recordar hay que ver o morir con la mirada puesta en un objeto, cosa que a él no le había ocurrido. Nunca he mirado a nadie, se dijo mientras llevaba a cabo la tarea de extraer, mediante un suave y continuo bombeo de los labios, el fuego contenido en el corazón juvenil. Su postura desvergonzada y procaz se hallaba en parte oculta por la penumbra, aunque, llegado a un punto, deseó alcanzar, con regocijo, los confines más visibles de lo abyecto, a plena luz, amarrado con la boca y las manos a ese pólipo atroz; experimentó el irreflexivo impulso de remover la espalda y la cintura como una parturienta. Esta, se dijo, será la avanzada de la nueva estrategia. No, no es la entrega incondicional de mis defensas, sino todo lo contrario, la más sutil y refinada manera de apoderarme del vigor total. Sí, tal como dice el Chevalier, es ésta la contrapartida, el complemento del poder, la norma oculta y, por lo mismo, la manera más eficaz de fortalecer las propias líneas. Puesto que, ¿hay otra forma de saber quién es el adversario?, ¿cómo se mueve, qué siente en el momento de morir, por qué muere? Ni la academia ni la guerra dicen nada acerca de esto; a un guerrero lo obsesiona la victoria y no piensa más que en ella, ignorando que siempre hay uno que es abatido y despojado de su altivez, y que para esta experiencia no existe aprendizaje fuera de la derrota misma, o del símil de la derrota. Entonces, sin escudos ni corazas de acero y oro, sin armas, desnudo y habiendo renunciado a todo, S.A.R. escuchó gemir el cuerpo bajo su boca y vio al muchacho incorporarse y ponerse de rodillas a su lado; gimiente y de rodillas le vio las manos, las enormes manos atrapándole la cabeza por el pelo gris y ralo, ahora que el desorden y la urgencia dejaban en evidencia el vanidoso arreglo con que durante el día ocultaba su calvicie, y se sintió obligado a volver a succionar. Con las enormes manos agarradas a los escasos cabellos grises, el adolescente introdujo su sexo en la boca rodeada de un bigotito cano y notó que el desquite podía revestir formas imprevisibles y que nada, ninguna operación punitiva, ningún atentado hecho en nombre de la justicia, era comparable con esa degradación, esa violación de la grandeza, acción única que dejaba a plena luz la corrupción del mundo que había que derribar. Mientras profanaba los dóciles labios del Príncipe, Lolo le Fou imaginó y soñó

con la posibilidad de que ambos, el humilde y oscuro maquis, el vengador, y el vicio pervertido, tal como estaban ahora, pudieran hallarse a la luz pública, un golpe de mano, un solo golpe de mano que equivaldría a meses o años de fatigas y muerte. Mas estos pensamientos que nimbaban tibiamente su éxito, lo alejaban de la inmediatez impúdica del gozo; la fricción que comenzó siendo indómita era ahora una agitación mecánica que le despabilaba los vapores de la borrachera; por lo que, echándose hacia atrás, se desprendió de los labios del anciano y se sentó en los talones apoyando las manos sobre los muslos, operación que provocó en su víctima una crisis de pánico, un acceso de tos y de náuseas que le convulsionó todo el cuerpo; fue el momento en que el mariscal, sin poder impedirlo, advirtió cómo se le deslizaba el pantalón y apenas quedaba cubierto por la bata de seda; un grotesco objeto de pelos erizados en cuya contemplación se recreaban burlonamente los ojos del cautivo. Sin transición, éste se incorporó de un salto y se situó detrás. El noble soldado percibió que le levantaban precipitadamente el faldón de la bata y lo apuntaban con el miembro; advirtió, asombrado que, contrariamente a sus temores, comenzaba a ser empalado sin dolor, ayudado tal vez por la naturaleza vencida del seno que custodia la eventualidad de tales profanaciones, que sentía resbalar el enorme trofeo dentro de sí con no más que un ardor y una soberbia impresión de separarse, cual las fauces de una boa que devora su presa, sólo molesto cuando el execrable instrumento alcanzó una hondura dolorosa, esa hondura que sin embargo el militar reconoció con júbilo como la localización menos errónea de su victoria.

Dije que lo que rodea como una felpa a los recuerdos infantiles es el dolor de no saber, de asfixiarse en lo incierto e irreconocible. El agua en esto tiene mucho que ver y decir, con sus reflejos y densidades alterados por la temperatura. El andar terrestre encuentra en la falta de forma del agua el modelo de las cosas escamoteadas: es la imagen misma de la zozobra. Escamoteada la figura de Jeanne, perdida su mordacidad, deshechos sus secretos, abierta ante mí como una res en canal. Estoy seguro de que le hubiera gustado vivir un destino menos

relevante que el que le dedico, desvirtuada además de muerta, imaginada y no vista, cuando Juan insiste en colocarla, no de pie junto al sillón donde Leon está sentado con los brazos abiertos, sosteniendo las manos levantadas de un niño, yo, sino engalanada por una época que desconocía la fotografía y a lo más se abandonaba al arbitrio, a la habilidad o torpeza de un pintor. Pero la foto existe, mostrando, por ejemplo, que el severo traje de campesina noble desmiente las conjeturas demasiado benignas, los aderezos magnificados o dispuestos por la quimera febril de la infancia. He renunciado por esto al testimonio. Por esto y porque me parece que atenerse a lo real es una de las peores formas que reviste el engaño. Quieta en su mortaja cada vez más amplia, tiene una pesada lápida basáltica que le oculta el cielo de Biarritz. Deja que la vida transcurra sobre su calavera, que yo imagine y transforme su tiempo en algo falso y definitivo. El otoño de Jeanne… los momentos en que el disgusto se manifestaba en un perpetuo salir, pasear y preguntar. Ordenaba el coche y juntos tomábamos el camino que cruzaba las viñas, el camino entre las puertas pesadas del parque y las pilastras lejanas que lindaban con la carretera bordeada de encinas. El pabellón del portero, Moustache, se abría, y el cojo, una manta que saltaba de una puerta a otra, dejaba pasar el coche que siempre Jeanne detenía, nos deteníamos delante de él con sus ojos de pez y su piel de cobre. ¿Cómo ha seguido la Clasfira, Bigotito?, preguntaba mi madre. Mucho mejor, patroncita, gracias a Dios, mucho más alentá. Dile que me venga a ver, que le tengo unas cositas. En el otoño salíamos a pasear sin destino. Todos se aburrían. Era ese otoño muerto, antes del comienzo de la caza, en que nos cansábamos de no hacer nada, de ser para otro, en el límite de una edad, entre la convalecencia del tifus, con el correspondiente silencio debido al terror de tartamudear el comienzo de las cabalgatas solitarias. Por efecto de alguna reverberación de aquellos momentos, la Clasfira inaugura la época en que Juan encontró a Juan, hacia los nueve años, un Juan de trece, surgido por milagro de uno de esos paseos en que Jeanne visitaba a los vecinos para no aburrirse. En lo alto de la explanada, la casa burguesa reinaba sobre un espacio abierto y sin árboles, pero cuajado de escalinatas, de ánforas de piedra y filas de balaustradas. La Vigie estaba adosada a una ladera abrupta, un

jardín colgante manchado de rododendros y azaleas, de retamos y anémonas. El tedio nos empujaba los unos a los otros, dije, y Jeanne ordenaba entrar por caminos arbolados cuyo término era siempre una de esas casas que sólo el tiempo y la añoranza salvan de lo monstruoso. La Vigie nos recibió un día a mi madre y a mí cuando el coupé se detuvo en la explanada frente a la escalinata central. Y allí estaba, lo vi, hambriento de mí, junto a su madre. Nos enfrentamos, Jeanne y yo, a ellos como a un estrafalario espejo, un espejo doble porque a la par que verme reflejado entero en los ojos obscenos de Juan, desnudado y ambiguo, supe que lo contemplaba como la parte más desconocida de mí mismo. La conversación enmudeció por el sorbo de té y la ceremonia quedó limitada a las miradas desde un sillón a otro; enmudecieron las parvas novedades que dos mujeres se transmitían sin excesivo ardor, y el brazo, la mano me invitó ven, vamos a ver las cuadras. Sí, sí, llévalo a jugar contigo. Pero no hay más. De ese día no hay más que la mirada que recorre el torbellino de pelo castaño, la piel intacta del cuello y la cara dorada, surgiendo de la camisa blanca, los pantalones estrechos de terciopelo, los botines de media caña. Lo miro caminar delante de mí, escucho todavía los detalles, el nombre de los caballos, para luego exhibirse, dar vueltas, danzar. Después aparece en plena fiesta, durante el intercambio habitual de temporadas en su casa o en la mía. Sentado en la silla, en la misma silla en que aún balancea las piernas, me mirabas a través del florero. ¿No lo recuerdas? Tierry y Patrice soltaron los perros y sacaron un Winchester. Los ladridos resonaron durante la comida porque nos quedamos solos; nosotros, tú y yo. Me mirabas a través del florero, recapitulando las sombras que los pololos zumbantes formaban en la pared de cal. Estábamos en el corredor de las pilastras porque era verano. Nos decíamos, mejor, habían dicho ellos, los Lauvergnat, ¿quién le pondrá el cascabel al gato?, ¿ponerle el cascabel al gato?, no, robarse una botella de cognac para encender un fuego azul en un plato y tomarse el juguito. Esto era lo que pensaban y decían. Bajo la mesa se pisoteaban cigarrillos cada vez que alguien atravesaba el corredor. Y ese alguien entró y no vio más que a nosotros, a ti, a Juan, mirando el espacio arbolado por el florero, a través de la mesa. Isabelle Lauvergnat había dirigido, entre risas chinchosas y pellizcos,

argumentos como: ¡a que no te atreves!, ¡a que no, mariquita!, a los protagonistas de las operaciones. Y Tierry con Patrice sacaron un Winchester y soltaron los perros, Jaloux y Belle, los mastines negros, nos hicieron saltar de los asientos y Juan me tiró de la mano, enfurecidos a cada latigazo, por sobre el zumbido de la noche y el choque, de élitros nerviosos, vimos la sombra de las encinas recortadas en el espacio negro. Sin linternas porque es mejor, calladitos, tonto, que nos va a oír. ¡Jaloux! ¡Belle!, ¡aquí!, todos hechos un bulto, esperando. Isabelle dijo me voy a hacer pipí. ¡Shut!, ordenó Tierry. Y Bigote debía andar por ahí, cerca de la romana. Las encinas dominaban el cielo sobre nosotros. Bah, ¿y qué te importa a ti?, son de nosotros y nos hacemos collares, no tienen por qué venir si no son de ellos. Sentí que tu respiración se achicaba a mi lado, que también a ti el miedo te impedía reflexionar o conectarse con mi miedo, porque yo estaba tan absurdamente amarrado a aquella empresa, por idénticas razones que tú, es decir, porque cada uno esperaba y participaba absurdamente. Amontonados ambos, de rodillas, bajaste la mano por mi espalda, susurrándome que por mí irías al infierno. Las bellotas se me enterraban en las rodillas.

La figura apareció y se dirigió al centro de los árboles, las sombras rampantes la siguieron y una débil voz llegó desde el corredor, ¿ya se levantaron, sin postre? Era la Clasfira con sus chanchos. Tierry le dijo a Patrice que se llevara a Jaloux por el otro lado para que no se fueran a escapar. Y la Clasfira, sombra sobre sombra, estaba allí, sin sospechar, inmóvil como un árbol. En el corredor, la ausencia se estaba descubriendo; peldaño a peldaño, el escándalo subía por las jerarquías, había llegado seguramente a la cocina y de allí sólo faltaba el repostero para acceder a las estancias de tono. No había mucho tiempo porque una frase nos rondaba y detenía casi los corazones: los niños no están, Madame, si no se comieron ni el postre. Patrice había llegado al lado opuesto nuestro. En medio de todos, los ojos de Belle lanzaban destellos fríos. De esta manera, años después podría haber escrito: y la noche se llenó de gritos, ladridos y carreras. Los chanchos partieron a la desbandada y la Clasfira, llorando, vio cómo los perros desgarraban a dentelladas el cuero de sus puercos. La piara se perdió detrás de las bodegas y Tierry gritó ¡allí queda uno, Patrice! Uno

grande, sereno, hundiendo el hocico y el resquemor en las bellotas tibias aún por el calor del día. La Clasfira gritaba, ¡no, patroncito, no, patroncito!, lloraba, tú lo sabes, lloraba sin vemos, a gritos. Y el chancho salió corriendo y el resplandor azul del tiro desgarró la noche. Pero, contó Patrice después con la camisa pegada por la transpiración, siguió corriendo el condenado, atravesado y todo por el 44, siguió corriendo como si nada. Y Moustache apareció dando saltos con su pie equino, ya muy tarde, con el se lo voy a decir a su papá. ¿Y qué?, respondió Isabelle Lauvergnat, si tú eres el rondín, tú soy el que no cuidái. Lo miramos en la oscuridad, haciéndole ruedo, él balanceaba la punta de su carabina diciendo yo no sé quién va a pagar este perjuicio, ¡diosito santo!, con la voz tembleque, a punto de llorar. Finalmente se fue por donde había desaparecido su mujer murmurando sollozos, a tropezones; y cojeando, hacia donde todavía se escuchaban el ladrido de los perros y los gritos de la Clasfira. Fue en medio del silencio que quedó, testimonio de que enfrentados a nosotros mismos el asunto carecía de verdadera gracia, que sentí tu mano bajar por mi espalda, introducirse por entre el pantalón y palpar el calzoncillo tibio. No me moví, no me moví, la dejé tentar, abrasarse en la redondez blanca interpuesta entre tu mano y la piel, y tocar, escarbar, pellizcar, enfilar con un dedo su destino. Pero allí el sello blanco y humectado del calzoncillo resistió el embate. Tampoco Juan lo miró entonces. El grupo se deshizo, nos separamos y caminamos en pos de Moustache mientras aparecía una luna gorda y amarilla recortando los techos del castillo. Aparte el ladrido lejano de los mastines, no había ruidos. Los otros habían vuelto a la casa y por detrás de la macrocarpa, si nos hubiéramos vuelto, habríamos visto el resplandor de las luces del corredor de pilastras. Pero en realidad tú y yo estábamos caminando en sentido opuesto, atravesábamos frente a la tonelería, hacia las barracas ocupadas por los argelinos. Contigo ahí me sentía bien. No sé qué fue, tal vez el hecho de haber escapado de los demás, de verte como mi cómplice, pero la noche tan vastamente conocida me pareció que se inauguraba en aquel paisaje, algo que descubría por primera vez. Al caminar, nos encerraban los alambiques y bodegas, un encierro que no era más que el preludio de la enorme planicie de las viñas, adivinada a veces entre dos edificios, adormecida bajo la luz lunar.

Aparecieron los perros, corriendo hacia nosotros, y los llamamos. Nos cayeron encima a lengüetazos y vimos que la baba que les bañaba los hocicos era sangre y nos manchaba la cara, las manos, las camisas. Los rechazamos a gritos y se alejaron caracoleando en dirección a la casa. Al llegar a la casucha de Moustache, nos recibió el olor sempiterno de basuras podridas, de aguas descompuestas. La puerta se perfilaba apenas recortada por la luz de una vela. Los chanchos habían corrido instintivamente hacia el corral donde los perros los rodearon. Todo el frente de la casa estaba sembrado de cuerpos que emitían ahogados ronquidos. Y bajo el alero de ramas, la Clasfira lloraba a lágrima viva. La miramos sin hablar, sin sentir siquiera el impulso de consolarla, sino paralizados por una desconocida vergüenza. Miramos el interior de la habitación. En la puerta, los dos hijos contemplaban a su madre detrás de los chupetes, aureolados por la débil luz de la vela. La Clasfira lloraba en silencio ahora, su cara diminuta y tísica, curtida y pellejuda, no prorrumpía ni suspiros, no nos reprochaba, parecía una máscara de piedra que no se diera cuenta de que alguien, aparte su dolor, estaba allí. Al poco rato llegó Moustache, silbando por el camino, arriando el chancho atravesado por la bala que caminaba enfurruñado y hozando como en sus mejores días. Hasta que no llegó cerca no vimos cómo estaba. Por el costado arrastraba trozos de entrañas y los perros le habían hecho desaparecer la cerviz a dentelladas. Se podían observar en la cavidad sin sangre los bordes blancos de las vértebras, aunque no por eso dejaba de gruñir y masticar, inmóvil frente a la Clasfira, mostrándose en una disponibilidad que igualaba la de su ama. Mirándose, parecían hacer competir su dolor. Bigote había dejado de silbar, apoyó la carabina en el pie del alero y dijo ¿no ven los perjuicios que hacen? Y nada más. La Clasfira entró y se encerró con sus hijos. Cuando íbamos de vuelta, oímos un tiro que nos detuvimos a escuchar junto a la torre del alambique, protegidos de la luna por el espectro del alambique, pero nimbados por el resplandor, por más una tiniebla que una luz que aquella fosforescencia irradiaba en el área de sombra. Los perfiles, la silueta en fin, aparecían nítidos para los ojos atentos, la caída del pelo lacio de Juan sobre el arco de la frente, la nariz de Juan, su barbilla y su cuello. La sonrisa. Ya, dijo. ¿Qué? No te hagas el tonto, ven, si

nadie nos ve. Me atrajo, me tomó el codo, el antebrazo; la mano, llevada por su mano, fue colocada suavemente en el bajo vientre, sobre el abultamiento vivo al tacto, como un animal en un saco, pensé, debatiéndose convulsivo contra el tejido. ¿Te gusta?, preguntó abriéndose los botones y sacando lo que yo había tocado a través del satín del pantalón, fosforescente contra la zona iluminada, y que yo no podía identificar del todo con un sexo por el hecho de no haber madurado todavía. Yo no sabía que los hombres sufrían una mutación tumultuosa y se apropiaban de esa forma para andar por ahí por el mundo; pensé en un objeto escondido, en una enfermedad bestial que, lo peor, me separaba de él, en una deformación o en una burla; pensé en las cuadras, en el inquietante apareamiento de los caballos en las cuadras. El mismo sabor metálico que me ganaba la garganta, mezcla de perplejidad y de hambre. Con la mano dócilmente apoyada en una de sus caderas, pues había quedado allí en el momento en que él decidió descubrirse y aparecer ante mí como un animal, vi que a medida que sus manos se deslizaban a lo largo de ese cuerpo grueso y largo como un antebrazo, sus rasgos translúcidos por el resplandor lunar se dulcificaban, las aristas del rostro perdían fuerza y detalles, disueltas en un agua mordiente, olvidándose, me pareció, de mí; su expresión dulcísima me hizo abandonar por un momento la idea de que lo que pretendía era agredirme y quizá matarme con aquello: se desentendió, se olvidó, devino una dulce imagen transpuesta. Entonces, por ese mismo alejamiento, a causa de la distancia que nos separaba, me sentí empujado a participar de su emoción. Lentamente moví la mano de su cadera y fui a apoyarla en la superficie irregular del cuerpo que sostenía y sacudía con las manos, una superficie suave y fina como la piel de un párpado, advirtiendo yo también el desbordamiento de mi pequeña virilidad, irrisoria y vergonzante, que quería ocultar; de pronto reconocí en la diversidad de nuestras actitudes, en el furioso orgullo con que él se exhibía y en el bochorno con que yo valoraba mi propia naturaleza, una realidad mucho más cruel: estaba enfrentado a un superhombre, a la existencia total, al desarrollo que causa la comida, porque ¿cómo podía alcanzarse la estatura de ese objeto si no se había comido mucho? Se me ocurrió lamentar no haber obedecido las tediosas recomendaciones de la mesa,

puesto que ignoraba que alguna vez iba a enfrentarme a alguien bien alimentado. Él poseía aquel artefacto cuyo mecanismo desconocía pero que al menos me empujaba a reconocer en él el orden de un oscuro dominio. Me propuse, juré comer como un loco en adelante, ateniéndome a la verdad, ahora la veía, de que si no comías no crecías. ¡Cuánta verdad, amado padre! ¡Cuánta verdad, amada madre, en esa sentencia! Pero, entonces, ¿quién era yo para Juan?, ¿la hembra del caballo tal vez?, ¿yo era tal vez una mujer?, ¿debía tal vez manifestar la misma entrega, la misma sumisión de las yeguas atadas y contritas bajo el torbellino del potro? El escuchó lo que yo pensaba, pues me aferró la mano obligándome a moverle la piel de atrás adelante mientras sus manos deshacían los botones de mi cintura y me bajaba de un golpe el pantalón y el calzoncillo, dándome vuelta, sí, quedando yo frente al espacio oscuro y sin referencias, desamparado como había visto a las yeguas en espera del asalto del potro. Sentí el extremo del cuerpo embistiéndome por detrás. Presa de un pánico y de una delicia indescriptibles, me pareció que un molusco tibio y resbaladizo trataba de invadirme, un tentáculo trémulo y duro que debía cobrar la inferioridad que yo había reconocido en mí. Entonces me dije, ya, para pagar esta intolerable inferioridad debo hacer lo que él quiera, debo presionar, sentarme casi, en el extremo de este animal vivo, romo y abultado, tratando de llevar a cabo lo que pretende, ignorando, ¡pobre de mí!, que al primer amago caería de rodillas, retorciéndome de dolor, incapaz de ser dócil sino transformado en una mísera masa dolorida y gimiente, con la cual el que hacía el papel superior no tuvo piedad, pues se echó sobre ella y abrazándola allí, en el suelo, trató de penetrar y abatir; pero su gesto amenazante, su ademán de rematarme, se detuvo de pronto, dejó de percutir sobre mí y se tensó como si quisiera alcanzar algo muy lejano, algo que no era yo: es cierto, ya no intentaba herirme, sino sólo apoyarse, morir a su vez, deshacerse temblando, derramándose en mí con un chorro discontinuo y caliente en el que parecía írsele la vida, desmadejándose y recuperando una calma parecida al sueño; cesó el estertor de su respiración, se quedó un instante en vilo y con un gesto brusco se puso de pie. No quería mirarlo pero de reojo y desde mi postura tirada en el suelo, vi cómo se limpiaba el miembro con un pañuelo y volvía a introducírselo en el

pantalón. Me volví y a punto estuve de ver más allá del alambique el brillo del cielo enlutado, de verlo a él quizá; pero no, el puntapié fue más rápido que el ojo, en medio del pecho, el crujido del pecho bajo la inesperada lluvia de patadas, la única noción que me permitió reconocer el mundo como algo diverso de la locura; digo bien, todo era confuso pero el dolor y la humillación me permitían prolongar el estado anterior, dispuesto a no debatirme, sino a morir. En verdad, no comprendía del todo por qué no había muerto antes, bajo la amenaza de su bestialidad, y moría ahora, sin respiración, el pecho paralizado, yo mismo reducido a esa postura risible. Ésa era entonces la consumación verdadera del rito. En la equidad fantástica de aquel intercambio de sus golpes y de mi quietud se podían ver todos los motivos que me habían llevado —en un instante— a reconocer en él, no sólo al poseedor del arma más poderosa, sino también a aquel que podía destruirme con un guiño, con un pequeño movimiento del alma. Lloré, creo, y dejó de pegarme. No lloré por el dolor, pues casi no lo sentía, sino por haber encontrado en mí esa espesura de la propia flaqueza, el más horrible objeto que puede contemplar la mirada de un hombre. Juan se arrodilló a mi lado, se tendió junto a mí, acercó su cara a la mía llena de lágrimas. ¿Por qué?, me preguntó ¿por qué eres como un perro?, susurró acezando; no sólo te gusta como a las mujeres, sino que prefieres que te maten; ¿que te maten?, ¿prefieres que te maten?, ¿sin defenderte? He sentido la necesidad de pegarte hasta que mueras. Un perro, eres un perro, mi perro, ¿lo sabes?, eres mi perro, de ahora en adelante no serás más que mi perro; y si de nuevo te niegas a hacer de mujer, si no me dejas tomarte, tendré que volverte a golpear, si te escapas y haces como si te doliera, te moleré a golpes. ¿Me oyes, querido?, ¿no te das cuenta?, si dejas que te posea, ¿no te das cuenta de que no podré pegarte?, ¿por qué no te das cuenta?, serías igualmente mío, como un perro, pero no te pegaría; serías mío como una mujer, podría penetrarte como a una mujer y dejar dentro de ti esta necesidad de matarte, de que desaparezcas, podría usarte como a una mujer, y entonces te tendría que cuidar, como ahora, tendría que velar para que no te destruyeras, ya que estarías dispuesto a complacerme, a dejarte penetrar cuantas veces lo necesitara; todas las noches, a mi lado, dispuesto cada vez que este

dolor —y volvió a tocarse— me asalte, en cualquier momento de la noche o del día; penetrarte equivaldrá a estos golpes que te he dado a pesar mío; yo no quiero pegarte, quiero que me pertenezcas y me dejes saciar mi sed en ti, pero dentro de ti, no sólo en el umbral, sino en el fondo, completamente; debes esforzarte por complacerme completamente, ya que sólo así se saciará mi sed y abandonaré la idea de pegarte, este desagradable deseo de matar que me asfixia; ya que no es fácil, pero te ayudaré; no llores, te ayudaré; ven, mira —y volvió a sacarse el sexo; mientras yo estaba tendido, dolorido, con la respiración en un hilo de aire, y él me sostenía la cabeza, se había sentado junto a mí y, como un niño que juega a los dados, volvió a sacarse el sexo—, tienes que mirarlo, saber cómo es, no temas, ahora no tiene el tamaño ni la dureza de antes, puedes irte acostumbrando a él sin que te asuste; no lo habías visto nunca, ¿no es cierto? Perdóname, ¡oh!, perdóname; ahora que he dejado de estar bajo el influjo de esa violenta fiebre, puedo verlo todo claro, y tú, irte acostumbrando a algo que apenas te causará dolor. Si te empeñas y yo te ayudo, no te causará más dolor que a una mujer; ya, no tengas miedo, dame la mano. Y sentado como estaba, con las piernas flectadas y el sexo colgando pesadamente hasta casi tocar el suelo de tierra, me tomó de la mano e hizo que se lo cogiera; yo, incorporado sobre un codo, casi sin poder moverme, sintiendo el líquido viscoso entre las piernas, le tomé tímidamente el extremo protuberante y blando, voluminoso como una bola de goma y con una consistencia parecida, y al tomárselo, al alojarlo suavemente en la palma y querer estrecharlo con los dedos, sentí unas temblorosas sacudidas que abrían y cerraban mi mano con un ritmo parecido a un corazón, un latido que al cabo de un rato impulsó hacia atrás la piel que lo cubría endureciéndolo de nuevo como una descomunal vena caliente recubierta de seda; la prominencia del extremo se engrosaba hacia atrás en un tronco lleno de nudos y ramas adheridas. Ya no pendía hacia la tierra: bajo la acción acariciarte de mi mano y auxiliado por un bálsamo que el mismo sexo desprendía —residuo que había permanecido en los conductos internos después de la eyección anterior y, ahora, debido a las sacudidas, fluía sobre mi palma— formaba una línea perpendicular con ella; no se empinaba hacia lo alto como el

mezquino sexo mío, sino que el peso y el grosor lo abrumaban de tal forma que a lo más alcanzaba una penosa horizontalidad, sostenido por mi mano glutinosa, mi mano que, sin proponérmelo, comenzó a deslizarse hacia atrás, ayudada también por la movilidad de la piel que lo cubría. En ese momento puedo decir que apareció en mí un vago impulso de cooperación, una desazón hormigueándome todo el cuerpo que yo reconocí como el consentimiento que le otorgaba mi ser a aquellas maniobras. Todo era cuestión de aprendizaje. Mientras yo no pudiera hacer gala de aquellos atributos, debía seguir recorriendo con mi mano la longitud y anchura de su sexo, debía ser dócil ante lo que él quisiera, pues de ello dependía que no volviera a pegarme. Juan me hacía ver perfectamente cuál era mi sino, aunque también permitía que me diera cuenta de mi poder: mi mano producía en él una metamorfosis sorprendente: sus rasgos se atenuaban, desaparecía su violencia, su respiración se volvía ronca. No, no, detente, no sigas, acezando como después de una carrera, ahora que has visto cómo es, que lo has tocado, debes acercarte y conocerlo mejor, olerlo, así, sí, así, y me empujó la cabeza hacia abajo, no sabiendo en verdad si lo que se proponía era que le tomara el sexo con la boca, temiendo esto, presa de un asco que se acentuó y me produjo arcadas cuando sentí el olor rancio y cáustico que se desprendía de él; pero no tuve tiempo de reflexionar porque su ademán fue demasiado perentorio: era eso lo que quería, y me ahogué en la saliva y el volumen me alcanzó el paladar. No había advertido aún cómo había llegado a ese estado extremo cuando una ola espesa me inundó la boca, me reventó por la nariz y salió al exterior escurriéndose por la barbilla. No podía respirar. Debido a la forma con que sujetaba mi cabeza, no podía respirar ni moverme; aunque me debatía moviendo la cabeza de derecha a izquierda, sus manos apretaban más y más, y pensé voy a morir, moriré ahogado en esta viscosidad que tapona mis sentidos y él no se dará cuenta, alejado de mí, no pensando más que en sí mismo, en el ronquido que lo paraliza y agarrota sus manos sobre mi cabeza. Me dejará morir. Pero logré abrir apenas los labios y deglutir el magma tibio que me impedía respirar. Respiré: atenazado y todo por sus manos, respiré y viví y pensé. Ignoro si mi pensamiento fue simultáneo a la acción de morder; quizá si lo hubiera pensado de

verdad no lo habría llevado a cabo; quizá no lo pensé, quizá no, a lo mejor no lo pensé. Pero vi a Juan saltar hacia atrás y oí el aullido; lo vi saltar con todo el cuerpo y entonces sí pensé, pensé de verdad, pensé en incorporarme a la carrera, subirme torpemente el pantalón y huir hacia la casa. Con la mezcla de sangre, saliva y esperma en la boca, debí correr sujetándome el pantalón con una mano mientras escupía la mezcolanza y una impresión de triunfo me invadía entero, una impresión de dicha tibia, consoladora y total que aureolaba el fulgor de la luna y el corredor de pilastras a lo lejos.

A las once fue despertado por un camarero que recogía las mesas. El bar estaba oscuro y la noche fría: su mordedura traspasó la camisa de verano y se le erizó la piel cuando con ambas manos se frotó los brazos y las piernas adormecidas. Bostezó. La niebla había caído en silencio formando alrededor de los faroles y de los pocos locales que quedaban abiertos una fosforescencia difusa. Se levantó y pagó. Preguntó por el servicio y penetró al interior. Con la cabeza llena de vapores y de sueño se equilibró en el excusado tratando de desprender con la fuerza del chorro las máculas que deslucían la porcelana del fondo de la taza. Mientras la presión amainaba pensó con inquietud que no alcanzaría a quitarlas todas y que esto podía ser tal vez un augurio de imprevisibles consecuencias. Lo primero es dormir, se dijo; salir de aquí, no importa concluir esta tarea ominosa: era mejor dirigir el mitigado chorro hacia el borde de la taza y no conocer el resultado. Se subió el cierre-*eclair* y se lavó las manos. Ya no me siento con fuerzas para ir a la estación, pensó, llevaré el equipaje a la terminal marítima y buscaré un hotel. La noche está fría y el anhelo que tenía por llegar, que me obligó a aventurarme por los senderos borrados del mar, ha disminuido hasta casi no parecerse a un anhelo. Por mí, me quedaría aquí, en el umbral de este bar, en la ancha explanada que me separa del agua, si no hiciera frío. De no hacer frío, me gustaría echarme sobre el pavimento y dormir, simplemente, como si la tarea que me he impuesto de recobrar el pasado no fuera sino una acción más, como las antiguas. El pasado podría esperar tal vez, el pasado y los instantes álgidos; la salida, por ejemplo, la salida al trote largo, y los árboles y la casa asentada en la colina. Vuelvo a verlos como si

hubiera llegado; no, quizá no sea preciso traspasar esta noche de niebla para cumplir los ritos de la llegada. ¿Son siempre así las cosas en la juventud, renuentes, escamoteadas, vagas como las sombras que manchan las paredes al amanecer? Esta niebla... esta niebla es la imagen de mi soledad, opaca, densa, sin viento, tan irreal como ese futuro que tomo por pasado y que no hará de mí un hombre de éxito, sino apenas alguien que va en busca de un espejismo endurecido en su espíritu. El agua, el fin o comienzos del agua, está a dos pasos míos; con ella se termina la apariencia, la ficción que me ha hecho creer en la existencia de un mundo mío y que aún quiere engañarme haciéndome creer en una casa rodeada de árboles, en unos personajes duraderos y en un coche, en una salida en coche al trote largo. Soy lo bastante ingenuo como para fiarme de las viejas fotografías que rebosan mi cartera y en las que creo ser un personaje más. Yo y él, Leon y Jeanne, M. Albert y Juan. El hecho de caminar hacia la estación marítima, haciendo equilibrios con el equipaje, prueba de que soy incapaz de dejar de creer en la simulación, refuta esta falsa postura juvenil que me permitiría adormecerme en el muelle si no hiciera frío, o en la sala de espera de la estación marítima y no tuviera una clara añoranza, de búsqueda, de fe y deslumbramiento por un patético pasado que es futuro. Podría, por ejemplo, unirme a esta corte de adolescentes que llevan mochilas a la espalda y caminan, se suben a vehículos extraños, pasan de prisa junto a los monumentos sin reflexionar ni en el tiempo ni en el pasado; podría irme con ellos y llegar a Pakistán, a una tierra extraña de hombres extraños. Pero yo no parto con ellos, no me detengo como ellos a consultar el camino más rápido para salir de la ciudad, con las mochilas a la espalda, las piernas arqueadas y los mechones de pelo tapándoles los ojos. Yo me quedo aquí. Consigno el equipaje y permanezco a la espera de seguir mi destino, amarrado a este destino como un condenado a su rueda.

A la mañana siguiente, instalado en el ferrobús de clase única que lo llevaba a Bergerac, no se le ocurrió repasar estas reflexiones. El futuro —distorsionado según él por las fotografías amarillas— se convertía en paisaje ajeno, árboles entrevistos en medio de la niebla; el futuro que era pasado se había vuelto progreso, con su fiel y ajustado modelo de miseria, de guerra, de gente devastada.

El futuro fue la prostituta de anoche en la que conjugó cómodamente la solución del hotel y una purga urgente de su juventud. La tomó con el aplomo de las relaciones claras, reclamando la prestación total estipulada en el precio, que dobló. Le hubiera gustado manifestar la torpeza de sus diecisiete años, pero no pudo privarse del placer de la experiencia: se quitó los zapatos y la camisa, pero se dejó el blue-jean, exigió un preservativo: adujo imprecisos terrores de contagio. Aunque bien sabía que la máscara impone unos deberes que también atañen al sexo. La careta genital lo libró ante sus propios ojos de la necesidad de la pasión. Sin embargo, la prostituta nunca supo que la enorme ternura del muchacho no era fruto de la aflicción que lleva oculta la juventud, sino de una elección fríamente asumida y en la que había preferido la suavidad a la agresión, el juego de acariciar al de herir. Por una vez, Juan se lo había permitido. La realidad, se dijo, es escasa e infinita, resultado de una maniobra o un sueño. Y ella, haciendo enfáticos remedos del ardor, no pudo conocer el cálculo que la engañaba y que bien habría igualado a su propio cálculo. Se entregó a su cliente como si éste fuera un marinero o un mendigo, un policía o un rey, con la máscara debida y el desamparo de los alimentos terrestres. Y esto la salvó, sí, esto la salvó, se dijo Juan sonriendo.

La niebla se ha espesado en el valle de la Dordogne. Ha opacado los vidrios, estrechando la realidad a este vagón que traquetea en el espacio y revoca el endeble tabique que estructura el tiempo. Por una suerte de leves deslices y vértigos, me encuentro con el dorso de los objetos, en claroscuro, en negativo o en color. Son los rostros que saldrán a mi encuentro, inimaginables. El runruneo del motor, sin embargo, es algo real, ¿no es cierto?, pero la fiebre llena el resto. Anhelo adelantarme y descender en la plaza de los carruajes, buscando en el mar de niebla algún rasgo perceptible. Por eso estoy en el interior del vagón y en el jardín de rosas de Perier, o caminando por el sendero de fresnos, entrando al poulailler. Mas sé que el chirrido de los frenos interrumpirá esta errática meditación, que las maletas, una a una, de piel, de lona, los bolsos de plástico, irán pasando por la ventanilla y acumulándose a los pies de Moustache que sonríe y tiembla, único espectro del andén. Como decenios o días antes me lo

había alcanzado para acomodarlo en la rejilla de un compartimiento de caoba, Moustache está allí, con su raída levita y su obsequiosidad, recibiéndome el equipaje. Este descenso, la colocación del pie sobre las losas del andén, inaugura otro ciclo, lo cierra o lo abre, tanto da, retoma los hilos y me lanza al paisaje presente: reflejos que pueden ser faroles, imprevistos muros, hojas o ramas aparentes. Moustache ha desaparecido y yo me precipito por el boquete que su cuerpo deja en la niebla agitada. Vago a tientas invocando los hitos que me amarran sólidamente a la tierra, las tretas que siempre me han servido para orientarme en la oscuridad, un ruido, una sombra, un brillo. Cuando llego al estacionamiento de carruajes, Moustache ha terminado de acomodar el equipaje en el tilbury. Después me mira, sonríe y moviendo lentamente una mano vuelve a desaparecer en el pasado.

Al mismo tiempo de levantar los muros con la bella piedra de Angoulême, el padre de Leon se preocupó de diseñar el jardín y plantar los árboles. Se delinearon los senderos bordeados de boj en lo que sería la plantilla general del parque, estudiando con cuidado la situación de este respecto de las dependencias y el cuerpo principal del edificio. Las cocheras, los galpones y bodegas —que luego crecerían con el ritmo de la prosperidad—, la huerta de hortalizas y frutales, se incluyeron en el conjunto, aunque discretamente ocultos por las encinas y el impenetrable espesor del muro de macrocarpa. De esta manera, el padre de Leon pensó que correspondía con su sueño. El plano se había traspasado a la tierra, pero comenzaba a alterarse por efecto del contraste entre creación y modelo. Las hierbas amenazaban con invadir el joven arquetipo incluso antes de hallarse terminado. Se apresuró entonces en plantar las tullas, los cedros azules, las palmeras, araucarias y tilos. Por el costado de los dormitorios que daba a las viñas se colocaron árboles bajos, alcornoques, boldos, macizos de arbustos y jazmines, para que la visión fuera extensa desde las habitaciones. Al frente, empero, más allá del patio adoquinado, de la *cour d'honneur* en la que se detenían los carruajes, se plantaron paulonias imperiales, palmas gigantes y magnolios. Cuando se terminó la casa, hacia 1763, el parque tenía ya el aspecto exuberante y al mismo tiempo domesticado que tuvo después: una parcela acotada del

mundo que apartaba de sí toda desmesura, el mejor marco del decreto y el orden, destinado, se hubiera dicho, a los encuentros entre Dios y su creatura. Pero ya aludí al hecho fatal que hace que las ideas se corrompan cuando engendran el mundo. El padre de Leon, como todos los de su clase, aspiró a perpetuar su nombre al fingir un acto paralelo, aunque no menos codicioso que el acto divino. Pero se enfrentó a su edad, al envejecimiento despreocupado de su hijo y, sobre todo, a los atropellos que el mundo exterior cometió en su obra a partir del 78. En un momento singular, en que la nobleza moderaba la frecuentación de sus tierras aunque no su propiedad, prefiriendo el exilio a la alianza con la burguesía, el padre de Leon, en el colmo de lo chocante, inauguraba un templo que pronto pasaría a engrosar la arquitectura del antiguo régimen. Pero vivía en un momento demasiado inestable para no acomodarse a las ideas del tiempo. Por convicción y patria adoptiva era girondino, moderado, enemigo de los excesos. Sin saberlo, él diseñaba al hombre nuevo, con iniciativa y exiguamente ennoblecido, hombre que, como la mayoría, eludió el Terror en Inglaterra, pero que volvió sin miedo una vez restablecida la calma. Después de las peroratas montañesas, del fervor vengativo, por el que murieron tanto Danton como Saint-Just, tanto Marat como Robespierre, el padre de Leon se dio cuenta de que era él el que había hecho la revolución, él el que debía ocuparse en adelante de dirigir el nuevo orden. ¿Por qué? Porque desconfiaba de los privilegios y los fueros, de la necesidad de los derechos señoriales, creyendo que el intercambio y la contraprestación en el trabajo eran con mucho los mejores principios para fundar la paz, siempre, claro está, que se establecieran márgenes de beneficios razonables.

Cuando en septiembre de 1946, Juan volvió a Perier, embargado por las anteriores reflexiones, se enfrentó al desafortunado residuo del castillo y el parque: los alemanes habían asfaltado los senderos: el aislamiento y las excelentes condiciones de la casa habían hecho de ella el Reichkommand de la zona. Los restos que dejó en muros y habitaciones la impersonalidad de una burocracia castrense no se compadecían, con el destino imaginado por su creador, aunque mucho menos con la asepsia que luego introducirían en sus salones los ejecutivos del centro de inseminación artificial, los laboratorios que

desfigurarían para siempre el plano original, con el prurito, de eliminar artesonados y molduras, los techos en *caisson*, la tapicería de los muros y las puertas. En el 46 todo eso estaba desbaratado, oscuro y vacío, pero reconocible; por medio de esos vestigios se podían advertir las formas antiguas como el gesto involuntario de un anciano permite vislumbrar a veces el fulgor de un rostro joven. El silencio había invadido los lugares. Las puertas estaban abiertas y el techo acribillado de goteras. La niebla, como un aura, vagaba por las habitaciones. El parquet de rosetones era presa de la carcoma y los hilos de una provisional instalación eléctrica colgaban del cielo raso. El escenario de la Musaraña estaba reducido a eso. Y no sólo a eso, sino a la insoportable suerte de toda ficción: mostrar a trozos, allí donde el telón se rasga, los espectros de la tramoya. Años antes, durante la campaña del Príncipe, Juan y el Estado Mayor habían llegado a un valle precediendo a la infantería, después que la aviación había limpiado los lugares de focos hostiles. En medio del valle divisó las osamentas calcinadas de enormes árboles gigantescos, que se alzaban, muy por encima de las construcciones y de la vegetación normal. Se acercó, descendiendo casi en vuelo rasante, y allí estaba la casa, los muros negros, la glorieta la Diana intacta. El napalm y el fósforo se habían esmerado en reducir la estructura a la limpidez y pureza del hueso. La devastación, es claro, le impidió identificar perfectamente el aspecto secular de la fachada y el parque. El humo, el fuego y la fragilidad de la evocación hicieron el resto. Pero allí, después de que tomaran los jeeps y atravesaran los campos de cepas calcinadas, entre la humareda y los troncos retorcidos de los árboles, se alzaba la casa o la figura demacrada de su fantasma; los techos de tejuela, el *poulailler*, el trazado del sendero de fresnos, se habían inflamado al unísono bajo el fuego despiadado de los defoliantes. Sólo la Diana, recuerda Juan, reclamaba su altivez serena en medio del césped. Susurros y murmuraciones perseveraban en aquellos vestigios humeantes. Como siempre, la parte imaginada terminaba por empujar fuera del juego a lo real. Esqueletos incinerados bajo las cortinas, igualmente uniformizados por el fuego. Voces... el siseo de una confidencia... si quiero puedo levantarme y proseguir los desenfadados estudios que me corresponden, puedo acudir todos los días, como lo he hecho hasta

hace poco tiempo, a la biblioteca, y desentrañar las inútiles lecciones de M. Albert; puedo seguir considerando a Jeanne como a un ídolo o a una prostituta. No te exaltes, es sólo una imagen. Quiero decir, puedo quedarme atrás, en el recinto preservado por las rejas de la infancia, o crecer, iniciarme en los vericuetos de eso que te afirma como el amo de todo; tal vez no me ocurre nada, tal vez la agonía que estoy viviendo al tratar de comprender por qué nos movemos en el sentido que nos movemos no esté ocurriendo y los batidores no sean los emisarios de la muerte que yo recelo, ésos que esperan un solo error para dar el golpe. Padre, nunca te has detenido a observar el aspecto de los árabes que deambulan por la casa, ni siquiera les has mirado la mirada. No sabes que esos ojos oscuros y pequeños te fijan con la fuerza del odio. No les miras los ojos ni el aspecto, ni las cosas que hacen detrás de los setos, cuando entre una ocupación y otra se paran detrás de los setos a orinar. ¿Te has detenido a observar la fuerza que tienen, que tú menosprecias porque la crees destinada a los groseros trabajos del campo, sin saber que pueden romperte el cuello de un solo gesto? Pues bien, yo lo pienso, no hago otra cosa que pensar en nuestro devaneo final con el cuello roto. Las armas brillan en las estanterías del salón como adornos y no piensas que la llave que las custodia, esa llave que tienes tú y de la que nunca te separas, establece un orden brutal, que ya no comentamos por habernos alejado hace tiempo del peligro explícito; pero, aunque no lo advirtamos, la jerarquía permanece intacta; las armas son nuestras, limitándose ellos a limpiarlas o, a lo nido, a cargarlas durante las cacerías. Entretanto, ¿sabes lo que ocurriría si en un momento no nos alcanzaran dócilmente la escopeta, sino que la dirigieran contra nuestro corazón?, ¿si, por una vez, esa fuerza destinada a mover las bombas, las tolvas y el alambique, se girara incomprensiblemente, si esos seres sucios, que apestan a promiscuos efluvios nocturnos, se atrevieran a clavar los ojos en los nuestros, y al golpeamos, al derribamos del pedestal, nos hicieran ver, entonces y ya tarde, la extensión de nuestra credulidad? En nosotros ultrajarían todo el peso de su degradación. Mírate, por un momento dirige tus ojos resplandecientes hacia ti y dime si tú, ese gesto con que dulcemente sostienes la copa de champagne, merece un suerte así. Mis reflexiones se centran en eso; quizá te he engañado

haciéndote creer en una imprecisa enfermedad, pero compréndeme, no he querido engañarte, apenas dilucidar los resortes cabales que rigen el mundo que me tocará gobernar. Y Leon había abandonado la copa sobre la mesita de arrimo y la sonrisa que hasta ese instante iluminara su rostro se le había cambiado en una mueca crispada que se deshizo en un chorro de lágrimas calientes que goteaban por su barbilla sobre la pechera, reblandeciendo la pechera alba del frac. El primer estupor se había trocado en una expresión de alivio cuyo origen no supe si se debía al haber comprobado que yo no sufría ninguna dolencia o al orgullo que le causaban mis preocupaciones. Había abandonado la copa y levantándose vino hasta mí y me abrazó en silencio, me estrechó contra su pechera húmeda y reblandecida con una efusión impertinente e incómoda. Pero no lo rechacé; lo dejé revolverme el pelo mientras me preguntaba: ¿no quieres bajar con nosotros al salón? No, le contesté; aún debo saber algunas cosas, pero te prometo que muy pronto reanudaré una vida normal. Y Leon, que tenía muchas razones para el buen humor, se retiró fulgurante de placer, mientras yo me quedaba a media luz, invocando la difusa forma de Alexandre. Declaro que fui inocente de lo que ocurrió después, cuando me incorporé apartando las mantas e intenté ponerme de pie, cuando caí sobre la alfombra, me arrastré, volví a alzarme y caí de nuevo. Fui inocente del impulso que me acercó a la ventana que daba al corredor de ladrillo tendido, no tuve más idea que despejarme la cabeza de los vapores del encierro, fui inocente, en fin, del delito de acechanza.

No quise espiar a nadie en el espacio inmóvil y ocupado por la luz lunar. El corredor y los pilares que sostenían la mediagua, resplandecían bajo el ópalo de la luna, también las macetas de jazmín del Cabo y de aspidistras, también Alexandre dirigiendo procazmente un chorro de orina sobre una de ellas, frente a mí, sonriendo frente a mí y girando levemente el cuerpo para que yo pudiera verlo de perfil, para que la luna le iluminara el rostro y el arco formado por la prolongación floja del sexo y el hilo humeante de la orina. Un momento aún fue necesario para rehacerme del pasmo, para grabarme para siempre esa ceñida imagen, antes de cerrar la ventana de golpe y quedarme alelado en la oscuridad, oyendo la bomba del corazón en el cuello, en las sienes, en las arterias del vientre. Cerré de golpe la

ventana como quien cierra por sí mismo las puertas de su prisión, dejando fuera la evidencia de una sombría dicha, única en su provocación y en su afrenta. Descansar… caer… pensé, entregarme al torbellino y al clamor, ser para él, dormir desnudo y blanco entre sus piernas duras. Ese era el problema: convertirme en algo más que yo mismo, en una flor abierta y voraz, desfigurado como una careta en ese infinito juego de espejos reflejados. A tropezones salí del dormitorio y la luz de los pasillos, cruda y despiadada, me puso de cara a alguien que era yo, el que quería ser. Me vestí entonces como el otro; en el cuarto de Jeanne encontré la apariencia justa: un vestido de baile, un collar de perlas y topacios, un maquillaje que preservó mi antigua piel; me calcé unos botines de seda y me eché sobre los hombros —que aún no habían alcanzado la complexión definitiva y tenían la lenidad adolescente de ciertas prostitutas de puerto— una piel apolillada que encontré en un baúl. Y así sentí la dicha de ser yo, provisionalmente, es cierto, pero yo para el otro, un paso más hacia el incansable cambio. Aún no había adquirido la forma severa de los hombres y la ambigüedad de la adolescencia me permitía ser el cazador y la caza, mi contrario y mi doble. Con el pie aparté la cortina chamuscada y allí encontré las pocas huellas que quedaban, un trozo de la piel apolillada, los tacos y las suelas de los botines. Más allá, la carroña de Moustache conseguía la rigidez definitiva de las piezas de museo: Y Jeanne y M. Albert se habían abrazado antes de morir, se habían abrazado como dos ángeles idiotas que buscaran mutuamente el calor de sus alas. Por debajo de los faldones de aquella infanta corrupta, entre los trozos de fémur y pellejo, colgaba un sexo endurecido y seco; una cofia cercaba la peluca de M. Albert: el sarcasmo de sus mandíbulas abiertas remedaba un bostezo admirable. Me agaché para tocar el polvo muerto, la consistencia del pasado entre los dedos, el deseo quemándome de nuevo, envuelto en las prendas tibias, mientras descendía la escalera hacia el salón, para atrapar el olor a lilas y pitosporos, el papel de Armenia que Jeanne quemaba en el pebetero y espesaba el ambiente: todo, visto y evocado de una vez, en aquel polvo, deshaciéndose entre los dedos como el amor: el chirrido de una nota fría; una nota de Scarlatti, las voces mezcladas en el salón, la Musaraña. A Jeanne le gustaban los juegos de la identidad,

el paso ambiguo de una voz profunda a un chillido de madre o amante; Jeanne era apenas distinta de Leon en eso que diferencia a la imaginación de la obra. En aquel juego se buscaba un punto único: la síntesis entre el keroma y el pleroma, como diría M. Albert, cuando, por ejemplo, lo convexo gira sobre sí mismo y deja de ser convexo pero aún no es cóncavo, o el cóncavo pierde su identidad y no consigue todavía ser convexo. El tiempo y la eternidad deambulan juntos por las estancias de Perier, suben conmigo a las alcobas y salitas o se estancan conmigo en la ropería, en los rincones húmedos y oscuros de los patios: olor de la tierra descompuesta de los helechos y begonias. Eso, eso, el pasado inamovible como las mandíbulas de M. Albert. En el salón donde se desarrolló la escena entre Juan, Leon y Jeanne, en presencia de los Lauvergnat, el cura, el médico y el alcalde de Perier par Maurens, Juan encuentra a su padre, enormemente relajado en la *bergere*, contento, piensa Juan, de haber vengado un adulterio, un abrazo angélico y mortal, esa carroña. ¡Hola, hijo!, dice, me he quedado solo al fin. Ha muerto el príncipe, tu abuelo ha muerto, ¿lo sabías?, y no ha sido mala idea de venir así, disfrazado de tu madre. Jugaremos a la Musaraña. Porque me aburro. El tiempo corre como sangre, brota y desaparece, me causa esta leve hipotensión que el champagne no consigue alterar. Tienes hambre y estás cansado. Tienes polvo alrededor de los ojos, polvo de muchos países que te cercan las órbitas mezclándose entre sí, formando el barro de una extraña patria. Has crecido y tienes en la mirada una altivez que no te conocía. No me lo digas porque sé de dónde sale esa altivez. Felizmente, nunca nos hemos permitido la obscenidad de la confidencia. No cambiemos ahora esa costumbre. Ven, siéntate junto a mí. Come, come, hay beluga, oscietre, pero no hay sevruga, ¿te preparo una tostada?, y un poco y de champagne, un dedo, como yo te lo daba, ¿te acuerdas?: el tiempo no logra acallar las voces de antaño. Descansa. ¿Qué tienes bajo el vestido?, ¿y esos pantalones? Ah, sí, lo había olvidado, los jóvenes los usan, permiten amplios movimientos y una patente identificación sexual. Está bien. No te lo reprocho. Apenas lo lamento por señalar tan procazmente lo que eres. Pese a que, en el fondo, es todo lo que yo quería: conseguir un punto tangible en esta realidad que constantemente se escurre entre los dedos. Y ahora que lo

pienso, el vestido de baile te va mal, te hace unos frunces en la espalda. Ya no eres el adolescente de hombros delicados. Conoces los disturbios de la digestión, las punzadas en la próstata, vagos desvanecimientos nerviosos. Es normal. Esta larga vida entre soldados, desde que te fuiste, no ha transcurrido en vano. El maquillaje no logra ocultar los surcos ni los pliegues: ellos nos igualan como a esas carroñas las iguala la muerte. Poco a poco la muerte nos maquilla para una Musaraña definitiva. Porque si tú crees que no jugaré a la Musaraña con el bon Dieu estás muy, pero muy equivocado. Transformaré la corte celestial en un burdel de lujo, como los de Biarritz. Albert y Jeanne se ocupan de la decoración mientras yo llego. Aquí ya hay poco que hacer. Me voy tranquilo. Tus primos Lauvergnat se han convertido en potentados de la grasa de puerco: tienen a Perier como almacén de recuerdos. No vienen nunca. De vez en cuando, uno, que no puede soportar los impulsos grabados en su sangre durante la juventud y que la madurez y el sistema no han conseguido moderar del todo, viene aquí y se masturba en medio de las habitaciones frías. O trae un soldado y se deja sodomizar como una imagen santa. Pero han cambiado mucho. Para ellos, los príncipes, era una cuestión que sólo podía arreglar el siglo: Han abandonado su antiguo afecto, y las ansias de heredarme las han encerrado celosamente aquí, sepultadas en este espejo. Saben que a pesar de todo, las glicinas florecen encima de los portales y en los emparrados que Jeanne hizo poner en la glorieta; por la mañana, la temperatura es dulce mientras el sol asciende detrás de la bruma: los árboles parecen muchachos moviéndose a orillas del lago, muchachos como tú, como los eternos muchachos que buscan la felicidad. Sólo por esto —sin que Jeanne teja en la terraza o Albert cruce el sendero de fresnos hacia su biblioteca, sin que juguemos a la Musaraña en los inviernos— la casa y el parque, las estancias tan esmeradamente planeadas por tu abuelo, cumplen su objetivo. Pese a este humo, a este sabor a muerte, a que el fuego no ha respetado la ilusión, pese a todo eso, la vida es alegre. Me acomodo bien. Figúrate: antes, nunca me había detenido a pensar en ti: mi tiempo y mi clase me lo impedían. Sólo ahora veo lo que mi tiempo y mi clase me ocultaron: aquellos devaneos desolados causados por Alexandre; ¡oh, la, la!, si yo lo sé, lo sé todo. Aunque no por ti, puesto

que ni tú mismo lo sabías, sino porque recuerdo, repaso mi vida y en ella veo lo que te ocurrió a ti: nada es tan parecido a la vida de un hombre como la vida de otro hombre. Por eso haces bien en no ceñirte al diseño de unos personajes que terminarán siempre por ser tú mismo. Yo, Jeanne, Albert, Alexandre y, Alí, el argelino que cuidaba mis caballos y un día sorprendiste orinando detrás de los setos. ¡Qué conmoción!, ¡y qué banalidad de conmoción, hijo mío!, ¡pobre hijo mío¡, ja, ja! Recuerda: todos somos todos y sólo la mala fe puede enmascararnos de inocencia después de los veinte años.

4

Por el tiempo que Juan insiste en recordar, los lingues del parque habían sobrepasado la altura habitual de estos lauráceos, dejando a los coigües y pataguas reducidos a calidad de arbustos, injusta condición ésta respecto de su majestad acostumbrada. El parque comenzó a crecer en forma caótica como si la aberración o la modorra se hubieran apoderado del orden de la botánica, invadiendo, es cierto, las zonas menos frecuentadas, aunque no por esto apartando de la realidad de Juan el tacto de lo monstruoso. Pero ni él, ni Jeanne, ni por supuesto M. Albert o Leon, dieron muestras de sorpresa ante el desarrollo desmesurado de algunas partes del parque: solamente una vista aérea hubiera podido revelar en todo su horror el desequilibrio que introducían ciertas protuberancias en los macizos verdes, en nada parecido al orden armónico y espiritual concebido para el conjunto. Diremos que los habitantes de ese mundo pudieron muy bien desestimar la amenaza que sin darse cuenta los invadía por estarles privada la posibilidad de observar desde fuera el valle donde la casa, el parque y ellos mismos se alojaban. Además, esto coincidió con el conflicto que enfrentaba a Juan con Alexandre, o si se quiere, a Juan con los impulsos menos confesables de sí mismo. Una vez más, digamos que todo hombre de poder —y Juan no dejaba de ser uno— posee la contrapartida de su naturaleza en la seducción de la derrota. Juan se preparaba bien para este futuro y como a veces el exceso y la deformidad se entienden y cobran sentido mucho tiempo después de aparecer como fenómenos, sólo cuando voló sobre la zona se percató de que el exagerado crecimiento de los lingues se debía a la necesidad eventual, surgida de la botánica misma, de servir —incluso calcinados— como horcas colectivas, tan visibles que fuera imposible eludir su terrible advertencia. En el orden del poder todo está previsto y no es extraño que el reino vegetal se adecue a su capricho. Por ejemplo, la

singular identificación —que podía, claro está, haber sido un paso más de la Musaraña pero que ni aun así puede justificarse— de Leon con el Príncipe —un Leon lleno de medallas, postura olímpica y desclasada— ocultaba un fenómeno del mismo tenor. Con los años, aquello que pudo parecer obra del azar —el crecimiento inmoderado de los lingues o un civil transformado en verdugo— fue para Juan una parte valiosa de la moral surgida de los abusos inocentes de su juventud. No experimentó sorpresa al comprobar que, en general, las razones militares se apoyaban en la dialéctica que quiere que la fuerza sea un aspecto más de la flaqueza. Porque el héroe de esta crónica había conformado en brazos de Juan o de Alexandre, con más propiedad que su abuelo o su padre, su merecida condición de hombre fuerte. E igual que el anormal desarrollo de algunos árboles resultó coherente cuando hubo que emplearlos como armas de justicia, igual también, lo que a primera vista parecía un acto cargado de libertinaje y de vergüenza, terminó siendo el pivote en el que giraron sus acciones más osadas No es superfluo entonces decir que el consejo que Juan dio a S.A.R. constituye la introducción de toda doctrina política y que ni la niebla de la muerte o el revés pueden emborronar el peso ineludible de su presencia. Esos abscesos —los árboles monstruosos o sus propios impulsos a dejarse disfrutar por alguien que consideraba inferior— llenaron muchas horas de sus cavilaciones. Notaba por un lado que una indescifrable obsesión reunía a ambos fenómenos: la fuerza, rugosidad y estatura de los árboles lo llevaban sin dificultad a representarse ciertos atributos que según él debía poseer lo deseado. Los primeros contactos visuales con Alexandre lo llevaron a establecer una jerarquía implacable en la sensualidad. Lo que el tamaño, la forma de caminar o los insinuantes pliegues que el pantalón del criado formaba cuando se sentaba o se empinaba para buscar algo más allá de su talla, se inscribió en una estética visual más rigurosa que cualquiera otra, por muy atenida a las normas del método que estuviera. Por sobre todo era una estética de la pasión. A través del tejido áspero de la franela se formaba un volumen pendular que además debía imaginar perfectamente envuelto en su saco blanco, nunca demasiado estrecho sino holgado, libre para desplazarse blandamente por ese universo sideral y concéntrico. El sostén inferior

del saco del slip debía conformarse con la redondez que albergaba, pero de ninguna manera entrar en contacto con ella: era preciso que hubiera una distancia prudente, que el borde inferior de la bolsa del slip rozara suavemente la parte interna de los muslos. De esta manera únicamente podría producirse el juego entre las contracciones causadas por el frío o el temor y la relajación total que el calor o el desenfado provocan en el nudo y lo dejan convertido en un blando y pesado colgajo, apoyado, entonces sí, en el lecho blanco y combado del saco. Al moverse, la totalidad del conjunto se bambolea con movimientos de ritmos diferentes como si las tres unidades, el pantalón, el saco del slip y el colgajo poseyeran una autonomía contraria aunque paralela: nunca dejan de desplazarse frente a un eje que las une y en el reposo las iguala. La línea media de la bragueta, la gruesa costura que corre por el centro del tejido acanalado del slip blanco y se bifurca para formar el cuerpo triangular y prominente del saco —una de cuyas ramificaciones se abre y permite el acceso periódico al interior—, y la vena dorsal del miembro, componen la plomada de una impecable simetría, más perfecta, por menos deliberada, que los sueños del escultor o del demiurgo. Juan se sumergió en un proceso descarado de contemplación; dejó de lado las aprensiones que le hicieron recelar del joven campesino y se entregó a un juego que en un primer momento se limitó a la observación deleitosa de lo codiciado. No volvió a organizar partidas de caza, pero hizo que Alexandre acompañara en sus largas caminatas, tomando poco a poco ciertas iniciativas como echarse sobre la hierba con los brazos detrás de la nuca y los ojos imperceptiblemente abiertos para observar en todo su esplendor las evoluciones del muchacho que ya no se privaba de provocarlo abiertamente. Apoyado desmayadamente en un árbol, se frotaba sin disimulo el confuso conjunto descrito antes: fingía rascarse inocentemente moviendo de arriba abajo, y como al descuido, la amplitud de la bragueta, hasta que por un lado surgía la prominencia abultada del miembro. Echaba hacia atrás la cabeza y cerraba también los ojos para dejarse admirar. A veces, impelido por mi inmovilidad, se descubría para orinar y yo lo contemplaba con el aliento en suspenso, veía las evoluciones que él hacía regando todo el rededor con el potente chorro amarillo. Pero Juan lo tenía todo

previsto. Había establecido un programa de juegos previos regidos por la incertidumbre. El verano había llegado tímidamente, envuelto en sus brumas habituales. Pero un día hizo calor, y Juan se desnudó en el lago y no permitió que Alexandre hiciera lo mismo. Se desnudó ordenándole al muchacho que permaneciera vestido junto a la orilla: se sintió libre por la primera vez. Su propia piel, rosa y sin vello, que cubría los músculos suaves y largos, las nalgas empinadas y el pecho liso, le hizo descubrir los vericuetos más secretos de la belleza de Alexandre, porque lo importante de eso era el cuerpo desnudo que aparecía dibujado en el rostro estático de su víctima, el cuerpo poseído ya por la avidez incontenible de sus gestos, el misterio que transformaba a Alexandre en espejo de su propia trampa. Aclarado en forma definitiva el equívoco acerca de quiénes eran ambos, el sirviente y el amo, Juan podía jugar sin miedo a imaginar todas las muertes posibles. Las alturas de la pasión cobraban así una magnificencia que lo tenía continuamente a punto de morir. Si el agua del lago no hubiera estado lo bastante fría, su apariencia ardorosa lo habría traicionado. Pero ya dijimos que nacer dentro de una clase otorga por lo menos el conocimiento de la estrategia que esa clase tuvo para erigirse como tal. Y aunque en la pasión por morir existieran urgencias, una sabiduría más antigua que cualquier deseo le permitía dosificar y premeditar las exactas dimensiones de esa muerte. Una noche los sorprendió muy lejos del castillo.

Alexandre propuso descansar e incluso pasar la noche en un antiguo pajar que había en medio del campo. Juan accedió y le ordenó hacer fuego. Estirado sobre la paja, lo miró sonriendo. Le dijo: mi capa alcanzará para los dos, no tendremos frío. Alexandre enrojeció porque vio en sus ojos la esperanza. Cuando se sintieron vencidos por el sueño, Juan se desnudó mirando cómo Alexandre hacía lo mismo. Sólo recuerdo los ojos abiertos y estupefactos de mi sirviente cuando me envolví solo con la capa y me puse a dormir como un tronco.

Pero la desnudez de Alexandre era casi perfecta. Bajo sus ropas descuidadas había un cuerpo liso y bronceado que rechazaba lo superfluo. Puestos lado a lado, contrastábamos profundamente en el color de la piel, aunque no en esa cualidad espigada de los cuerpos jóvenes, enjutos y admirablemente elásticos. Él no se avergonzaba en

cambio de lo único francamente diverso entre nosotros: del bamboleo exasperante del sexo, grueso y pesado como una plomada entre las piernas. Ese cuerpo robusto le alcanzaba la mitad del muslo y lo alteraba con una bella desproporción, única zona insana en medio de su armonía. Él se jactaba de ello y fingía no darse cuenta de mi perpetua atención. Sin embargo, este tipo de juegos limita muchas veces con la violencia, por aquello que vacía de contenidos la conciencia y no muestra sino el objeto deseado, su apariencia desprovista de orden y miramientos. Todo se borra y no existe más que lo que se desea. Y no lo digo por mí, a quien la contención y la astucia me permitían regular hasta los menores detalles del entusiasmo, sino por Alexandre. Un día inclusive tuve que azotarlo con la fusta para que volviera a ver en mí a quien correspondía. Entretanto, descansábamos a lo largo de nuestras caminatas; atravesábamos las viñas, nos internábamos en el bosque y, deteniéndonos en algún lugar sobre la hierba, sentíamos el desmayo de la fatiga, la fatiga que se confunde con el vigor, pues es una manifestación crepuscular de éste, una momentánea muerte de la juventud. En este capítulo contemplativo y al mismo tiempo tembloroso del héroe enamorado, la inmovilidad lo rige todo: ese fino fluir interior del gozo que no aparece y se detiene en la fijeza del ojo, verdadero umbral del tedio que comenzará si se lo traspasa. Juan observaba las formas infinitas que la actividad provocaba en las prendas de su criado: un ondular permanente, la savia corriendo con la irreflexión de las cosas vivas, el mar mudando de lugar en la extensión fija de sus riberas. ¿Cómo hacer progresar el argumento entonces cuando la trama se detiene en las ondulaciones permanentes de un cuerpo y el actor impide que los ademanes le indiquen al público una solución del entuerto? Es preciso salir de ese círculo y fijar la atención en un elemento externo que el protagonista elegirá como punto dialéctico de sus fines. Juan recuerda el perro de Alexandre y sonríe. Un perro, piensa, que le tomaba la delantera a la jauría cuando se trataba de cobrar un pato abatido sobre la laguna, un miserable animal esmirriado hecho de puro músculo e instinto, sin esa piel suave y movediza de los animales de raza, unos ojos inquietos, un olfato fino. Ese perro: lo ve debatirse colgado por el cuello del cinturón de su amo en el fondo del bosque. Es muy liviano,

dice Juan, no se ahorcará. Y, en efecto, el perro sujeto del cuello saltaba en el aire como una pelota sin el peso suficiente para separar las vértebras cervicales. En medio del bosque, durante uno de los paseos, hicieron una apuesta. Por primera vez Alexandre había sobrepasado el límite de la prudencia. Habían llegado al fondo del bosque, corriendo, a ese punto donde la vida y los sonidos se detienen, el cielo desaparece y el bombeo del corazón llega ensordecedor a los oídos, después de que ambos corrieran por los senderos cubiertos de maleza en un típico intento de introducir algún elemento dinámico en la mutua contemplación. Tirado por tierra y con los brazos en cruz, Alexandre descansaba inhalando el aire con avidez y la frente empapada de sudor. Desde atrás, le miré los párpados húmedos y cerrados, más oscuros que el resto de la piel del rostro, le miré el escorzo del cuerpo que huía desde el arco de la nariz hasta la perspectiva fugada del tono de las piernas. Lo miró intensamente, adivinando el olor de ese cuerpo tibio y exudado, mientras él también se echaba sobre la hierba pero a medias incorporado, apoyado sobre un codo. El muchacho con los brazos en cruz y su amo yacían tendidos en la hierba fresca del bosque mientras el perro daba vueltas alrededor, corría de un árbol a otro en pos de un movimiento o un ruido. Entonces, mientras Juan miraba cómo el perro daba vueltas olfateando el terreno y persiguiendo presas imaginarias, sintió las manos de Alexandre que desde esa posición incómoda intentaban atrapar su cuerpo, eligiendo tal vez esa posición incómoda, en la que era imposible un enfrentamiento cara a cara, para hurgar el cuerpo que el respeto o el miedo le habían impedido tocar. Juan no dijo nada, dejó que esas manos se delataran buscando lo que deseaban, hasta permitió que una de ellas lo diera vuelta y se quemara en su objetivo. Atrapado por ese flagrante contacto, Juan tenía ya la prueba de un delito insoslayable que su servidor no se atrevería a negar. Así, dejándose caer completamente sobre la hierba y acercando desde atrás su rostro al de Alexandre que continuaba con los ojos cerrados, le dijo: ¿Ves?, ¿te das cuenta?, ¿sientes el contacto de tus manos? Tus manos buscan y yo las siento, siento lo que buscan y requieren, eso lo sé perfectamente. Aunque lo que importa es que tú lo sepas. Y lo digas. Por ejemplo, yo sé que me espías por las noches, ¿o no? Sí, dijo

Alexandre. Me espías por la noche para ver si puedes conseguir lo que ahora tocas con tus manos; ansioso de ser distinto, continuó Juan mientras sentía que las manos que lo buscaban se habían detenido, aunque sin dejar de tocarlo, como si se tratara de un delincuente subyugado por su propio crimen, has creído que buscando lo que buscas vas a transformarte en otro ser, de alguna manera crees que serás como yo si me despojas de algo mío, lo que quieres es despojarme lo que tengo, quieres destruir el mundo de mi padre destruyéndome a mí. No, dijo Alexandre. Calla, déjame terminar, no puedes decir nada, ignoras hasta las razones más claras ya que no hablo de que sepas que quieras destruirme sino que, inconscientemente, no puedes dejar de quererlo; pues estás ahí, desposeído, frente a un hombre armado con todo lo que tú y los tuyos necesitan; tú eres el instrumento de un grupo de hombres oscuros que no se atreven, como tú, a pensar lo que quieren realmente. Tú me espías por las noches mientras yo me ahogo con pensamientos que tú no tienes. ¿Lo ves? Mas lo que importa ahora no es saber si eres consciente de tus carencias, sino que me digas lo que crees saber y lo que sientes; porque tú me deseas, ¿no es cierto?, me deseas y no puedes negarlo. Dime al menos que lo sabes, que me deseas. Sí, dijo Alexandre apretando los ojos. Cada vez que me espías fuera de la ventana, en el corredor o en el patio de adoquines, mostrándome lo único que tienes aparte de tu estupidez, exhibiendo un arma inútil para mí, sólo eficaz para las mujeres, ¿qué buscas?; no, no me lo digas, te lo diré yo: ¿no es cierto que me buscas como a una mujer, queriendo hacerme lo que se les hace a las mujeres? Sí, dijo Alexandre. ¿Lo ves?, quieres hacerme lo que se les hace a las mujeres sin pararte a pensar que soy un hombre y voy armado, que incluso ahora, durante un simple paseo por el campo, no he olvidado mi pequeño rifle de salón y que podrías morir por tu insolencia; no te muevas, calla, quiero que me digas, continuó Juan sintiendo que el bamboleo de su corazón se extendía por todo el cuerpo alcanzándole el centro del vientre y las piernas, de qué manera llevarías a cabo tu propósito, lo que me harías pese a no ser una mujer y estar armado; dime, terminó en un murmullo, aproximando más el rostro al de su criado, cómo lo harías. Así, dijo Alexandre hundiendo la mano en el paño de mi

pantalón. Pero ¿cómo?, dije yo. Con esto, contestó apretándose su propio pantalón que esta vez, sí, parecía una tienda alzada sobre él, con esto, repitió. De acuerdo, dije yo, de acuerdo, pero primero deberás demostrarme que soy tan débil como una mujer. Dame tu cinturón. Colgaremos a tu perro de ese árbol y tratarás de liberarlo de un disparo; como es muy liviano, no se ahorcará. Es más, tú dispararás tres veces y yo una. Si logras cortar el cinturón, habré perdido y podrás hacer de mí lo que quieras; si lo corto yo con un solo disparo, deberás correr por el sendero mientras yo intento darte en el talón de tu pie izquierdo, ¿de acuerdo? Se habían arrodillado y por primera vez se miraban con la excitación de dos niños que juegan a provocarse miedo mutuamente. Alexandre se sacó el cinturón y se lo puso al perro asegurándose de que no se estrangulara. Cuando lo colgó del árbol se dio cuenta, parece, de que el forcejeo del animal convertiría la empresa en algo mucho más difícil de lo que había creído. Nos apostamos a diez metros. Y le entregué el rifle a punto de disparar. La primera bala se incrustó en la rama que sostenía al perro, la segunda se perdió entre el follaje y la tercera le reventó la cabeza al animal, que de inmediato dejó de moverse. Todo se detuvo, hasta nuestras respiraciones. Pensé con terror que Alexandre dirigiría el rifle contra mí. Pero allí estaba, atónito, sin poder creer que lo que colgaba como una bolsa pudiera ser su perro. Le quité el arma y de un disparo corté el cinturón. La bolsa desapareció sin ruido en la maleza. Alexandre se apretaba el pantalón con las dos manos, todavía inmóvil. Pero en un momento se dio vuelta y echó a correr por el sendero, con los pantalones fuertemente tomados para que no cayeran, creyendo, eso sí, que yo dispararía, que yo podría disparar como se lo había dicho, sin saber que ya ni un rapto de locura me habría empujado a levantar la inutilidad de mi arma contra su poderío.

La declinación paulatina de una historia, su usura irrevocable, exige un precio que no se ajusta al temblor que sigue perpetuado en uno, inconcluso y trunco, pese a que la historia misma se encuentre acotada en el estrecho marco de la lectura. Ya dije que estos retazos, estos fuegos, han querido ser el sedimento depositado en el alma de una clase y no las razones de un solo hombre. Ese hombre, yo, no se

identifica con ciertos trazos que sólo pueden pertenecer a los movimientos de una clase en marcha, más aún, a la hora primera de una fiesta en la que esa clase se repartió el mundo y comprendió, por fin, el significado de su fuerza. Ella es, por tanto, el protagonista y el centro de este paisaje, el hermoso sol que planea sobre su larga historia y cuya minucia queda relegada a algunos episodios más o menos mencionables. Lo interesante es la manera de ser y no el ser escamoteado detrás de esa manera, llamada, hoy, Juan de Warni. Hoy contamos su historia, pero hubo un momento en que el miedo obligó a esa clase a expulsar la energía que había acumulado para vengarse de sus propios errores: el laborioso esfuerzo que significó construir un hombre que fuera modelo del mundo terminó en el sollozo y en el estupor del deportado. La deportación no habría sido tan horrenda si no hubiera liquidado de un tajo los contornos gentiles de un hombre con más de trescientos años de buena crianza. El inconveniente de lo nuevo radica sobre todo en la incapacidad de los sustitutos para encontrar un espacio ordenado y literario en el que inscribir los gérmenes del fracaso: cuando ese espacio existe, ya es hora de que la clase siguiente barra su carroña inmóvil.

Por esto no he consignado el discurso que Leon pronunció aquella noche de autos: cuando terminó mi encierro y quise hacerle un bosquejo de mis pretensiones políticas respecto del manejo de la hacienda. Era primavera, vivíamos los primeros atisbos de la primavera y yo había confundido la noche serena y lunar con el hielo y la ventisca que disolvía el humo de las chimeneas en el aire helado. Las cosas, abajo, en el salón, sucedían en un capítulo anterior de la evolución histórica. Coches y lacayos aguardaban que una reunión mundana se desarrollara con las etapas obligadas del despilfarro. La degollina había pasado y los criados esperaban con paciencia la siguiente. El heredero bosquejaba su propio plan de acción mientras el amo, acostumbrado a recorrer sin advertirlo los contornos de su dominio, observaba por primera vez que las preocupaciones de su hijo tenían que ver con el legado que él dejaría a su muerte. Conmovido, Leon se enfrentó a la poca importancia de sí mismo, a un mundo que creía suyo y que de pronto lo dejaba fuera, prescindía de su poder, lo hacía testar en medio de la batalla. El, que había sido el discípulo más

aprovechado de las ideas imperiales y no el continuador de un despotismo feudal; él, merecedor como nadie del título de revolucionario, auténtico pionero de Argelia, debía ser reemplazado para que subsistiera la obra que había creado. ¿Por qué?, se preguntó con la sonrisa congelada y dirigida hacia su hijo, dejando que éste desplegara estrategias, contraataques imaginarios, se adelantara a las amenazas, interpusiera cautelas entre lo poseído y el recelo de su despojo. La clase de tu madre, musitó cuando Juan hubo terminado su soliloquio, se limita a ambicionar y a llorar, a llorar y ambicionar. Ya lo ves: no hay ni uno solo en la Asamblea. Son, para que lo sepas, los únicos que podrían manejar con algún estilo el mundo que hemos creado. Pero ten presente que no hay nada peor que una clase desdichada: siempre terminan concentrando a sus hijos en campos custodiados por ellos mismos. Prefieren la delación a la incomodidad: aúllan como perros en las calles sucias, comen sus propios caballos, disparan a quemarropa contra el miedo que los paraliza. Tus preocupaciones me parecen loables. Es claro que los criados quisieran rebelarse y que tu deber es impedirlo, pero más difícil es neutralizar a aquello que consideramos como lo mejor, al refinamiento que heredamos y que aún no hemos reemplazado. Pese a todo, estoy tranquilo. Creo que basta con darles a los hombres un poco de seguridad para que olviden las mentiras de nuestro escudo. Contamos con que ese sencillo mecanismo, hacer que coman, sustituya a esa divisa infamante. No te preocupes tanto por la amenaza que venga de abajo: mientras los inferiores no lo sepan, votarán en la dirección que nos conviene. No se alzarán. Comerán mirando cómo se forman y deforman esas tres palabras, cuya cacofonía no representa más que un horror añadido al embuste. Pero hemos avanzado mucho: la magia con que gobernaba el gran rey era mucho más incómoda que la opulencia que queremos distribuir hoy en día. Mon fils, tienes razón cuando hablas de la ambición de los sirvientes. Tal vez querrán matarte, estrujarte entre sus brazos como dices, pero tu deber se reduce a que no lo sepan. Como yo, tú vivirás para ser el símbolo removible de un mundo superior. Mientras tú te debates en conjeturas inútiles, vives protegido por la retórica dulce de ese escudo. ¿Qué temes?, dijo levantando su copa de champagne, las armas están ahí, son tuyas; si

dudas, ellas representan tu poder. Y en cuanto a ser el otro, hay que dejarlo para la Musaraña, que para eso está. Yo tampoco soy ajeno al impulso que me arroja a los brazos de mi enemigo, pero tengo más sentido del humor que tú. El padre subrayó con lágrimas sus palabras y se levantó de la butaca, seguro de la estabilidad del universo que dejaba atrás. Se acercó a su hijo y revolviéndole el pelo preguntó: ¿no quieres bajar con nosotros al salón? Y Juan, que no podía ver claro en el futuro, en las noches abrazado a Juan, después de haber claudicado a los más elementales requerimientos del deseo, en las noches de verano, cuando acudía como un criado para ser extorsionado y ultrajado y reconocía en el descaro infernal de su amante la parte más inquietante del infortunio, mientras era penetrado con un desapego impersonal y violento, y las voces de los primos por toda la casa empapaban de angustia su corazón traspasado, contestó: no, todavía debo preguntarme muchas cosas, pero te prometo que pronto comenzaré una vida normal. Juan había acudido a la terrible cita en la cama de Juan. Ensangrentado como estaba, éste lo había aceptado, obligándole a lamerle el corte que los dientes del niño le produjeran. Las primeras noches debió dedicarse a esta labor, llorando por las bofetadas que recibía cada vez que el otro recordaba lo que le había hecho. Su odio era atroz. Una vez curado, se dedicó durante algunas noches a lastimar a Juan intentando introducirle uno, dos, tres dedos de la mano, para terminar tratando de abrirle un camino, primero a la palma y luego al puño. Nada de esto fue posible, claro está, pero la intención del adolescente era clara. Se dormía, no sin antes advertirle a Juan que debía sostenerle el miembro toda la noche para que su mano fuera acostumbrándose al diámetro, en espera de que pudieran pasar las noches acoplados. Se acostaban temprano y el aire tibio del verano entraba por la ventana de la habitación común. Todavía los Lauvergnat batían el jardín cuando ellos se encerraban y Juan forzaba a Juan a desvestirlo, éste arrodillado frente a él, aquél impidiéndole muchas veces que le tocara el miembro: sólo debes limitarte a desvestirme y a mirar, sin tocarme, sin intentar ampararte de lo que quieres. Cuando una noche dijo, ahora sí, estaba sentado en el borde de la cama, desnudo, con las piernas separadas, la bolsa genital colgando en medio y el pilar del sexo erguido sobre la escasa pelusa

del pubis. Desvístete, ordenó, no te acerques, desvístete lejos, dándome la espalda. Y Juan pensó en el daño que sentía ya por las horribles manipulaciones sufridas y en que había llegado la hora de pagar el tributo de su debilidad, de su pequeñez infantil y desarmada. Y se desvistió, pensando en sí mismo con una gran compasión. Retrocede, oyó decir una vez estuvo desnudo en medio de la habitación; retrocede, abre las piernas y dobla la cintura, así, ven, siéntate y no me toques, ¿ves?, ¿lo sientes, queridito?, es mayor aún que mi puño, por eso es imposible. Necesito una mujer, ¿entiendes?, gritó empujándolo contra la otra cama, no me sirves, debes conseguirme una mujer. Buenas noches. Fue entonces que Juan rogó, suplicó que le permitiera intentarlo de nuevo, que casi no lo había tocado, ¿no sabía que se había puesto crema? Y Juan, de mala gana, se colocó de nuevo en posición y atrajo a Juan contra sí, y este se dijo, no manifestaré dolor, lo que Juan espera es que la desesperación del dolor me haga llorar y suplicar, porque de esta forma se excitará más. Sin embargo, no tuvo más remedio que gritar, que tomar un almohadón y morderlo mientras ocurría la faena tras de sí, atenazada por las manos ásperas y enormes del otro Juan. Ya la carne del otro Juan comenzaba a invadirlo cuando sintió la humedad tibia resbalándole por el interior de los muslos. La sangre, pensó, tal como lo he soñado.

Este episodio, desgranado de otros de mayor importancia quizá, pero menos evocables, puede quedar así, bosquejado apenas. Es cuatro años anterior a la muerte de Juan y diseña el clima de nuestras relaciones, del sexo como desenfreno, predominio o tormento. No era el amor, en verdad, pero a lo mejor era el amor. El amor se hallaba enquistado en algún lugar perdido, envuelto, como todo quiste, por una vida veloz, pero él mismo muerto, cual un planeta solitario rodeado de constelaciones. Como ven, todo hacía pensar que Juan sería el primero de la serie de víctimas que jalonan mi vida. Pero no sé si fue así. Después de ese verano, las cosas cambiaron. La Vigie se convirtió en nuestro hogar, pues la continua interferencia en Perier no nos permitía, creíamos, desplegar los ritos en la forma que deseábamos. No se crea que pretendo enfrentar al que lea esto a las meticulosidades de una historia de amor. A lo más, pienso en lo que

significó vivir a su lado, verlo morir, al amanecer, sobre el camino. El pequeño amor que me tuvo fue un fenómeno corrompido y brutal dentro de la contaminación y el humo que invade las cosas vivas. Desde su estrado, Leon habla como en una película muda. Del fondo de este suelo, uno superpuesto sobre otro como civilizaciones desaparecidas, van apareciendo los restos fríos e inútiles que compartimos. Las carreras a caballo por la vega del río, desnudos como héroes; los juegos de la vida inaugurada en cada ademán, lanzados el uno en el otro sin más intención que abolir el desprecio que nos rodeaba. Unas visiones: las de Juan en mi vida y yo en su muerte, las cacerías a solas, el amor en pleno campo, la desmesura del gozo y la violencia. Ejemplos: Juan apoyado en una balaustrada, descansando sobre un pie, con el sol rojo del atardecer en el rostro, la camisa blanca abierta y el sexo perfectamente notorio a través del pantalón; su trofeo, que no necesita realzar, pues siempre lo precede como una marca, produciendo en todos una extraña desazón, precisamente por la inocencia con que lo exhibe. ¡Mira!, ¡mira!, dice sentado en el borde de un pozo de orujo, desnudo como un gusano y con el ariete en la mano sobre el que aplica científicamente una cinta de medir: veintisiete y medio, veinte de ruedo. Los pantalones sueltos, lindo, dice la madre, ¿no le parece?, muy sueltos, ¿a usted le gustan sueltos, no es cierto?: Juan se encoge de hombros tocándose la sien. Estos juegos de niños pertenecían a las insólitas actividades a las que se entregaban en cuerpo y alma los jóvenes del siglo XIX. No es de extrañar que Jeanne y Mme. Jean, la madre de Juan, hicieran como si la realidad fuera tersa y desprovista de tensión, aunque sabían que algo estaba consumiendo a sus hijos, un fuego invernal en el que habría sido indecente mezclarse. La imborrable imagen de Juan finalmente vulnerado por la gigantesca naturaleza de su amigo mayor —imagen que los ilustradores libertinos podrían imaginar sin reproducir ni la indecencia ni el candor— cobra categoría de inusitado símbolo para las generaciones futuras. Al nuevo príncipe de Lauvergnat, hermano de Jeanne, le hubiera satisfecho que esa unión se hubiera realizado entre Juan y alguno de sus hijos, desconociendo que, en el amor, la elección es una burla de imprevisibles consecuencias. No se miente frente a tamaña empresa. Un niño de once años —pues

dos fueron los años dedicados por nuestros protagonistas a la laboriosa actividad de limpiar el camino de acceso a la felicidad total— no se deja empalar por razones familiares. Debe mediar una pasión, con lo que llegamos a que el amor es la única excusa verosímil para entender tan aborrecible proyecto. Las declaraciones más o menos pedantes del Juan que recuerda no se compadecen con ciertos subterfugios típicamente femeninos que esgrimía cuando quería alejar por algunos días a su amante: estar indispuesto —pues en realidad la sangre redimía aquella actividad febril, sobre todo cuando la liturgia no se ajustaba a las etapas prefijadas y debía fingir, no el dolor, sino una pseudopenetración, y recibir la trémula ofrenda en la palma de la mano—, necesitado de unos días de tregua en los que el acomodo sobre las butacas se llevaba a cabo por medio de complicadas contorsiones o decididamente tumbado sobre cojines. Avisaba al castillo para que vinieran a buscarlo y Mme. Jean lo acompañaba hasta el coupé, extrañada de que su hijo no apareciera por allí, y que era una pena —claro, en esos momentos rumiaba su rencor en un rincón oscuro de las cuadras, entre las patas de algún caballo manso, fumando un cigarrillo—, pero que el verano no se había terminado, así que no se dejara llevar por la tristeza.

La figura burlona, compasiva, una manera refinada de la simulación de Leon, es lo único que queda en el recinto reflexivo de este memorial. Juan ha visto descender el fuego sobre los objetos amados o evocados y en el menguante brillo del pasado, los pocos años de felicidad total con Juan se han convertido en algo más que una broma. Pero el amor no logra contrapesar la presencia absoluta del mal. La tierra arrasada, los árboles quemados y los parterres pisoteados por la tropa y los neumáticos de los jeeps, por las orugas de las tanquetas, son la representación final de un agravio singularizado y excluyente. Es decir, que luego de las innumerables vueltas en pos de la alegría de amar, vuelvo al punto de partida. ¿Cómo he sobrevivido? En este segundo que pienso antes de morir, me pregunto ¿cómo he logrado sortear las trampas, el filo de las armas, los cañones apuntándome? Perier se deshace en el agua de la asfixia, Conrad de Wohl huye por los corredores de esta casa muerta. Juan desaparece. La ofensiva, el

ultimátum, ha llegado al palacio a medias, derruido ya. Las sombras lo habitan, realmente. Pero yo, ¿dónde estoy? ¿A las puertas del palacio, en medio de la tropa que se apresta al asalto, o dentro, entre los cortinajes quemados, mirando anhelante por el quicio de una ventana? ¿Qué representa este viaje tranquilo desde el puerto, la noche con la prostituta? ¿He salido alguna vez de Perier? Leon habla con el tono de burla habitual. Pero un rictus negro, un grumo de sangre, le estropea la boca. Habla y recuerda sentado en el estrado magistral, enmarcado por el retrato de Lauvergnat y por el de mi abuelo flamenco. Me pregunta si recuerdo las garzas volviendo cada primavera a empollar en el parque. Las altas bandadas pasaban por encima de la casa sin detenerse y al atardecer volvían y se posaban con un terrible griterío en la copa de los árboles. Los cedros, cromos, abedules, las frondosas pataguas y los peumos, iban manchándose de sobresaltadas alas blancas, de una colonia de huéspedes puntuales que ensordecía los atardeceres del verano. Algunos polluelos que se caían eran pasto de los perros. Pero la colonia terminaba yéndose con los primeros indicios del otoño. Fue el excremento de las garzas el que quemó los árboles, me dice, y no el fuego o las heladas. Ya sé que la casa y el parque no están como tú esperabas, pero todo ha muerto dentro de mí. Estoy cansado de esta soledad. Un cuerpo oscuro comienza a reemplazar a tu padre, se anquilosa como los despojos que has visto a la entrada. Hijo, debo confesarte: lo que produjo esto no fue el fuego, ni las heladas, ni el excremento de las garzas, sino los desmanes del terremoto. En efecto, reconoció Juan, existía en las cosas algo que amenazaba la gravedad. Las de la galería estaban roídas por el agua. De haber sido el sitio más seco de la casa, ahora lo invadían el musgo y el culantrillo. El papel goteaba un líquido biológico, el dorado de los marcos y molduras rebozaba una conchuela de animales grises. Las vigas cedían donde el impacto del remezón desquició las losas: por en medio de ellas se había colado la rama de una encina. Pero este escenario ha sido el fruto de una segunda aproximación: las estancias vacías y anegadas, las cortinas en jirones colgando en el aire traslucen la proximidad de la muerte. Durante el terremoto, que resquebrajó Perier sacándolo de su geometría fija y permitiendo que por las hendiduras penetrara el aire vegetal del parque, se preparó definitivamente el

desorden de mi percepción actual. Mis ideales, dice Leon, se hundieron con esta catástrofe, la herencia que recibí de mi padre y que a mi vez quise traspasarte tuvo en esta catástrofe su tumba, en ella y en tu pertinaz deseo de perderlo todo que se traslucía en las opiniones que tenías acerca de los sirvientes. Sí, me acuerdo del joven Alexandre y de tu enfermizo apego a él; no me lo expliques, lo sé, lo sé… ¿ y Juan, padre? ¿recuerdas a Juan? ¿Juan? ¿Cuál Juan que no seas tú? El muchacho mira a su padre con piedad, sonriendo por lo bajo. No recuerda, piensa para sí, la necesidad que yo sentía de conservar la tensión erótica con mi amigo: me dedicaba a aparecer y a desaparecer. Me instalaba en el coupé, sentado sobre una pierna, pues los males sufridos hacían insoportable otra postura, y extendía una mano para agarrar la correa labrada que desencajaba el vidrio de la ventanilla: la dejaba caer suavemente en el espacio afelpado de la portezuela. El canturreo gris de Moustache, el aire de oro, probaban que me hallaba en el punto óptimo de la razón. Volvía a la vida de Perier dueño de una gran petulancia, reiniciaba las declinaciones latinas y griegas, recitaba sin fallos los atributos trinitarios del Scoto, convencía, en fin, a M. Albert de que la cultura puede ser un éxito de la felicidad. Mi maestro no era ajeno a las embestidas del amor y me comprendía, aunque temiera por el futuro linaje de casa. Unos días de soledad, entonces, me permitían disponer mi anatomía a los venideros encuentros con Juan. Una tarde o una mañana muy temprano, su caballo tomaba el sendero central, más allá de la laguna, a paso lento, y yo me volvía en el sillón en el que trabajaba con M. Albert; lo miraba venir, llegar, con una frialdad indigna de la agitación que durante la noche me había mantenido despierto. Digamos que esto sucedía al mediodía. La indiferencia de mi recepción era directamente proporcional a la furia que se desencadenaría en el momento de quedarnos solos. Este pensamiento me encantaba. La avidez sensual, en el campo, es el mejor atenuante que uno puede esgrimir después de un crimen. Pero aparentemente, el encuentro se producía sin resentimientos: el alborozo habitual de los cínicos era nuestro triunfo. ¿Un paseo a caballo?, proponía, ¿un inocente paseo a caballo antes de almorzar?; no olvides el sombrero, sonreía odiándome, paternal, recuerda la insolación que tuviste en La Vigie, la fiebre…

El niño se silencia mientras mira la exterioridad perfecta del campo. Han tomado la senda que rodea las viñas y se interna en el bosque; de lomaje en lomaje descienden hacia las márgenes verdes del río. Es un trecho largo y tortuoso, mas el atuendo de cada uno permanece intacto: las lustrosas botas Chantilly, el fino pantalón blanco de montar, la camisa blanca. A Juan el sudor le reblandece el cuello almidonado, y no a causa de calor: la espalda se le eriza y percibe el callado fluir de glándulas conocido como los tormentos del amor. Su compañero se vuelve hacia él y le dice *alors*, queridito, ¿estás contento?, con papá y mamá ¿estás contento? ¿no hay algo que yo pueda hacer por ti?, porque si estás insatisfecho del régimen paterno no tienes más que abrirle el corazón a tu amiguito. Se vuelve hacia Juan y éste ve la punta de una lágrima temblándole en un párpado antes de emprender el galope por la vega y pronto desaparecer entre las malezas altas. Juan cree morir (así se dice), cree morir abrasado por el insoportable sol de la felicidad. Detiene su caballo y mira por donde se ha perdido la figura amada, mira el boquete que la figura amada ha dejado en la maleza y vuelve a ponerse en movimiento, sin olvidar de sostener las riendas en la forma debida, las dos normales cortas y las de palanca más flojas, formando una parábola bajo las primeras; las aprisiona perfectamente entre los dedos mayor y pulgar de la mano derecha, separándolas con el índice. La felicidad, se da cuenta, es apenas una figura lúcida, el umbral que ha traspasado ahora arrojándolo a las ruinas de este salón sentimental, después de haber recorrido la propiedad llena de humo que hace pensar en una catástrofe antigua como la de Pompeya. Huele el humo tal como debió oler Pompeya al día siguiente de la tragedia. La tropa ocupa los lugares en previsión de francotiradores emboscados: lo único que hay son cuerpos retorcidos, unos abrazados a armas inútiles, otros hacinados en pilas grotescas. El mundo ahí se mira a sí mismo. Los jóvenes reclutas que desfilan por las habitaciones, bromean con los gestos horribles que tienen algunas víctimas; horribles y cómicas, sarcásticas. Miro yo también, yo también sonrío. El jeep de S.A.R. ha desaparecido hace tiempo; de los objetos que llenaban el salón, o antes, el vestíbulo con la escalera adosada y hoy sin la baranda que yace hecha carbón después de las sucesivas olas de fuego, se ha

salvado apenas el recuerdo: los muebles de palisandro, los incómodos sofás de caoba, pesados, solemnes y desvencijados, los infinitos *petits meubles*, las mesillas altas como garzas, las rinconeras, mesas ratonas, posapiés, son insólitos armazones de alambre torcido. Nada más. Pero el arco de la escalera resiste aún el paso de las botas que lo recorren. Donde el parquet de rosetones brilló con sus distintas maderas, sus sentidos caprichosos y sus inquietantes simetrías, hay un barro de ceniza oscura. Los hoyos en el cielo raso, entre las vigas, vulneran la intimidad de las habitaciones. La intimidad: la mejor conquista social de aquel siglo secreto. A veces soy empujado por los soldados que mueven sus pertrechos para poder habitar los pocos rincones guarecidos que quedan; mueven grandes cajas de metal, tiendas de campaña y catres plegables. Son excesivamente jóvenes como algunas veces lo he sido yo, cuando no experimento la fatiga de un sistema que desfallece pieza por pieza, males tan imperceptibles que se quedan fuera de mí, en el espejo, por ejemplo, apenas pliegues de un espejo que me deja fuera: al menos las zapatillas de deporte, los blue-jeans, el *sweater* azul de cuello alto, me salvan. A través de los ventanales localizo el lugar que ocupaban las lilas. Es curioso estar aquí y allí; allí, envuelto por la brisa de medianoche que trae y acerca las voces que salen del salón, sujeto por las manos de Juan, en esa postura tan curiosa, de animal dócil, preguntándome cuándo terminará, cuándo su cintura se doblará sobre mí y una tibieza de carnada me rodeará; por entre el pelo lacio que me cae sobre la cara, miro las luces que antes hacían brillar este salón, preguntándome si alguna vez terminará, si dejaré de sentir el golpeteo pendular de sus testículos contra las piernas. También por las ventanas se ven las descomunales osamentas de los lingues quemados con sus nuevos y sorprendentes frutos: las espectrales plomadas de los ajusticiados. La gran ilusión se construía, sin embargo, más cerca, detrás del macizo de lilas, floripondios, copos de nieve, ilang-ilang, coronas del poeta. Un joven soldado sueña apoyado en el vano de la ventana, mira ensimismado hacia un punto que bien podría descubrirle los secretos. Como joven, tiene un leve parecido con la carne amada, la manera de colocar las piernas, de fruncir el cejo, sombreando la bóveda de los ojos. A su lado descansa el fusil ametrallador, como un objeto inservible, ajeno a él, y al mismo

tiempo tan suyo. Un instrumento, recuerdo; una herramienta; se me pidió una herramienta. Yo andaba por ahí: había salido a tomar el aire desde este salón durante el baile que se dio en Perier en honor de Isabelle Lauvergnat. El frac se ajustaba perfectamente, yo tenía catorce años y resplandecía entre las luces que bañaban el salón y el patio de honor. Salí al patio donde se estacionaban los carruajes, curioso por el grupo de lacayos que rodeaba al coche de Juan y su familia. Me preguntaron algo y los envié a buscar una de esas enormes llaves para desmontar las ruedas de los coches. Estuve mirando cómo trabajaban en arreglar los resortes de la berlina. Cuando volvieron a montar la rueda, quise manejar la herramienta: la encajé en la tuerca, di vueltas, hice que uno de los hombres terminara de apretarla. Los lacayos y cocheros aplaudieron; luego se apartaron a conversar en medio del patio. Yo continué un momento manipulando la llave y observando los demás carruajes. Esa fue la noche, el día, de la muerte de Juan: hoy, durante este segundo que recuerdo, lamento mis antiguas huidas, los miedos que me hacían eludirlo, las carreras en redondo, alrededor de un objeto fijo. Aquel mediodía, por ejemplo, la parsimonia se imponía, no debía acelerar el paso ni poner mi caballo al galope para ir tras él. Sabía que tarde o temprano lo encontraría: desnudo, junto al caballo sin montura, secándose al sol después de un baño. Se levantó y volvió a montar entrando en el agua. El niño que yo era se sentía apresado por las buenas costumbres, incapaz de seguirlo. Me fijé en la cola flotante del caballo como en la cabellera de una ahogada, y en el color casi idéntico de la piel del adolescente y el pelaje del animal. Mirándolo desde atrás, descubrí de dónde venía el sombrío sueño mítico que me asaltaba cada noche: un centauro entraba en el agua y buscaba a su dios, un dios ancho y profundo como el río, un objetivo lejano y complicado que sólo la clarividencia de un efebo podía entrever. No lo pensé más: la petrificación, la latencia aminorada de la muerte, ya estaban en esa cabeza erguida, en la curva tensa de su espalda: Juan se encontraba más allá de los augurios, bañado por el agua espesa del otro país: el destino se había inclinado sobre él para elegirlo de entre todas las combinaciones del azar. Me desnudé en la orilla, saqué la montura de mi caballo blanco y seguí la huella sinuosa de Juan. Aproximarme a él era ya un origen de fuego, el aliento

vegetal se filtraba seguramente por sus dientes. Lo seguí guiado por su nuca lejana, viendo que no era diferente del animal: sus nalgas se acoplaban al lomo del caballo como dos órganos de un mismo sistema: la misma sangre recorría sus arterias; ambos, potro y adolescente, estaban provistos de un misterio común. Lo seguí hasta la otra orilla. El centauro ya corría por la vega lisa. Al galope, traté de alcanzarlo, rodeando macizos de arbustos, arañándome las piernas y el pecho, para, de pronto, verlo frente a mí: en tierra, de pie junto al caballo, sujetando flojamente las riendas. Sonreía pero no me miraba: sonreía a su dios. Ató las riendas en una rama cercana y montó tras de mí, pegado a mí, dispuesto a iniciarme en su presagio, unidos por muchas cosas, por la mezcla de sudor y agua del caballo y por nuestros sudores: mi espalda se ajustaba a su pecho, yo mismo entero, como una coraza. Tomó las riendas y fuimos bordeando el río a paso lento. Nos detuvimos bajo un sauce, me echó sobre el cuello del caballo y me tomó, ahora sin trabas; algo me sopló: la dichosa conjunción entre caballo y héroe. Clavado en mí, se quedó quieto, el caballo y él dentro de mí, el caballo, él y yo mezclados por la sangre y el valor del centauro. No despedido del cielo como ahora, no fuera, sobre el camino como ahora, sino en la cabeza común y recóndita del dios. La noche no tuvo alba para él, esa noche del baile de Isabelle Lauvergnat, a las cuatro, en la que el coche volcó y siguió su carrera frenética, aplastando todo lo que llevaba, dejándolo como un muñeco desarticulado en medio del camino. Ahora vuelve esa noche sin alba. Sus huellas llegan hasta el borde del camino donde lo veo morir como un artefacto cuyo mecanismo se ha alterado y echa la sangre fuera, borbotones de sangre, brotando por la nariz y por la boca, empapándole la pechera blanca; y la noche que no palidece e impide distinguir sangre y sombra, cuando llegamos allí, en un cortejo achispado aún por el banquete y el baile. Los sirvientes se movían con las lámparas, iban de un lado a otro, verdaderos corifeos de aquella increíble escena, haciendo el inventario de una tragedia que ocurre en muchos sitios, aquí, centrada en el cuerpo desbaratado y roto sobre el camino, muy alejado de donde se detuvo el armazón del coche. La tragedia tenía un único centro para mí, tan sagrado e intocable como un explosivo. De debajo del coche intentaban sacar los cuerpos de los

padres, vagamente recuerdo que los demás se concentraban fuera del camino, donde las ruedas del coche se alzaban como la mejor imagen del caos. De rodillas, inclinado sobre él como una llorona, no sabía si debía ir tan lejos como para manchar el frac que Jeanne me había regalado para la ocasión. Lo vi morir: se ahogaba en un río de sangre que le bajaba de la cabeza; la cabeza se había agrietado por dentro y le producía un desordenado estertor cada vez que lograba hacer pasar un hilo de aire hacia los pulmones. Lo vi morir, así, murió frente a mí, no de espaldas sino un poco inclinado hacia el lado izquierdo, con el corbatín abierto y ensangrentado que se adhería a la piel del cuello y del pecho como una mortaja. Y por un motivo que nunca comprenderé, pensé en su sexo, en la forma como su sexo se uniría a la muerte general. Lo imaginé ileso por el golpe, es decir, lo pensé inocente y, sin embargo, afectado por un proceso que lo arrastraba más allá de sí mismo, un proceso dirigido, como siempre, por la cabeza insuplantable.

Le he deslizado una moneda en los labios, entre los múltiples orificios por los que se cuela la muerte; le he colocado los ojos en las órbitas y estancado el flujo de sangre que, me digo, es cada vez más débil. Es más débil y creo que así corto la hemorragia cuando en realidad son los últimos fuegos de su vida los que detengo con el pañuelo. Me incorporo y siento el golpe de su fuerza, mis manos y mi cuerpo ocupados por la sangre y la semilla del dios. De esta manera me separo de él, como aquel día de verano en la vega del río él bajó del caballo. Igual como aquel día él desmontó del caballo, así, ahora, abolido por la majestad, ha descendido de este coche en marcha para incorporarse a su sitio invisible.

Me he quedado rezagado pensando en su muerte. La tropa avanza y se acomoda pero yo me quedo atrás, mirando esta ventana que da hacia el lugar de las lilas y, al mismo tiempo, refleja con su único cristal intacto a un muchacho mirando. Visión y reflejo, el ser que mira y es mirado sugieren el consuelo de la totalidad: es posible que la existencia de Juan sea un pretexto para hablar de mí mismo mediante el reflejo detenido en el vidrio pero que continúa, como mirada, hasta ese macizo de cenizas grises. Nada tiene sentido fuera del orden mental de la narración: ni Perier, ni aquella imprecisa salida en coche

al día siguiente de sentirme dios, ni Leon con todo su poder. La ceremonia se lleva a cabo aquí, no junto a aquel seto de crateus de frutos rojos ni bajo las desaparecidas ramas de las lilas. Aún más, Jeanne posando sobre una otomana, bajo el espejo esquinado que por un azar que incumbe únicamente al fotógrafo, refleja como un ojo de pez toda la extensión del salón —el único salón posible de Perier— es una situación quizá paralela de la realidad, pero nunca confundible con ella. Con esto quiero decir que nada de lo que aquí se insinúa puede dar origen a los frutos que esos mismos entes producen en la realidad. Veamos, por ejemplo: el suceso de Alexandre podría permanecer tal como se halla en este instante; si prosigo su curso no debe suponerse ni remotamente que ocurriera en la realidad, sino que ocurrirá más tarde, con arreglo a la lectura. Aclarado esto, es posible abordar la fase final de la intriga. Todo se hallaba perfectamente a punto para que el narrador engarzara las desordenadas variaciones del tema, para que surgieran los compases de la cadena, anteriores a la coda final cuando Leon introdujo un elemento confuso y, como de costumbre, extravagante. Decidió organizar un besamano en las Tullerías mediante una comitiva agrícola presidida por él e introducida por su cuñado Lauvergnat. Todo se debía, en el fondo, a su empecinada aspiración a una baronía francesa, aspiración que duraría hasta su muerte, quince años más tarde. Durante la enfermedad de Leon, M. Albert había continuado su correspondencia latina con M. Migne, enviándole todas las semanas las variantes, citas y anotaciones redactadas con su caligrafía de pulga. Entretanto proseguía su tarea de clarificar los linajes de Leon, inclusive ahora, mientras éste agoniza corno un hombre rico al que ya le tenía sin cuidado el hecho de saber quién era. Con el paisanaje reunido en silencio bajo las ventanas, Leon moría sin ser barón, y no por falta de méritos, sino porque quizás un secretario, perteneciente a esa burocracia que Napoleon confundió definitivamente con el poder, al recoger los documentos de la bandeja habitual para la firma del ministro, olvidó el acta de oposición nobiliaria correspondiente a *Sieur le Chevalier* Leon de Warni de Terleau, *marchand de vins á Bergerac, fournisseur du roi... ¿Du roi*?, se sobresaltó M. Albert, ¿cuál rey?; estamos en 1862 y al emperador debe olerle mal este tufo orleans. Se incorporó preocupado del sillón de la

biblioteca y miró la letárgica noche en el patio apenas iluminado por los candiles de aceite. Fue a un archivo y se puso a revisar las actas presentadas al procurador ochenta años antes por el padre de Leon, los legajos de correspondencia revolucionaria entre el ministerio de Fouché y el comisario de Bergerac —sustraída por M. Albert de los archivos oficiales durante los desórdenes de 1814—, sobre el comportamiento de esos señorones que se arrogaban el derecho de la justicia y conspiraban contra el pueblo (sic). «Carne de guillotina» los llamaban. Las listas policiales estaban adheridas a las cartas; también había una que otra sentencia sumaria cuya ejecución, es evidente, se había visto suspendida por el oportuno viaje de la familia a Inglaterra. En el mismo archivo constataban copias de las nuevas solicitudes, al Emperador, al rey restaurado y a su sucesor, al Orleans y también, también vio M. Albert con alivio, a Luis Napoleón, todas abundando en argumentos con impuestos especiales y voluntarios «destinados a la guerra», «a la casa de S.M.», etc. Los recibos, firmados por funcionarios de rúbricas indescifrables, preservaban el decoro de las operaciones y el anonimato del Estado. Por eso, M. Albert volvería a recordar aquella audiencia —perturbadora tanto de los planes de Juan respecto de Alexandre cuanto de los de aquél en tanto narrador— que el rey constitucional acordó a Leon poco antes de su caída. El grupo de caballeros rurales presidido por Warni dormitó quince días en las antesalas de las Tullerías antes de ser recibido. Cuando llegó el momento, Leon observó que el tricornio real reposaba sobre un taburete próximo, mientras el viejo e irascible rey escuchaba la perorata con los ojos semicerrados, diciéndose acaso que los propósitos francamente liberales del discurso se debían más a la fraseología de la época o a un malentendido que les hacía suponer a esos caballeros que el hecho de haber adoptado la bandera tricolor lo convertía a él en insurgente, que a un agravio de lesa majestad. Cuando Leon se acercó para entregarle la medalla conmemorativa, se dirigió al rey en voz baja recordándole su instancia a la baronía. El torpor real se interrumpió apenas un momento cuando advirtió que alguien se acercaba inclinándose muy cerca de su oreja, confundiendo tal vez un rito cortesano con un atentado. Leon advirtió que el rey no lo escuchaba, seguramente porque se sentía exonerado de la astucia con

esos hidalgos que no tenían más alternativa que la incondicionalidad. Hubo un momento —grabado a fuego en la memoria de Leon— mientras él se hallaba inclinado en la oreja real, en que la boca de S.M. refunfuñó algo por lo bajo. Intentar discernir cuál había sido la frase soberana fue labor de una breve conversación criptográfica con M. Albert. Había la palabra *nom*, estoy seguro, dijo León. ¿*Nom*?, se extrañó M. Albert, preguntaría por tu nombre. No, no, contestó el Chevalier, Lauvergnat se lo había dicho al presentarme. Entonces... inició M. Albert resbalando de su silla y jurando ¡*nom de Dieu*! al querer sujetarse y no caer del todo. ¡Hombre, Albert!, dijo Leon, ¡eso! ¿Qué?, preguntó el sabio desde el suelo. Eso fue lo que dijo el rey.

Muchos años más tarde, en la postrimería del último imperio y antes de salir en misión para Suez, Juan recibió, a través de sus agentes en París, un oficio lleno de firmas y de secretarías, cuyo contenido era ya bastante ilegible. Sin embargo, no es difícil adivinar que se trataba del acta nobiliaria por la que los antiguos comerciantes en vinos se transformaban en barones. De esta manera se probaba que los avatares históricos nada pueden contra la fuerza, el método y la obstinación de la burocracia. Pero Juan decidió que el nuevo título confundía aún más su precaria identidad. Mientras Leon vivió ese honor había poblado de imágenes fugaces su conciencia y su ansia. Ahora muerto, no era equivocado suponer que todo para él, incluso una dignidad añadida, se hubiera convertido en una delgada mixtura en la que apenas convivían ciertos rostros, algunos carruajes o jardines, nunca vistos, sólo deseados.

En fin, la vuelta de Juan a Perier es un absurdo que sucede junto a la labor de los soldados posesionándose de ese lugar incendiado, colocando las tiendas de campaña en las dependencias que respetó el fuego pero presentan boquetes de obús por todas partes; un Perier oscuro, silencioso, horrendo. Mientras recorre las habitaciones, patea inadvertidamente algunos objetos cruzados en su camino. Se ha metido ambas manos en los bolsillos traseros del blue-jeans y compara el vertiginoso anhelo que le produce el recuerdo y el estado calamitoso de lo que encuentra a su paso. Por ejemplo, la glorieta de Jeanne estaba colocada en el lado opuesto del patio de adoquines, en medio del césped y a orillas de la laguna, y no como se encuentra ahora —

ennegrecida, claro está— en el extremo del sendero de fresnos. El Pabellón del Obispo, llamado así porque en él se alojaba el obispo de Narbonne cuando venía al castillo a aprovisionar sus bodegas y de paso a saludar a su amigo Warni, ha desaparecido, por lo que no es estúpido pensar que —debido a la neblina y el humo que lo cubre todo — no se trate del mismo sitio. Por los resquicios que dejaban los cortinajes, Juan y sus primos se dedicaban a averiguar, en el momento en que el obispo se acostaba, si éste poseía los atributos que sus faldas permitían suponer o, por el contrario, la tulula también adornaba, como la cruz de pastor, el frontis de su dignidad. Entre tanta prenda y encaje, nunca pudieron desentrañar el enigma. Ahora que ha vuelto al vestíbulo ovalado, atravesando todo el salón, ha iniciado una lenta ascensión de las escalinatas. Esos cuartos, vistos ya por entre las vigas al aire, podrían corresponder con aquellos que alojaban sus sobresaltos nocturnos, sus ansias de muerte. El dormitorio debía estar, en todo caso, a la derecha, allí donde un par de soldados organizan su vida común. Esto, a decir verdad, ya no le interesa, aunque sí se siente conmovido por el sonrojo culpable que los asalta. La cama, a medias desplomada bajo el dosel, se halla inutilizada por la humedad, aun cuando, mirándola más de cerca, no se trate más que de un montón de cenizas. Juan no se detiene en ese cuarto que permitió su encierro y que aún resuma su desdicha. Quiere ir al encuentro de la estancia de Leon. Multitud de soldados se afanan entrando y saliendo con objetos de adorno, entre los que reconoce algunos que llenaban el cuarto de su padre. Les mira el distintivo en la manga y repara que se trata de la guardia personal del Príncipe. En el interior, de espaldas al gran *bow-window* intacto, éste dirige la colocación de cada mueble; con gestos simples y pocas palabras va reconstruyendo el antiguo orden, el universo autónomo, con energía propia, que albergaba la intimidad del Chevalier de Warni. Juan atisba desde la puerta y cuando los jóvenes concluyen de colgar las cortinas y de situar el último jarrón, se encuentra solo, mirando la imponente figura de espaldas, solitaria y senecta, aunque llena de una majestad recobrada, inimaginable en los días anteriores a Lolo le Fou. El Príncipe se torna y lo mira afablemente. Leon, piensa Juan, Leon rescatando el sitio que nunca debió abandonar; se ha desplazado hasta aquí, perviviendo en los

espejos que nos rechazan. Por eso, porque prefiere que lo respeten a que lo amen. Ni una palabra debe escindir a ambos poderes. El Príncipe vuelca un piso para hacer salir a Juan del sortilegio. El cubo de champagne reposa a su lado. Lentamente sirve dos copas e invita a Juan a entrar. Cuando lo hace, coge la copa y se apresta a brindar por el éxito de una campaña que los ha unido con lazos más fuertes que los de la sangre. En ese momento Juan observa la pechera húmeda del frac y levanta los ojos para encontrar los mansos ojos de su padre. Entonces sorbe la copa con deleite porque las dudas acerca de su vuelta se hallan definitivamente despejadas.

5

Dejaré a Juan y Leon disfrutando de este encuentro asombroso para anotar la última escena del héroe antes de abandonar la casa paterna. Es cierto que Juan había jugado *ad nauseam* con los sentimientos de Alexandre como para dilatar por más tiempo un encuentro definitivo. Decidió que éste debía celebrarse en la casa y no a la intemperie como lo había sugerido tantas veces su sirviente. Aprovechó uno de los días en que la familia visitaba el *manoir* de los Lauvergnat y todos tomaban, entre gasas, sombreros y quitasoles, los *breaks* de yeguas trotonas que esperaban en el patio. Esta vez, Juan adujo obligaciones en la biblioteca y esperó en la puerta murmurando ¡adiós!, ¡adiós!, que los coches emprendieran la marcha por los senderos del parque llevando a esa comitiva de muertos, Leon, Jeanne, M. Albert y alguna señorita de compañía. Él permaneció interdicto, apoyado en el vano de la puerta, observando, como a través de un cristal esmerilado, la fina polvareda que levantaban las ruedas. Por primera vez, pensó, la realidad se está acercando a su culminación, y sintió el vértigo en el hueco del estómago, algo que se parecía a la distorsión con que las ondas de calor nimbaban los objetos. Se pasó la manga de la camisa por los ojos para enjugarse las gotas de sudor. Nadaba en un líquido de luz solar y bórax. Cuando calculó que los coches habían salido de la propiedad, se volvió hacia la penumbra fresca de la casa. Allí esperó la llegada de su amante. Lo vio penetrar en el patio desde el ala norte del edificio, rodeando el banco de madera en el que se había sentado la noche de la provocación. Lo vio espiar los lugares y tomar una actitud más resuelta al comprobar que todo se ajustaba a lo previsto. No sabía que Juan se deleitaba mirándolo, luego de haber decidido que esa situación era fácilmente abordable si la tomaba con la irreflexión necesaria. Conmovido por el desamparo del muchacho enfrentado a la mole de la casa, pensó que podía muy bien derrochar un poco de su

altivez en salir a su encuentro, invitarlo a entrar, cerrar las puertas tras ellos y permanecer de pie en el vestíbulo, frente a un pedestal oscuro sobre el que reposaba una inquietante urna negra (Loewe & Stern, Leipzig, 1763), feliz analogía de un catafalco, que Juan, cuando niño, tomaba como el cubículo del diablo pero que en realidad contenía un inmenso rodillo de acero cribado de púas y destinado a reproducir un minueto de Johann Caspar Ferdinand Fischer. Se la mostró, observando los ojos enormemente separados de Alexandre, los arcos cilares que el asombro tensaba; le observó también los dientes reventándole en los labios húmedos y blandos. La hizo funcionar con el único fin de que todas esas maravillas —entre las que se contaba el delicado dibujo del parquet, hecho de diferentes clases de maderas que formaban rosetones simétricos, los espectrales retratos, las panoplias, los tapices— aumentaran su propia seducción. Le mostró la biblioteca y los archivos medievales de M. Albert (muerto tal vez en aquel momento pero habitando todavía el recinto), regocijándose en descifrar el código de abreviaturas de un manuscrito del siglo XII: *velin, inscrip. post. Plusieures mains, 151 feuillets, titre et initiales rouges, Marmoutier, cote 120. Incip*., le dijo, quiere decir *Incipit*, ¿no es cierto? y *Tract.*, *Tractatus*, es evidente, desdeñando las explicaciones más prolijas por saberlas inútiles. Esa pedante erudición, en realidad, junto con las molduras y artesonados de la biblioteca, eran, repito, una parte mórbida de la estrategia con la que Juan pretendía atrapar a su presa y también contrarrestar lo que a sus ojos pasaban por ser sus sensibles carencias. Alexandre llevaba desabotonada la camisa y dejaba ver la piel tensa y oscura del pecho; a veces, uno de los lados se abría excesivamente, mostrando un pezón duro y pequeño, pináculo de un músculo perfecto cuyos bordes remedaban las alas abiertas de un pájaro en vuelo. Los fláccidos pantalones campesinos delataban, también esta vez, las ingenuas y felices estratagemas con las que contaba lograr, sin apellidos ni esplendores, sus sólidos propósitos: sugerían materias blandas, librando a la imaginación los fantasmas de la piel oculta y ajena que, como bien se sabe, es dulce y misteriosa, y, por ser ajena, se llena de intolerables expectativas. Mientras recorrían los pasillos y habitaciones, Juan explicaba que este sillón perteneció a mi abuelo y lo trajo de Flandes; estas armas fueron un botín cobrado a

los targui, una noche en que se pusieron pesados, pese a que nuestras intenciones eran pacíficas y los hubiéramos invitado a compartir nuestro puerco y nuestra *eau de vie* —error fundamental *j'en conviens*— pero que no justificaba ni su agresividad ni menos, como te dije, su pesadez. Nuestras intenciones eran pacíficas, pretendían a lo más recrear un ambiente de *plateau*, un jardín de edén, en el que todos habíamos tomado recientemente una ducha y nos aprestábamos a comer —antes del puerco en su salsa de queso— ingentes cantidades de caviar, de hígado trufado y endibias que los *boys* de la cocina sacaban con sus manos morenas y encallecidas de unos tambores estancos. En ese momento recibimos, en plena cara, el aletazo de un viento que estremeció nuestra tienda, dejando entrar una lluvia de arena y albornoces: los targui habían llegado. Los tratamos como a intrusos, suplicándoles mientras disparábamos que la próxima vez tuvieran menos confianza en sus armas blancas. Y he aquí el botín, dijo Juan mostrándole a su amigo un puñal labrado en plata y recamado de turquesas. Alexandre había escuchado ensimismado el espantoso relato y es posible que haya sentido temblar su corazón, pues por un momento retrocedió hacia la parte más penumbrosa de la habitación. Él conocía bien a los árabes de la casa con los que no tenía relación alguna. Pero lo inquietaban lo suficiente como para ignorar que los métodos usados por los europeos para dominarlos distaban mucho de ser blandos en su ferocidad. Quien pudiera tener un punto de vista general para desnudar esas almas, sabría que el relato de Juan pretendía sondear una determinada región de su adversario y averiguar si la muerte imaginada para sí tendría las expectativas deseadas.

Para la tarde en que la casa de Perier y Juan acogieron a Alexandre, ha sido preciso alejar, además de la familia, a todo tipo de sirvientes. Las antiguas nodrizas habían muerto y el personal de patio y de cocina gozaba de un permiso expresamente concedido por Leon. En cuanto a los *valets* y *femmes de chambres*, dormían una cómplice siesta en sus lejanas dependencias. Es, para decirlo claramente, una situación conjetural, casi forjada por los febriles anhelos de un adolescente, en la que todos los obstáculos desaparecen y el juego de la vehemencia y la irreflexión puede ocupar toda la anchura de su inexcusable

necesidad. Allí, en el rellano en desnivel que presidía los ventanales, por los cuales podían entreverse las palmeras, los oscuros castaños y algunos lejanos acacios y sicomoros, Alexandre se dejó caer en una otomana y se desperezó, estirando los brazos y las piernas, fenómeno que le ciñó el pantalón y le permitió a Juan contemplar el saco del sexo prolongándose por una de las perneras. A esta situación siguió un relajamiento de la tensión muscular y una actitud abandonada sobre la otomana en la que el rostro de Alexandre quedó oculto por uno de sus hombros. Con el encubrimiento del rostro de Alexandre por uno de los hombros, Juan pudo contemplarlo sin ambages, en silencio —pues de pronto los relatos de las hazañas desaparecieron de su mente— y asistir casi sin aliento, de pie aún y a pocos metros de su amigo, al pausado abultamiento de la pernera, aumento debido a algo ajeno a la predisposición, que transformó la pierna misma en una parodia abominable de la escultura, un exceso cuya justificación tal vez estaría en el infierno pero que no se compadecía con los poderes terrenales al uso. Esto lo pensó la víctima de aquel ritual: el objeto, clava, macana, porra bulbosa, ensanchaba las medidas normales de la pierna, alcanzaba la parte inferior de la diáfisis femoral y se erigía a los ojos de Juan en la más temible arma conocida. Y eso que aún poseía la consistencia blanda y fatigada de la indecisión. Juan lo contempló sin chistar dividido por impulsos opuestos, porque bien sabía que el frágil objeto del deseo comienza a desaparecer en el momento en que se lo toca y que, antes bien, debía limitarse a vivir ese momento de exaltación que era, por encima de todo, el único tiempo de la dicha. También lo contempló en aquel lugar, contrastado por la luz que calcinaba el exterior y la suave penumbra del salón. El encuentro de ambas, de la sombra y de la luz, modelaba la carne de Alexandre, lo rescataba de una tiniebla caótica y absurda, depositándolo como un milagro en medio de la otomana. Se maravilló, Juan se maravilló, porque como sucede a menudo con ciertos portentos naturales, Alexandre poseía una mezcla de inocencia —en sus ojos, en su juventud desaprensiva, en su bondad morosa y obsecuente— y de abismo —la colosal deformidad por causa de la cual más de un dios fue arrojado del paraíso—. En verdad, la oposición, conjugada en una misma carne, de lo ingenuo y lo execrable, llenó de imágenes a Juan,

imágenes que necesariamente deben contar con la connivencia del lector, con esas noches que seguramente tuvo, mientras se esforzaba por dirigir su fantasía solitaria hacia objetivos cuya desmesura —grandes carnes en marcha, cavernas de mucosidad rosada y trémula, choque sideral de cuerpos enormes— era la única garantía de una satisfacción medianamente resuelta.

Cuando Juan se aproximó a la otomana donde reposaba Alexandre, éste realizó un movimiento de acomodo como para facilitar, sin abrir los ojos, el acceso a la portañuela, cuyo cierre se había deslizado a la mitad y dejaba ver el borde superior y tenso del slip. Juan se inclinó sobre él y su cara llegó tan cerca de su objetivo que pudo olfatearlo —olor de especias, de orina y humo— antes de arrebatarle uno de los zapatos y correr hacia las puertas de salida. En el pasillo hizo sonar el gong destinado a anunciar desde siempre la hora de las comidas; hizo sonar el gong y corrió por el pasillo en sombra hasta llegar al rellano de la escalera; allí se ocultó en un recodo de la pared y sintió latir su corazón, golpetear contra el empanelado de madera como una doble, triple, infinita caja de resonancia. Inmóvil, escuchó venir a Alexandre, a medias ciego por el contraste luminoso de cuando abrió los ojos frente al ventanal y pasó a las tinieblas del pasillo. Cojeaba, avanzando a tientas, musitando ¡Jeannot! ¡Jeannot! ¿dónde estás?, sin alzar la voz, apenas profiriendo un murmullo, un delicioso siseo que los artesonados amortiguaban hasta convertirlo en un susurro cercano y acariciante. Cuando pasó frente a él, Juan contuvo la respiración, pero su halo, un vislumbre de presencia, lo delató. Alexandre se detuvo entonces, esbozó una sonrisa y antes de que Juan se sintiera abrazado, percibió la prominencia fundiéndose entre sus piernas, colgando laxa a través del pantalón. Dámelo, le dijo mordisqueándole el lóbulo de la oreja, dame el zapato, repitió, acariciándole la espalda con ambas manos y bajando hasta las nalgas, palpándoselas, apretándoselas, deslizando luego los dedos delicadamente por la línea central de la costura posterior del pantalón. Al mismo tiempo intentaba abrirse el marrueco y extraerse el miembro de entre los pliegues de la pernera y el slip; como no lo lograra, se abrió el broche del cinturón, y con un gesto iracundo hizo bajar el pantalón y el slip hasta la mitad de los muslos. Juan ya no sintió el abultamiento entre las piernas sino en el

vientre, percutiéndole el vientre, el borde de las costillas, con ese movimiento de empuje que lo crucificaba contra el empanelado, movimiento que ahora se enriquecía con un olor enfurecido y sofocante: el humillo, los efluvios de recientes satisfacciones, a cuyo solo pensamiento Juan sintió la dentellada de los celos, los enloquecedores celos y el deseo de matar, de aplastar y negar. Felizmente no pudo pensar mucho. Alexandre le oprimió los hombros con las manos, empujándolo hacia abajo, al encuentro de la fuente, que él lamió, que él intentó acoger con la boca pero no pudo. Vamos, vamos a tu cuarto, gimió Alexandre, vamos a tu cuarto, volvió a decir mientras lo levantaba y se pegaba a él. Las compuertas, pensó Juan, se han desplomado las compuertas, ¿qué puedo ofrecerle? ¿qué cosa, de entre todos los símbolos y emblemas que poseo y que no quiero, puedo ofrecerle en compensación de este milagro? Y apartando a Alexandre, corrió de nuevo al salón, tomó el puñal recamado de turquesas y se lo llevó, lo puso en sus manos; un enojoso sentimiento de ridículo le indicó que la mejor forma de dárselo era simplemente dejarlo en sus manos. ¿Es para mí?, preguntó Alexandre. Él indicó con un gesto que sí, que era suyo, y se dejó abrazar, se dejó llevar escaleras arriba. Alexandre lo arrojó sobre la cama de dosel. No, dijo, por favor, espera, no, todavía no. Como no quisiera que la urgencia malograra los pasos de su iniciación, se incorporó y corrió al cuarto de su madre. Frente a la *coiffeuse* se desvistió y se miró, desnudo, de frente en el espejo, su sexo, de considerables proporciones que hubiera querido abolir, su rostro lívido. Se sentó en la silla turca y comenzó ceremoniosamente: el maquillaje lo esparció en una suave capa por todo el rostro: fue apenas una exaltación de la piel para que los ojos adquirieran profundidad y los labios prominencia. No recurrió a lo grotesco, pues ésta debía ser una máscara real, el último recurso de la verdad. Luego se tocó, se acarició todo el cuerpo lampiño y pensó que lejos de lograr con él el fin deseado, iba a colocarse por definición como un adversario, como alguien que no mostraría el camino fácil sino espinoso, erizado desde la partida por la presencia de su propio sexo. Debido a que su sexo intervendría adversamente entre él y su proyecto, recurrió a una prenda elástica utilizada por los deportistas, un slip que ciñe la parte delantera y deja al descubierto las nalgas,

circundadas por dos imperceptibles tirantes. Se lubricó debidamente y tras masajear el umbral del anillo, intentó vencer su resistencia con la punta del dedo para de esta forma remedar la holgura femenina y acordar sus atributos con el trazado general de la máscara. Completó el ritual poniéndose una túnica blanca de su madre. Y así volvió a su cuarto, cerró las persianas para sumirse en la penumbra y percibió el aire caliente del verano colándose por las rendijas. Alexandre dormía desnudo, tendido boca abajo en la cama. Sobre el velador, vigilaba el puñal de turquesas. Todo estaba inmóvil: la cabeza del muchacho, el arco de la espalda, las nalgas empinadas. Juan se tendió a su lado y en seguida sintió la tenaza de un brazo rodeándole el pecho. Hueles bien, lo oyó decir, con los ojos cerrados y tratando de hundir la cara en el hueco del hombro de Juan. Poco después se incorporó y se colocó de rodillas a su lado, sonriendo mientras se miraba el sexo. De ahí pasó a situarse entre sus piernas; le subió la túnica y se echó sobre él. Al comienzo, las proporciones naturales de Alexandre facilitaron el contacto: percutió suavemente, resbalando en una humedad deliciosa que de inmediato incendió la imaginación de Juan: por un instante creyó en las peligrosas dichas del sexo. Abrió las piernas, arqueó la pelvis. Sabía que el dolor debía llegar, pero esta certeza fue barrida por el temblor y el espasmo. Todo era fácil. Por el momento. Sí, sabía, sabía. Cuando el extremo lograra orientarse, él saltaría de dolor y lo aborrecería; en realidad necesitaba aborrecerlo hasta que el odio lo ahogara. Así podría pasar a otra condición, fuera de él. Pero el manejo de Alexandre fue tan delicado en esta primera fase de búsqueda y sentido que no pasó de ser una bella y desazonante caricia. Así, cuando embistió, fue demasiado tarde para Juan. No supo cómo se lo hincó una flecha en el vientre, aguda, silbante y enfurecida. Fue muy tarde cuando dio el grito y se sintió amarrado por los brazos de fuego, imposibilitado de zafarse, cautivo de esos dos brazos de fuego, con el estilete rompiéndole la carne, inmovilizados ambos en esta primera etapa de la unión, enlazados ya pero inmóviles, Alexandre inmóvil, tratando únicamente de no abandonar la plaza ocupada. Y Juan habiendo dejado de pensar, es decir, de desear, de planear, de conjurar a las fuerzas del mal. Sólo odiaba, reducido a la condición de carne sufriente, al intolerable vasallaje del dolor. Todo desapareció, la

amabilidad de las imágenes, el atractivo del tormento. Sujeto e inmovilizado, se dio cuenta de la trampa y percibió la inminencia de la verdadera muerte. No de la muerte supuesta y disimulada, no de la muerte en el placer, sino el daño irreparable, contrario a la presunción y a la máscara. Así, finalmente, conoció el rostro del poder total. Aullaba, ya que era su única salida: lo único que le quedaba era el aullido, más un estertor que un aullido, una opinión confusa y sin palabras, de bestia sometida, de auténtica víctima. No, no era la Musaraña ni la parodia que imita al otro para ser el otro. Era él, simplemente, él, Juan de Warni, identificado, limitado y restringido al recinto escueto del dolor. Ya el mundo no podía contar con su colaboración para diseñar amables dualidades porque él era el centro y la periferia al mismo tiempo; ya no se hallaba frente a Alexandre como compensación de un juego en el que cada uno debía sacar un beneficio, escasamente podía reconocerse como un ser sojuzgado por otro. De manera que Juan tuvo la certeza de que en adelante no podría secundar la acción de Alexandre sino que esta debía llevarse a cabo en contra suya al diseñar el esquema de una pura, de una no fingida, sujeción. La mejor prueba de esto era que se encontraba impotente entre los brazos de fuego de su amante y que el hecho de aullar despertó en éste una furia que seguramente ninguno de los dos previó. Clavado al cuerpo de Juan, rotos los sellos y con el arma en la herida, Alexandre comenzó a ejercer una sostenida presión sobre el cuerpo rendido, para que su naturaleza —de cuyo poder no era consciente— penetrara devastadoramente. Antes había colocado las piernas de Juan sobre sus propios hombros, cercándolo completamente con los brazos e inmovilizándolo con sus manos de fuego. De esta forma, no sólo era fácil el empuje: también su simple peso contribuía a que la consumación fuera inevitable. Pero Juan se desmayó, dejó de debatirse, se transformó en un muñeco dislocado que recibía pasivamente la agresión, sin que el que lo agredía lo advirtiera, concentrado como estaba en su labor y a punto del devaneo final, auxiliado, eso sí, por la sangre tibia y escurridiza, y frenético por consumar lo que ninguna capacidad podría alcanzar. No obstante, la sumisión de Juan, y el hecho de haber logrado en parte su objetivo, llevó a Alexandre a iniciar una furiosa agitación, por la que se retiraba

casi del todo y volvía a sumergirse hasta colmar nuevamente a su víctima. Y cada vez encontraba una resistencia menor, secundado por la crema y la sangre, y Alexandre sentía más acelerado el ritmo del corazón en su cabeza, más próximo el placer que comenzaba a paralizarlo. Ya no percibía los obstáculos como tampoco percibió que Juan había vuelto en sí y miraba entre los velos de la seminconsciencia hacia el velador. Alexandre sintió, por encima de cualquier clamor, el calambre del vientre y de las piernas, y la inundación que se desbordó salpicándolo todo, uniéndose a la sangre; asimismo sintió las violentas convulsiones que le hicieron apretar los párpados, con el fin, se hubiera dicho, de contemplar maravillado el prodigio que trastornaba todo su cuerpo. Por esto no reparó en el comienzo de la tragedia, en la mano de su víctima intentando alcanzar el puñal. La enorme tensión final le obnubiló el mundo; con las últimas sacudidas, Alexandre se desplomó sobre Juan y permaneció ahí, ahíto y frágil, sin percibir otra cosa que una inmensa tristeza invadiéndolo. Para entonces, Juan ya se había amparado del puñal y pareció que otra mano, no la suya, golpeaba una sola vez y hacía desaparecer la hoja limpiamente en el flanco de su enemigo.

II

Hasta aquí llega el relato que conoce Juan, es decir, el último episodio sobre el que no hay dudas ni son posibles las interpretaciones. En adelante, en cambio, las cosas no serán tan felices. Dependerán de la ecuanimidad, mala fe o connivencia del narrador. El que lee esto habrá advertido ya que no hay ficción inocente y que entre el borboteo verbal de Juan de Warni asoma a veces una cabeza odiosa: no le extrañe que sea la mía y que las peores opiniones corran por mi cuenta; el único descargo que puedo hacer en mi favor es que, inclusive para mí, es indiscernible la responsabilidad que atañe a uno y a otro; por una parte, mi investigación de la narración del Chevalier, y por otra, las averiguaciones someras que llevé a cabo en el lugar de los hechos, me dan una ventaja apreciable sobre las hipótesis, antojadizas o no, del lector. Como siempre, soy la conciencia omnisciente de su curiosidad, y para bien o para mal, tendrá que contar conmigo. Aunque a estas alturas es dable esperar que el lector y el héroe sean uno solo, que juntos hayan mordido los mismos anzuelos. Las claves para no morderlos, para no tropezar como Juan de Warni, para desatar los nudos, están ahí, pueden leerse fácilmente: nada debe impedirle al lector avisado que desarticule las minucias que sostienen la intriga. Desafortunadamente, estoy seguro de que si esto ocurre, lo primero que hará el lector —y con razón— es tirar el libro por la borda. Razón por la que deseo que tenga el candor suficiente como para no elaborar una teoría tan fingidamente verdadera que lo desanime a seguir leyendo. Digo que la solución está en el relato mismo de Warni. Pero aun así, son posibles, a partir de él, varias posturas coherentes de las que sólo una, la mía, es verdadera. Todo nigromante juega con la apariencia y mientras el as salga de la manga no hay necesidad de mostrar la manga misma. Concedo, claro está, que a partir de la equitativa proporción en que está repartido el buen sentido, haya una hipótesis tan buena como la mía, o mejor que la mía, aun corriendo el riesgo de que sea la opuesta. Los motivos que tuvo el Chevalier de Warni para ocultarse detrás de tanta irrealidad no

son, por una vez, cuestiones del siglo en que le tocó nacer. Él, como el lector, como yo, podemos reconocernos en el sabor atroz de los días humanos. Todo lo cual no niega sus aseveraciones. Por él sabemos que después del incidente de Alexandre, su vida cambió de tal manera que debió abandonar Perier y comenzar una vida errática, tachonada tanto de anécdotas como de silencios. Una vida acorde, claro está, con su clase, pero ya desarraigada de la fuente misma que lo nutría: el poder sobre la tierra. Juan de Warni se basó entonces en los privilegios nominales de ese poder para lograr sobrevivir. Estuvo primero en París, participando en vagas actividades en las que lo que menos contaba era su identidad. Sin duda, su problema de ser alguien o el temor de no ser un hombre fuerte hundían sus raíces en el episodio de Alexandre. Por eso fue mercenario, se puso de antemano a cubierto de cualquier revés, desarrollando una teoría dialéctica de la fuerza, opuesta con mucho a la fuerza misma, y terminó dominando la realidad y el tiempo. Esto podría ser creíble, al menos en esa medida en que toda fábula lo es. Pero los vacíos de su memoria —que de haber sido colmados supondrían un memorial infinito—, las enormes lagunas y la incongruencia espacial de lo que relata, unido a un caos de objetos digno de una quincallería fantástica, hacen sospechar que no sólo se deben a una ocurrencia literaria del narrador, en este caso, el mismo Warni, sino a un estado fenomenal de demencia. Confieso que hay razones para dudar de la razón del Chevalier, sobre todo a causa de sus desbarajustes sexuales, tan obsesionantes que lindan con el fastidio. Pero yo, apasionado, conquistado, perplejo ante la vida de mi héroe, he llegado a comprenderlo y a obtener la clave de la ligera y asfixiante irrealidad que puebla su relato. No sin antes haberme perdido por rutas o trampas que él mismo, sin querer, limitándose a vivir, me puso. Por ejemplo, la figura del Príncipe, no del abuelo Lauvergnat, sino del jefe, es una pura entelequia que explica notoriamente los anhelos de mando que enloquecían a Juan de Warni. A medida que decrece su posibilidad de cambiar la realidad y cae en la celada que terminará con su destino, más apremiante es su necesidad de edificar con los pocos materiales que le quedan a mano una figura de héroe. Dos ejemplos: en los acontecimientos de febrero del 48 se convierte en cabecilla de una revuelta popular; luego, cuando el

Príncipe lo convence de que sea su piloto privado, es él el que le sopla la fórmula mágica, pasando a ser el consiliario sobre el cual se asienta el solio del poder. Esto es demasiado. Aun cuando insisto en que el movimiento inconexo de los lugares y la poca consistencia de los personajes tal como me fueron dictados, pueden pasar como licencias estilísticas, imputables tanto al Chevalier cuanto al antojo o torpeza del narrador. Pero no hay justificación atendible para ciertas locuciones que emborronan el idioma, como no sea que creamos realmente en la trashumancia de Warni, lastrada con todos los vicios de la barbarie. Tampoco se entienden algunas alegorías que a punto están de la parábola y parecen recursos circunstanciales u oportunistas. Y aún hay más: al comienzo de la narración se nombra un personaje, Eugenio, que no aparece nunca más. ¿Es posible que el Chevalier estuviera tan embriagado con las palabras como para confundir a Juan —del que ya hablaremos— con Eugenio, sólo porque el nombre de éste le sugería la imagen «sonidos griegos» y Juan, el nombre Juan, con su raíz hebrea, hacía la imagen imposible? Por lo menos me quedará la duda acerca de este personaje que acaso por la sofocación final y la urgencia de contarlo todo fue condenado al silencio. Ahora, respecto a esa quincallería fantástica de la que hablaba antes, existen a lo largo de lo contado innumerables ejemplos aberrantes: Juan habla de autopistas en tiempos de la postguerra europea; sin pudor inaugura los cierre-*eclairs* en las braguetas de 1848, en circunstancias de que sólo en 1893, Judson solicitó la primera patente para desarrollar el artilugio; o el slip masculino cuya tímida introducción data de los años cuarenta, pero de este siglo. Tantas razones que desfiguran la verosimilitud y podrían mitigar el valor de un texto insólito, amenazando con malograrlo. En cuanto al tema central y a la trama, se ve que para el personaje el poder depende de las iniciativas individuales: en esto Juan de Warni se erige en representante modélico del romanticismo, es más, en alguien que nunca salió del siglo XIX. El caso es que esto debió hacerme sospechar mucho antes el verdadero sentido de su relato. No, no creo que el fenómeno cronológico, con sus saltos a lo largo de un siglo, tenga más importancia que la propia de la literatura. Cuando se cuenta algo, casi todo está permitido, salvo, claro está, el aburrimiento. Imputación que

aparentemente no podemos hacerle a Juan de Warni, inficionado de la única literatura divertida que se ha escrito en los últimos siglos. El folletín revienta las costuras del texto. Y le otorga una excusa a la infamia del narrador: los sueños de Jeanne, la desolante relación de ésta con M. Albert, la figura del viejo Lauvergnat, etc. El único atrevimiento libresco es la correspondencia de M. Albert con Migne. Pero puede pasar por un comprensible homenaje a un oscuro genio de biblioteca que ocupó un lugar secreto en el corazón de Juan. Ya sabemos que los jóvenes del siglo XIX debían latinizar el mundo para ocultarlo: la patrología, el latín y el griego constituían la corteza de un universo regido por las fluctuaciones de la Bolsa. Cuando la personalidad de Juan se hizo excéntrica, es decir, cuando rompió los moldes que lo habrían hecho conducirse meritoriamente en la agricultura o en la banca, recordó las diluidas reuniones en la biblioteca de M. Albert y sintió la añoranza real de recuperar las polvorientas declinaciones y la ociosidad profunda que le sugería el mundo antiguo. En cuanto a Leon, la figura más atractiva del relato, por todo lo que tiene de arquetipo de su clase, es sin duda alguna la única persona que Juan amó y envidió. Esto de la envidia se explica, puesto que Leon manejaba la realidad, introduciendo en ella los cambios propios del poderoso, con una soltura que para Juan era inimaginable. Debido a ello, Juan le proyecta a su padre sus propias dudas de identidad, por ejemplo, a través del inocente juego de la Musaraña. Es improbable que Leon de Warni haya dudado alguna vez de quién era. Si hubiera sido así, el mundo actual se encontraría mucho más próximo de la barbarie, aunque tal vez mejor dispuesto para la felicidad. Lo que cuenta en Leon es su extravagante capacidad para apabullar a todo el que tiene a su lado, para llorar, arrepentirse y engañar, todas las cualidades que pueden encontrarse con más fortuna en las páginas de M. Balzac, su coterráneo.

El Chevalier de Warni asume la contradicción como norma y a esta cualidad no le he agregado un ápice de mi cosecha. Como buen burgués, poseía una cabeza universal y sus confesadas correrías por todo el mundo debieron gravarlo de atributos cosmopolitas, reconociéndose en ellos tal como se reconocía en todas las patrias y en ninguna. Es más, desde esta perspectiva universal, utilizó el espíritu

nacionalista a su favor: dejó que los demás creyeran que cada uno de sus países eran los únicos habitables de la tierra, que el estado calamitoso de sus haciendas y su política se debía a la amenaza de los pueblos vecinos o de una raza especialmente voraz. Así lograba mantener la tensión de la guerra que, en fin de cuentas, era su exclusiva fuente de ingresos. Pero es que no habla únicamente de acciones y aventuras. También reflexiona, compartido por toda suerte de preferencias opuestas. El prurito de la reflexión —que se ha olvidado en la narrativa y da a los enredos de Juan un cariz *vieillot*— hacen de él un símbolo de toda una generación literaria en la que se mezclan las luces de la Ilustración y las razones sentimentales de Blaise Pascal.

El conjunto, en fin, contribuye a que la irrealidad se mude en malestar y el asunto en una intolerable asfixia. Hay sueños que nos hacen recorrer un paisaje antes de visitarlo. Cuando Juan narra su experiencia con Conrad de Wolh, no puedo apartar de mí la impresión de que él nunca puso los pies en Alemania. Las situaciones son ficticias, los soldados de cartón piedra, el decorado operático. Aunque si dudamos de este fragmento nos sobrevendrá una incertidumbre aún peor: la de que nuestro héroe jamás conociera el amor y, como en el caso del otro Juan —su alter ego, su réplica, el imaginario complemento de su flaqueza— sólo se limitara a inventarlo. Es posible. El mismo reconoce que no ha tenido tiempo más que para vivir el miedo. El amor —la tensión agónica, inestable y, sobre todo, bondadosa del amor— aparece en relación directa con el dominio o el oprobio. Juan supone el despojamiento ante el amante a partir de su obsesión del verdugo, ignorando que a veces el amor, infernal y negativo como es, desea el bien de la persona amada.

Podría elucubrar infinitamente sobre los baches e inconsistencia de lo que dice Juan de Warni. La Rochelle no es La Rochelle, el sentimiento que le produce el mar es acuoso pero encerrado, como si estuviera hablando de un río o una laguna. En donde no hay dudas posibles es en los pasajes de su infancia, en las suposiciones referentes a su nacimiento, en la compasión que le inspira su propia imagen. Pero ¿quién no dice la verdad cuando le permiten hablar de sí mismo?, ¿quién no opina que su vida es única y merece ser contada? Por muy

banal que parezca, siempre deberá poseer esa unidad que la erige en conciencia soberana de la realidad. No hay más que ella y lo ajeno es apenas presumible. ¡Ah! y en cuanto a los ardides de Juan en el oficio mismo de contar, hay que decir que echa mano demasiadas veces a la niebla como para creer una y otra vez lo que nos cuenta. Cuando la descripción debe llegar a precisiones comprometedoras, Juan de Warni hace aparecer la niebla que lo encubre todo.

No, Juan de Warni nunca salió de Chateau Perier. La tragedia que lo unió a Alexandre, que en el relato leído aparece como un detalle de su vida —significativo, es cierto—, tuvo un desenlace muy distinto a como él lo presenta. Los hechos se desarrollaron en un instante y en una eternidad. Juan golpeó con el puñal el cuerpo desmadejado de su amante, pero, al sentirse herido, éste se incorporó lo suficiente como para apoderarse del cuello de esa muñeca dislocada y a punto de morir que él había poseído. Apretó, y en ese instante comenzaron a sucederse las escenas que conocemos. Juan sueña habiendo llevado a cabo la estrategia de despojar de su fuerza al que por definición, por el simple hecho de estar colocado en el mundo, constituía un constante riesgo para él. Después de matarlo, lo ha ocultado en uno de los desvanes del castillo y, antes de que la familia haya vuelto, ha enganchado un coche y ha salido, ha endilgado la avenida del parque, dejando atrás los lugares familiares. La salida tantas veces aludida, entonces, comienza a ser real en ese instante, se instituye en el hito que inaugura su proyecto humano. De ahí que se convierta en el momento fundamental de su búsqueda: la salida tuvo lugar en pleno verano, a la caída de la tarde, con cielo despejado y un aire flojo, parecido, pero no el mismo, al que desordenaba su pelo cuando iba a visitar a los Lauvergnat. Mas no fue la salida en el tilbury tirado por el asno en aquel verano de 1845, por la avenida de encinas, gozando de la tibieza del aire en las orejas; tampoco fue la noche, bajo la lluvia de su primer encuentro amoroso, con el pelo rubio pegado a la cara y el agua golpeteando la grupa del caballo; la salida no tiene más que una versión, la urgencia de unos preparativos apresurados y la impresión de haber recuperado una autoestima que será en el futuro el cimiento de su triunfo. Luego se sucederán las anécdotas precipitadas de una vida ingenua: los desórdenes del 48 y su participación relevante, la

venganza que él se tomaba de todo aquel que lo colocaba, mediante el placer, al borde de la muerte, o al revés, el hecho de imaginar la muerte como lo único que ponía en marcha sus sentidos. El placer como delirio y vulnerabilidad: en resumen, la repetición incesante de la escena final de Perier con Alexandre. ¿Imaginó o soñó, vio en realidad la estepa alemana bajo la nieve durante la guerra contra los prusianos? Y Conrad ¿fue la proyección de un futuro en el que sería posible el amor humano? Ciertamente. Insisto: todo sucedió allí, en la parcialidad eterna de ese instante: la guerra de la Frontera, las obsesiones sexuales, el otro Juan, es decir, él mismo, y la aparición del Príncipe como modelo recuperado del padre, ocurrieron en el momento en que los dedos de Alexandre bloqueaban para siempre la vida de su cuerpo. Todo lo inventó: los trenes, la cremallera, la aviación, el slip y el amor. A fin de probar una vez más el renombre del ingenio humano, para quien no hay verdad, por remota que parezca, que no pueda alcanzar, imaginó el prodigioso blue-jeans y la lucha de clases; forjó sorprendentes locuciones vesánicas con las que intentó desorientar el habla usual; supuso la existencia de una botánica irreal en la que estuve a punto de creer; y no sólo eso, también halló la manera de anticipar las guerras posteriores al 48. Fue mercenario en ese instante, corrió de México a Berlín y se adscribió al servicio de S.A.R. como única salida para volver a Perier. Y volvió, sí, volvió, desembarcó en La Rochelle, en un futuro cuya decoración me perturba por lo ajustado con aquello que hoy es pasado. Lo que consigna desordenadamente la historia de Juan de Warni no es más que el desvarío de un ansia, el acabado de un proyecto que en ese momento, con la presión de los dedos en su garganta, se estaba malogrando. A esto se debe que las últimas escenas, el reencuentro con la casa incendiada o destruida, las apariciones de Leon o el Príncipe, la furtiva visión de las carroñas de Jeanne y M. Albert, se hallen distorsionados por el sofoco, por la pérdida paulatina del aliento. Las últimas escenas en las que surge el otro Juan tienen ya un franco carácter alucinatorio y místico; son un chorro que se corta, que muere, simbolizado todo por la horrible muerte de ese doble a través del cual mi héroe trató de conjurar, de entender, de suplantar su propia muerte. Es posible que el absurdo sea también un componente del

último instante de la vida de un hombre, que así corno dicen que al morir se revisa la vida pasada escena por escena, también se pueda discurrir sobre aquello que no se alcanzó a vivir, sobre lo posible, alejando con ello la nostalgia y la inquietud de la tumba. Lo cierto es que en ese instante, ambos, Juan y Alexandre, el amo y el siervo, supieron que se les escapaba la vida. Para Juan se confirmaba sin embozos que la fuerza es sólo fuerza, que, fuera de la imaginación o del sueño, no puede pensarse como complemento o adorno de la delicia, que finalmente la fuerza no se propone sino como mal absoluto ineludible, para huir del cual debió urdir un futuro en el que todos los peligros, al tiempo de amenazarlo, se vieron exorcizados.

Allí murieron los dos, sobre esa cama. A ambos se les nubló lentamente el espacio, los contornos del verano y, por fin, el recuerdo de las altas torres de Perier y la mirada de Diana, que desde su pedestal proseguía acechando a su presa.

Calaceite, «Laperouse», agosto de 1979

Edición en formato digital: octubre de 2024

Av. Andrés Bello 2299, Oficina 801, Providencia, Santiago, Chile.

Diseño de la cubierta: Penguin Random House /Portada Julio Valdes/
Diagramación Alexei Alekin/

ISBN: 9789563845105

Conversión a formato digital: www.acatia.es

www.penguinlibros.com